CAMBIAR LA EDUCACION PARA CAMBIAR EL MUNDO

Claudio Naranjo

Indigo | cuarto propio

Serie Caminos de la Conciencia

CAMBIAR LA EDUCACIÓN PARA CAMBIAR EL MUNDO

CAMBIAR LA EDUCACION PARA CAMBIAR EL MUNDO

Claudio Naranjo

indigo | cuarto propio

Cambiar la educación para cambiar el mundo

© **CLAUDIO NARANJO**

Inscripción Nº 161.917
I.S.B.N. 978-956-260-394-2

Editorial Cuarto Propio
Valenzuela Castillo, Providencia
Fono-fax: (56-2) 792 6520
Web: www.cuartopropio.cl

Espacio Indigo
Coventry 1884, Ñuñoa
Fono-fax: (56-2) 326 5787
E-mail: espacioindigo@vtr.net
Web: www.espacioindigo.cl

Producción general y diseño: Rosana Espino
Impresión: LOM Editores

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1ª edición, marzo de 2007

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

A los niños y jóvenes de hoy y mañana, deseándoles un ambiente propicio al desarrollo del amor y la sabiduría; a los que militan por la transformación de la educación, esperando que lo que digo les interese, pueda serles vivificante y sirva, a través de ellos, a su trabajo; y a todos, porque a todos nos interesa que la educación asuma su potencial salvífico.

Los hombres nacen ignorantes, no estúpidos;
son idiotizados por la educación.

(Bertrand Russel, citado en Grace Llewelyn en
How to Quit School and Get a Real Life and Education)

El mundo está lleno de males: la guerra, las
enfermedades, el hambre, la degradación racial
y las formas de esclavitud que el hombre ha
inventado para con sus semejantes.
Pero ninguno es más profundo ni más
importante que la destrucción sistemática
y aparentemente inocente del espíritu
humano que –demasiado a menudo–
constituye la función secreta de cada escuela.
Y no pienses que tus hijos escaparán.

(George Leonard, *Educación y éxtasis*)

La humanidad abandonada durante su
período de formación temprana
se vuelve la mayor amenaza para su propia supervivencia.

(María Montessori)

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR 13

CLAUDIO NARANJO Y SU PROPUESTA DE UNA EDUCACIÓN TRANSFORMADORA 23
Prefacio de Nicole Diesbach

NOTA DEL EDITOR 39

POR UNA EDUCACIÓN SALVÍFICA 41

1.- La promesa de una civilización moribunda 43
2.- Hacia una sociedad sana 83
3.- ¿Qué podemos hacer? 121
3.1.- Pecados de la sociedad 121
3.2.- Más allá de las guerras santas, la búsqueda de la auto-realización 154
3.3.- La educación como la salida que más promete 168
4.- Una educación para la evolución personal y social 175
5.- Una educación de la persona entera para un mundo unificado 193
6.- Un currículum de auto-conocimiento, reeducación interpersonal y cultivo espiritual 221

A MANERA DE EPÍLOGO: ¿SE PUEDE CAMBIAR LA SOCIEDAD? 249
Cecilia Montero

OBRAS EN ESPAÑOL DE CLAUDIO NARANJO 269

PRÓLOGO DEL AUTOR

Me alegra la iniciativa de la sociedad editorial Indigo/Cuarto Propio de publicar este libro, que a pesar de circular en España desde hace unos dos años es de difícil acceso para los latinoamericanos en vista de la pobre distribución de libros europeos en América Latina.

No soy profesionalmente un educador sino un médico, aunque últimamente me sienta más educador que médico, y recientemente haya sido laureado como educador por una universidad europea.

Una serie de hechos providenciales me han ido preparando para la entrada al ámbito de la educación –comenzando con la invitación a redactar para el centro de estudios de política educacional para el Standford Research Institute en Palo Alto un informe que fue celebrado por el *Yearbook of Human Problems and Potencial* como "el mejor panorama de los métodos del desarrollo producido en el ambiente académico,"[1] y que posteriormente (en 1970) se publicó como *La única búsqueda.* También una serie de invitaciones a congresos de educación y conferencias han coincidido con que, a medida que la condición crítica del mundo se agrava y tanto la vejez como el desarrollo progresivo de mi pensamiento me han ayudado a comprenderlo mejor, sucede que hoy en día lo meramente académico y hasta lo meramente terapéutico me interesan menos que el aplicar el fruto de mi trabajo –tanto intelectual como práctico– al mejoramiento de nuestra compleja problemática colectiva.

---

[1] Anthony Judge, editor del Yearbook, publicado en 1976 por la Union of Internacional Associations. Mankind, 2000.

Se habla mucho hoy en día acerca de la crisis de la educación, y con buena razón para ello; pero pienso que la crisis de la educación sea sólo uno de los múltiples reflejos de la crisis del mundo –y poco me habría interesado en la educación de no ser por la convicción de que sólo una transformación de la educación pudiera salvarnos de la trágica escalada de la violencia, la deshumanización y destrucción de la vida, valores y culturas que asolan nuestro planeta.

Pero vamos por partes. ¿En qué consiste la crisis de la educación? Principalmente en que tanto los alumnos como los profesores se sienten infelices. En los docentes tal infelicidad se manifiesta en desmotivación, depresión y enfermedades físicas, en tanto que en los estudiantes se manifiesta en desinterés, rebeldía, trastornos de la atención y del aprendizaje, y violencia. Las interpretaciones principales del fenómeno son dos: una, la de las autoridades, que responsabilizan a los estudiantes, a quienes acusan y pretenden corregir; y la otra, la de aquellos que piensan que los estudiantes "tienen razón" en su desinterés y en su ira, pues la educación que se les ofrece es monstruosamente obsoleta y hasta perversa –por más que los educadores, tan condicionados por sus cánones, no sean capaces de percatarse de ello.

En todo caso, no son responsables los profesores de que el sistema que les suministra el pan de cada día les exija adaptarse a una tarea enajenante y enajenadora. Sólo que si fueran más conscientes, se podrían atrever a querer algo diferente de lo que hay, y unir sus voces por la transformación del presente modelo educacional –que podemos llamar el modelo patriarcal tradicional– en una educación que esté al servicio del desarrollo humano, tanto de las personas como de la colectividad.

Ya la UNESCO ha propuesto al formular un ideal de que no sólo se ayude a los educandos a aprender a hacer, sino a aprender a aprender, aprender a convivir y especialmente aprender a ser. Pero aunque este ideal de una educación holística se haya celebrado ampliamente, la práctica va muy por detrás de los ideales: la educación

se resiste al cambio, tal vez más que ninguna otra institución. Y en esta resistencia al cambio se hace cómplice, me parece, del complejo militar-industrial y financiero global, para el cual la educación sigue siendo la preparación de las fuerzas del trabajo para la obediencia, la conformidad y la simpatía con sus ideales. Así, tenemos el mundo que tenemos porque tenemos la educación que tenemos.

Pero la educación, que ha sido cómplice secreto del sistema militar-industrial, encierra el potencial de servir más bien a la comunidad y a la humanidad, así como al bien común. Y lo más importante que tengo que decirle a los educadores es precisamente que de ellos depende nuestro bien común; o más precisamente dicho, de ellos y de su coraje depende la transformación de la educación, de la cual a su vez depende la mejoría de las condiciones sociales que nos están llevando cada vez más a una situación crítica.

Una forma de reformular esta propuesta con otras palabras sería que debemos dar un salto desde el uso de la educación como medio de transmisión o reproducción de una cultura a un uso de la educación al servicio de una transformación, que nos lleve desde nuestra presente condición a algo que no conocemos. Y un primer paso hacia esta transformación me parece que tendrá que ser una comprensión amplia de cuánto más convendría que fuese la educación (y urge que sea) que la simple instrucción.

La perspectiva desde la que he escrito este libro es la misma que la cultura judeo-cristiana formulaba en forma mítica y dogmática como la docrtrina de la caída de una condición paradisíaca a comienzos de la historia –creencia que ya estábamos a punto de relegar a la categoría de las supersticiones del pasado, pero que viene a ser ahora suficientemente fundamentada por la arqueología y las ciencias sociales.

Soy de aquellos que piensan que nuestra actual crisis, lejos de ser el resultado de una complicación reciente de la vida civilizada, no es otra cosa que la obsolescencia de aquello que estamos acostumbrados a glorificar como nuestra “civilización.”

Podemos decir que la civilización desde sus comienzos ha sido violenta, injusta, represiva, autoritaria, insensible, explotadora, etcétera, y es mi tesis la de que tales características han derivado de la institución del *pater familas* y el consecuente desequilibrio entre padre, madre e hijo, primero en la familia y luego en la mente individual y la cultura.

Al parecer, la intensificación del mal patriarcal a los comienzos de nuestra historia se debió a la influencia de los pueblos indo-arios y semitas desplazados de una región de la tierra que se extendió desde el Sahara a las estepas rusas, que fue una especie de paraíso terrenal antes de las sequías que siguieron al derretimiento de los glaciares, inundaciones y diluvios. Todo dice que la amenaza a la supervivencia incitó a pueblos ya sedentarios a un nuevo nomadismo rapaz cuando la decreciente fertilidad de la tierra constituyó un estímulo a algo así como la "supervivencia de los fuertes": no sólo a la selección natural de los violentos, sino los insensibles, los fríos o no empáticos, sino también los astutos y estratégicos, que ayudados de la nueva tecnología de la "edad del hierro" y la domesticación del caballo invadieron los poblados sedentarios de Europa y Asia, dando nacimiento de esta manera tan poco bella a las grandes civilizaciones clásicas, en las que la violencia pasó a adornarse de gloria militar y nobles aspiraciones.

Y ésta es otra característica de la civilización aparte de la violencia, y sin la cual la vida civilizada no se contrastaría ventajosamente con la condición de "los bárbaros": la civilización es auto-idealizante, y en la medida en que somos seres civilizados, internalizamos sus ideales y terminamos auto-idealizándonos, de tal manera que nuestros más nobles ideales sirven de tapadera a nuestros peores vicios.

¿Qué podemos hacer, si es verdad lo que digo?

Si no me equivoco en postular que el estado crítico de nuestro asuntos no es el resultado de meros errores políticos o de las leyes del mercado, sino de una manera de ser que más hemos celebrado que cuestionado a través de milenios, que ya se nos

hace obsoletamente disfuncional, ¿significa ello que el problema que nos aqueja es demasiado enorme para ser resuelto?

No necesariamente, y bien podría ser que, así como el individuo que sufre de un mal emocional necesita reconocerlo para ser ayudado, también una nueva esperanza se abre al mundo cuando éste reconozca su propio mal milenario –que podríamos llamar el ego patriarcal.

Ciertamente sólo podría combatirse un mal tan universal y endémico a través de su raíz mental –esa forma de pensar, sentir y querer de la cual todos los problemas sociales son derivados sintomáticos.

Pero ni siquiera un programa colectivo para el despertar y cura de la conciencia podría prometernos un mundo mejor.

Afortunadamente, sin embargo, es más fácil prevenir que curar, y el control que tenemos sobre la educación nos permite concebir el proyecto de una generación de seres más sabios y amorosos que aquellos que integran la nuestra.

El gran problema, es que la propuesta de una educación salvífica deba pasar por la transformación de una institución tan altamente fosilizada como la burocracia de la educación, y tanto más preocupada de servirse a sí misma que a la comunidad, y no albergaría la noción de poder contribuir a ello si no fuese porque algunos años atrás comprendí que el método que había desarrollado para la formación psico-espiritual de terapeutas podría ser, con suficiente voluntad política para ello, el fermento de la transformación de un sistema educacional.

Es desde entonces que vengo interesándome en militar por una transformación de la educación que la lleve de su actual propósito de perpetuar nuestra problemática mentalidad patriarcal a la de servir a la salud y el desarrollo de las personas y de la sociedad.

Y de pronto me vi rodeado de colaboradores. Y aunque pareciera mi gesto el de un Quijote a punto de arremeter contra los molinos de viento, contribuyó el apoyo de algunos a darme ánimos respecto a la aparentemente loca idea de que no sólo sea posible

el cambio de la educación sino que, a través de ella, el cambio de rumbo de la historia.

Comenzó mi exploración práctica del asunto reuniéndome en España con 120 ex-alumnos de la Escuela SAT que trabajan en la educación. Para este encuentro de dos días conté con la pericia de Arturo Pozo –bajo la supervisión del Instituto Internacional para la Facilitación y el Consenso– y durante buena parte de ella los participantes, divididos en 6 grupos de 20 personas cada uno, discurrieron acerca de cómo se podría llevar el efecto transformador del programa SAT al sistema educativo español, cómo integrar su inspiración a la enseñanza escolar, y acerca de la posibilidad de transformar el sistema mismo. Surgieron numerosas ofertas de ayuda respecto a difusión y financiamiento, pero más allá de todo ello, la reunión tuvo el efecto de estimular el interés, el compromiso y la esperanza de los participantes.

Estuvo presente durante nuestra reunión Nicole Diesbach, directora del Instituto de Investigaciones Pedagógicas de la Universidad de Baja California, que durante la clausura expresó su opinión de que cuando se tiene una visión clara, las puertas se abren, y cuando a la salida llamé su atención acerca de la fecha del día en curso –el 14 de julio– me respondió: "Aquella revolución fracasó, pero esta triunfará –y no porque tengamos nada de grandiosos". Sonreímos, en tácito acuerdo respecto a que la única revolución que puede triunfar es una que se centre en la mente y en las ideas, así como al hecho obvio de que ya la hemos comenzado.

En Brasil surgió luego un organismo (más precisamente una OSCIP –una organización de sociedad civil de interés público) para la diseminación de los programas SAT en la educación, y asociaciones comparables están tomando forma también en otros países. Y a mis dos años de trabajo con los formadores en Chile (por iniciativa de Mariana Aylwin, entonces ministra), siguió otro con educadores argentinos (comenzado en tal momento político que el edificio del Ministerio de Educación estaba vacío, pero un grupo de profesores se reunió para ayudarme); y luego hicimos la

introducción al programa SAT para los alumnos de las facultades de educación de las dos universidades de Puebla, en México; recibimos la invitación de la Junta de Gobierno de Sevilla y fue acreditado nuestro método por Cataluña.

Poco a poco, otras asociaciones nacionales para la promoción del proceso SAT han ido surgiendo y una serie de universidades se van interesando en la propuesta de este método que pretende suplementar la formación académica de los educadores, y todo esto contribuye a que, en medio del pesimismo generalizado respecto al cambio social y la impresión por parte de la ciudadanía activista de que vamos hacia la catástrofe, no puedo evitar sentir que no nos será difícil cambiar la sociedad si apuntamos en la dirección justa: hacia la conciencia, la educación, la formación humana de maestros, y una revolución educacional que a su vez apunte hacia la armonía de nuestras tres personas interiores. Por más que pretender una revolución en una institución tan inerte como la educación nos parezca tan improbable como sacar agua de las piedras, no es imposible que terminen imponiéndose los resultados impresionantes de nuestro breves programas, así como la evidencia lógica de que la educación sea la clave al cambio masivo de conciencia necesario para que pueda haber una regeneración en nuestra forma de vivir y nuestras instituciones. Y contribuirá, seguramente, el hecho de que en el fondo queremos lo mejor para nuestros descendientes.

Recuerdo haber leído durante la adolescencia un cuento de Chuang Tze acerca de un carnicero magistral cuyo cuchillo, en vez de desgastarse por el uso, se afilaba por la manera como su dueño sabía dirigirlo por aquellos lugares –entre fascículos musculares o por el interior de articulaciones– en que la resistencia de un cuerpo es mínima. Así imagino que puede ser el proyecto descrito en este libro: una vía correcta por la cual cambiar el mundo bien pudiera resultar sorprendentemente fácil.

Además, así como las grandes demostraciones matemáticas son elegantes, me parece que la realidad misma es elegante –¡y qué

poco elegante sería que nuestro bello planeta se apagase antes de florecer siquiera!–. También creo que el mesianismo, entendido como esperanza de alcanzar un mejor estado colectivo no es locura, sino salud mental, y que la esperanza se conoce tan poco que no se comprende que sea tan importante como la fe y como el amor.

La esperanza apunta en una dirección contraria a la paranoia o desconfianza, e implica una confianza espontánea, que se apoya a su vez en una intuición sutil pero clara de las cosas. Todas las grandes civilizaciones clásicas fueron mesiánicas, y ya se espere el retorno de Khrisna, de Shiva, de Rama, de Cristo, de Queztzalcoal o de Maitreya, se está interpretando una misma intuición, articulada de forma distinta por las tradiciones sapienciales.

Pero sin necesidad de que confiemos en las tradiciones, podemos tener esperanza en que la conciencia humana logre hacerle frente al reto de nuestra crisis. Parece como si, justamente cuando nuestro sistema empieza a colapsarse, el ego individual se tornase más consciente de sí mismo.

Desde que sólo un par de años que he alzado la bandera de una revolución educativa a la vista de nuestro destino común, me parece que muchos hechos indican que las puertas efectivamente se están abriendo, por lo que, lejos de sentirme frustrado, me siento estimulado. Además, no dudo que relanzando este libro al mundo me encontraré con otros que apoyen nuestro proyecto.

Este libro fue prácticamente terminado antes de que el derrumbe de las torres gemelas en Nueva York un 11 de Septiembre precipitase el ataque a Afganistán, y lo terminé el 7 de Marzo de 2003 cuando las tropas norteamericanas penetraban en Bagdad. Diríase que tales acontecimientos mal se avienen con el optimismo, y sin embargo persiste el mío de manera aparentemente irracional. Y es que las demostraciones populares en todo el mundo demuestran una conciencia nueva y hacen más aparente que nunca el carácter anti-democrático y fascistoide del poder que hoy anima a la mayoría de los gobiernos. Bien sabemos que este poder no radica en los gobiernos mismos, que se han vuelto

marionetas movidas por la presión económica de conglomerados empresariales, pero se vislumbra la posibilidad de que la creciente credibilidad de los grupos ciudadanos termine por pesar más que el poder del dinero y los ejércitos. Si es verdad la afirmación de Willis Harman de que nunca se sostiene la autoridad sin legitimación, puede esperarse que la actual autoridad del imperio comercial global, ampliamente deslegitimado, vaya equilibrándose con la autoridad de la sociedad civil.

Nuestra situación es comparable a aquella que describe la antigua leyenda del Golem (admirablemente narrada por Meyrink) –según la cual un poderoso androide creado con artes mágicas se vuelve destructivo y debe ser destruido–. Hemos creado, efectivamente, una máquina que nos domina y destruye como un cáncer de crecimiento implacable, y sólo la claridad generalizada acerca de ello podrá permitirnos desmontarla. Piénsese, por ejemplo, en la naturaleza de las empresas que hemos creado, las que estructuralmente, según sus artículos de incorporación, están destinadas a hacer dinero. Ya no se puede pensar, como en los tiempos de Dickens, que el corazón del capitalismo explotador se encarne en unos cuantos individuos codiciosos: la codicia está programada, pues descansa en la estructura de los negocios –sólo que la criminalidad no expone a las empresas, que son personas estrictamente jurídicas, al peligro de la silla eléctrica.

Los tres primeros capítulos de esta obra se ocupan de cómo está el mundo, de cómo sería mejor que estuviese y de qué se podría hacer al respecto. Junto a los tres capítulos siguientes lo he llamado "educación salvífica." Aparte de argüir en ella que la civilización que hemos conocido está naufragando, y que la educación puede ser nuestra tabla de salvación, doy noticia de mi propia contribución a lo que pudiera ser la educación del futuro: el programa que he venido ofreciendo desde hace unos quince años en diversos países y que, con ocasión de un homenaje de los psicólogos chilenos en la Universidad de Chile, tiempo atrás definí como "un proceso integrativo y transpersonal para la formación de agentes

de cambio." En el capítulo que cierra el libro describo cómo "un currículum de auto-conocimiento, reeducación interpersonal y cultivo espiritual" que por su económica y potente efectividad promete llenar un vacío en la actual formación de profesores.

Sean cuales sean las razones que se tengan para ser optimista o pesimista, creo que más vale que demos batalla. Me parece saludable combatir por la vida. Como dice un refrán inglés, "Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad." Y ya que concibo la educación como nuestro mayor esperanza, cómo podría no querer hacer algo al respecto, poniéndome a su servicio.

Ojalá que este libro inspire a otros a hacer algo semejante. Imagino que muchos puedan encontrar un mayor significado en sus vidas colaborando con algo que constituye el hilo rojo de nuestra salvación, pues como ya he dicho tantas veces, no creo que haya otra salida que aquella de volvernos más conscientes, y me parece que sólo a través de la educación podremos afectar eficientemente la conciencia colectiva.

Que estas líneas interesen suficientemente a mis lectores como para que echemos a rodar el proyecto de esa transformación de la educación, sin la cual me parece imposible la transformación de la economía o el mundo pacífico en el que a todos nos gustaría vivir –que me parece la única forma en que aquellos que ejercen el poder pudieran contribuir al tan deseable cambio de rumbo de la historia.

CLAUDIO NARANJO Y SU PROPUESTA DE UNA EDUCACIÓN TRANSFORMADORA

Prefacio de Nicole Diesbach
Instituto de Investigaciones Pedagógicas
Baja California

Existe una gran diferencia entre ver y atre-ver-se. Podemos ver infinitas cosas, numerosos asuntos, cantidades de problemas, innumerables realidades que vivimos a la fuerza, sin querer, aun con lástima. Ver es darse cuenta de lo que hay, incluso, de lo que es, tomar conciencia de lo que no funciona en nuestro mundo, como la educación, que es lo que nos ocupa aquí. Ver tiene una connotación pasiva. ¿Cómo se sigue dando la educación? De la misma manera que hace siglos. La humanidad evoluciona, pero la educación queda fija. Los libros pueden ser nuevos, pero la forma y el contenido de la educación se han petrificado; la ciencia progresa, pero el conocimiento se queda atrás; el niño y el joven evolucionan, pero el profesor queda atado a su forma de enseñar.

Todo el mundo puede ver eso, a pesar de que no todo el mundo lo ve. Ver tiene una connotación pasiva, pero es un acto superior a no ver. Sin embargo, ver no cambia nada. El acto de ver, diría Freire, no es comprometedor, uno queda espectador consciente o inconsciente. La marginalización "freiriana" de los pueblos pobres se puede transportar a la marginalización de todos los pueblos en relación a una educación para el siglo XXI, todavía en pañales, porque sólo vemos. Y ver , ver la pizarra, ver el libro, ver al profesor, ver la basura tirada, ver nuestros padres conformes, ver la ira de la gente, ver la inconformidad de todo el mundo, ver la TV, ver Internet, ver las mismas cosas sin descubrir, sin espíritu de curiosidad, sin jugar, sin cantar, sin bailar, sin reír, sin crear, nos

ha llevado al mundo que tenemos hoy y a las relaciones que hemos tejido con las cosas, con los demás y con nosotros mismos.

Es lo que hemos aprendido en la escuela desde siglos: ser espectador, ser repetidor, ser creyentes de lo que vemos, de lo que escuchamos, de lo que nos enseñan. Resultado: somos todos pasivos frente a un bellísimo mundo, a una riquísima naturaleza, a una espléndida humanidad que nos hemos acostumbrado a destruir día a día, de generación en generación. Y seguimos el mismo tipo de escuela, la que ha educado numerosas generaciones, y el mismo modo de enseñar, la que ha formado innumerables profesores. Sin cuestionar.

Ver, para el *Homo Sapiens* ordinario, entra en la misma categoría que el no ver, porque todo queda igual, estático, sin movimiento, sin evolución. El modo de ver del *Homo Sapiens* es mirar, disecar, separar, analizar, gastar, desgastar, descomponer, deteriorar, acumular, envenenar, dividir, oponer, dominar, teorizar y dejar las cosas como están, echadas a perder.

Para el Hombre de Transición hacia la nueva especie de la cual ya se habla, ver es atre-ver-se, es búsqueda continua, movimiento incesante, evolución sin término, es vida reverenciada, es descubrimiento de la totalidad, de la unidad, del holismo en cualquier aparente fragmento de la realidad bajo el orden implicado y desplegado, es aventura apasionada, es silencio frente a lo desconocido. ¿Hemos llegado a ver en nuestra escuela de hoy con los ojos nuevos del siglo XXI? ¿O seguimos la misma fórmula educativa que impide al niño o al joven tener ganas de ir a la escuela, de investigar en vez de memorizar, de cooperar en vez de competir, de crear en vez de repetir, de amar y abrazar en vez de pegar y criticar, de ser felices en vez de ser aburridos?

La evolución es dar un paso en la conciencia. No basta ver, sino atreverse, es un ver en movimiento, es ir más allá de la constatación, es quitar los obstáculos y dejar fluir la vida que nos anima. Es lo que hace Claudio Naranjo: ve y se atreve. Este libro encierra no sólo un escrito, sino una vida de atrevimiento que prepara la

nueva especie humana. Unos cuantos autores se han atrevido no sólo a hablar de la educación y de la conciencia, sino a enseñar y vivir una praxis, tales como en los años cincuenta Pierre Teilhard de Chardin, en los sesenta Paolo Freire, en los setenta Ivan Illich, Erich Fromm, Carl Rogers, etcétera, a finales del siglo pasado y a principios de este milenio Claudio Naranjo, como también Edgar Morin para nuestro mundo occidental. No hay necesidad de ser maestros de profesión para ser maestros de los maestros. Se necesita vivir, ver y atreverse, o sea vivir en plenitud y contagiar al mundo.

Lo que marca el ser en su marcha evolutiva dinámica, es su cuestionamiento y su búsqueda incesante de solución a los obstáculos que oscurecen el entendimiento e impiden el desarrollo de la conciencia superior. Es también su visión de la totalidad fuera de un cuadro mental estrecho y fijo.

El atrevimiento de Claudio Naranjo, en su originalidad, es la búsqueda de esta educación dirigida a la totalidad de la persona, y no sólo –como la escuela lo ha hecho hasta el presente– una educación dirigida a la cabeza. La razón sola nos puede llevar a donde estamos hoy, a lo absurdo, a la posible destrucción total de nuestro planeta y de todo lo que vive. Rousseau ya había dicho en su tiempo respecto al hombre: "Quiero enseñarle a vivir," y añadía: "Nuestro verdadero estudio es el de la condición humana."

Pocos todavía tenemos una visión global y esencial –es decir una visión humanista y supramental– de nuestro mundo, de nuestra realidad, así que pocos podemos educar bien. Mientras sigamos educando gente para manejar nuestras instituciones, tendremos robots sin conciencia y porvenir. Mientras los educadores y los educandos sean, y acepten ser, los objetos de una sociedad centrada en el rendimiento, la ganancia y lo superfluo, no habrá sujetos capaces de organizar instituciones adaptadas a las circunstancias cambiantes de nuestro mundo y al servicio real de las necesidades apremiantes y relevantes de sus habitantes, sólo se aprovechará de ellos. Pascal también se había ya dado cuenta de la desviación de

la educación: "No se enseña a los hombres a ser razonables y se les enseña todo lo demás."

"¿Quién educará a los educadores?" se preguntaba Marx en una de sus tesis sobre Feuerbach. Contesta Edgar Morin: "Será una minoría de educadores, animados por la fe en la necesidad de reformar el pensamiento y regenerar la enseñanza. Serán unos educadores que tengan interiorizado ya en ellos el sentido de su misión."

Y aparece Claudio Naranjo, muy consciente del reto en la educación al llegar a este nuevo milenio del cual hemos soñado que será diferente, que todo cambiará. Sin embargo, nada se da automáticamente, o sea sin el despertar del mismo ser humano, sin la decisión y la puesta en práctica de su propio cambio. Es también lo que propone el autor desde hace años. Este libro es el fruto de su persistencia en poner el dedo sobre la llaga, tanto sobre la falla en la educación como sobre el remedio posible. Es uno de sus grandes méritos, porque muchos critican pero, en cambio, no aportan ideas. La creatividad de Naranjo nació al mismo tiempo que su aguda visión hacía los nocivos efectos de la educación en general.

Nuestros gobiernos gastan mucho de nuestro dinero en arreglar los efectos de nuestras propias conductas, multiplican los policías, reforman los programas educativos, construyen carreteras para facilitar la producción y el comercio pero, curiosamente, no gastan en la búsqueda de las causas reales de muchos problemas que padecemos desde tantos años. Más aún, estos empeoran. No gastan los funcionarios para su propia preparación, y todavía menos para la de los profesores –claro, hablo de una educación apropiada, no de cursos rutinarios en vista a una reforma–, entonces siguen con una mentalidad de los siglos pasados, una apertura mínima de la conciencia y una visión estrecha, capaces sólo de repetir lo que está fijado en sus propios cuadros mentales.

Claudio Naranjo se atreve a hablar de la irrelevancia de la educación, de su condición fosilizada, de su obsolescencia que

"perpetúa nuestra inmadurez colectiva," así como también del "cientificismo antiespiritual" que todavía reina en nuestra educación oficial. Es evidentemente normal que las cárceles, por ejemplo, tiendan a llenarse hasta cuatro veces por encima de sus posibilidades sin ninguna esperanza de salvar la vida integral de estos prisioneros. ¿Y los jóvenes encarcelados en nuestras escuelas? ¿Les salvaremos de nuestra maquinaria sin sentido?

Claudio Naranjo subraya lo trágico de ver que entre las instituciones humanas, la educación es la que tendría que atender el desarrollo humano, sin embargo se puede constatar que "nuestro estancamiento psico-espiritual se ha tornado crítico." Consecuencia: "nuestro subdesarrollo en materia de humanidad se expresa en un sin fin de disturbios." Después de esta constatación, Naranjo invita, ni más ni menos, a la revolución –no el tipo de revolución que conocimos con sangre y sin resultado real–, sino sólo un desplazamiento del poder. Los nuevos revolucionarios están llamados a tener un alto nivel de conciencia, un conocimiento de sí mismos profundo y por ende de los demás, un silencio interior que permite la atención, la escucha, la percepción de la verdad, un continuo trabajo en el desmoronamiento del ego y un despertar de la conciencia con el reconocimiento de su ser espiritual.

La educación es para el desarrollo humano integral, y no para formar seres dóciles, manejados, automatizados, sin visión futura, capaces sólo de manipular a los demás, producir, vender y contentarse con la pseudo-democracia. El autor nos dice maravillosamente que la educación promueve "la libre realización de nuestras potencialidades evolutivas y creativas" y añade sabiamente que este tipo de educación es "urgente para nuestra supervivencia colectiva."

En vez de desarrollar actitudes de atención, habilidad y afecto, empujados por nuestra neurosis colectiva aguda hemos inventado la "educación control," subraya el autor, para así controlar la sociedad, y lo hemos aprendido tanto que también controlamos en la oficina, en la escuela, en casa a nuestro marido, mujer o hijos,

etcétera. Nos encontramos lejos entonces de la educación al servicio de la liberación de cada uno. Naranjo llama el "contra-control" al hecho de educar para la libertad y la autonomía en orden de obtener auténticos individuos, y no robots o conformistas que evitan los problemas.

Por eso, por razones fundamentales, después de haber dado su tiempo y experiencia a psicólogos y terapeutas, Naranjo elige dedicarse a educadores, maestros, profesores, que tienen un contacto privilegiado con la juventud. Nuestro mundo de mañana será a imagen y semejanza de ellos. La primera responsabilidad de ser en plenitud descansa sobre los hombros de los educadores, padres de familia y profesores. No pueden transmitir más de lo que tienen o son. En la medida de la evolución de la propia conciencia, nada puede impedirles su propia transformación a través de los medios más apropiados en existencia hoy.

Es aquí donde Claudio Naranjo nos demuestra que él no es sólo un intelectual separado de la realidad, sino que pisa tierra. Ha creado, en especial, un seminario de diez días, o sea un conjunto de prácticas y disciplinas, que ha llamado SAT (Ser, en sánscrito), cuyo nombre revela tanto la finalidad como el propósito fundamental. Es suficiente, según él, este tiempo al año, repetido unos años más con elementos nuevos, para una real re-educación.

La primera meta del SAT es el desmoronamiento del ego, el falso yo, o personalidad, construido desde la niñez para defenderse o protegerse de la anti-sabiduría de los progenitores. Después de un profundo auto-conocimiento, clave para un cambio sano, las siguientes metas del SAT son la re-educación interpersonal y el cultivo espiritual, el cual ayuda, según el autor, a "cambiar nuestro foco de lo externo a lo interno, de lo aparente a lo sutil."

¿Cómo puede servir el SAT a los profesores? Naranjo lo expresa ampliamente en su libro: este seminario les permite tener mayor capacidad de acercamiento experiencial a la verdad, una comprensión

de la condición humana y la habilidad de manejarse como persona frente a otras, es decir la capacidad de trabajar en el terreno fronterizo entre lo terapéutico y lo didáctico. Esta es una de las propuestas del autor para los educadores interesados en adquirir una forma de conocer mejor a sus alumnos, a sí mismos y a los seres humanos en general. La nueva educación une la pedagogía a lo terapéutico, y lo terapéutico a la espiritualidad. Naranjo se refiere al SAT como a una exploración pedagógica de la experiencia del Ser.

Para Claudio Naranjo vivimos una crisis universal desde las finanzas hasta la ecología y la calidad de vida. Considera que es una crisis por escasez del amor y de la sabiduría, que nos llega por un descuido del desarrollo humano y que nos lleva a un suicidio colectivo ciego.

¿El remedio? Es entonces educativo, pedagógico y psicoterapeútico, con la meta de redescubrir nuestra propia fuente: el amor, la sabiduría y el Ser mismo, lo divino, recuperando la capacidad de "presencia" o de estar en el "aquí y ahora." Es acercarse a la Conciencia Suprema a través de la conciencia misma, es decir, a través de una vivencia. Es la educación vivencial del ser. Saber que uno ES. Es llegar a ser, antes que llegar a un pensamiento correcto. Es callar el pensamiento: "Miramos con el ojo del ego en vez de mirar con el ojo de la sabiduría," concluye el autor. Se trata de estar despierto al presente, de ver qué hay al fondo de uno mismo, de ver la esencia "invisible" de la realidad que está en el centro de todo, la verdad suprema.

Frente a la inercia psico-espiritual de nuestras instituciones, dejando atrás el ego, Claudio Naranjo propone un trabajo en sí mismo para liberar nuestro ser esencial de la prisión de nuestra neurótica compulsividad condicionada, para liberar nuestra potencialidad interior, nuestro espíritu, que él llama "Flor en el árbol de nuestra vida," junto al descubrimiento de la dimensión sagrada de simplemente Ser.

Necesitamos diferenciar entre la naturaleza esencial del ser humano y nuestro actual modo de ser, producto del propio

condicionamiento. Conviene que comprendamos a los maestros espirituales de diversas culturas acerca de la vía que puede llevarnos, a través del misterio de la vacuidad, "a la divina raíz de la conciencia," dice el autor.

Me hace pensar en Sri Aurobindo, un gran maestro de la India, que en sus escritos invita a los que desean tocar esta divina raíz a trabajar en ello, pero siempre empezando por una experiencia positiva y haciendo bajar primero la naturaleza divina, la calma, la luz, la ecuanimidad, la pureza, la fuerza divina en las partes conscientes de nuestro ser que deben cambiar. La nueva educación ha empezado ya en lo extra-académico, la cuestión es: ¿lo excelente que se da fuera de lo académico se puede dar o se dará en la educación oficial? La respuesta dependerá de la calidad y cantidad de educadores que se re-eduquen en el mundo académico.

¿Cuál es la originalidad del autor en esta obra entre todos los otros que han escrito tanto sobre espiritualidad como sobre educación? A mi parecer, se distingue en cuanto a:

1. Su enorme cultura y fabulosa erudición, aunada a una visón amplia de la realidad a través de diversas culturas. Una de las marcas que permite percibir la evolución de un ser humano es el hecho de que no se queda en un cuadro mental estrecho que le impide VER el más allá y, al mismo tiempo, el más aquí, si se puede decir.

El hecho de haber abrazado diversas disciplinas en las universidades pero sobre todo fuera de las universidades, permite a Claudio Naranjo tener un panorama amplio de diversas realidades. También el hecho de ser terapeuta le ha permitido ver las causas más profundas de las enfermedades no sólo del cuerpo, como médico, sino de la mente, de las emociones, de los sentimientos, en fin: de la conciencia misma, lo que le lleva a merecer, sin títulos ni diplomas, ser médico del alma, él que atiende el todo y no sólo las partes del ser, el sanador integral.

2. Su percepción aguda de la urgencia de cambios profundos en nuestro mundo y, por ende, en todos nosotros, sus habitantes, *y* sus acciones concretas al respecto, que llevan a una nueva conciencia. Este balance entre teoría y praxis es muy remarcable. Habla del inminente naufragio y de nuestra salvación, si sabemos nadar. Sólo la nueva conciencia es capaz de trasladarnos de "aquí" hacia "allá," dice, desde el condicionamiento milenario y obsoleto que estamos padeciendo, hacia un nuevo orden mundial. Pone el dedo en la llaga subrayando las urgencias, tales como la atención ecológica y el desarrollo de la conciencia, y no sólo eso, proporciona una praxis, un método para no ahogarnos y aprender a nadar en nuevas aguas.

3. Su descubrimiento de la raíz de todos nuestros males: el *patriarcado* el cual, según él, es la raíz común de la mentalidad industrial, del capitalismo, de la explotación, la enajenación, la incapacidad de vivir en paz, el expolio de la tierra y muchos otros males. Cree el autor que es la esencia de nuestro macro-problema. El patriarcado ha hecho sufrir generaciones de seres humanos, tanto mujeres como hombres, ha engendrado el autoritarismo, dominio del principio paterno, y la conformidad, expresión de una mentalidad infantil obediente. Claudio Naranjo ha profundizado este tema en su libro: *La agonía del patriarcado*.

De la misma manera, el patriarcado ha engendrado religiones en donde Dios es sólo padre. El miedo natural al padre en nuestra cultura patriarcal engendra el mismo miedo a Dios, así como también la idea y el sentimiento de separación con Él y con todo lo que existe. Uno de los llamados del autor en algunos de sus libros es acelerar la transición desde la organización patriarcal de nuestra mente hacia una organización heterárquica centrada en la tríada Padre, Madre e Hijo.

4. Su fe en la educación y la re-educación. Cree que la raíz de este mal se encarna y prolonga en la educación en general y

en nuestro modo de enseñar. Propone una contra-educación que permita la "curación" de la mentalidad patriarcal, que libere al individuo tanto del autoritarismo como de la conformidad, y lo haga autónomo, con capacidad de elegir, de escuchar su ser interior y de crecer en todas sus dimensiones. Ha creado el SAT a este efecto, una síntesis educadora de diversos elementos esenciales para la re-educación profunda del cuerpo, de la mente, del comportamiento emocional y psicológico, y del espíritu.

Claudio Naranjo propone la educación holística, que prefiere llamar educación integral, la cual comporta la integración de los conocimientos, la integración intercultural, una visión planetaria de las cosas, un equilibrio entre teoría y práctica, en fin, una atención tanto en el futuro como en el pasado y el presente. La educación integral abarca la totalidad de la persona: cuerpo, emociones, intelecto y espíritu.

Para el autor, formar terapeutas es formar educadores, y formar educadores es formar terapeutas, porque todos necesitamos lo que él llama "re-educación." De la misma manera, es imposible para él separar la educación de las disciplinas espirituales, con el fin de no negar una parte de nuestro ser, lo que nos lleva al desequilibrio.

5. Su capacidad de análisis profundo y de síntesis integradora**.** Naranjo tiene el arte de sintetizar las grandes corrientes, en especial de la psicología, tales como la Psicoanalítica y la Transpersonal, que tenían tendencia a oponerse, a pesar de que la psicología transpersonal pretende integrar las diversas tendencias psicológicas. El autor no entra en guerra con ninguna corriente, ve cómo se pueden complementar e integrar. Su propuesta representa la cumbre de lo que la Psicología Transpersonal anhelaba, y él le da una contribución importante para nuestro nuevo siglo.

Une el autor con facilidad –a pesar de que no es fácil–, lo espiritual a la psicoterapia, une la intuición a la ciencia, une los contrarios, pinta un panorama totalizador, holista, integrador. De

la misma manera, no rechaza, no se opone, no divide, une lo más relevante de las religiones judeo-cristianas occidentales y las budistas en su diversidad, sin olvidar el Zen y el Tibetano oriental.

6. Enfatizar la verdad en un mundo de mentiras y la simplicidad en un tejido de complejidad**.** La originalidad del autor es verdad y sencillez, en la expresión de su propuesta, sin desatender la complejidad. Verdad porque todo lo que propone lo ha probado, trabajado, experimentado, vivido él mismo a través de su experiencia y la de sus estudiantes o discípulos. No lo ha planeado desde lo alto o lo lejano de una oficina, con mente cerrada a un amplio horizonte.

Verdad porque es el fruto de una búsqueda personal y comunitaria a través de maestros, autores calificados, experiencias vividas, encuentros en diversas partes del mundo. No sólo se conforma con escribir este resultado sabio, sino que lo pone en práctica y crea los medios adecuados para que otros lo experimenten. Los SAT, privilegiados encuentros terapéuticos y "re-nacedores," se han afinado en el transcurso de treinta años de su puesta en marcha. Si se dirigían principalmente a los psicólogos y terapeutas, ahora se está invitando cada día más a los profesores, maestros, educadores en general y, evidentemente, a los padres de familia.

La idea de Claudio Naranjo es ofrecer a toda la juventud –con la escuela o sin la escuela– una formación digna de ella, y no en contra de ella. "El hombre no es una hoja en blanco sobre la cual la cultura puede escribir su texto," escribió Erich Fromm. Antes de enseñar cualquier materia, es prioritario el conocimiento del ser. El descubrirse es descubrir a los demás. Maravillarse de sí mismo, de su Ser supremo, es maravillarse de los demás y del entorno natural. Respetar la naturaleza humana y su entorno ecológico tiene este precio.

Claudio Naranjo es directo, subraya nuestra hipocresía colectiva al repetir o escribir la cita que veneramos en la escuela: "Conócete a ti mismo," asociado a la figura y misión de Sócrates.

Pues, de hecho, el auto-conocimiento no tiene ningún lugar en nuestra práctica educativa, a pesar de que es curativo de por sí: nos libera de la compulsión a la repetición y del condicionamiento emocional y así permite un proceso de liberación con el fin de reconocer el Ser verdadero.

La verdad, sí, es compleja pero no complicada, conduce a la médula, se expresa, se vive y se enseña con simplicidad. Así lo hace el autor, quebrando las distorsiones y el ridículo miedo a hablar simplemente de la Esencia, de nuestra esencia: el amor. Lo que conocemos sobre todo es el camino contrario al amor, que sabe a infierno y se expresa en lo cotidiano: enemistad, guerra, pleito, ira, miedo, descontrol, depresión y tristeza. Esencia, explica Maslow, retomando a Suzuki, es lo mismo que conciencia unitaria, lo mismo que "Vivir a la luz de la eternidad."

De hecho, en escuelas públicas como también privadas, se confunden las palabras: religión y esencia del Ser es vocabulario prohibido, reemplazado por un disfraz de la verdad, así que tenemos deformaciones desde el comienzo de nuestra escolaridad, pues, a los educadores se les educó de la misma manera. Así que nuestro mundo se muere de sed. No tenemos otra alternativa que morir o resucitar desde ahora. Es la invitación del autor con los SAT: dar capacidad de elegir el camino, abrir conciencia.

Su pedagogía está también basada en la verdad y la simplicidad. Aprender a ser no impide aprender a hacer, pero lo supera. Es saber poco a poco quién soy y lo que me impide serlo, lo que él llama el auto-conocimiento, y Naranjo sugiere medios o prácticas que permiten esta sabiduría superior, como la superación de conductas repetitivas y nefastas.

7. Atreverse a hablar del Corazón del corazón. ¿Quién se atreve hoy a hablar del amor en un libro serio y, además, de amor en la educación, sino Claudio Naranjo?. En años o siglos pasados, este hecho hubiera hecho sonreír, hoy empieza a ser un asunto de una importancia que no se puede negar. Propone una educación

centrada en el ser y el no-hacer, o sea en el corazón. Es realmente una nueva cultura, porque aunque existía esta enseñanza, no la hemos entendido ni practicado realmente. Pues el amor toca el fundamento de nuestro ser. No se puede buscar al ser a través de la ciencia y la filosofía, sino a través de algo superior, vivencial, en lo que teje cada fibra de nuestro ser: el amor.

En la escuela en general se desatiende el campo de lo afectivo y devolvemos al mundo "individuos fijados en pautas infantiles" que se expresan a través de la conducta, los sentimientos y los pensamientos. Está lejos de ser una educación centrada en la plenitud del desarrollo. ¿Cuándo la escuela nos ayuda a desarrollar nuestra capacidad de amar? para hablar de nuestro esencial don o tejido interior. Ni siquiera existe una pedagogía del amor en nuestros programas educativos para profesores. Y como afirma el autor: salud y amor son inseparables, tanto para sí mismo como para los demás. La salud mental conlleva la capacidad de amar.

Claudio Naranjo considera que una nueva orientación hacia el cultivo del amor y la compasión, es el factor específico que puede poner fin a la situación en que el individuo es una consecuencia irremediable del pasado. Subraya que todos los males, problemas emocionales, neurosis, provienen de una frustración de nuestra necesidad de amor en la niñez, y este hecho nos ha desconectado del Ser. Recibir amor, advierte, no basta para encontrar al ser perdido. Ayudar a restablecer el vínculo amoroso con los padres permite el reencuentro consigo mismo. También habla del "camino del amor." Invita a curar nuestra frustración del amor, abandonar la búsqueda de ser, y dedicarse a Ser.

Concluyendo este ensayo puedo decir que Claudio Naranjo no busca para nuestra época actual un método para educar "mejor" por medio de reformas, pedagogía renovada, cambios en lo que ya es obsoleto, sino para re-educar, para re-centrar, a los profesores en primera instancia, en lo que es la finalidad de la educación, en lo esencial y no en lo general, en el ser mismo y no en los artefactos,

en la esencia del ser y no en la falsedad del ego que hemos nutrido exageradamente por generaciones, lo que ha provocado sólo frustraciones, desviaciones e infelicidades, como podemos constatar al mirar nuestras realidades cotidianas.

Propone una educación que parta de la realidad de hoy, que nos salve de nuestro infierno creado, que apunte a nuestros sufrimientos pecaminosos, que nos anime a emprender nuestro desarrollo personal y social, y que también destape y resucite al espíritu enterrado bajo inutilidades, escombros, basuras podridas, para que así, superando el miedo, dejemos fluir y florecer la evolución de nuestra naturaleza y de la que nos rodea.

En síntesis, propone una educación realmente transformadora, como lo indica el título de este libro, es decir una educación salvífica, holística, integradora que tenga en cuenta tanto las partes del ser como su unidad.

Este libro es el camino del propio autor, es una síntesis de un buscador incansable al servicio de la humanidad partiendo de la medicina del cuerpo, pasando por la medicina de la profundidad de la mente, y llegando a la medicina supra-mental, la del espíritu, siendo médico del alma o mejor dicho médico integral. Su libro es revelador de su propia evolución y de su entrega a la humanidad en todas las facetas del ser. Corona la búsqueda, la lucha y la entrega a sus discípulos y al mundo mismo a través de sus cada vez mayor numero de lectores y participantes al SAT.

Me siento optimista frente a este cambio en nuestro mundo, que se expande ya en todos los países, gracias a los viajes de Claudio Naranjo –a pesar de que todavía fuera de las instituciones públicas–, porque se percibe la sed de numerosos educadores y terapeutas, quienes en parte trabajan en instituciones públicas, se ve el esfuerzo de transformación de unos cuantos en este planeta, se experimenta el uso sabio tanto de las antiguas como de las nuevas técnicas centradas en el desarrollo humano que proporcionan estos encuentros dirigidos por el autor, silencioso, pero efectivo.

Sin embargo, a unos cuantos, se nos hace lento el cambio

comparado con la expansión veloz de la locura destructiva del no-amor y de la anti-sabiduría en nuestro planeta. ¿Quién ganará? ¿David o Goliath? Depende mucho de la pasión en el corazón, del compromiso efectivo, de la entrega incondicional y de la vida transparente de los David, guiados por maestros de la estatura de Claudio Naranjo.

Si la nueva física nos hace decir que "El ser humano es un maravilloso holograma que se contiene a la vez a sí mismo y a todo los demás" (Culioli), entonces se puede concluir que si unos cuantos se atreven a crear el camino, tarde o temprano todos lo emprenderemos.

NOTA DEL EDITOR

La presente edición del libro de Claudio Naranjo *Cambiar la educación para cambiar el mundo* responde al interés de Indigo/Cuarto Propio de poner a disposición del público latinoamericano esta importante obra que recoge lo esencial del pensamiento, reflexiones y experiencia en el ámbito de la educación de un destacado intelectual chileno quien, además, ha desarrollado su labor profesional en diversos países.

La obra que el lector tiene en sus manos, corresponde a la Primera Parte del libro publicado en España por Editorial La Llave con el mismo nombre.

Indigo/Cuarto Propio realizan así una nueva contribución de su Serie Caminos de la Conciencia, esta vez destinada a dar conocer las ideas y proposiciones de Claudio Naranjo para transformar la educación y el mundo que habitamos.

POR UNA EDUCACIÓN SALVÍFICA

1.- LA PROMESA DE UNA CIVILIZACIÓN MORIBUNDA

El patriarcado es una creación histórica de hombres y mujeres que se formó a través de un proceso de unos 2.500 años de duración. En su forma más temprana, apareció como el estado arcaico. La unidad básica de su organización fue la familia patriarcal, que tanto expresó como generó, paso a paso, sus reglas y valores.

(Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*)

Vista de cerca, la conquista del mundo no es una bella cosa.

(Joseph Conrad)

Cuanto más se ha sometido el hombre a normas colectivas, tanto más ha aumentado su inmoralidad individual.

(Carl G. Jung)

Mucho se ha hablado de "nuestro momento histórico" a fines del milenio, ya sea con un ánimo catastrófico o con un entusiasmo milenarista, y es difícil desconocer la relevancia de la visión apocalíptica en nuestro tiempo –pues aunque no hay duda de que asistimos a la crisis de una cultura milenaria que parece encaminada hacia el colapso, es también sano albergar cierto optimismo, nacido de la esperanza y de la fe en el destino humano.

Ya Marx escribió acerca de cómo las contradicciones internas del capitalismo llevarían a la crisis de un sistema social intrínsecamente explotador. Pero es sólo más recientemente que nos damos cuenta de que nuestra sociedad está efectivamente en crisis, y no tanto por una quiebra económica o financiera, por ahora, sino como resultado de la explotación de la naturaleza.

Fue el informe para el Club de Roma del Stanford Research Institute, titulado "Límites del crecimiento" (1972), el que por primera vez puso en claro que estamos en peligro de extinguirnos, del mismo modo que les sucedió a los dinosaurios millones de años atrás, a consecuencia de nuestra inflexibilidad; y aunque haya académicos que arguyan que las predicciones de entonces no se han cumplido, ello no es exacto, y asociamos al Club de Roma la más lúcida visión de lo que podríamos llamar nuestra problemática objetiva. Digo "problemática objetiva" para distinguirla de la problemática psico-espiritual (a mi juicio subyacente) que será mi tema, y al emplear el término "problemática" lo hago (tal como el Club de Roma lo hace) en referencia a un conjunto de problemas interrelacionados de tal manera que su solución aislada, huyendo de los especialistas, exige un abordaje sistémico –pues lo que es beneficioso para solucionar un problema, acaba dificultando la solución de otro.

La Enciclopedia de *Problemas y Recursos Humanos*, publicada años atrás por Humanité 2001 en Bélgica, enumera más de ocho mil problemas, pero es claro que muchos de ellos son antiguos. Entre los nuevos cabe destacar especialmente tres, comenzando por la sobre-población. Podríamos decir que la superpoblación no sólo torna más presentes, sino más graves los problemas antiguos: somos tantos ya que no podemos seguir viviendo de la misma manera. Tenemos muchos vicios que antes pasaban inadvertidos. Así, por ejemplo, en otro tiempo se podía arrojar la basura un poco "más allá," pero ya no se puede, pues ya no hay un más allá. Se está pensando en llevar desechos radioactivos al espacio, pues aquí en la Tierra estamos entre vecinos cada vez más próximos y estrechos. También había siempre un lugar más allá que conquistar, y ello permitía que se manifestase esa sed de conquista tan propia de nuestra civilización –que Toynbee llamó Fáustica en implícita alusión a la última escena del Fausto de Goethe–. En ella Fausto se siente un benefactor de la humanidad cuando, con la ayuda de Mefistófeles, se empeña en construir diques que le permiten quitarle tierras al mar.

Una segunda situación nueva (también evocada por la citada escena de Fausto) es la del progreso tecnológico que, como la sobre-población, amplifica y hace insostenibles muchas actitudes características que se expresan en nuestra forma de vida colectiva desde el comienzo mismo de las civilizaciones. No se trata sólo del agotamiento de los recursos naturales no renovables y del peligro de autodestrucción bélica: estamos interfiriendo con el equilibrio de la naturaleza de tal manera que asistimos a la desaparición de los bosques y al envenenamiento del plancton marino, del que depende principalmente la renovación del oxígeno que respiramos, y nos amenaza un calentamiento gradual de la atmósfera por la acumulación del anhídrido carbónico. Ello, a su vez, tendría por consecuencia un derretimiento de los hielos polares y la inundación de grandes sectores del mundo habitado, comenzando por los puertos.

A ello se suma la progresiva destrucción del ozono que nos protege de la radiación ultravioleta solar, lo que no sólo contribuye al calentamiento, sino que origina niveles letales de tal radiación. Si además consideramos las especies animales que desaparecen cada día, no podemos dejar de sentir inquietud por el resultado de la constante interferencia humana con la compleja diversidad de la vida, especialmente cuando constatamos que los fenómenos que al parecer llevaron a la extinción masiva de distintas especies en otras eras geológicas son de naturaleza comparable.

Un tercer factor problemático –eminentemente moderno– es el efecto que las empresas transnacionales y las grandes acumulaciones de dinero están teniendo sobre los gobiernos y organizaciones no gubernamentales con sus respectivas iniciativas. Estamos en un mundo crecientemente regido por criterios puramente económicos, mientras que en tiempos antiguos la política tenía por lo menos la aspiración de servir a otros valores. Es cierto que ha corrido mucha sangre por causa de diversos nacionalismos y pudiera inspirar optimismo la superación de un mundo dividido en estados soberanos, pero no son sólo los estados soberanos los que se ven amenazados en su libre determinación: el mundo entero parece transformarse

en un mero mercado de trabajo y productos en el que necesidades humanas y valores culturales que hemos considerado universales van siendo progresivamente aplastados. La pobreza no cesa de aumentar y también la brecha entre ricos y pobres.

Pero, como he dicho, es mucho lo que se ha hablado ya de nuestro momento histórico en el curso de los últimos decenios, y mi tema será en estas páginas más bien el de nuestro momento psico-histórico. Como persona cuya experiencia específica radica en lo espiritual y en lo terapéutico –es decir, en lo que atañe al proceso del desarrollo humano– no me ocuparé tanto de nuestra problemática objetiva como de la consideración de sus aspectos más interiores; es decir, no tanto del sistema tecnocrático-comercial que nos domina como la "Gran Bestia" de la profecía, sino de su corazón –es decir, de los aspectos psicológicos y espirituales de nuestro mal colectivo.

Al hablar de un abordaje psico-histórico no sólo me refiero a que me ocuparé del aspecto interno de nuestros problemas, sino a un intento de comprender lo que está pasando hoy en el mundo desde una perspectiva de la evolución de la cultura. Pero ya que la palabra "cultura" suele entenderse en un sentido relativamente exterior –en alusión a ideas, cuadros, obras musicales, costumbres, instituciones, etcétera–, conviene decir que mi interés es más bien el de la historia del "espíritu humano." Me interesa, entonces, la consideración de nuestro tiempo y de su historia en sus aspectos psicológicos o mentales, e invitaré a mis lectores a observar cierto paralelismo entre nuestro desarrollo histórico y el desarrollo de la conciencia individual.

Personalmente, siento cierta fascinación por la idea de que en sectores diferentes de la realidad se observan procesos, leyes o estructuras semejantes, aunque la ciencia no haya llegado a mostrar exactamente las relaciones causales entre tales casos de "isomorfismo." Un ejemplo muy conocido es el de cómo se repite la evolución de las especies –evolución que ha ocurrido a través de sucesivas edades geológicas– en la vida del individuo.

Cada uno de nosotros ha comenzado su vida como un organismo unicelular, y ha pasado durante la vida embrionaria por una etapa reminiscente de la de los invertebrados. Luego, como vertebrados, fuimos algo parecido a los peces, y hay un momento en el desarrollo del embrión en que nos parecemos mucho a los ratones, pues nuestra línea evolutiva pasó por los roedores antes de pasar por los insectívoros, que precedieron a los monos y en quienes se empezó a desarrollar la corteza cerebral en relación con el ojo y con la mano. En resumen, nuestro desarrollo individual es un eco de la evolución de nuestra especie.

Pero resulta más misterioso el eco entre distintos niveles de la realidad. Por ejemplo: ¿Es coincidencia el que en el mundo sonoro la duplicación de la frecuencia de un sonido define la octava musical –en que se repiten de ocho en ocho las notas de tal modo que el ascenso progresivo se torna en una espiral–, en tanto que en el mundo visual los colores del espectro visible también constituyen una octava? ¿Y que según la tabla periódica de Mendeleiyeff los elementos químicos también se ordenen en octavas? Intuimos una estructura universal, y ello sin duda ha hecho sentir a algunos como si el Creador pusiera sus impresiones digitales en distintos ámbitos de la creación. Y también la música nos parece un espejo sonoro de leyes universales, por lo que se ha dicho que ella encarna una "música de las esferas." Cuando escuchamos la música de Beethoven, por ejemplo, sentimos muy fuertemente que se reflejan en ella procesos vivos: la estructura espiral de su configuración temporal evoca en nosotros un desarrollo que nos es familiar en el transcurso de nuestra experiencia afectiva. Es como si después del barroco, en que la música era lineal, entrase en ella la experiencia humana del desarrollo, y a través de ello encontraran expresión musical las leyes de la vida misma

En forma muy abstracta se puede hablar de tales ecos morfológicos respecto de una *estructura fractal en el universo*. Para quien sea nuevo este concepto matemático reciente, una imagen puede proporcionar una explicación sencilla: la del hombre que mira una

botella en cuyo rótulo puede verse la imagen de un hombre que mira una botella, en cuyo rótulo... etcétera. O bien la imagen de espejos que se reflejan uno al otro, interminablemente. En un caso como en el otro, la parte refleja al todo, y esta situación, lejos de ser exclusiva de artificios humanos, bien pudiera constituir algo generalizado en la organización del mundo natural. Así, por ejemplo, en los árboles, la arborización está en la estructura del tronco, del que se separan las ramas principales, como en la estructura en cada rama y, por último, en la nervadura de cada hoja. Y aun en cada rama de la nervadura se repite la forma del árbol entero.

Personalmente, y como ya he dicho, me interesa mucho la idea de una estructura fractal u holográfica del mundo, y lo que me propongo a continuación es explorar un caso particular de isomorfismo, cual es la idea de la sociedad como un organismo: la de que nuestro organismo colectivo tenga una evolución, y que esa evolución pueda, tal vez, tener ciertas características semejantes a las que conocemos del desarrollo del individuo aislado.

La idea fue propuesta por Spencer, sociólogo a la sombra de Darwin. Y tal vez porque lo que propuso fue un "Darwinismo social" en el que se traslucía el deseo de justificar el incipiente industrialismo capitalista con la idea de una supervivencia de los más fuertes en el orden natural, no llegó a ser muy popular en su época la idea que también propuso de un organismo social con sus propias leyes. Pero más recientemente parece estar entrando en la cultura la idea de una sociedad potencialmente organísmica –al hacerse prominente el paradigma holístico y al surgir tanto la ciencia de sistemas como la ecología, con su concepción de Gaia que equipara la Tierra con un organismo vivo–. Y ya la ciencia moderna no se apresura en tachar de superstición el dicho hermético de que "como es arriba es abajo." La misma idea de que entre el nivel atómico y el nivel planetario del mundo inorgánico pueda percibirse cierta analogía parece apoyar a la idea de que en el nivel social de la vida humana puedan observarse ciertas características semejantes a las del individuo.

Yo creo que la gran promesa de la idea de un isomorfismo entre la evolución de la conciencia individual y la evolución de la cultura a través de la historia es que de la evolución individual sabemos más que de la evolución social, pues a través de las épocas, en todos los tiempos, ha habido individuos que han "atravesado el río," individuos que han llegado a algo que sentimos como la promesa del potencial humano.

Ya los griegos reconocían un potencial de divinización del ser humano, y ello se celebraba en el mito y culto de Dionisio, divino hijo de Dios que se hace mortal y sobrevive a su muerte. Más ampliamente, se llamaba "héroe" al hombre sobrehumano que se diviniza y trasciende la muerte, y el culto de los héroes en Grecia era más solemne que el culto a los dioses –pues involucraba el duelo de sus muertes trágicas y se esperaba de ellos una bendición.

Los héroes han convivido con nosotros a través de las generaciones, los llamemos como los llamemos, y es difícil no darse cuenta que ha habido en la historia seres como los creadores de las religiones y otros genios religiosos, santos o maestros de vida que han tenido algo que decirnos acerca del proceso por el cual llegaron a su sabiduría y bondad. Las luminarias de la conciencia humana en todas las civilizaciones han trasmitido nociones muy sofisticadas acerca de cómo es el camino, y la psicología comienza ahora a nutrirse de esas viejas fuentes.

La Psicología Transpersonal comienza a interesarse en integrar lo que la observación científica nos dice acerca de las primeras fases del desarrollo, con lo que los antiguos han sabido siempre de las fases más avanzadas del "gran viaje." Y una cosa es clara: que el proceso de la evolución de la conciencia individual es una especie de metamorfosis psico-espiritual –una transformación– que entraña un proceso de muerte y renacimiento. Atravesamos por diversas pequeñas muertes psicológicas a través de las cuales vamos dejando atrás ciertas motivaciones, y nos vamos desprendiendo de aspectos de la personalidad forjada durante la infancia, de lo postizo, que es algo que hemos internalizado de la patología social que nos

rodea o algo que tuvimos que adoptar como modo de defensa, y a medida que nos vamos liberando de lo obsoleto y limitante, va emergiendo nuestra potencialidad interior, esa conciencia mayor que llamamos espíritu y es como la flor en el árbol de nuestra vida. En el lenguaje de la Psicología Transpersonal, vamos dejando atrás el ego, y con ello vamos liberando nuestro ser esencial de la prisión de nuestra "neurótica" compulsividad condicionada.

Y ello se da en etapas. Ya empieza eso en la pubertad, que es un momento de una pequeña liberación, parece que algo nuevo naciera en la vida humana. Naturalmente, nuestro desarrollo ha atravesado varias etapas antes de ello, desde la así llamada fase de separación-individuación en que pasamos a depender menos del contacto con nuestra madre y a explorar más autónomamente el ambiente, a la importante etapa en que (a los 6-7 años) adquiere nuestro intelecto una mayor capacidad de abstracción y comienza para muchos la vida infantil recordada. Pero durante tales transiciones tempranas de la infancia lo que ocurre es una combinación de maduración, socialización y perturbación de nuestra salud original: a medida que maduran nuestras facultades vamos entrando progresivamente en el mundo y cayendo a la vez progresivamente del paraíso. Pero con la pubertad comienza un "camino de regreso," que es el comienzo de una transformación –por más que ésta quede en muchos –tal vez la mayoría– detenida–. Mucha gente se siente como si hubiese nacido con la adolescencia, o terminado de nacer –aunque en la perspectiva de una vida realizada sea más exacto decir que se trate del primero entre una serie de nacimientos a lo largo de un proceso de individualización progresiva que coincide con una progresiva profundización de las relaciones–. Parece como si sólo entonces empezara a nacer un yo propiamente personal –un tercero independiente– entre el mundo de las internalizaciones del padre y el de la madre.

Y entraña la entrada en la adolescencia una crisis: un período de transición difícil. Es la primera en una serie de transiciones difíciles

que se suceden en la vida de una persona –saltos cualitativos en nuestro proceso de desarrollo, a la vez que pasajes delicados.

Al entrar en la vida adulta, es decir en la época en que decimos haber alcanzado la "mayoría de edad," muchas personas reconocen otro momento crítico. Ciertamente la transición, como la de la pubertad, entraña una maduración biológica: es ahora (a los 24-25 años más o menos), cuando termina la osificación del esqueleto, y el hecho de que sea poco antes de ello que se nos asignen las libertades y responsabilidades de la mayoría de edad legal, implica el reconocimiento de una maduración psicológica también. Para muchos es ésta una época en que el joven adulto se aleja de su familia de origen, y para los que han tenido la oportunidad de una formación profesional es la época de transición entre el aprendizaje preparatorio y el trabajo de servicio. El hecho de dejar cosas atrás, es una pequeña muerte, del mismo modo que cuando el individuo pasa a vivir su vida de forma más creativa e individual, se trata también de un pequeño nacimiento. De nuevo la persona cambia de mundo, y al alejarse de sus influencias originales puede dejar de interesarse en el contacto con amigos anteriores. Siente como si ahora comenzara su vida de verdad y anteriormente no hubiera entendido nada, y sintiendo que ha avanzado o crecido mucho puede despreciar a sus camaradas del colegio o del posterior ambiente estudiantil.

Y viene más adelante en la vida una tercera época crítica alrededor de los 36-37 años: aquella a la que a menudo se alude como la crisis de la mitad de la vida (*middle age crisis*). Fue tal vez Jung el primero en llamar la atención sobre cómo a la mitad de la vida muchas personas sienten que ya no les satisface lo que han estado haciendo, pues pareciera que el mismo éxito que han tenido en cumplir con las expectativas de su adolescencia los llevara a descubrir lo limitado de tales satisfacciones y propósitos. Más decisivamente, una relativa desilusión de sus antiguos sueños e ideales les abre a una búsqueda interior, de modo que, independientemente de influencias religiosas, puede hablarse de

una "conversión" por la cual la persona se aleja relativamente de lo mundano para entrar en un camino de evolución deliberada.

Pareciera que se hace presente un ciclo de 12 años a través de nuestro desarrollo, de modo que a la transición de la pubertad (a los 12) y a la de la mayoría de edad (a los 24) sigue esta transición de la mitad de la vida (a los 36). Y es curioso que aproximadamente a esta edad que para algunos es la del comienzo de un camino, otros (como Buda o Whitman) han llegado a la madurez espiritual o encontrado la muerte (piénsese en Mozart, Byron, Schubert, Keats y otros), tras un florecimiento precoz.

Así como es crítica la transición de la infancia a la adolescencia, que a veces se acompaña de sufrimiento y de problemas, y así como la época de transición a la vida adulta es también un momento en el que los problemas psicológicos pueden alcanzar la gravedad de las psicosis, la transición que sigue puede coincidir con un apogeo de la problemática del individuo. Diría yo que es ésta la época en que la neurosis individual, que evoluciona junto a la persona de cuya mente y cuerpo se nutre para sustentar una existencia de parásito, alcanza un máximo de desarrollo que no puede ser desatendido. Es la época, por ejemplo, en que el obsesivo llega a tal obsesividad que no le queda más que comprender su enfermedad y proponerse vehementemente un cambio de orientación. O aquella en que un alcohólico sucumbe a su adicción hasta un extremo tal como para que su vida familiar o su supervivencia misma se vea amenazada. Pero es precisamente este agravamiento de la problemática emocional y caracterológica lo que lleva a la persona a un proceso terapéutico efectivo, o al comienzo de un verdadero trabajo espiritual.

Aunque la idea de que se sucedan ciclos biológicos de aproximadamente doce años en nuestro desarrollo se ve confirmada en que la edad de los 48 corresponde al climaterio y la de 60 al comienzo de la vejez, no son éstas las etapas más significativas desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia, pues quien ha vivido ese cambio de rumbo "a mitad del camino de nuestra vida,"

tarde o temprano cosecha los primeros frutos de su búsqueda. Particularmente cuando la persona se siente suficientemente motivada para buscar ayuda en la psicoterapia o en alguna de las escuelas espirituales tradicionales, su etapa de aspirante (o vía purgativa del misticismo cristiano) desembocará en la así llamada vía iluminativa –un período de cosecha y abundancia que constituye una vez más –y más que nunca– un nacimiento: un nacimiento al espíritu, o un nacimiento del espíritu.

Pero ni siquiera esta fase de conciencia expandida constituye el fin del desarrollo interior, pues sigue a la fase iluminativa tarde o temprano esa contracción de la conciencia que en el mundo cristiano se conoce como "la noche oscura del alma" –el *nigredo* de los alquimistas– que es a la vez un período de incubación y una muerte interior: aquella a la que San Pablo aludía al hablar de la muerte del "hombre viejo" que precede al nacimiento del hombre nuevo. Pocos llegan a conocer esta "noche oscura" que constituye la siguiente y más grave crisis del desarrollo humano, pero pienso que lo que sabemos acerca de ella (a través de la experiencia de esos pocos que, como Jonás, fueron tragados y regurgitados), interesa no sólo (como siempre) a los peregrinos en su viaje interior, sino a todos –por su relevancia a nuestra situación colectiva–. Pues, como me propongo compartir a través de las siguientes páginas, pienso que aquello que en el desarrollo de la conciencia individual es el período de oscuridad que precede a esa fase de madurez definitiva del espíritu, que se conoce en la teología mística como la vía unitiva, es donde encontramos el más adecuado paradigma para la fase de la evolución colectiva por la que ahora atravesamos.

Pero lo que vengo de proponer supone la consideración de la historia en su conjunto y de sus etapas. ¿Es cierto que puedan discernirse en ella saltos o transiciones críticas análogas a las que se observan en el desarrollo individual? ¿Y son esclarecedoras del proceso histórico las nociones de muerte y de nacimiento?

En la evolución psico-espiritual del individuo es pertinente la noción de transiciones que conllevan a la vez el carácter

de nacimiento y de muerte porque, pese a la connotación de la palabra "individuo," nuestra mente es dual: lejos de ser seres unificados, llevamos en nosotros, junto a nuestro ser esencial, una especie de sub-personalidad parasitaria que podemos llamar nuestra neurosis. (Me parece lamentable que la palabra "neurosis" esté desapareciendo del lenguaje psiquiátrico moderno, pues se necesita algún término para aludir al hecho de que la mayor parte de los síndromes conocidos por la psicopatología constituyen manifestaciones alternativas de un mal semejante, y no una verdadera multiciplidad). Puede decirse que albergamos en nosotros dos yo –uno sano y el otro (eco de un mal colectivo) enfermo–, y en vista de ello nuestro desarrollo temprano consiste a la vez en la maduración de nuestro ser esencial y en un crecimiento de nuestro ser parasitario –es decir, una complicación y fortalecimiento de nuestra psicopatología.

Posteriormente, cuando empieza (en el mejor de los casos) la recuperación de nuestra salud, se puede decir que nuestra parte enferma va muriendo, y que nuestra parte sana, liberada de interferencias, va asomando o naciendo.

Aplicada a nuestra condición colectiva, esta idea puede resolver la paradójica pero innegable observación de que nuestra historia entrañe a la vez progreso y decadencia: progresamos en nuestro conocimiento y dominio del mundo, pero evoluciona también nuestro mal colectivo –del que nos vamos liberando pero que hasta ahora –como ante un enemigo parcialmente aniquilado que consigue refuerzos– no terminamos de vencer.

Parece claro que al comienzo de nuestra historia, como al comienzo de nuestra vida individual, nos desarrollamos en un ambiente traumático. El trauma con que se encuentra cada criatura que sale del vientre materno nos era invisible hasta hace poco de la misma manera que es invisible para el pez el agua en que se mueve. La universalidad y antigüedad de nuestra condición nos había acostumbrado y en cierto modo encallecido el alma. En nuestro tiempo de mayor conciencia psicológica, sin embargo, son muchos

para quienes se ha tornado evidente aquello que Reich llamaba la "plaga emocional," trasmitida a través de las generaciones como el pecado original. Por lo menos las personas que atraviesan por un proceso terapéutico han tomado conciencia de las heridas de su infancia y del origen de éstas en las aberraciones caracterológicas de sus padres –y basta haber comprendido esto para comprender que los defectos de sus padres, a su vez, han sido eco de las limitaciones en la capacidad amorosa de sus respectivos progenitores–, y así sucesivamente. Y del mismo modo que el individuo sufre y enferma (sabiéndolo o no) a raíz de la angustia, frustración e inseguridad en su encuentro con la condición emocional aberrada de su entorno, es difícil poner en duda que los primeros humanos sufrieron el trauma de una grave amenaza a su supervivencia: pues la historia de nuestra especie comienza durante el último periodo glacial, cuando a la amenaza del frío se unió la del hambre, y la necesidad de sobrevivir en condiciones tan precarias, seguramente trajo consigo la necesidad de matar –tal vez a otros humanos.

Es muy paradójico eso. Se puede leer la historia simultáneamente de dos maneras. Ya como un continuo progreso, como los darwinianos quisieron leerla y como hasta la década de los 50 –no mucho tiempo atrás– era la visión predominante, o según otro punto de vista, que coincide con la lectura antigua de las tradiciones espirituales. Según ésta hemos caído de una condición arcaica paradisíaca, y no terminamos aún de caer: vamos cayendo a través de las edades, y nuestro progreso científico se inserta en un contexto de creciente deshumanización.

Spengler mostró cómo todas las grandes civilizaciones nacen gloriosas y después de un período seminal dorado alcanzan su verano esplendoroso en que florecen sus potencialidades, pero luego empiezan una larga decadencia hasta que, llegadas a su período invernal, se atrofian y fosilizan. Luego Toynbee escribió ese extenso *Estudio de la historia* que fue tan célebre en su tiempo, aunque ahora no esté tan de moda porque los historiadores consideran cosa de sobra conocida el que, como él mostró tan claramente,

las civilizaciones nacen en respuesta a desafíos y con el tiempo mueren. Y a veces se dan maridajes, como en el caso de la nuestra, que es híbrida de un doble origen: porque nuestra civilización es la prolongación del mundo greco-romano podemos decir que fuimos maternizados por éste, pero el mundo greco-romano fue fecundado por el mundo judeocristiano, y aunque nuestros genes nos hayan llegado principalmente de los indoeuropeos, nuestro espíritu (a pesar del característico antisemitismo de la civilización europea) nos ha llegado en gran parte desde Abraham.

Pero volviendo a la consideración de los albores mismos de la historia: decía que así como ocurre en la vida individual, en nuestra evolución más temprana coincidió la maduración de nuestras facultades con circunstancias altamente traumáticas. De modo que así como individualmente caímos del paraíso del vientre materno a este mundo cabeza abajo y lo pasamos mal ya en la sala de partos de algún hospital (donde se nos ha golpeado la espalda, con la falta de sensibilidad característica de nuestra cultura, para confirmar a través de nuestros gritos que estamos vivos), también en nuestra vida colectiva hemos caído "cabeza abajo" (de cabeza). Por más que el desafío de esta caída de la abundancia de la vida selvática tropical a la precariedad haya sido un estímulo a la astucia y a esa inteligencia práctica que hoy vemos culminar en el desarrollo tecnológico, también hemos perdido algo en nuestro necesario endurecimiento. Creo que conviene entender el desarrollo de la historia como el de una planta que se ha contaminado con un parásito: a medida que crece, también crece el parásito que se alimenta de su vida. Así, a medida que evoluciona nuestro ser a través de la historia, evoluciona también nuestra enfermedad, que hoy en día hace pensar en un cáncer.

Ocurre en la vida individual que para superar la programación disfuncional de la que dependen nuestros síntomas y dificultades en la convivencia, debemos remontarnos al trauma original –que no siempre es exactamente un incidente, sino que es a menudo una situación permanente ante la que debimos aprender a defendernos

con la adopción de un falso yo y la traición a nuestro ser verdadero–. Se dice que el principal sentido de la historia es el de entender el presente, y pienso que también en lo colectivo es posible que la cura de nuestra condición enajenada colectiva deba pasar por la comprensión y reconsideración de nuestro trauma histórico original, que no fue otro que aquel de esa amenaza del hambre y de los hielos que nos enseñó a matar a nuestros semejantes para sobrevivir. Los escasos restos de los albores de nuestra historia de *Homo Sapiens* sugieren que nuestros antepasados Cromagnon debieron aprender a comer no sólo grandes animales, como los osos polares, sino también a sus primos, los Neanderthal. La extinción del hombre Neanderthal por esa época así como la notable proporción de cráneos perforados entre sus restos llevan a pensar que tuvimos que hacernos caníbales –y se hace comprensible el fenómeno del canibalismo en tiempos recientes como un vestigio de un canibalismo necesario y sacralizado de tiempos remotos.

Es muy interesante considerar cómo la religión en sus orígenes estuvo íntimamente ligada a los sacrificios, que primero fueron sacrificios humanos y después se fueron transformando en sacrificios animales para llegar por último a sacrificios simbólicos y a la concepción psicológica del sacrificio del yo. Ha recibido mucha atención recientemente entre antropólogos e historiadores el libro de René Girard titulado *La violencia y lo sagrado*, que pretende entender esta relación entre violencia y religión como resultado de la santificación de un crimen original o arcaico. Sin compartir las interpretaciones de Girard, pienso que hubimos de romper nuestro vínculo original con nuestros semejantes y traicionar y empobrecer nuestra potencialidad amorosa original en los albores de nuestra historia. Y creo que nos ayuda a comprender, tanto el trauma original de nuestra especie como el origen de los ritos de sacrificio, una costumbre observada en tiempos no muy lejanos por los esquimales, que después de criar un oso polar como un animal doméstico querido, lo preparaban para la transición feliz hacia una mejor vida antes de sacrificarlo y comérselo. No es difícil

entender empáticamente su situación psicológica de tener que reconciliar el amor con la necesidad de matar para sobrevivir. El rito sacrificial, puede decirse, es una manera de descriminalizar una violencia inevitable a través de una sacralización compensatoria y a la vez expiatoria. Con el correr del tiempo, sin embargo, nos acostumbramos a considerarnos dueños de la creación y a trivializar la muerte, no sólo de animales, sino –particularmente durante la era de la televisión– de humanos. Ello favorece la persistencia de la actitud cripto-canibalística que ha caracterizado nuestra historia de explotación violenta y se hace sentir tan dramáticamente en la actual codicia exterminadora del imperio global capitalista, que arrasa con la naturaleza, con los desposeídos y con los valores humanos. La antigüedad remota de la voracidad y de la insensibilidad humana hacen comprensible que a través de la historia hayan sido pocos los pensadores que han considerado al ser humano como intrínsecamente amoroso. Ciertamente no nos hemos comportado como seres bondadosos a través de nuestra historia colectiva, y los más realistas no han podido desconocerlo. Pero pienso que la fe de Rousseau en nuestra bondad intrínseca anticipó la visión mayoritaria de la psicología moderna y refleja una comprensión psicológica más aguda que el cinismo de Maquiavelo: hoy en día reconocemos como profética su noción de que estamos presos en la civilización y debemos volver en cierto sentido a una condición arcaica. Acertadamente, entonces, propone Salvador Pániker una evolución retro-progresiva, en que el avance implica la recuperación de algo primitivo que hemos perdido.

El próximo paso –o pasaje– en nuestra historia es el que nos llevó de una anarquía competitiva (como Darwin imaginó a propósito de la selección natural de las especies) a lo que se ha llamado el período Neolítico en alusión a los restos arqueológicos de herramientas y armas de piedra pulimentada. Pero más importante que el progreso técnico en el trabajo de la piedra fue entonces la transición de la vida nómada a la vida sedentaria, que se hizo posible con el comienzo del cultivo de vegetales. Se habla

a menudo de esta transición como de "la revolución agrícola," pero ello es quedarse corto en la comprensión de un cambio más profundo, pues no sólo nació en aquel tiempo la agricultura sino, más ampliamente, la cultura: las primeras tumbas no sólo apuntan a una conciencia de la muerte, sino a una veneración de los muertos en que se adivina la concepción de un más allá. Y otras señales nos confirman que en esta época –entre unos treinta a diez mil años atrás– nace el espíritu religioso. Y nace el arte –del que nos quedan las magníficas pinturas rupestres de Lascaux y otras cuevas, así como objetos tallados en piedra o marfil–. Y empieza la alfarería, y surgen los primeros textiles. Y más allá de tales inventos específicos (que incluyen además de la agricultura, la vivienda y las ropas, la alfarería y la cestería) se percibe un espíritu común de cultivo y cuidado, como si el cultivo de la tierra no fuese más que una extensión del cultivo y cuidado humano y como si la vivienda y las vestimentas, como las cavernas mismas, fueran proyecciones del útero materno sobre el mundo exterior. Aunque por ahora no haya completa unanimidad acerca de ello entre los estudiosos, pareciera que el sedentarismo y la revolución agrícola hubiesen sido iniciativas femeninas, y es coherente con ello el hallazgo de abundantes figuras de mujer entre los restos arqueológicos –figuras de vientre y pechos prominentes que sugieren un homenaje a la procreación y la maternidad–. Empieza en el Neolítico –al menos en la cuenca del Mediterráneo y Medio Oriente– lo que hoy día algunos llaman la época matrística.

Fue Bachofen, notable historiador contemporáneo y colega de Nietzsche en la universidad de Basilea, hacia fines del siglo XIX, quien por primera vez formuló la idea de que algunas instituciones y usos que se habían considerado simple expresión de la naturaleza humana fuesen más bien parte de una cultura "patriarcal" relativamente reciente, antes de la cual habría existido un "matriarcado." A partir de análisis de textos (como los de Heródoto) y de artefactos, observó que en otro tiempo la cultura estaba centrada en la figura de la mujer, y que los valores masculinos (de heroísmo guerrero)

estaban supeditados a valores femeninos (de cultivo y afirmación de la vida). Así en Grecia, por ejemplo, antes de la era de los dioses olímpicos había dominado la vida religiosa la figura de la Gran Diosa Madre, y esta religión diferente se había asociado a otras prioridades en el ámbito del derecho y a un distinto régimen de propiedad –en que ésta, como el nombre mismo de las personas, pasaba a través de la madre–. La idea de Bachoffen constituyó un fuerte estímulo para el desarrollo de la antropología, que en su comienzo se interesó vivamente en investigar la existencia de culturas matriarcales contemporáneas. El resultado de tales indagaciones fue analizado cuidadosamente en una extensa obra de Robert Briffault,[1] y puede decirse que para algunos la información recogida no validó suficientemente la idea de un "matriarcado"; pero aunque el dominio de la mujer o de lo femenino no debe entenderse en forma análoga al dominio masculino[2] –pues la dominación a través de la fuerza es algo que sólo surge con la supremacía del hombre, y por más que sea cierto que no se han encontrado ejemplos importantes de "matriarcado" en el sentido etimológico de "gobierno" femenino, son muchas las culturas "matrísticas," en las cuales el poder de lo femenino se expresa a través de la dignidad e influencia de las mujeres y la prominencia de valores femeninos–. Y entre estos, el más característico, junto a la reverencia por la vida y la sacralidad de la procreación, parece ser la solidaridad tribal.

Aunque según la convención de los historiadores la revolución agrícola del Neolítico precede en miles de años al nacimiento de las primeras civilizaciones, es en esta época, durante la cual la presencia de la mujer parece suavizar y agregar profundidad

---

1 *The Mothers*.

2 La distinción está claramente expresada en el título de un libro de la antropóloga Peggy Reeves acerca de los orígenes de la desigualdad sexual: *Poder femenino y dominio masculino*.

emocional a la vida de los primeros nómadas cazadores, cuando comienza a hacerse presente el movimiento civilizador que florece con las primeras grandes ciudades.

Bien pudiéramos decir que no sólo nace durante la era matrística la cultura propiamente tal, sino el hombre. Pues es entonces cuando el animal humano se hace efectivamente un animal cultural. En el lenguaje del Génesis podemos decir que es ésta la época Adánica de la Historia, la época en que fuimos insuflados por el Espíritu. Y si buscamos una analogía para esta etapa de maduración y a la vez socialización y culturización de nuestra especie, la encontramos en esa transición a una mayor madurez y socialización que tiene lugar con la llegada a la segunda infancia.

También en este caso se observa una cierta suavización de la instintividad apenas inhibida de la primera infancia –inhibición característica de lo que Freud llamó un "período de latencia"– y para la mayoría de las personas la vida anterior, como una prehistoria personal, queda sumida en el olvido.

Pero después de Adán viene Caín, y según las breves palabras del relato bíblico la época de Caín y Abel no sólo es aquella en que, expulsados del Jardín del Paraíso, nos iniciamos en la criminalidad, sino también la edad de los metales.

Es con esta nueva transición en la historia de nuestra cultura con la que se considera que termina la prehistoria y comienza la historia propiamente dicha –pues esta época de la así llamada "revolución urbana" es también aquella en que inventamos el alfabeto, y con el comienzo de la escritura comenzamos a dejar un registro explícito de nuestros actos y pensamientos.

A la época de los glaciares aparentemente siguió una en la cual el derretimiento de los hielos causó grandes inundaciones y lluvias –el "diluvio" de tantas leyendas antiguas–. Pero la tierra luego empezó a secarse, y los pueblos se agruparon en torno a los grandes ríos: los de Mesopotamia, el Nilo, el Yangtsé, y el Ganges. En sus riberas, grandes masas humanas tuvieron que cultivar la tierra, y para coordinar sus esfuerzos instituyeron un sistema de autoridad

jerárquica a gran escala. Que se tratase de una autoridad benigna nos lo sugiere tanto la razón como el hecho de que los primeros gobernantes fuesen reyes-sacerdotes y no poseyeran tierras: sabemos que entre los Sumerios eran los dioses los dueños de la tierra, y los reyes-sacerdotes sólo sus intermediarios y servidores. Pero sabemos que la autoridad es una cosa muy delicada y, como a menudo se repite desde que Lord Acton lo observara, "la autoridad corrompe y la autoridad absoluta lleva a la corrupción total." En otras palabras: a mayor autoridad, mayor peligro de que ésta pase a servir a intereses personales que entran en conflicto con el bien común. De más está señalar cómo el curso de la historia ha mostrado una y otra vez que la autoridad benigna se transforma en autoritarismo, que bajo el régimen autoritario mandan los que tienen la pasión de mandar, y que los intereses creados alimentan la sed de poder.

La época que sigue a la edad matrística ha sido caracterizada por Ken Wilber, como una etapa "solar" en el desarrollo histórico de la conciencia. Así lo justifica no sólo el notable avance cultural que significaron importantes inventos como la escritura y el calendario, sino el que los grandes templos nos hacen sentir un avance espiritual: a la antigua religión de la tierra se agrega ahora la religión del cielo –es decir: la intuición de una sacralidad trascendente.

Pero no podemos desconocer el aspecto problemático del advenimiento de la sociedad patriarcal: sólo entonces comienzan las guerras, y con el nuevo régimen comienza también la esclavitud.

Es probable que la esclavitud haya comenzado con el rapto de mujeres. Tal como nos muestran las películas de Hollywood acerca de los Hunos y otros Arios primitivos, hordas de guerreros se dejan caer sobre una población sedentaria y se llevan a las mujeres como hembras reproductoras y sirvientes domésticas. Después, los poderosos vencedores parecen haberse dado cuenta de que una esclavitud más generalizada podría ser tanto posible como conveniente: no sólo las mujeres pueden ser capturadas y vendidas, sino también los hombres.

Ya que de la esclavitud al establecimiento de clases sociales hay sólo un paso, se puede comprender la violencia original hacia las mujeres como el origen del establecimiento permanente de una clase oprimida –así como de una clase opresora que se arroga el derecho a gobernar a la otra "por su propio bien."

Hay indicios de que el establecimiento del régimen patriarcal haya entrañado una revolución violenta, y así lo sugieren diversos mitos, como aquel que relata cómo Apolo, tras su derrota de la serpiente Pitón, la reemplaza en el oráculo de Delfos, o el de Perseo, héroe griego del que se narra cómo, con la ayuda de Hermes y de Pallas Atenea, le corta la cabeza a la terrible medusa Gorgona. La Gorgona –como Pitón, una personificación de la Gran Diosa Madre–, tiene una cabellera de serpientes, lo que sugiere su relación con el mundo arcaico de la instintividad. (Es universal la asociación de la Diosa arcaica con la serpiente, y también es universal la vuelta del mundo patriarcal contra la serpiente como reflejo del reemplazo de la religión de la tierra y de la vida por una religión del cielo y de la trascendencia).

Si bien es comprensible que en el feminismo de hoy se tienda a identificar la era matrística con el legendario paraíso perdido, me inclino a pensar que es más exacta la visión de los antiguos que concebían ese tiempo –la mítica "edad de plata"– como una primera fase de deterioro respecto a una condición previa de armonía original a la que se ha aludido como una "edad de oro." Así lo sugiere la asociación de las culturas matrísticas con los sacrificios humanos, y también su régimen de tiranía grupal. Erich Fromm ha interpretado esta fase en el desarrollo colectivo de nuestra conciencia como una etapa de estancamiento a través de una "unión incestuosa con la tierra," y sospecho que la revolución a través de la cual las bandas masculinas de cazadores se apoderaron del poder haya sido sentida como un gesto liberador en pro de la evolución de las potencialidades humanas y en contra de las limitaciones del *status quo*.

Es más que posible, entonces, que la revolución patriarcal, pese a la violencia criminal que inyectó en nuestra cultura, haya respondido a una necesidad –constituyendo, como nuestra antropofagia original, un crimen sagrado–. El que así pueda haber sido, sin embargo, no significa que el régimen patriarcal siga siendo necesario; más bien interesa hoy en día que comprendamos cabalmente la destructiva obsolescencia de la civilización patriarcal, y si es cierto que se puede aplicar a la conciencia colectiva la estructura del proceso de transformación del individuo –proceso que supone la comprensión y reconsideración de las heridas del pasado y de las correspondientes formas reactivas tempranas de nuestra actitud ante el mundo, que se han tornado automáticas e inconscientes– es imprescindible que comprendamos que desde tiempos muy remotos las formas de vida que hemos considerado correctas no han sido funcionales ni amorosas. Es más: deben ser revisadas y debemos abrirnos a la posibilidad de haber estado equivocados. Así como nada ayuda tanto al individuo como entender lo que pasó al comienzo de su propia vida para encaminarse a la liberación, pienso que ahora estamos necesitando considerar que nuestros problemas comunes presentes no son sino el desarrollo natural de lo que nos está pasando desde hace milenios.

Y no se trata simplemente del capitalismo ni de la mentalidad que surgió con la era industrial, ni es simplemente algo que haya complicado nuestras vidas durante los últimos siglos: se trata de algo tan antiguo como nuestra civilización misma, y podemos aludir a ello como la "estructura profunda" de eso que comenzó hace unos 4-5 milenios con la así llamada "edad de bronce." Tal es la naturaleza de nuestra crisis, término que, como pone de manifiesto el tan citado hexagrama del I Ching, conlleva tanto peligro como oportunidad. Y descubrir que –más allá del autoritarismo, la violencia, el nacionalismo, el mercantilismo y otros males tan indudables como bien conocidos–, el mal fundamental que nos aqueja se encuentra en la estructura patriarcal de nuestra mente y de nuestras relaciones, nos invita a pensar que

estemos fijados en una etapa adolescente de la conciencia colectiva, aunque hoy en día tal inmadurez resulta insostenible.

Pero sigamos adelante con la consideración de las analogías entre la evolución del individuo y las fases de la historia. Si la pubertad o primera adolescencia de nuestra especie fue la tan heroica edad de bronce en la que se instituyó el dominio masculino a través de la violencia y la astucia, puede decirse que alcanzamos una mayoría de edad colectiva con ese desarrollo posterior de la sociedad patriarcal que se caracterizó por el surgimiento de los primeros imperios: época que tanto la mitología como la arqueología designan como "edad de hierro." Y si la "edad de plata" matrística en que nos hicimos agricultores sedentarios correspondió al período "edénico" de nuestro mito bíblico y la transición a la edad de bronce está señalada en éste por Caín –el primer metalúrgico– la edad de hierro es la edad de Nimrod, y se continúa en la de los gigantes y de esa perversión creciente con que se caracterizan los tiempos entre Babel y el diluvio.

Pero el relato bíblico es un mosaico en el que se integran varias historias precedentes, y nos dicen los historiadores que, alegorías aparte, es la conquista de Canaán la que corresponde a la edad de bronce, y que la edad de hierro en la historia de Israel corresponde a los tiempos del rey David y de Salomón –cuando probablemente se redactaron los así llamados "Libros de Moisés."

En Grecia comienza la edad de hierro con la guerra de Troya, y en la India con la guerra entre Pandavas y Kauravas que constituye el tema del Mahabarata. La edad de hierro es también la de los primeros imperios mesopotámicos –la del legendario Gilgamesh y sus excesos–. Los griegos de la época homérica exaltaban a Aquiles y a Ulises, pero también concebían su tiempo como menos esclarecido que aquel en el que habían vivido la mayor parte de los héroes semi-divinos. Tanto en su caso como en los de Babilonia y Egipto pudiera decirse que la grandeza de la heroica edad de bronce se complicó con una mayor grandiosidad. Joseph Campbell ha acuñado la expresión "inflación mística" en

referencia a la actitud que llevó a los egipcios a enterrar a sus faraones en compañía de su familia y servidores –sofocados en sus tumbas en un acto de total devoción–. Trasluce tal práctica, más que una simple jerarquía en torno al poder espiritual, una especie de ebriedad de poder que se vuelve innecesariamente contra la vida. Diríamos que, igual que en la psicología individual, la grandiosidad esconde una inseguridad y una necesidad de afianzar un poder que se ve amenazado o duda de su propia legitimidad.

Si la edad de bronce con su revolución patriarcal constituyó la pubertad de nuestra especie, podemos decir que la edad de hierro –con el apogeo destructivo del poder violento que ésta trajo consigo– corresponde a esa segunda adolescencia que llamamos "mayoría de edad."

Pero decía que en nuestro desarrollo individual puede seguir a la adultez (en el mejor de los casos), otra transición crítica, que se asocia con la des-idealización de nuestros sueños adolescentes y al comienzo de un nuevo rumbo. Es a esto que se ha llamado la "crisis a la mitad del camino"(*mid-life crisis*) y ello lo que constituye la "crisis de entrada" al camino propiamente tal: iniciación, conversión o *metanoia*.

Cuando se da esa crisis, se atraviesa un umbral que lleva a un proceso de auto-conocimiento y auto-realización en el que los valores del mundo adulto parecen hacerse obsoletos, y de esa voluntad de dejar atrás lo conocido surge un vuelo: una primera aproximación a la experiencia espiritual propiamente tal o experiencia contemplativa. Nace propiamente la conciencia del buscador y comienza ahora un viaje interior que se hará cada vez más alto y más profundo.

Algo así podemos encontrarnos también en el proceso de nuestra evolución social. Tras la edad de nuestra sangrienta adultez, es decir, durante el patriarcado degenerado, surge esa fase de la historia que Jaspers ha propuesto llamar "el período axial," justamente porque se nos aparece como una *metanoia* colectiva.

Así como en su comienzo mismo las civilizaciones surgen con una sincronía que nos hace pensar en una red única de conciencia (ya en este mundo o a través de su participación común en otro invisible), también nos llama la atención la sincronía de las culturas en los tiempos de Zoroastro, de los Upanishads, de Buda, de Confucio, Lao Tze o Sócrates. Aunque en su empeño de encontrar algo análogo en la historia del pueblo judío unos 500 años a.C. Jaspers apunta a Isaías, nos parece más razonable encontrar el verdadero paralelo en Jesucristo, a pesar del desfase temporal –comprensible en una cultura que persistió por tan largo tiempo en su forma de vida pastoril–. En la leyenda del pueblo judío, sin embargo, el florecimiento de la conciencia que sigue a una superación de la edad de hierro se simboliza en Noé, y la misma transición encuentra eco en el relato de la migración de Abraham de Caldea, que se continúa con la descripción del desarrollo de la mente profética a través de la historia de Abraham y de los demás patriarcas.

Parecería que el período axial constituyese el equivalente de la fase iluminativa de nuestra evolución colectiva, pero es más exacto compararlo con la epifanía que precede al camino –como la estrella que anuncia el pesebre o la zarza ardiente que presagia el Sinaí–. Pues se trata de la iluminación de unos pocos, lo que de ninguna manera entraña una transformación colectiva. Y es característico del período axial que la conciencia de los profetas sea desoída –como esa "voz que clama en el desierto" de la que habla el evangelio de Juan– y ellos mismos convertidos en víctimas por la ignorancia destructiva de las mayorías. Algunos de los héroes del período axial son "crucificados," de una u otra manera: José es vendido como esclavo en Egipto, Sócrates condenado a la cicuta, otros se alejan del mundo –como Lao Tsé o Buda, que predica una retirada colectiva–. En todo caso, se trata en este tiempo de una conciencia muy diferente de aquella que en una época precedente inspirara la Guerra Santa de los arios del Irán antiguo o de la India védica: se trata ahora de una conciencia despojada de la grandiosidad y desme-

sura característica de los faraones o de los héroes griegos. Podemos decir que, con el paso de los siglos, los arios dominadores fueron impregnándose del espíritu matrístico de las culturas dominadas, y en la India el espíritu de los Upanishads fue fruto de esa síntesis entre el mundo védico ario y el espíritu ctónico de las culturas más arcaicas de Mohenjodaro y Harappa. Igual ocurre en tiempos de la Grecia clásica, durante la cual Esquilo en su Orestíada hizo explícita una aspiración al equilibrio entre el espíritu patriarcal de su tiempo con el espíritu matrístico del pasado.

Del mismo modo que el fruto del periodo axial fue sólo una conciencia minoritaria, semilla de una mayor conciencia futura, la nueva conciencia que emerge al comienzo de la transformación del individuo puede decirse que es la semilla de la futura "fase iluminativa" del camino –pues constituye una conciencia insular que aún no se ha integrado al mundo emocional o al de la acción.

Podríamos decir que la conversión o *metanoia* y la iluminación difieren como el nacimiento de un embrión difiere del nacimiento propiamente tal, o como el de una semilla difiere del árbol crecido que aún no ha dado su fruto. Análogamente, las religiones que comenzaron en el período axial de la historia pueden ser concebidas como organismos socio-culturales de naturaleza seminal, y la semilla de la iglesia cristiana parece no habernos dado hasta ahora un mundo acorde con sus ideales y preceptos. Pues el estado de nuestra conciencia colectiva, aun en nuestro tiempo apocalíptico, es uno en que la idea de una sociedad regida por la sabiduría y el amor continúa siendo un sueño, y un sueño que tal vez la mayoría de los intelectuales considera incompatible con la "naturaleza humana."

Como en la crisis de la mitad del camino en la que el individuo atraviesa una transformación sólo parcial –que compromete más a su mente que a su corazón o cuerpo– tras la catástrofe de la mítica "edad de hierro" surgió una sub-cultura espiritualmente superior que sólo por mantenerse ajena al sistema socio-cultural y político o por saber adaptarse a él fue a su vez tolerada –e incluso altamente

respetada–. Con la perspectiva de los siglos, sin embargo, se nos hace transparente el precio de la concesión que hicieron las viejas religiones para ser dejadas en paz. En el caso del cristianismo se resume tal concesión en el célebre dicho de "dad al César lo que es del César."

A la fase de entrada al camino y a ese período de aspiración y esfuerzo designado en el cristianismo como la "vía purgativa," sigue en el desarrollo individual la nueva transición cualitativa que se conoce como "vía iluminativa." Es entonces cuando comienza propiamente la vida espiritual para la persona, que ya no es sólo un buscador, sino alguien cuya mente se ha abierto a la experiencia contemplativa. Como la pubertad, la entrada a la madurez y la entrada al camino, se trata de un pasaje a un nuevo nivel de existencia del que se puede hablar en términos de un nuevo nacimiento. Es también esta transición el punto de entrada a esa fase del desarrollo en que el individuo es sobrecogido por un impulso evolutivo espontáneo e irreversible.

Algo semejante puede decirse de lo que ha sido en la historia de la civilización el Renacimiento Europeo. Así como florece la vida del individuo en la experiencia iluminativa, se puede decir que floreció nuestra civilización en el Renacimiento, que constituyó su verdadero nacimiento –pues sólo entonces surgió efectivamente la síntesis entre los legados greco-romano y judeocristiano–. Más que nada, sin embargo, el Renacimiento fue el comienzo de una liberación a través de la cual empieza a superarse un milenario autoritarismo secular y eclesiástico. Y a esta liberación ha seguido una aceleración considerable del ritmo de la evolución social, en oleadas sucesivas.

Al comienzo se caracterizó el Renacimiento por la afirmación de la libertad individual, que se expresó principalmente en la reafirmación de los valores de la cultura greco-romana, eclipsada por siglos de cristianismo medieval; luego, se hizo más explícito el cuestionamiento de la autoridad eclesiástica y ello llevó tanto al correspondiente reforzamiento del poder de la nobleza como a

la investigación del mundo a través de la observación y la razón, ahora relativamente liberada del pensamiento dogmático.

Siguieron las revoluciones sociales, tanto en Francia como en las colonias europeas en las Américas, en esa época que llamamos "el siglo de las luces" –que no sólo fue el del triunfo de la razón en Kant y en Voltaire, sino aquel en que Beethoven y Rousseau abogaron por la liberación del corazón, originando el movimiento romántico.

Y una vez más una ola revolucionaria caracterizó el siglo siguiente, cuando los aportes del conocimiento científico se habían complicado con los problemas económicos y humanos del industrialismo. Se puede caracterizar a los revolucionarios de este tiempo como defensores implícitos de la instintividad, y la influencia de Nietzsche, con su ataque a la civilización cristiana en nombre de la vida y del espíritu dionisiaco, fue mucho más allá de la que usualmente se registra en la historia de la cultura cuando se le proclama originador de la filosofía existencial. Su desenmascaramiento de la hipocresía inconsciente de sus contemporáneos no había tenido precedentes, y se comprende que Freud dijese que Nietzsche había sido el hombre que mejor se había conocido a sí mismo. Fue de él principalmente que Freud heredó su propia visión de "las vicisitudes de los instintos" bajo el imperio del moralismo, y por más que no llegara en su propuesta teórica a la condenación de la civilización (prefiriendo, ante la clara visión de su incompatibilidad con la vida instintiva, condenar a esta última) su trabajo práctico fue el de un liberador de la sexualidad.

Y lo que Freud hizo por el sexo, lo hizo Marx por el hambre –es decir por las necesidades asociadas al instinto de conservación.

Sospecho que, como en una estructura fractal, el proceso histórico total –observable a través de los milenios– se refleja en la estructura de cada una de las civilizaciones de manera análoga a cómo en ciertas cotas la estructura que muestra un mapa detallado es semejante a la que puede verse en uno a mayor escala. Si consideramos específicamente la estructura de la civilización

occidental, al menos, la analogía es clara. Si identificamos el tiempo de su nacimiento con el de Jesucristo, el Renacimiento se nos aparece como una pubertad, el siglo de las luces como su mayoría de edad y la época de Marx y Freud –que constituyó un cambio de rumbo ante la conciencia de la explotación (social) y la represión (psíquica)– como el equivalente colectivo de la crisis de mitad del camino.

Según tal análisis "microscópico" de nuestro ciclo histórico específico, la última ola de liberación –que se correspondería con la fase iluminativa del desarrollo individual– ha sido la de ese breve pero poderoso renacimiento planetario de los años '60; movimiento de carácter a la vez neo-freudiano (por su fuerte componente terapéutica) y neo-marxista (por su espíritu libertario) al que se ha aludido a través de expresiones tales como "la nueva era" y "la revolución de la conciencia." En esta perspectiva más abarcadora (amplia) que propongo, sin embargo, la revolución cultural de la "nueva era" se nos aparece sólo como una última etapa –de alcance planetario– en un proceso iluminativo y liberador de transformación social que tuvo su comienzo en Florencia durante el siglo XIV.

De una u otra manera, sigue a la fase iluminativa del desarrollo la "noche oscura del alma," y si es válido el isomorfismo que vengo proponiendo entre lo individual y lo social, nos cabe esperar un oscurecimiento colectivo de la conciencia. Tanto la interpretación del Renacimiento como la fase iluminativa de la historia, como la del movimiento cultural de los años '60 como la fase iluminativa de la civilización cristiana occidental, nos dicen que estamos al borde del equivalente histórico de esa etapa de "noche" o "contracción." Y, en efecto: pese al progreso técnico pareciera que se hubiera detenido hace unos dos decenios el proceso de liberación iniciado en el Renacimiento.

Pero antes de proceder a una consideración de la "noche oscura del alma" como paradigma de nuestros tiempos críticos, conviene que nos detengamos en un examen más detenido de

la ola cultural de los '60, así como en lo que la experiencia del desarrollo individual nos dice respecto a la transición entre la expansión (iluminativa) de la conciencia y la contracción que le sigue.

Comienzo por la así llamada "nueva era," que en su momento fue sentida por muchos como la antesala de un mundo feliz y que hoy aparece ante la conciencia popular como una moda bohemia transitoria y superada. Fue esta la época de la cual escribió Marilyn Ferguson en su popular libro sobre "La Conspiración de Acuario," y tanto la alusión a la Era de Acuario (que según los astrólogos sigue a la de Piscis durante los siguientes dos mil y pico años) como la expresión "nueva era" han evocado una manera de ver y sentir las cosas estrechamente ligada a una nueva cultura terapéutica y espiritual que se manifestó con una efervescencia creativa notable en el surgimiento de numerosas escuelas y líderes carismáticos, a veces con características que justificaron el que Jacob Needelman –en su libro clásico sobre aquel tiempo– hablase de nuevas religiones.[3]

Pero este movimiento terapéutico y espiritual tuvo lugar en un contexto más amplio, pues coincidió –en tiempos de la guerra en Vietnam– con el despertar del pacifismo, de diversos movimientos de justicia social, del feminismo y del ecologismo. Y principalmente definió a este período de nuestra historia cultural lo que el historiador Theodor Roszak, escribiendo a fines de la década del 60, describió como el nacimiento de una "contracultura": una sub-población minoritaria pero notable de individuos animados por la conciencia de que el "sistema" en que vivimos (el sistema de lo establecido al que por aquel tiempo se empezó a llamar el *Establishment*) no merece nuestra confianza ni nuestro respeto.

---

[3] Needleman, Jacob. *The New Religions*. Double Day. Enero 1970. ASIN# 0385034490

La conciencia de que "el mundo está loco" se ha generalizado lo suficiente hoy en día como para que olvidemos que se trata de algo bastante reciente. Si bien estuviese claro para los más esclarecidos en las tradiciones espirituales antiguas que el mundo vive "en el pecado" o en una especie de carrusel de sueños, la idea de una caída o degradación de la conciencia colectiva desde una condición de mayor plenitud espiritual fue cayendo en el olvido y terminó por ser reemplazada –después de Darwin y el industrialismo– por la creencia en un continuo progreso. Es a Freud a quien debemos la noción de la universalidad de la neurosis, y fueron seguramente los post-freudianos –como Fromm y sus colegas de la escuela de Frankfurt, así como R.D. Laing y el gremio de los psicólogos humanistas– quienes llegaron a comprenderlo más cabalmente. Pero en la década de los 60, la intuición de que "el mundo está al revés" se popularizó, y se encarnó principalmente en personas, generalmente jóvenes, que, explícita o implícitamente desilusionadas del mundo convencional, de sus valores y de sus tradiciones, emprendieron una búsqueda en pos de una conciencia y una vida nueva. Se llamaron a sí mismos *hippies*, pero esencialmente fueron jóvenes que, insatisfechos con los caminos conocidos, se dispusieron a dejar atrás lo familiar para experimentar libremente con lo desconocido.

Hoy en día la palabra *hippy* ha venido a asociarse a drogadicción y a una marginalidad problemática, pues la contra-revolución burguesa que siguió a la "nueva era" ha conspirado con éxito en su denigración. Así parece haberlo comprendido proféticamente Sasaki Roshi –maestro Zen al que escuché dar una conferencia en la Universidad de California en 1965–. Con implícito humor y cierta provocación, anunció que hablaría del espíritu del budismo, y procedió a explicar que éste coincidía con el espíritu *hippy*. Buda mismo había sido un *hippy*, paso a explicar Sazaki, cuando dejó la casa de sus padres y las comodidades de su palacio para emprender la búsqueda de la verdad.

Pero hoy en día la búsqueda de significado que animó a esa generación ha sido escarnecida y hasta criminalizada por el espíritu

policial de un sistema que no ha perdido oportunidad de atacar a los peligrosos rebeldes, apuntando a su entusiasmo psicodélico. Invocando la defensa de la salud pública y la simpatía de los familiares preocupados, el *Establishment* llevó la criminalización de las drogas a un encarnizamiento sólo comparable a lo que hasta entonces había sido la guerra contra el supuesto peligro del comunismo. A través de tal persecución no sólo ha llenado las cárceles y acallado a las juventudes problemáticas, sino que, sutilmente, ha aplastado el sentir de la cultura emergente bajo la lápida de la respetabilísima y represora "derecha cristiana."

Así como para el individuo la fase iluminativa del desarrollo de la conciencia es sólo una especie de "luna de miel" espiritual durante la cual el ego sólo aparentemente ha desaparecido sin haber sido verdaderamente superado, así también nuestra primaveral "nueva era" tuvo cierto carácter de salto hacia las estrellas, y si bien éste llevó a que algunos la sintieran como una prefiguración profética de un futuro posible, no cabe duda de que aquellos que se creían a las puertas del reino de Dios fueron soñadores un tanto optimistas. Y es así como nuestra condición colectiva actual puede compararse a la de Perceval quien, después de haber perdido de vista, sin saber cómo, el castillo del misterio, debe ahora afrontar difíciles pruebas antes de que pueda recuperarlo. Y pasada nuestra luna de miel colectiva nos descubrimos en una crisis tan profunda como para preguntarnos si la aparente liberación no fue más que un sueño o si lo engendrado entonces no terminará en un aborto.

Es claramente aparente que la ola cultural de nuestro tiempo tuvo una fase expansiva que comienza a fines de los años '50 y una fase de contracción contra revolucionaria que comienza a dominar desde los '80, pero debemos tener presente que, tanto en lo individual como en lo colectivo, los altibajos aparentes encubren una realidad más compleja: cuando nos parece estar progresando estamos simultáneamente cayendo, y cuando lo más llamativo es la decadencia, seguramente puede discernirse en su seno un nuevo

desarrollo. Y es así como desde el Renacimiento no sólo ha estado teniendo lugar una progresiva liberación, sino, simultáneamente, una corrupción y una des-espiritualización. Puede entenderse la aparente contradicción si se tiene presente que a cada paso en nuestro desarrollo (tanto interior como social) se desarrolla también en nosotros una patología que pudiera decirse parasitaria: un ego personal o colectivo (del que cada uno es portador) que se nutre de nuestras energías en el afán de realizar una especie de sueño que no coincide con nuestras necesidades o potencialidades. Y de la misma manera como en la "noche oscura" individual el peregrino descubre que todo su progreso ha sido como nada –en tanto que no ha encarnado su supuesta realización espiritual en su vida física ni en su realidad interpersonal concreta– así también, me parece, en nuestra noche colectiva descubrimos que continuamos siendo prisioneros de nuestro patrón patriarcal milenario, que se ha hecho más poderoso que nunca con el progreso tecnológico y con el afianzamiento del orden establecido a través del imperio del poder económico.

Y, sin embargo, ya que sólo a través de la trascendencia de ese "hombre viejo" colectivo puede nuestro progreso ponerse al servicio de una verdadera evolución, no podemos desestimar la oportunidad que significa nuestra crisis.

Me parece que al proceso de transición colectiva de los años '60 a los '80 le es de aplicación lo mismo que sabemos de la transición individual desde el "periodo iluminativo" a la "noche oscura del alma." Después de la irrupción de la conciencia espiritual, sobreviene en el individuo un proceso de inflación entusiasta –esa *hybris* de los antiguos a la que a veces he aludido como un "síndrome del aprendiz de brujo," en que las realizaciones del espíritu pasan al servicio del ego– y ello contribuye a que, confundiéndose lo *egoico* con lo visionario, tenga lugar luego una invalidación y represión de la conciencia nueva.

Cuando tras su acceso de arrogancia espiritual, el individuo se da cuenta de que ha puesto la gracia recibida al servicio de su

narcisismo, su ansia de poder o su conveniencia personal, se ve en una condición semejante a la de Edipo Rey cuando, horrorizado ante sus excesos, se saca los ojos y se auto-condena al exilio. Y de la misma manera que el aprendiz en la vida espiritual cuando comienza a madurar, tras la toma de conciencia de sus excesos arrogantes los repudia comenzando así su "viaje nocturno," así la inspiración de una subcultura de jóvenes buscadores fue tornándose en un mercado de charlatanería y en un "nuevo narcisismo," y luego la profusión del oro falso ayudó a que el mundo desconociese el oro verdadero. Llegó así el momento en que la nueva era (ya en 1976) quemó en efigie a su *hippy* (en el Golden Gate Park de San Francisco), comprendiendo tanto la degeneración de su ideal como su derrota ante el poder del orden establecido. En la música, que tan fielmente refleja el espíritu de los tiempos, el rock tierno de los Beatles dio paso al *heavy metal*, y el espíritu de los *flower children* fue reemplazado por el de los *punks*. La conciencia de las juventudes pasó de la esperanza al cinismo, y el niño interior de cada uno, que empezaba a intuir su divinidad intrínseca, se volvió a convertir en el malvado de siempre.

Y es así como la contracultura –particularmente en el ambiente estudiantil californiano–, después de haber inspirado el movimiento de las libertades cívicas, el pacifismo, el feminismo, la ecología, y los alternativismos espiritual y terapeúticos, pareció desvanecerse de tal manera que en nuestros tiempos conservadores no sólo se desvaloriza a Marx y se ridiculiza al espíritu de la contracultura, sino que nos parece contrario a la moda de la modernidad y a sus cánones del buen gusto aludir al imperio capitalista global que está destruyendo la vida en la tierra en nombre de la democracia y el progreso. A su servicio están los medios de comunicación, y bajo su influencia creciente están gobiernos y universidades, todo lo cual permite que el totalitarismo, como el lobo de la fábula, haya podido, efectivamente, disfrazarse de oveja democrática. Hasta la filosofía, que ha pretendido constituir la ciencia de la verdad, contribuye a la confusión a través de la

formulación postmoderna. En el mundo del relativismo que se propugna hoy, todo es "deconstruible" y a la vez se afirma que todas las culturas (¡comenzando por la propia!) son dignas de nuestro respeto. Pero el mundo funciona como si lo único que pudiera moverlo fuese el dinero. Y la única ideología sancionada por la autoridad política en el mundo contemporáneo es la que afirma el derecho de las empresas a comprar y vender en la libertad de los mercados –lo que se traduce en el derecho a la invasión mundial de las culturas tradicionales por el imperio capitalista global y en la prioridad de las consideraciones económicas.

Ya desde los años '80, el espíritu de la cultura pasó de la bohemia a la burguesía, de lo romántico a lo racional y práctico, de lo anti-autoritario al autoritarismo, de lo anti-convencional al "nuevo conservadurismo," de lo libertario a lo policial y de la orientación espiritual de la "nueva era" al apogeo de esa "derecha cristiana" que se nos hace eco contemporáneo de la actitud de Hernán Cortés y otros conquistadores cristianos, en los que la pretensión de superioridad religiosa y el moralismo represor sirven a los negocios y a la codicia.

Mientras que durante los años '60 se sentía en California el clima primaveral de una cultura naciente, durante las últimas décadas el clima se ha tornado otoñal, y lo que más llama la atención son los signos de una cultura moribunda. Así lo anuncia el título del voluminoso libro del historiador francés Barzun *From Dawn to Decadence*, que trata de los quinientos años transcurridos desde el Renacimiento, así como el volumen más reciente de Morris Berman a propósito de los Estados Unidos: *The Twilight of American Culture*. Pero así como "la navegación nocturna" en la evolución del individuo es en el mejor de los casos sólo el preludio a esa etapa que en la teología mística cristiana se ha conocido como la "via unitiva," puede esperarse que nuestros tiempos difíciles entrañen el potencial de nuestra realización plena como especie. Así lo han presentido muchos, seguramente, y específicamente trató de ello alguien durante los años '70 en un libro titulado *The*

Promise of the Coming Dark Age en el que desarrolla la analogía de nuestro tiempo con el de las postrimerías del imperio romano. La contracultura de los buscadores pareciera haberse esfumado ante la implícita "matanza de los inocentes" que tiene lugar en los tiempos de apogeo del nuevo capitalismo neoliberal,[4] y aunque sin que haya llamado la atención del público millares de *hippies* han venido a parar a las cárceles, también puede decirse que el espíritu bohemio y libertario de la "revolución de la conciencia" ha ido penetrando en el sistema y que mantiene su vitalidad en sus intersticios.

Theodor Roszak, historiador al que debemos la temprana crónica de la contracultura, ha publicado un libro titulado *The Wisening of America* (El despertar de América) en que observa que en EE.UU. la explosión demográfica de la así llamada *Baby Boom Generation* se ha combinado hoy en día con el aumento de la expectativa de vida consecuente al progreso de la medicina,

---

[4] Explica en su introducción al libro de Chomsky titulado *El lucro por encima las personas* que "el neoliberalismo es el paradigma político económico definitorio de nuestro tiempo. Se refiere a políticas públicas y procesos a través de lo cuales se le permite a unos pocos intereses privados controlar todo lo posible la vida de la sociedad con el objeto de maximizar su lucro. Asociado originalmente con Reagan y Thatcher, el neoliberalismo durante las dos décadas recientes ha sido la tendencia político–económica global dominante adoptada por los partidos políticos del centro y por muchos de la izquierda tradicional a la vez que los de la derecha. Estos partidos y las políticas que implementan representan los intereses inmediatos de inversores sumamente ricos y menos de mil corporaciones gigantes.
Excepto entre algunos académicos y hombres de negocios, el término neoliberalismo es poco conocido por el público, especialmente en los Estados Unidos. Allí, por el contrario, se alude a las iniciativas neoliberales como políticas de libre mercado que estimulan el libre arbitrio de la empresa privada y de los consumidores, que premian la responsabilidad personal y la iniciativa empresarial y que militan contra la interferencia de un gobierno incompetente y burocrático… Una generación de esfuerzos de relaciones públicas financiadas por las corporaciones le ha dado a estos términos e ideas un halo casi sagrado."

y que el resultado de ambas cosas está resultando hoy en día en una población nunca antes vista de jubilados sabios: gente de más madurez emocional que en otras generaciones en quienes no sólo sobrevive el espíritu abierto de la "nueva era" sino que se encarna el fruto de una larga maduración.

El análisis que hace Roszak de los hechos objetivos coincide con mi convicción de que el antídoto de nuestra presente época de tecnocracia mercantil desatada se halla en el espíritu de nuestra breve época de búsqueda. Y coincide con la visión que propuse unos quince años atrás (en *La agonía del patriarcado*) de los "nuevos chamanes" como una levadura vital para nuestro futuro. Pues si el aspecto obsolescente de nuestro tiempo crítico es la estructura patriarcal de la sociedad, sus aspectos subdesarrollados son el amor y la libertad –factores comunes de lo terapéutico y de lo genuinamente espiritual a la vez que ideales notorios de esos jóvenes soñadores que hoy recordamos con cierto cultivado desprecio.

Termino con una cita del último capítulo ("Un nuevo chamanismo para problemas milenarios") de mi libro recién mencionado:

> Así pues, cuando hablo de un nuevo chamanismo, no hablo de lo mismo que quienes lo creen indisolublemente conectado con tambores, plumas y animales totémicos. El chamanismo que se está extendiendo entre nosotros ciertamente se conecta con tales influencias por resonancia natural con ellas (en forma de receptividad), pero no debemos desconocer que antes de ellas emergió ya como chamanismo autóctono, y que sólo a causa de un vínculo de simpatía entre el chamanismo emergente y el antiguo nos interesamos en él.
>
> Para terminar, creo que, especialmente en nuestro tiempo –cuando tantos aprendices de brujo atraviesan lo que he llamado el "síndrome de la inflación postiluminativa" o la profunda regresión que implica la fase de descenso a los infiernos en el viaje chamánico–, tiene sentido llamar la atención sobre el hecho de que, por mucha maduración que le falte a la actual

generación de nuevos chamanes, a ellos, como pioneros del desarrollo individual, les va a corresponder seguramente con el correr del tiempo jugar un papel muy importante en el proceso de transformación colectiva en el que estamos inmersos. En otras palabras: en esta población de buscadores, un tanto marginales y en su mayoría a medio camino aún, yace un recurso humano de primera magnitud y significado especialísimo para esta época de crisis; pues ciertamente la clave de salida de ella no ha de venir de las viejas instituciones, sino de un nuevo fermento.

Me siento movido a hacer uso aquí de una metáfora conocida ya desde hace mucho tiempo en relación con la transformación individual: la de la mariposa. Sólo que al proponerla ahora como un símbolo de transformación colectiva, habría de ser una macro-mariposa, cada una de cuyas células sería fruto de un florecimiento "en mariposa" de un individuo que (a través de un periodo de peregrinaje e incubación) hubiera dejado atrás en su psiquismo el estado larval original.

Le escuché una vez decir a Willis Harman que la metamorfosis de la mariposa implica, durante su incubación en la crisálida, al mismo tiempo que una desintegración de las estructuras celulares antiguas, un emerger de una nueva estructura central formada de células que –por el hecho de controlar la formación del organismo futuro, como si contuvieran su código de antemano– reciben el nombre de "imaginales."

Así como las células imaginales de la mariposa preceden la transformación del cuerpo larval en un cuerpo adulto alado, así también cabe concebir a los actuales pioneros de la transformación individual como células imaginales del futuro organismo colectivo, de la nueva humanidad emergente.

Si nuestra crisis nos encamina hacia un futuro "día del juicio," seguramente llegaremos a comprender que no se puede servir al mismo tiempo al dios del amor y al dios del dinero; pero es de esperar que la sola inminencia de la fatalidad nos permita detener a tiempo nuestra caída hacia el abismo, y espero que la propuesta de "la noche del alma" como paradigma de nuestros tiempos críticos resulte esperanzadora en el mismo sentido que

fue esperanzador para los aspirantes de hace algunos siglos leer *La noche oscura del alma* de San Juan del la Cruz. Nos decía éste que el alma en esta fase de su peregrinaje ya no necesita azotarse como durante la fase de purificación que precedió a su período luminoso, pues es ahora Dios mismo quien la azota y sólo le cabe mantener la fe.

Los Sufíes, que han descrito muy bien cómo una fase de expansión de la conciencia es seguida por otra de contracción, dicen que esta última no es una bendición menor que la primera. Quiere con ello decirse que, a pesar del obscurecimiento de la conciencia espiritual que esta contracción entrañe, la experiencia de sentirse distante de lo divino y de anhelar la "vuelta a casa" es de inmenso valor. Pudiera decirse que necesitamos atravesar por un empobrecimiento para completar nuestro desarrollo –de manera análoga a como un bebé necesita interrumpir la lactancia para interesarse en los alimentos que corresponden a su mayor madurez.

En su alegoría del viaje interior el místico persa Attar describe siete valles que el individuo debe atravesar antes de encontrar la plenitud, y entre estos los primeros corresponden a fases de la etapa iluminativa: los valles de la búsqueda, del amor, del conocimiento, y del desapego. A medida que progresa el camino, sin embargo, éste se hace más doloroso y menos entusiasmante, y los viajeros deben por último atravesar el valle de la pobreza y de la nada antes de encontrarse con su legendario rey. Igualmente, en el conocido relato del Éxodo del pueblo judío, cuya relevancia psico-espiritual seguramente supera el interés literal e histórico, sigue al episodio del ascenso al monte Sinaí la larga travesía por el desierto, que similarmente evoca sequía y escasez.

Son bien conocidas la aridez y el empobrecimiento psico-espiritual en el individuo, y cómo en éste una "muerte en el alma" coincide con la incubación de una vida nueva. En lo colectivo, en cambio, aún no hemos pasado del otoño al invierno –por mucho que se haga sentir el empobrecimiento espiritual de la cultura y por mucho que se pueda adivinar el empobrecimiento inevitable que ha de entrañar nuestra explotación desmedida

de la naturaleza–. En una época tal es difícil no apreciar la relevancia del antiguo mensaje bíblico relativo a la travesía del pueblo judío por el desierto: se lo conmina a ser fiel a su revelación y a construir un arca a manera de templo móvil en su travesía. En otras palabras, se lo insta a no olvidar durante su travesía la visión del Sinaí. Traducido el símbolo a nuestro momento cultural, su significado resulta más específico que un simple llamamiento a la conexión con lo sagrado, pues el momento de revelación que hemos desoído –nuestro "Sinaí" no ha sido otro que el de nuestra breve y pronto desestimada "revolución de la conciencia."

Los profetas del antiguo testamento lamentaban la porfía del pueblo de Israel al insistir en conductas contrarias a su alianza con Dios. En nuestra era de abundancia de información, es difícil contemplar la historia más reciente del mundo sin sentir algún asombro ante su resistencia al aprendizaje. No sólo fue insuficiente la victimización de los pioneros del tiempo axial: ni siquiera el genocidio parece ser lección suficiente para instarnos a una vida común fraternal y saludable. Así como un paciente que regresa una y otra vez a su terapeuta para re-asegurarse de lo que tiene que hacer y sin embargo sigue postergándolo, seguimos queriendo comprender mejor lo que nos pasa cuando ya los sabios de dos mil años atrás nos lo explicaron con claridad meridiana. ¿Acaso Platón no demostró lúcidamente la necesidad de un gobierno sabio y la imposibilidad de separar la tarea de gobernar con la educación en la virtud? Nuestro conocimiento se hace más y más alambicado a medida que nuestra resistencia genera cortinas de humo crecientemente densas. ¿Cuánto dolor será necesario para despertarnos? ¿Cuán cerca del abismo será necesario que lleguemos antes de que comprendamos cabalmente que nuestro sistema patriarcal –con su autoritarismo disfrazado de democracia, su violencia disfrazada de buenas intenciones, su explotación, su desmedido afán de lucro, etcétera –es un navío que conviene abandonar antes del naufragio?

2.- HACIA UNA SOCIEDAD SANA

No lloréis por los muertos,
sino por la masa apática de los cobardes
y débiles que perciben el sufrimiento y la injusticia del mundo
y no se atreven a hablar.

(Ralph Chaplin)

La libertad es el camino
Por donde pasan los deberes.
¡Fuera con el negocio y el dinero
que esclavizan a los niños y mujeres!

(Tótila Albert)

Yendo al grano

Hay un dicho inglés que afirma: "Cuida de los centavos y las libras se cuidarán solas." Y así dice el sentido común: cuida ante todo de los detalles y de lo concreto.

Pienso que el sentido común, en su falta de sutileza, se equivoca. Más cierto es que, como reza el evangelio, nos conviene darle prioridad al Reino de los Cielos, y confiar que son los detalles los que se arreglarán solos.

Si los innumerables problemas que pesan críticamente sobre nuestra vida colectiva no son sino fragmentariamente remediables y ya que su solución aislada no nos acerca necesariamente a la mejoría de nuestra situación, se hace urgente que nos interesemos y abordemos cuanto antes nuestro meta-problema.

Ya en el capítulo precedente he esbozado la proposición de que la raíz de nuestros problemas específicos y concretos está en

la condición patriarcal de nuestra mente y de nuestra sociedad, y que este desorden de las relaciones intra e interpersonales es la expresión de una patología del amor.

Antes de proceder a una consideración de lo que podemos hacer para remediar tal situación quiero –a manera de anotación al párrafo precedente– citar lo que he ya he dicho en otras ocasiones a propósito de la mente patriarcal y del amor respectivamente.

Un diagnóstico

Una especie de locura parece estar inspirando la marcha de los asuntos humanos. Es algo que se hace cada vez más aparente y acerca de lo que muchos han escrito, emitiendo diversos diagnósticos. Muchos (Gabriel Marcel y Barbara Garson,[5] entre otros) piensan que el peor de nuestros males es la tecnocracia, o el "totalitarismo tecnocrático," como prefiere llamarlo Theodor Roszak. Willis Harman, en su libro *Una guía incompleta para el futuro*, sugiere que todo ello tiene que ver con la mentalidad del hombre industrial. Señala que más allá de la tecnología y la maquinaria económica del capitalismo moderno, el modo de vida que de ahí se deriva implica una determinada mentalidad, y que es en ésta en la que debemos ver la causa de todas esas consecuencias que, pese a todas nuestras buenas intenciones, nos parecen tan difíciles de resolver. Recientemente Capra, en su libro *El punto crucial*, plantea que, más importante aún que la industrialización y el modo de vida que ésta trae consigo, es el racionalismo unilateral desde el que hemos estado mirando al mundo y contemplándonos a nosotros mismos.

A finales del siglo pasado, ya Nietzsche había apuntado las serias limitaciones del racionalismo, y en tiempos más recientes el

---

5 De mi libro *La agonía del patriarcado*. Editorial Kairós, 1993.

tema reaparece con frecuencia, pero en general se acaba responsabilizando a Descartes y Aristóteles, lo cual me parece injusto. Aristóteles fue un iniciado en los misterios, y Descartes, aparte de habernos legado la geometría analítica, fue un hombre profundamente intuitivo y religioso. Resulta irónico que seres como ellos, tan poco "lineales," acaben siendo presentados como los representantes principales de las limitaciones del pensamiento lineal. Con todo, sigue siendo importante que reconozcamos y pongamos en cuestión el hecho de haber estado manejando el mundo y nuestros propios asuntos a la luz de la razón únicamente.

Pero pese a la gran importancia de este tema, que plantea la necesidad de un cambio mental, dudo que con poner en la picota a la mentalidad super-racional que ha culminado en la actual era tecnológica hayamos identificado la última raíz del problema. Tiendo más bien a considerar sospechoso el sesgo excesivamente racional de este diagnóstico –que parece implicar una interpretación unidireccional de actitudes emocionales (como ambición y autoritarismo) y males políticos (como el nacionalismo y la hipertrofia de la burocracia), a las que se considera como meras complicaciones derivadas de una forma errónea de pensar.

Es por supuesto cierto que el conocimiento influye en el modo de sentir, y que la visión religiosa, filosófica y mítica del mundo, lejos de haber sido solamente fuente de liberación y de transformación positiva de la humanidad, ha servido también para justificar y encubrir actitudes y comportamientos patológicos. Pero con igual justificación podríamos considerar el racionalismo como fruto de la voluntad de dominio del mundo a través de la tecnología y como expresión de una actitud excesivamente manipuladora y codiciosa. El cientifismo anti-espiritual y la tiranía del modo lineal de pensamiento bien pueden ser considerados como una especie de congelación del conocimiento en su faceta analítico–utilitaria, y ésta a su vez nos sugiere una ansiosa fijación en torno a la supervivencia, en detrimento del sagrado descanso necesario para la contemplación. Yo diría que la ansiedad –"la

motivación deficitaria" de Maslow, o la libido pregenital (oral o anal) de Freud– existe en interdependencia con el vicio cartesiano propio de la era tecnológica.

Pienso, no obstante, que es válido aspirar a llevar a cabo una explicación unificada de nuestros males cognitivos, emocionales y sociopolíticos, y en este espíritu planteo a continuación la idea que el "patriarcado" es la raíz común de la mentalidad industrial, del capitalismo, de la explotación, de la enajenación, de la incapacidad de vivir en paz, del expolio de la Tierra y de otros males que estamos padeciendo.

Podría limitarme a decir (como lo he hecho a lo largo de años) que la fuente de todos los males de nuestra sociedad y lo que nos ha llevado a la crisis actual es nuestra limitada capacidad para las relaciones humanas saludables. Seguramente no se me objetará que afirme que es nuestra limitada capacidad para amar –o, si se quiere, nuestra incapacidad para obedecer el mandamiento cristiano de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos– lo que nos impide mantener relaciones verdaderamente fraternales con los que nos rodean, y parecería suficiente reconocer que la limitación de nuestra capacidad amorosa genera una sociedad enferma con toda su cohorte de problemas secundarios. Pero podemos precisar aún más nuestro diagnóstico si nos centramos más exactamente en lo que se interpone entre nosotros y nuestra capacidad de hermandad: la palabra "patriarcal" invita a pensar que la razón por la cual fracasamos a la hora de crear entre nosotros relaciones fraternales, así como aquello que nos vuelve incapaces de amarnos auténticamente a nosotros mismos (privándonos así del natural flujo amoroso hacia los demás): en la persistencia de vínculos obsoletos de autoridad y de dependencia, es donde se asienta la tiranía de lo paterno sobre lo materno y lo filial.

Decir que nuestro mal reside en el "patriarcado" equivale a decir que el problema es tan viejo como la propia civilización, y que para salir del atolladero tendríamos que poner en cuestión cuanto hemos venido haciendo casi desde siempre; cambiar unas

estructuras tan profundamente arraigadas, que nos resulta difícil diferenciar la naturaleza esencial del ser humano de nuestro actual modo de ser, producto del propio condicionamiento.

El tema del patriarcado fue introducido por el pensador suizo Johan Jacob Bachofen (1815-1887), cultivador de la filosofía de la historia y de la filosofía social, cuya obra acerca del régimen matriarcal sobre la religión originaria de Europa tuvo un gran influjo en los antropólogos posteriores así como en el movimiento feminista, en Nietzsche, en Engels y en otros autores.

Sorprende que Bachofen fuera capaz de descubrir la preexistencia de un mundo centrado en la figura de la madre, anterior a las civilizaciones patriarcales conocidas, partiendo únicamente de una información tan dispersa como escasa, como por ejemplo los datos sobre costumbres de diversos pueblos antiguos transmitidos por Heródoto y Tucídides. Con una notable combinación de intuición y erudición, llegó a formular una teoría de la evolución social que, según sus conclusiones, habría conocido tres estadios. Un primer estadio, "telúrico," habría sido de promiscuidad y maternidad sin matrimonio; luego, como reacción a éste, habría venido un segundo estadio, "lunar," donde se habría instituido el matrimonio como principio regulador y en el que las mujeres habrían asumido la propiedad exclusiva de los hijos y de la tierra –estadio que coincidiría con el asentamiento de comunidades en territorios estables y con el nacimiento de la agricultura–, y un último estadio, "solar," el patriarcado, que habría consagrado el derecho conyugal paterno, la división del trabajo, la propiedad individual y la institución del Estado.

Joseph Campbell, en su introducción a la traducción inglesa de *Mito, religión y derecho materno*, dice que para estudiar mitología como lo hizo Bachofen era necesario "dejar de lado el modo condicionado de pensar, e incluso de vivir, propio de su tiempo," y cita un comentario de Bachofen a su maestro (un esbozo autobiográfico escrito a su requerimiento):

> Sin una transformación completa del propio ser, sin recuperar la antigua sencillez y salud del alma, es imposible alcanzar ni el más mínimo vislumbre de la grandeza de aquellos tiempos antiguos ni de su forma de pensar, de aquellos días en que la raza humana aún no se había apartado, como lo ha hecho hoy, de su armonía con la creación y con el creador trascendente.

Maestro de la psicología de los arquetipos antes de que se inventara la palabra (él los llamaba *Grundgedanken*, "pensamientos fundamentales"), Bachofen ejerció una profunda influencia sobre Joseph Campbell, quien con toda la elegancia propia de su rango de profesor universitario habría de asestar un duro golpe al patriarcado al presentar de forma irónica el fanatismo centrado en torno a la figura del padre, propio del Medio Oriente, dentro del contexto universal de las religiones y la mitología de todo el mundo. Como no tengo la menor duda de que Joseph Campbell aportó un telón de fondo decisivo a la inspiración de la religión de la Diosa, en auge hoy en día dentro del movimiento feminista, creo que es apropiado considerar a Bachofen como abuelo cultural del mismo.

El influjo de Bachofen en la antropología fue enorme, a pesar de que hoy ese influjo es apenas visible, debido al hecho de que tras haber proporcionado un poderoso impulso a esa ciencia, entonces naciente, sus ideas pronto pasaron a ser consideradas pasadas de moda.

Pero después de que Morgan y otros inspirados por Bachofen hubieron estimulado a su vez a toda una generación de antropólogos a plantearse la cuestión de la evolución cultural, la comprobación de un "matriarcado" contemporáneo llegó a estimarse poco clara, y la confirmación antropológica de la visión histórica de Bachoffen, discutible. Tal vez por ello la antropología fue interesándose cada vez menos en los estudios comparados, y se fue inclinando más en tratar de comprender las características culturales dentro del contexto significante de la sociedad concreta en que aparecen.

Ciertamente, la antropología (y, dentro de ella, particularmente Malinowski y Margaret Mead) nos han familiarizado con muchas sociedades no-patriarcales aún existentes, pero no se sabe bien en qué medida el conocimiento de éstas nos acerca a un conocimiento real de las sociedades prehistóricas. El resumen más sobresaliente de cuanto se sabía acerca de pueblos y culturas con prevalencia de la madre cuando el tema comenzaba a perder interés para los especialistas, se puede encontrar en la monumental obra de Robert Briffault *Las madres*, publicada en 1927. Fue escrita en contraposición a la idea entonces prevaleciente de que la institución patriarcal era expresión de la ley natural, y en este sentido tuvo gran resonancia. A él debemos el desplazamiento del foco de interés en la autoridad de la madre al de la herencia por vía materna y a la cuestión de si la esposa reside tras el matrimonio en la casa del esposo o viceversa (patrilocidad o matrilocidad). Fue también el primero en formular la idea de que el matrimonio fue originalmente un contrato entre grupos, en el que se convenía que un hombre perteneciente a uno de ellos pudiera tener acceso sexual a cualquier mujer de otro u otros grupos, a la vez que se le negaba el acceso a las mujeres del suyo propio.

Más significativo aún que los descubrimientos antropológicos, ha sido el hecho de que las afirmaciones de Bachofen se hayan visto confirmadas por hallazgos arqueológicos en el Medio Oriente y en la vieja Europa prearia, sobre todo en conexión con la revolución agrícola sobrevenida en el Neolítico. En tales excavaciones, fueron desenterradas literalmente miles de figuras de mujer (bautizadas en ocasiones como Venus), mujeres embarazadas en las que los brazos y los pies apenas vienen representados, que no son casi más que vientres, y en las que incluso la cabeza no pasa apenas de ser el simple vértice de esa especie de triángulo formado por el cuerpo. Su aspecto iconográfico parece ser representativo de la capacidad de procreación de la naturaleza, y por toda Europa parece sugerir un sentimiento religioso muy extendido en torno a una divinidad femenina, una deidad creativa y procreadora relacionada con la

fertilidad. Marija Gimbutas ha llevado a cabo extensas y profundas investigaciones al respecto.

También en lo que hoy es Turquía se han desenterrado ciudades datadas en torno al año 6.000 a. C., en las que, a diferencia de lo que ocurre en las ciudades patriarcales posteriores, no hay signos que revelen que hayan existido en ellas guerras a lo largo de un período de unos quince siglos, antes de acabar siendo destruidas por efecto de las migraciones indoeuropeas.

La etapa histórica que vino a continuación nos es hoy bastante bien conocida. Los pueblos indoeuropeos fueron los conquistadores patriarcales que, en virtud de la supremacía que les confería el dominio de dos técnicas concretas –la doma del caballo y la metalurgia del hierro– llegaron a someter a las culturas "matrísticas" (por usar la expresión acuñada por Gimbutas en referencia al dominio cultural de los valores femeninos, y no a la supuesta autoridad de las mujeres que implica el término "matriarcal").

No obstante, no es en el campo especializado de la arqueología o de la etnología donde la palabra "patriarcado" se ha dado más a conocer. No cabe la menor duda de que esta palabra viene íntimamente asociada al movimiento feminista. Pues aunque el patriarcado, por todo lo que representa, constituye algo así como el enemigo arquetípico de la humanidad desde sus comienzos, en un principio sólo pareció representar una amenaza para el mundo de las mujeres. Así, el libro de Eve Figes *Actitudes patriarcales*, escrito en las primeras décadas del siglo, constituye un alegato contra la injusticia masculina. Se trata de una obra política que compara el chauvinismo machista con el antisemitismo y pretende enarbolar la bandera de la defensa de los oprimidos y los explotados.

Sólo posteriormente parece haberse impuesto la evidencia de que el enemigo arquetípico de la mujer merece también ser considerado como enemigo de los niños y, en cuanto que todos tenemos algo de niño, como enemigo de todos. Encuentro en el libro de Mary Daly *Gyn Ecology*, una referencia a la obra de Françoise Enbonne *Le féminisme ou la mort*, en la que ésta acuña

la expresión "eco–feminismo" y sostiene "que está en juego el destino de la especie humana y del planeta, y que ninguna revolución dirigida por hombres podrá ser capaz de contrarrestar los horrores de la superpoblación y la destrucción de los recursos naturales." Y continuando su reflexión en este ensayo sobre la "meta-ética del feminismo radical," escribe Mary Daly:

> Yo comparto esta premisa básica, pero el enfoque y el acento son distintos. Aunque me preocupan todas las formas de polución generadas por la sociedad falocrática, este libro se interesa sobre todo por la polución mental-espiritual-corporal que se deriva del mito y el lenguaje patriarcales en todos los niveles. Estos niveles abarcan desde determinados estilos gramaticales hasta el manejo del atractivo, desde los mitos religiosos a los chistes verdes, desde los himnos teologales que celebran la "presencia real" de Cristo en la sagrada Hostia al pregón comercial de la "sensación de vivir" de la Coca-Cola, o el etiquetaje trucado de los ingredientes de productos en conserva. El mito y el lenguaje fálicos generan, legitiman y enmascaran la contaminación material que amenaza con acabar con toda forma de vida en este planeta.

Mary Daly sostiene que los siete pecados capitales en los que los Santos Padres de la Iglesia compendiaron la maldad de la naturaleza humana se dan dentro del contexto de la falocracia (nombre con que ella designa a la aberración patriarcal de la sociedad).

Riane Eisler, sin embargo, ha acusado aun más explícitamente al patriarcado de ser el problema esencial de la humanidad. Recapitulando los datos fundamentales aportados por la investigación especializada, Eisler nos recuerda que el patriarcado, lejos de formar parte de la naturaleza de la humanidad, supuso una caída respecto de la condición paradisíaca pre-patriarcal de la época neolítica. Esta autora, en su libro, *El cáliz y la espada*, presenta la idea de que hablar de "orden patriarcal" equivale a hablar de un mundo de dominación fundado en el predominio

de lo masculino a través del poder, y que en esto debemos ver la aberración fundamental de nuestra cultura. La importancia de esta sola idea confiere a este libro un peso mucho mayor que el de una mera obra de divulgación histórica y antropológica, lo suficiente tal vez como para justificar la afirmación de Ashley Montagu de no haber recomendado nunca tanto un libro, ya que "merece ser considerado como la obra más importante aparecida desde *El origen de las especies* de Darwin."

No es de Eisler, sin embargo, de quien he tomado la idea de que el patriarcado constituye la esencia de nuestro macro-problema. Mi interés por el tema data de mediados de los años ´50, y la fuente de mi inspiración es tanto más antigua como poco conocida: un artista y visionario chileno –Tótila Albert– que ya era consciente de lo crítico de nuestra situación hace más de cincuenta años. Pero antes de decir más acerca de su visión de las cosas, compartiré mi más reciente explicación de nuestras "personas interiores" –que, me parece, se corresponden con nuestros tres cerebros y se expresan en diferentes maneras de amar–. Inserto para ello a continuación lo dicho en las "Jornadas sobre el amor" celebradas por iniciativa del Institut Gestalt de Barcelona algunos años atrás.

Del buen amor y del otro[6]

Comenzaré celebrando la iniciativa de los organizadores de convocar un encuentro sobre este tema del amor y la terapia, porque me parece que es un tema que merece ser subrayado. La terapia tiene que ver con muchas cosas, de modo que se puede hablar de la terapia y esto o la terapia y aquello: la terapia y la

---

6 Conferencia presentada en las "Jornadas sobre Amor y Terapia," Barcelona, 2001.

comprensión de sí mismo, por ejemplo, o la terapia y el dolor, la terapia y la transferencia, etcétera. Pero la relación entre el asunto amor y el asunto terapia es más intrínseca. Se puede decir que todos los males que vienen a tratarse en la terapia emergen de un problema amoroso, que todos los problemas emocionales comienzan por una carencia amorosa en la vida de la persona. Aunque ahora que está desapareciendo esta palabra "neurosis," me parece que nos ha sido muy útil en referencia a una raíz común a todas las perturbaciones emocionales, y sigue siendo cierto que el origen de las distintas neurosis –ya sea "sintomáticas" o "de carácter"– está en perturbaciones del amor, problemas del amor. Y la terapia tiene mucho que ver con el amor en su proceso. No es que baste el amor –creo que no basta– para que haya buena terapia; pero hasta los psicoanalistas están hoy en día bastante de acuerdo en que el *insight* no es el asunto más importante en la terapia psicoanalítica (que ha sido una terapia tan esencialmente orientada al *insight* a través de toda su historia), sino en la relación. Y cuando se habla de relación se quiere decir en forma científica algo que sería poco científico llamar "amor," o cuando menos benevolencia. Y el fin de la terapia es también el amor, o al menos creo que no soy el único en pensar que a la felicidad se llega por el amor y que si la felicidad es propia de la salud, pasa por la capacidad amorosa, por el sanar la propia capacidad amorosa.

Ahora, entrando en mi tema específico de "Del buen amor y del otro," supongo que cualquiera que viva en España o sea español se dará cuenta de que hay en este título una referencia al Arcipreste de Hita y a su *Libro de buen amor*. Pero no comparto la visión del arcipreste de que sólo el amor a Dios sea bueno. En aquella célebre obra se contraponen el amor a Dios con el amor carnal. Y la proposición que vengo a hacer aquí es que ambos son buenos amores, y que son dos componentes del buen amor, pues el amor no es una sola cosa. Desde cierto punto de vista podemos decir que los amores son muchísimos. Mendelssohn comentaba, a propósito del lenguaje musical, que no es que sea menos exacto

que el lenguaje verbal, sino que es más específico, porque cada frase musical alegre expresaba una alegría algo diferente. De la misma manera podemos decir que los gestos del amor son innumerables. Podríamos decir que hay gente que ama a través de su capacidad de aprecio, hay gente que ama a través de su tolerancia, hay gente que ama a través de la gratitud: son muchas las manifestaciones de la emoción que tienen que ver con el amor, pero me parece que así como todo el espacio puede ser descrito a partir de tres coordenadas, hay también tres elementos básicos en lo que llamamos amor, tres amores fundamentales.

Uno es el amor que podríamos llamar el amor freudiano, el eros –amor íntimamente vinculado con la sexualidad– que para Freud fue el amor básico, ya que la amistad era para él un amor erótico privado de su fin, y la benevolencia, una transformación del eros. Pero resulta más fácil y menos rebuscado pensar que en la benevolencia hay un amor diferente del eros al que podemos llamar amor cristiano. Pese a lo que digan los freudianos no creo que cuando se habla de "amar al prójimo como a uno mismo" se trate de amor erótico sublimado. Más natural nos parece pensar que la generosidad y la empatía existen por derecho propio, por así decirlo, y es esto lo que en el cristianismo se ha designado como *cáritas*, o en griego *ágape*. Intuitivamente sentimos que ni la atracción sexual deriva, normalmente, de una actitud compasiva; ni la compasión deriva de la sexualidad; debemos, por lo tanto hablar de eros y *ágape*, o de amor y *cáritas*.

Pero también hay un tercer amor, que me parece tan diferente de estos dos como ellos entre sí y que merece ser reconocido como relativamente autónomo: el amor que está implicado en la amistad, y que para continuar acudiendo al griego, podríamos llamar *philia*, palabra a la que recurre Platón para algo muy diferente de lo que hoy en día llamamos "amor platónico" –que es una manifestación sublimada del impulso erótico–. Se trata de un amor que bien podríamos llamar "Socrático," pues aunque Sócrates use la palabra eros en referencia al amor a lo ideal –a lo bello, a lo

grande, a lo bueno y demás cosas que valen por sí mismas– éste amor a los ideales o a las ideas sólo por analogía es equiparable con la atracción amorosa entre los sexos. El amor a la justicia y el amor a lo divino, en mi opinión, no sólo difieren del eros en su objeto, sino en su naturaleza misma y en su calidad subjetiva: en tanto que lo erótico es apetitivo, este tercer amor, que subyace a relaciones que no son ni eróticas ni de ayuda o protección sino de amistad "desinteresada," es valorativo. Podríamos llamarlo amor-adoración, pero en el ámbito de los sentimientos más comunes su manifestación típica es el aprecio. Se relacionan, entonces, los tres amores con el deseo, con la bondad (que culmina en la compasión) y con el aprecio –que se ve exaltado en la admiración y culmina en la adoración.

Podemos hablar en un amplio sentido del eros como un amor-goce: un amor que goza del otro, que se complace en la belleza del otro, y yendo más allá de una definición estrictamente ligada a la sexualidad, incluiríamos lo que el budismo llama *mudita*, que es un alegrarse de la alegría ajena, que es muy diferente de la benevolencia compasiva, que no quiere el sufrimiento ajeno. (Uno tiene más que ver con el eros, y el otro con el *ágape*).

Pudiera pensarse que la bondad es la más humana de las manifestaciones del amor, pero no sería exacto. Aunque la mayor o menor generalización de la benevolencia es humana, en sus orígenes el amor-bondad estaba íntimamente unido al amor maternal, siendo una extensión natural de lo que siente la madre por las crías, (y hablo de "crías" antes que de hijos para aludir a algo que no es propio solamente del hombre, sino de todos los mamíferos).

¿Es acaso, entonces, más humano el amor a los ideales que la bondad misma? A veces decimos de una persona bondadosa que es muy "humana" porque hemos llegado a hablar de "humanidad" para significar precisamente el amor benevolente, y en cambio asociamos el amor-adoración con el fanatismo y muchos actos "inhumanos." Por el momento me limito a señalar que el amor

valorizante o valorativo no deja de tener antecedentes o raíces biológicas, pues en sus comienzos este amor a lo grande (que contrasta con el amor maternal a lo pequeño) es muy propio de lo que se siente de niño hacia el padre.

Si la madre es la que nos da lo que necesitamos, satisfaciendo nuestros deseos, el padre es aquel al cual ella está mirando, aquel a quien la madre valora. La madre, que nos lo da todo, es la fuente original de los valores, pero también el modelo original respecto a lo que ha de ser valorado –y así ocurre como si la madre implícitamente delegase en el padre el orden de los valores, simplemente porque el niño percibe que ella le ama–. Algo tiene que ver el *ágape*, entonces, con el amor de madre, y algo tiene que ver el amor a los ideales o filia con el amor de padre. Y digo que éste tiene una raíz biológica no sólo porque deriva de una situación arcaica o proto-psicológica en nuestra vida individual, sino porque la valoración se relaciona estrechamente con la imitación, que no sólo está en el origen de que seamos animales culturales, sino que es mucho más arcaica que la cultura y el lenguaje. Piénsese en cómo los pollitos siguen al primer objeto que se mueve en su entorno –que puede ser la gallina pero puede también ser (como investigaciones sobre este fenómeno de *imprinting* han demostrado) una caja de zapatos–. Como Lorenz observó decenios atrás en sus experimentos con patos, estos quedan ligados de por vida al objeto en cuestión, que bien puede ser tan arbitrario como un reloj despertador.

Aunque los humanos somos inmensamente más complejos que los patos y las gallinas, de modo que en nuestro caso sólo podemos hablar de *imprinting* en un sentido metafórico, también nosotros tenemos una disposición innata a "seguir" a un modelo, y en nuestra vida adulta es claro que nos dejamos guiar por aquellos a quienes admiramos ¿No conocemos todos la experiencia de cómo, cuando uno estima a alguien se le pega su manera de hablar? Y seguramente recordaremos cómo, cuando niños, admirábamos al héroe de una película y luego salíamos del cine caminando con su estilo.

La imitación es una propensión biológica que nos hace humanos, e imitando los sonidos emitidos por nuestros padres aprendemos a hablar. Y no sólo imitamos características individuales de nuestros padres: uno imita aquello que es generalmente admirado, y es precisamente a través de ello que se transmite la cultura.

Últimamente ha surgido una nueva ciencia, cuyo nombre aún no he escuchado en castellano –supongo que será memética, por analogía con la genética– en la que se adopta el punto de vista de que la gallina sea el medio de perpetuación de los huevos, y nosotros, medios de transmisión de los genes. Este punto de vista, propuesto por Dawkins en la biología, ha inspirado un pensamiento análogo respecto a los memes, que son entidades culturales, como el lenguaje. Se propone, entonces, que las cosas ocurren como si las ideas nos utilizaran a los humanos para perpetuarse, y se transmiten a través de nuestra capacidad reproductora. Es una idea que está tomando mucho cuerpo, y ya se han escrito varios libros sobre la capacidad imitativa humana que hace posible esta supervivencia de los pensamientos y es tan inseparable de lo que somos. No sólo por que sea humana la imitación, sino porque la imitación subyace a lo que consideramos nuestra humanidad: bien se sabe que a las personas criadas entre salvajes o animales no sólo es el lenguaje lo que les falta, o la "cultura" en el sentido frecuente de algo extrínseco a la propia naturaleza, sino aspectos intrínsecos a lo que consideramos que es un ser humano.

Pero cierro aquí mi digresión, para completar un pensamiento interrumpido: que hay un amor que tiene que ver con la madre, un amor que tiene que ver con el padre y un amor que tiene que ver con el hijo. Pues el amor-deseo es el más característico del hijo en la tríada original. El amor que se complace en la satisfacción de los deseos propios es uno que nos acompaña desde que nacimos, y podríamos decir que es el niño o niña interior en nosotros quien persigue la satisfacción de su necesidad y busca su libertad.

Así como un célebre catalán –Raimundo Paniker– relaciona las tres personas de la Trinidad con las personas de la gramática –el

Yo, el Tú y el Él–, otro tanto podemos decir de los tres amores. El amor deseo es un amor que se focaliza en el Yo. El amor de madre se dirige al Tú. El amor "transpersonal" –amor a lo ideal o amor a lo divino– alude a la relación con el Él. El amor-bondad, de carácter materno, que compartimos con los mamíferos (aunque no seamos todos tan buenos y generosos) es claramente más emocional, mientras que a veces se dice que es demasiado intelectual el amor valorizante. Si uno se une a una mujer porque la considera una persona excelente, por ejemplo, podrán decirle "yo creo que ese amor que le tienes es demasiado intelectual," sintiendo que le falta corazón. El amor erótico, por otra parte, es más instintivo.

Parece, entonces, que estos tres amores tuvieran que ver con nuestros tres cerebros. El cerebro instintivo con el eros, el cerebro emocional o cerebro medio (que es el cerebro mamífero) con el *ágape*, y el cerebro propiamente humano o neocórtex con el amor valorizante, que mira al cielo (a diferencia del amor instintivo que mira la tierra, o el amor materno que mira a la cría).

Ya he explicado cómo entiendo los ingredientes del buen amor. Pero veamos ahora en que consiste el mal amor.

Tal vez pueda decirse que en último término todo es amor, de modo que podemos decir que sólo existen el buen amor y sus desviaciones, sus perversiones. Yo, por lo menos, siento profundamente la verdad de esa línea final de *La divina comedia* que nos habla de "el amor que mueve el sol y las demás estrellas": tiene sentido concebir al amor como la fuerza central no sólo de lo humano, sino de la Creación Universal. Cuando un periodista le preguntó a Einstein acerca de la incógnita más importante de la ciencia, contestó: "acaso el Universo sea bueno"; es decir: tras la creación puede que haya una intención benévola, o puede que no la haya. Pero por lo general los científicos se han conformado con preguntar menos, y nuestra concepción actual de la ciencia se caracteriza por la exclusión de la pregunta acerca del por qué de las cosas –el aspecto teleológico al que se refería la pregunta por la "causa final" de los antiguos–. Así, el concepto del amor universal

distingue la percepción meramente científica de la percepción estética o poética, o metafísica o religiosa –en fin, aquella que involucra el "otro lado de la mente"–. Pero no es preciso que nos remontemos a la idea de un posible amor cósmico para preguntarnos acerca de los males del amor, que conocemos de primera mano.

En primer lugar se hallan los obstáculos del amor. Así, es obvio que el amor compasivo no es muy compatible con el odio. La rabia le cierra a uno el corazón. Y el miedo es antagónico respecto al amor erótico. Si alguien ha sido amenazado o castigado por sus deseos (y sabemos desde Freud cuán frecuentes son las fantasías de castración resultantes) termina no atreviéndose al placer. Tampoco se aviene la valoración del otro con la envidia, o con la competencia. Pero en general todas las pasiones interfieren con todos los amores. Todas las necesidades neuróticas interfieren con el amor.

Hay además falsos amores; hay falsificaciones del amor. Así, la compasión pudiera caracterizarse como una energía muy alta, uno de los más altos valores (y cuando dice San Juan "Dios es amor" seguramente se refería al amor compasivo, al amor benévolo), pero la mayor parte de lo que se llama bondad en el mundo humano es super-egoico –es decir resultado de mandatos internalizados de la cultura que dicen "debes ser bueno," que implican una compasión obligatoria y una amenaza: "debes... y si no, te vas al infierno–." Y cada uno se condena a sí mismo implícitamente por no ser suficientemente bueno, y se manda efectivamente al infierno en vida. No es muy amorosa esta actitud, y lo que se llama compasión pocas veces pasa de ser el resultado de la buena educación y del fingimiento.

Y el amor erótico también se falsifica. Así como existe un amor instintivo sano y verdadero, que es profundamente satisfactorio, hay un falso amor erótico que es como una moneda de cambio para conseguir amor, una forma de seducción en la que la sexualidad se pone al servicio de una sed de protección, inclusión o compañía. No es el instinto sexual el que impulsa a la persona en tales casos

sino sus necesidades neuróticas, así como la de rehuir la soledad o la insignificancia –sólo que estas necesidades se disfrazan tras la máscara del eros.

¿Y no se falsifica el amor-respeto de forma semejante a como se falsifica la benevolencia? El mandamiento mosaico "honrarás a tus padres" se basa en la comprensión de que una persona sana siente un natural aprecio hacia aquellos que fueron los primeros "dioses" en su vida. Durante nuestra primera infancia, seguramente nuestros padres, que eran la muestra de lo que es un ser adulto, nos parecían tan gigantescos como de adultos nos parece lo divino o sobrenatural, y aunque lo hayamos olvidado, es significativo que nuestra vivencia de lo divino a través de la historia se haya formulado principalmente a través de las imágenes de nuestros progenitores. Por más que no pueda desconocerse que algunas veces los padres que a uno le tocan sean personas emocionalmente enfermas y por ello pésimamente dotados para su función, creo que encierra una gran verdad la observación del pitagórico Jámblico (reiterada por Gurdjieff) de que un buen hombre ama a sus padres.

Sin embargo, y pese a la verdad que encierra el cuarto mandamiento, ocurre que, tras tantos siglos de autoritarismo, el imperativo de amar a los padres nos infantiliza. No es un amor verdadero el que inspira el mandato social y familiar, sino amor servil; y más generalmente, se le rinde homenaje a muchas cosas –tanto ideales como personas– como parte de un gesto obediente.

Creo que no necesito demostrar o explicar el hecho, comprobable a través de la experiencia de todos, de que, por supuesto, los falsos amores también constituyen interferencias en el amor verdadero. Entrañan una malversación de la energía psíquica comparable a lo que ocurre con la nutrición y la energía biológica en un organismo que alimenta un parásito. Y el que "ama" sólo a costa de permanecer ciego a su autoengaño perpetúa su propia mentira y su inconsciencia –que son obstáculos de la vida auténtica y también del amor–. Por lo contrario, cuando la

persona empieza a conocerse a través de un proceso terapéutico o espiritual, tarde o temprano descubre que no ama de verdad, y sólo a partir del descubrimiento de su falsificación y de su vacío empieza a descubrir el amor verdadero. Pero una persona tiene que ser muy virtuosa para darse cuenta de que no ama, pues nuestro bienestar deriva en gran medida de sentirnos amorosos, y es mucho lo que invertimos en dar una imagen de buena persona. Es muy difícil, y aun heroico, despojarse de esa ilusión para luego saltar al abismo por el que misteriosamente se llega a la vida verdadera y sus valores.

Y hay amores eminentemente parásitos: amores que son carencias disfrazadas tras la máscara del amor. Esencialmente, son maneras de llenar el propio vacío, maneras de compensar las propias carencias con el amor ajeno. Y me parece que estos amores parásitos también son de tres clases, según el tipo de amor al que se orienta su sed.

Seguramente todos conocemos a personas que sufren y se pierden en una búsqueda exagerada del amor a través de las relaciones sentimentales o de la sexualidad, que tan estrechamente ligada está al sentirse aceptado y valorado. Aun cuando lo que se busca a veces parece ser más el placer que el amor, creo que ello puede ser una ilusión que oculta una búsqueda no reconocida de amor a través del sexo.

Otras personas (que han sido más dependientes de sus madres, por lo general) buscan protección. Porque les faltó cuidado, andan por la vida como huerfanitos o como desvalidos, buscando el cuidado que faltó e intentando inspirar compasión.

Y hay personas que buscan sobre todo el respeto, personas que no buscan tanto "amor" en el sentido más común de la palabra, sino el reconocimiento o la admiración –por lo que dedican gran parte de su vida y energías a ser importantes–. Es esto lo que llamamos el "narcisismo" comúnmente –la pasión porque a uno lo quieran de esta manera particular: que lo consideren importante, grande, superior.

Y claro, cuanto mayor es el amor parásito, es decir, cuanta más energía dedica la persona a su máquina de buscar amor, cuanto más ocupada está en conseguir amor, menos lo encuentra. Es como estar empujando una puerta que se abre solamente desde dentro. (Muchas veces he citado esta metáfora de Kierkegaard, que en alguno de sus libros observa que la puerta del paraíso sólo se abre desde dentro). Por eso hay que llegar a apaciguar las pasiones, aprender a no empujar tanto, desarrollar una verdadera receptividad respecto a lo que hay.

Si terminara aquí mi exposición después de haber expuesto mis consideraciones acerca de los malos amores y de haber hablado sobre los ingredientes del buen amor, no me extrañaría que quedara la impresión de que no he dicho nada nuevo, pues aunque tal vez mi actitud inclusiva y la forma en que he ordenado las ideas pudiera pretender cierta novedad, no me parece que haya nada de nuevo en el repertorio de buenos y malos amores que les he presentado. Pero aún no he terminado, y me parece que la idea más novedosa que puedo aportar respecto al amor (y que es lo que me gustaría examinar más y en la práctica, ya en forma de taller), es la de que la salud y también la plenitud de la vida amorosa guarde relación con el equilibrio entre nuestros tres amores. Lo que implica que tal vez podamos avanzar hacia una manera de amar más completa a través de un análisis de la propia "fórmula amorosa."

Todos tenemos una determinada fórmula. Algunos tienen mucho amor erótico y poca compasión, otros tienen mucho amor a lo divino –amor devocional– y poco amor erótico. Y me parece que el así llamado mandamiento cristiano (que no es en realidad sólo cristiano, porque está ya en el Deuteronomio y en el espíritu de la tradición judía antigua) apunta a justamente a la armonización de amores diferentes.

Seguramente todos los presentes recuerdan las famosas palabras de Cristo respecto a que toda la ley de Moisés puede resumirse en: "Ama al prójimo como a ti mismo, y a Dios sobre todas las cosas," pero tal vez no hayan reparado en la triple consigna que

supone y en la alusión a los tres buenos amores de los que hemos hablado. Pues en primer lugar Jesús (reiterando un precepto que ya se encuentra en el Deuteronomio) exhorta a amar al prójimo, amor benevolente, compasivo o materno. En segundo lugar, toma como elemento de comparación el amor a uno mismo, que es un amor a los propios deseos, a la criatura interna o animalito interior, un deseo de felicidad dirigido hacia nuestro ser instintivo equiparable al amor erótico o propio del hijo. Y en último término, Jesús nombra el amor a Dios, que es obviamente un amor apreciativo, propio del padre, que justamente encuentra en lo sagrado su expresión suprema como amor-adoración.

Pienso que esta idea de examinar el equilibrio entre nuestros tres amores, o tal vez su desequilibrio, pueda ser fecunda. Y que seguramente al emprender tal análisis nos daremos cuenta de que cuando alguno de nuestros amores falta o se ve subdesarrollado, tratamos de compensarlo a través de una búsqueda imposible. Así, uno puede estar amando a Dios desesperadamente para compensar su dificultad de amar a las personas de carne y hueso, o está uno buscando desesperadamente la plenitud a través del amor romántico cuando lo que le faltaría es abrirse más a la devoción, a sentimientos estéticos o a lo gratuito de los valores transpersonales. Más tarde les invitaré a cuestionar tales desequilibrios e intentos compensatorios que sólo perpetúan una situación insatisfactoria, así como a preguntarse qué se puede hacer para nivelar los tres ingredientes de la vida amorosa.

Quiero señalar que tampoco esta última idea es mía, pues la he adoptado de un compatriota, el poeta y escultor chileno Tótila Albert, de quien más de alguno de los presentes me habrá oído hablar y acerca de cuya visión de la historia he escrito en *La agonía del patriarcado*. Allí he expuesto también su visión de lo que el llamaba el "Tres Veces Nuestro," un mundo posible formado por seres que han alcanzado ese equilibrio interior entre sus partes "padre," "madre" e "hijo." Era tal "abrazo-a-tres" intra-psíquico lo que consideraba como la esencia de la salud y

la condición de seres completos. En aquel en cuyo corazón se abracen el padre, la madre y el hijo con sus respectivos amores, naturalmente no habrá ni la tiranía del intelecto, ni el emocionalismo desequilibrado, ni la anarquía de la impulsividad –y creo que tenía razón al pensar que sólo a través de una transformación individual masiva podremos aspirar a una alternativa a la sociedad patriarcal y sus vicios arcaicos.

Termino, pues, con esta idea: que el verdadero buen amor precisa no sólo de buenos ingredientes, sino de una fórmula equilibrada. Naturalmente, cada una de las fórmulas del amor está relacionada íntimamente con algún tipo de carácter (que a su vez está ligado a un déficit característico), pero aparte de recurrir al potencial transformador del conocimiento de nuestra personalidad, pienso que nos conviene atender a cómo estamos desnivelados en la expresión de nuestro potencial amoroso, y de acuerdo a lo observado buscar una manera de reeducarnos –buscando las experiencias, influencias y tareas que puedan llevarnos a la superación de nuestras carencias.

La promesa

He llamado "La promesa de una civilización moribunda" al primer capítulo de este libro sin llegar a formular en él tal promesa más que de forma implícita y predominantemente negativa: que podamos comprender y trascender nuestro ego colectivo patriarcal para que, completando nuestro desarrollo, sepamos sobrevivir al diluvio o al desierto que nos espera, de modo que nuestro progresivo "viaje por los infiernos" colectivo nos purifique, a la vez que nos haga más sabios, para así poder conseguir la salud de nuestras relaciones. De ese modo podríamos alcanzar a su vez, claro está, la plenitud espiritual que tantas culturas han intuido y que siempre anhelamos: ese "Reino de Dios" de los antiguos profetas, equivalente al "Reino de los Cielos" aquí, en la Tierra.

Aparte de formular la esperanza de que la lección de nuestra historia nos despierte lo suficiente para la próxima transición hacia una condición humana liberada de los condicionamientos obsoletos de la psico-historia, quiero considerar más detenidamente la esperanza de una condición post-patriarcal, a través del ideal propuesto por Tótila Albert de una armonía de nuestros componentes psico-biológicos "padre," "madre" e "hijo/a."

Conocido en su juventud como escultor, primero en Alemania y luego en Chile, Tótila Albert inició un viaje interior que le convirtió en "hombre de conocimiento" y llegó a dejar tras de sí una vasta obra poética (en alemán). Pero más que el arte mismo, en los años durante los cuales le conocí, le interesaba que la gente comprendiera el necesario naufragio del mundo patriarcal y el valor salvífico de aquello a lo que solía referirse como "el mensaje de los tres."

A partir de su experiencia personal de una muerte psicológica y de un renacimiento espiritual –que tomaron para él la forma de un viaje órfico precipitado por la muerte de su padre–, Tótila Albert consiguió equilibrar "sus tres" y esperaba que su poesía ayudase a la salud de las relaciones tanto intra-psíquicas como intrafamiliares de sus semejantes.

Podría decirse que fue central a su vida y obra la comprensión de lo que bien podemos llamar el "Misterio de la Trinidad" más allá del lenguaje específicamente cristiano: la capacidad de contemplarlo todo de tal manera que, en cada cosa o proceso, la realidad se nos manifiesta con dos caras, a la vez que comprendemos que entre tales *yin* y *yang* opera un tercer factor que no es positivo ni negativo, sino reconciliador: un "poder del vacío."

Tótila Albert veía nuestros "tres principios" ya en la estructura de embrión, constituido por sus tres "capas" (ectodermo, mesodermo y endodermo), así como en la estructura de la familia , y también en un nivel transpersonal o cósmico –pues somos "hijos del cielo y de la tierra" por cuanto somos seres materiales y mentales, capaces, potencialmente, de identificación tanto con lo trascendente como con nuestra "madre naturaleza"–. Y comprendía Albert la historia

como una sucesión de etapas en las que hubimos de incurrir en sucesivos e inevitables desequilibrios –pues nuestra supervivencia o evolución así lo requirieron.

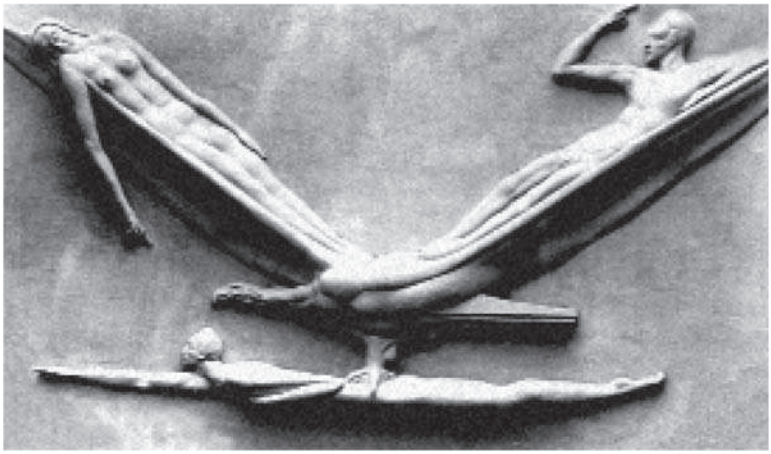
La visión de la historia de Tótila Albert está implícita en la que he presentado ya en el capítulo precedente. Él imaginaba que en la fase más arcaica de nuestra evolución colectiva vivimos más que nunca algo así como una anarquía darwiniana, en la que los más fuertes y duros pudieron superar los peligros de la escasez. Según Tótila, a esta "barbarie" de nuestros remotos antepasados nómadas que se desplazaban a través de las estaciones del año siguiendo al Sol, se refería lo que en la mitología antigua se consideró la edad dorada. Él la llamaba "filiarcado" por su énfasis en los valores de la juventud (piénsese en los esquimales que en su migración abandonaban a sus padres ancianos y débiles por el camino).

También la organización de la sociedad en torno a los valores femeninos (y por ende al sentimiento comunitario) era visto por Albert como un desequilibrio necesario, a diferencia de aquellas feministas que han querido concebir nuestra etapa matrística como un paraíso. Por algo sobrevino la revolución patriarcal, después de todo, cuando una nueva conciencia, que pugnaba por expresarse, optó por apoderarse del poder. Ya sabemos a través de la historia de la antigüedad cómo, por una especie de maldición del poder, la dominación patriarcal degeneró y a la vez se entronizó –hasta transformarse en la actual autoridad aparentemente anónima de unos pocos tras la pantalla de las leyes del mercado.

"No hemos vivido aún la armonía de nuestros Tres" decía Tótila Albert, quien para eso que los profetas llamaban el "Reino de Dios" prefería la expresión "El Tres Veces Nuestro," con un significado de algo así como "nuestra santa realidad trina" –en implícita referencia a nuestro tradicional padrenuestro.

Durante los años de la dictadura militar en Chile se destruyó, desgraciadamente, un bajorrelieve de Tótila Albert de siete metros

de largo, situado en la fachada de una escuela-hogar en Santiago fundada por el presidente Pedro Aguirre Cerda, en el que plasmaba esta idea y a la vez una experiencia visionaria suya al comenzar su camino interior: la imagen de un cóndor que vuela con la familia humana sobre sus alas y bajo sus garras: el padre, en el ala derecha, apunta al cielo; la madre, en el ala izquierda, apunta hacia abajo, a la tierra, y el hijo, llevado en vuelo por el cóndor entre sus garras, apunta con su dedo índice hacia adelante.



Sólo muy lentamente he ido comprendiendo la importancia de la formulación propuesta por Tótila Albert de un ideal que no contempla únicamente la plenitud y el equilibrio, sino la comprensión de tales como una condición de recíproco "amor a tres"; y a medida que pasan los años me parece cada vez más relevante hacer llegar a terapeutas, educadores y guías espirituales este *desideratum* de la vida psíquica e interpersonal.

Voy también comprendiendo cuánta razón tenía Tótila en su crítica al cristianismo histórico por su complicidad patriarcal –al

apuntar sólo hacia el mundo interno del individuo y descuidar la aberración de las relaciones humanas en la familia.

Me parece que la visión de la condición social sana como aquella de equilibrio entre lo paterno, lo materno y lo filial, va mucho mas allá del ámbito de la política de las relaciones –entre los sexos o las generaciones–, e imagino que no sólo pueda ser inspiradora tanto para lo terapéutico-espiritual y para la filosofía de la sociedad, sino para la educación en el tercer milenio. Terminaré con algunas reflexiones acerca de cómo pudiera tal visión entenderse en lo relativo a una concepción no patriarcal del gobierno.

Política tricerebrada

Decir que la sociedad sana a la que nos convendría aspirar sea una humanidad despierta, integrada por seres conscientes y equilibrados, es importante, pero poco nos dice acerca de un sistema alternativo –es decir, acerca de la deseable transformación de nuestras instituciones.

Queriendo enterarme acerca de lo que dicen hoy en día los críticos informados del sistema respecto a cómo podríamos vivir mejor, he leído recientemente el libro de David Korten, relacionado con este tema, que ha titulado *El mundo post-empresarial*, y he encontrado que también en este libro gran parte de la propuesta se refiere a la optimización de la conciencia individual y que sólo hacia el fin del capítulo trece trata de decisiones respecto al *modus vivendi*, y aun aquí comienza con una cita del teólogo Mathew Fox en la que se pone de relieve la primacía de lo espiritual, que, como sabemos, no puede llegar al mundo sino a través de cada uno de nosotros.

Dice:

> El vivir y el subsistir no deberían ser separados, sino fluir de la misma fuente, que es el Espíritu. Espíritu significa vida, y tanto la vida como el ganarse la vida entrañan el vivir con

profundidad, significado, propósito, alegría y la conciencia de contribuir a la comunidad.[7]

Pasa luego Korten a dar cuenta de las consideraciones de Alicia Gravitz, directora ejecutiva de COOP América, un organismo que se interesa por el buen uso del poder económico. Su visión de una vida sana y deseable se resume en las siguientes consideraciones:

a) Un medio seguro de subsistencia que pueda cubrir nuestras necesidades materiales básicas y darnos el respeto de la comunidad;
b) Una familia apoyadora, amigos, y una comunidad pacífica y segura que nos permitan explorar y desarrollar nuestra capacidad de establecer relaciones amorosas;
c) La oportunidad de aprender y de expresar nuestra conciencia de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, tanto en forma intelectual como artística;
d) Buena salud física, así como la oportunidad de participar en actividades atléticas, en el baile y otras actividades que nos lleven a sentir cómo la energía de la vida vibra en nuestro cuerpo;
e) Un sentimiento de pertenencia al lugar, la comunidad y la vida que no excluya la libertad de tomar decisiones –y a veces desplazarse y explorar sin obligaciones locales;
f) Un medio ambiente limpio y sano, vibrante con la diversidad de la vida; y
g) La perspectiva de que nuestros hijos tendrán oportunidades semejantes.

Asegura el citado autor que los ítems enumerados son compatibles con los medios naturales y tecnológicos de toda sociedad,

---

7 Fox, Matthew. *The Reinvention of Work:A New Vision of Livelihood for Our Time.* San Francisco.

lo que es un alivio saber, ya que han pasado tantos años desde los cálculos en que se apoyaba Buckminster Fuller para asegurarnos lo mismo en la década de los 70.

En un reciente libro[8] que lleva como subtítulo *Un mundo mejor es posible* los miembros del Foro Internacional sobre Globalización (IGF) continúan la reflexión acerca de una "una sociedad sostenible" iniciada en Seattle y reducen a diez los asuntos fundamentales que caracterizarían una sociedad funcional. Comienzan con aquél de la "Nueva Democracia" –expresión en la cual la palabra "nueva" alude a algo más que las usuales elecciones de representantes–. Considerando situaciones como aquella en que los directores de empresas sólo se guían en sus decisiones por la ganancia inmediata que les traerá una tala de árboles, por ejemplo, sin tomar en cuenta el coste de inundaciones o perturbaciones en la accesibilidad del agua que tal elección traerá consigo para los demás, o, más generalmente, considerando el hecho de que hoy en día asuntos de salud pública, de trabajo, medio ambiente o las reglas del comercio exterior resultan de las presiones de las empresas a través de negociaciones secretas en ciudades remotas en las cuales los intereses de aquellos en quienes recaen los costos de tales decisiones no tienen vigencia, los autores de este libro ven la necesidad de un sistema de gobierno "que dé a aquellos en quienes recaen las consecuencias el derecho a voto en las correspondientes decisiones." Hoy en día ocurre más que nunca –según señalan– que vemos en forma institucionalizada una forma de propiedad *in-absentia* en que los accionistas en cuyo nombre actúan las empresas no son responsables por el daño que sus acciones puedan traer consigo para con otros –por mucho que

---

8 *Alternativas a la globalización económica. Un mundo mejor es posible*. Informe del Foro Internacional de Globalización.

se exalte retóricamente la democracia como el espíritu dominante de los países desarrollados.

En segundo lugar, los autores de *Alternativas a la globalización económica* introducen el término *subsidiarity* (subsidiariedad) en referencia al principio de que es mejor el control local sobre decisiones que recaen en una región dada, de modo que

> Sólo cuando la acción necesaria no puede ser satisfecha normalmente, debería el poder y la actividad transferirse al nivel superior siguiente de la región, de la nación o del mundo. Se respetaría de esta manera el principio de que la soberanía reside en el pueblo y que la autoridad legítima fluye hacia arriba desde el pueblo, de modo que la autoridad de los niveles más alejados de administración es subsidiaria o subordinada a la autoridad local y ciudadana. En otros términos, este principio reconoce el derecho inherente a la autodeterminación de las comunidades y naciones dentro de los límites de no infringir los derechos de otras comunidades.

En este punto, como en el anterior, se trata de un movimiento contrario a los excesos del dominio jerárquico, tan presente en la violación de la democracia como en la violación del autogobierno en aras de economías o gobiernos excesivamente centralizados.

En tercer lugar, los autores del Forum sobre la Globalización plantean un principio de Ecología Sostenible: debe procurarse la satisfacción de las necesidades reales de quienes viven ahora, sin comprometer la capacidad de generaciones futuras de poder satisfacer las suyas y sin empobrecer la riqueza de la vida o perturbar los sistemas naturales de auto-renovación del planeta.

Así como podemos decir que los primeros dos asuntos son antídotos a la opresión, en este tercer asunto nos encontramos con un antídoto a la falta de cuidado de nuestra descendencia, por una parte, y por otra de la naturaleza. La formulación de este principio se inspira, naturalmente, en lo que ocurre ahora, cuando la globalización ocasiona daño al ambiente por el excesivo

consumo, la excesiva explotación de recursos y por problemas de eliminación de desechos.

El próximo asunto, que los autores designan como Herencia Común, hace referencia a "los recursos que constituyen un derecho colectivo de nuestra especie y deben ser compartidos equitativamente entre todos." Por recursos comunes aluden no sólo al agua, el aire, la tierra, bosques y pesca de los que depende la vida de todos, sino a los servicios públicos que los gobiernos proveen para sus poblaciones en materia de salud, educación, seguridad y previsión.

Es natural que toda visión de lo que sea la salud, tanto en lo social como en lo individual, y no sólo en lo psicológico sino también en lo biológico, es algo que llega a comprenderse en términos de las patologías o problemáticas. En este caso, los autores son llevados a formular el tema de los "recursos comunes" a la vista de los excesos de la privatización en nuestra era de la economía global. Como en el caso de los asuntos anteriormente comentados, el asunto subyacente es el amor, y podemos decir que es la sana disposición amorosa del ser humano lo que nos hace intuir un derecho natural. "Los intentos de personas o empresas de monopolizar la propiedad de un recurso esencial de nuestra herencia común como el agua, cierta variedad de semillas o un bosque, excluyendo las necesidades de otros, deben ser considerados inaceptables" (Jerry Mander).

El próximo tema es el de la Diversidad, y llegan los autores a su formulación contemplando el empobrecimiento de la diversidad biológica, por una parte, y por otra la homogeneización cultural que está trayendo consigo el mundo de los negocios. Respecto a esta diversidad me parece que sólo la percepción de valores intrínsecos en la naturaleza o en la cultura puede inspirar una protesta contra las aparentes ventajas y conveniencias que significa para el comercio el transformar las cosas en productos homogéneos. ¿Qué sabe de estas cosas una persona enajenada? ¿Con cuánta pasión puede una persona enajenada defender la diversidad de las culturas,

de los estilos arquitectónicos, de las lenguas o de las ideas cuando ha sucumbido a la adicción de su empresa competitiva?

El siguiente principio que identifican los autores del Forum Global es el de los Derechos Humanos. Comienzan por señalar que en 1948 los gobiernos del mundo adoptaron conjuntamente la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que estableció ciertos derechos fundamentales como el de un nivel de vida satisfactorio en materia de salud y bienestar, lo que incluye alimentación, vestimenta, vivienda, cuidados médicos y servicios sociales necesarios –incluida la seguridad en caso de desempleo–. Observan los autores, sin embargo, que el debate sobre los Derechos Humanos en los Estados Unidos ha enfocado específicamente los derechos civiles y políticos descuidando los económicos, sociales y culturales. Por ejemplo: si estamos de acuerdo en que cada persona tenga derecho al agua potable, eso lleva a la conclusión de que el agua no debe ser privatizada para luego ser vendida a precios de mercado, y que debería ser obligación de los gobiernos garantizar el acceso a ella. "Reconocemos que muchos gobiernos son corruptos e irresponsables, pero eso no nos lleva a la conclusión necesaria de que el sector privado garantice mejor nuestros derechos."

El asunto siguiente es semejante, pues se refiere también a Derechos Humanos sólo que en materia de Trabajo y Empleo: el derecho a trabajar, el derecho a elegir empleo, a encontrar condiciones de trabajo justas y favorables, y el derecho de protección ante el desempleo.

También el próximo asunto, referente a alimentos que no sean nocivos, es un asunto de Derechos Humanos que se ha visto violado últimamente debido a que las tendencias explotadoras han superado la voz de la solidaridad.

A continuación, los miembros del citado foro hablan de Equidad como alternativa al abismo siempre presente entre países ricos y pobres, a sí como a la distancia entre pobres y ricos dentro de la mayoría de los países –y a la que existe entre hombres y mujeres–.

Señalan que la globalización económica ha afectado adversamente y en forma desproporcionada a las mujeres, pues ellas constituyen la mayoría entre quienes trabajan en las cadenas de producción globales, ya sea en fábricas o en plantaciones, y son además las principales trabajadoras domésticas, aunque no reciben pago por tales servicios. Agregan: "Y así como en el nivel inferior de las cadenas de producción encontramos principalmente mujeres, los altos ejecutivos y burócratas globales son principalmente hombres, con lo que se refuerza la escala de pago desigual."

Es fácil estar de acuerdo con ellos cuando dicen que las rupturas y tensiones sociales que resultan de ello han estado entre las mayores amenazas a la paz y seguridad en el mundo.

Mayor equidad, tanto entre naciones como dentro de ellas, reforzaría tanto la democracia como la formación de comunidades sostenibles.

Por último, los autores formulan un principio que llaman de Precaución en reacción a la situación actual, que requiere que los gobiernos presenten una prueba categórica de daño antes de poder suspender la distribución de ciertos productos o la aplicación de ciertas tecnologías. Tal política es antagónica al deber de los gobiernos de proteger a sus ciudadanos y si hubiera estado en efecto en los años ´50 la administración de alimentos y fármacos norteamericana (FDA) no habría podido prohibir la talidomida, que causó deformidades severas en miles de bebés nacidos en los países donde el fármaco había sido aprobado. Dicen: "La adopción del principio de precaución es esencial, si es que los ciudadanos han de tener el derecho a decidir a través de sus representantes a qué riesgos han de someterse o a que riesgos han de exponer al medio ambiente."

Me parece claro que todo esto es simplemente la expresión del sentido común y una actitud saludable. No es necesario ser un experto para estar de acuerdo con lo que parece la expresión natural de una intuición de la justicia, y lo que sentimos que simplemente es una cuestión de humanidad o una condición libre de

la infección parásita de la mente por la codicia, el engaño y otras aberraciones. Si hablar de estas cosas entraña cierta sofisticación intelectual, ello es tan sólo porque se hace necesaria tal sofisticación para penetrar la retórica de la fraudulencia que envuelve el presente estado de cosas. Las condiciones o principios enumerados por los miembros del Foro Internacional sobre Globalización, por tanto, son perfectamente congruentes con la descripción de la salud que he planteado ya anteriormente, al subrayar que estos constituyen corolarios de los tres grandes valores enunciados en mi "teoría tricerebrada" del amor: la búsqueda de la felicidad, un aprecio de la bondad y una capacidad de reverencia.

Pero, ¿no es posible derivar alguna inspiración política a partir de la visión de nuestra estructura trina, en cuanto a tricerebrados nacidos de padre y madre? O, para preguntarlo de otra manera: más allá de la formulación de cosas deseables a partir de la contemplación de las realidades concretas indeseables, ¿acaso no podemos formular corolarios más universales a partir del modelo trino de la mente y concebir en forma general cómo sería un mundo gobernado "a tres voces" –es decir, en consideración a las necesidades y las contribuciones de nuestros Tres?

Aquí van mis reflexiones sobre la alternativa a nuestra forma patriarcal de gobierno.

Está de más decirlo, y por ello justamente resulta un buen punto de partida: el gobierno patriarcal es jerárquico, y cristaliza en cadenas de mando.

Si hemos de pasar del dominio del "padre absoluto" a un equilibrio de poderes entre las tres componentes de nuestra naturaleza, ello significaría pasar de la organización jerárquica a una organización heterárquica de la sociedad (así como de nuestra mente).

Contrasta con la forma de gobierno patriarcal la forma "matrística," que persiste hasta hoy en culturas matrilineales y tribales, en las cuales la autoridad se asienta en el grupo o comunidad más que en jefes carismáticos o expertos (a ello se refería Engels con su concepto de un "comunismo original").

Naturalmente, a través de toda la historia hemos conocido una polarización entre los partidarios de la autoridad central y los partidarios de la autoridad popular o democracia, pero siendo patriarcal la historia del mundo civilizado, el ideal democrático se ha expresado en la realidad política mucho menos que el ideal jerárquico.

No cabe duda, sin embargo, de que la mayoría de la gente está de acuerdo en que no sólo la tiranía de individuos ha sido una mala cosa, sino que también sería una mala cosa la tiranía de grupo. El historiador Jacques Barzun y otros han lamentado una creciente tendencia "demótica" –es decir, una situación en que el peso de la mediocridad o de la vulgaridad se hace sentir más y más en las decisiones que nos atañen–. Y no sólo es importante el equilibrio entre el experto y la voluntad de los gobernados: no cabe duda de que también es importante que el poder del individuo sobre sus propios actos no sea avasallado –ni por el gobierno ni por la comunidad.

Pensaba Tótila Albert que nuestra sociedad arcaica, anterior al período matrístico, fuese en esencia un "filiarcado" en el que predominaba no sólo la voluntad de los jóvenes sobre los ancianos, sino la fuerza y la autoafirmación del individuo por encima de la tradición y la tribalidad. Y sería también un filiarcado el sueño de anarquistas como Kropotkin y Bakunin, que confiaban en que la autoridad de las personas sobre su propia vida redundaría en un equilibrio social y no en el caos imaginado por los partidarios del control autoritario y represivo.

Bien pudiera ser que en una sociedad de seres despiertos, la regulación organísmica colectiva permitiera que el autogobierno de cada cual resultase en un magnífico concierto –pero hablar de seres despiertos, sanos o completos, es ya hablar de tri-cerebrados–. Sólo en un mundo así la voluntad de cada uno sería congruente con los dictados del amor y de la sabiduría, y ello llevaría a redes de solidaridad y de autoridad funcional, a través de los cuales la anarquía redundaría espontáneamente en

heterarquía: heterarquía entre lo anárquico, lo jerárquico y lo democrático.

Pero a propósito de lo democrático debemos tener presente que la única democracia relativamente participativa que hemos conocido en el mundo civilizado ha sido la de los atenienses –que fue posible porque los que entonces deliberaban en el ágora eran suficientemente pocos como para conocerse.

Naturalmente las naciones requieren, por su tamaño, de democracia representativa, pero ¿a qué puede llegar la democracia cuando los candidatos están sujetos a compromisos políticos cuando no a presiones económicas?

Me parece que en vista de la necesidad de canalizar eficientemente la voz de la comunidad, las naciones soberanas resultan un gran obstáculo, y que la única virtud del actual imperio transnacional tal vez sea que nos libere del poder y de los vicios de los gobiernos locales. Sólo falta que los ocultos "co-emperadores" decidan usar su poder en un sincero servicio del bien común.

Nuestro presente estado político podría describirse como de gran debilitamiento del aparato político de las naciones, que nos está trayendo problemas al no existir un balance entre el mundo empresarial y la autoridad política tradicional. Es de esperar que esta triste situación dé paso a otra en que la voz de los muchos encuentre una nueva forma de hacerse oír –cual sería el emerger de una verdadera democracia participativa–. Hasta cierto punto podemos decir que se esboza este desarrollo con la proliferación de organizaciones no gubernamentales, a través de las cuales la ciudadanía intenta atender a las necesidades sociales, ecológicas y otras que los gobiernos descuidan, pero el poder económico limitado de tales instituciones limita correspondientemente su efectividad. Tal vez sea concebible que algún día emerjan unidades pequeñas de autogobierno –comparables a las antiguas ciudades-estado– de cuya coordinación y federación en unidades geográficas mayores (hoy en día más fácil por el progreso de la cibernética y de las comunicaciones) surja una nueva forma de expresión de esa

voluntad popular que se requeriría como contrapunto o armónico complemento al buen liderazgo y a la libertad ciudadana.

Para quienes se encuentren ante la responsabilidad de pilotar en el futuro nuestra "nave espacial Tierra" y se interesen en consultar un mapa, así como para quienes trabajan en la formulación de tales mapas, he querido contribuir con esta idea tan simple de que nuestra transición deba ser, en esencia, de una tiranía encubierta tras la retórica de la democracia, a un gobierno en el que operen en el mundo de forma equilibrada los sabios, la voz de la comunidad y la capacidad de auto gobierno –como requiere el respeto a la individualidad–. Para una mejor comprensión de este pensamiento me permito citar un acercamiento histórico al mismo tema en un pasaje de mi libro, aún inédito, *El problema de la civilización*:

> Si la sociedad patriarcal supone una condición jerarquizada presidida por la institución del Estado –esto es, el control de los individuos y de los grupos por unos pocos más expertos y, en el mejor de los casos, mejor dotados–, en tanto que las culturas matrísticas se han caracterizado por el control que ejerce la comunidad o clan sobre el individuo, podemos pensar que en los tiempos del nomadismo arcaico y filio-céntrico de los recolectores predominó el control del individuo por sí mismo, con una relativa independencia de vínculos grupales y exclusión de cualquier régimen político de autoridad.
>
> ¿No podemos, entonces, concebir la alternativa al régimen patriarcal como uno en el que se dé una relación heterárquica entre estos aspectos de la vida política –tanto a nivel intrapsíquico como familiar y socio-cultural?
>
> Bien conocemos la exageración problemática de la autoridad central a través de nuestra larga historia en las dictaduras, y podemos imaginar lo problemático de la dictadura de grupo, tanto en la propuesta marxista de una dictadura del proletariado como en la situación de las culturas matrísticas –que nuestros antecesores prefirieron relegar al pasado–. Igualmente, nos son familiares las connotaciones negativas de la palabra

"anarquía," que ha venido a significar algo semejante a caos. Pero no menos familiares nos son los aspectos positivos de las tres formas de gobierno. Aquel de la propuesta autoritaria nos lo revela la misma palabra "jerarquía" –que alude a sacralidad–, en tanto que el de la propuesta democrática de "gobierno del pueblo por el pueblo" se ha tornado en nuestro ideal contemporáneo, y la propuesta libertaria y anarquista de auto-gobierno anárquico fue –dicho sea de paso– la visión de los profetas que concibieron el "reino de Dios" como uno en que ninguna autoridad se situaría en competencia con la voluntad divina –que los individuos sabrían reconocer en sus corazones.

Así como ya sucede en la jerarquía estructural del sistema nervioso, en que los centros superiores controlan a los inferiores, el intelecto guía normalmente la acción y la corteza pre-frontal controla hasta al intelecto, parecería que un régimen social sano no debería ser tan fanáticamente democrático como para desterrar el principio de autoridad; y me parece igualmente obvio que aun el equilibrio entre el gobierno central (ya se trate de grupos, escuelas o regiones), y el gobierno democrático de la comunidad sería una aberración si se viese el individuo aplastado por esta combinación de solicitaciones desde "arriba" y desde el entorno. Es necesario, pues, guardarse de tal aberración a través de un modelo teórico que contemple un sano individualismo; es decir, uno que contemple cierta dosis de autoridad del individuo sobre su propia vida.

Una vez que tal visión de la sociedad sana nos proteja no sólo de las dictaduras militares sino de las de la opinión pública o de las leyes del mercado, está claro que la libertad comprenderá dos diferentes dimensiones: la liberación del "niño interior" que opera en cada uno de nosotros a través de nuestra capacidad de auto-regulación organísmica (que va desde la sabiduría del cuerpo a la del instinto y a la intuición que nos permite seguir nuestras más sutiles voces interiores) y la liberación de esa "voluntad popular" que a su vez expresa nuestro sano sentimiento fraternal y solidario.

Hasta aquí mis variaciones en torno a la visión albertiana de un "equilibrio de los tres," y sólo me resta proponer que es en

tal equilibrio que reside y a través del cual se expresa eso que llamamos espiritual –o divino–. O, para decirlo de otra manera: cada una de nuestras personas interiores es divina, pero su carácter sagrado se nos oculta cuando el régimen de tiranía interior de la sociedad y de la mente patriarcal denigra en nosotros el aspecto animal o instintivo, esclaviza al aspecto materno amoroso, y convierte al aspecto cognitivo de nuestra mente en una monstruosamente insensible máquina de pensar.

Hoy sabemos que la facultad integrativa que puede ejercer un control inhibidor sobre cada uno de nuestros cerebros es algo así como un cuarto cerebro, pues descansa en una región precisa de la corteza cerebral: el área prefrontal –que se extiende de la región del mítico tercer ojo de la iconografía religiosa hacia la base e interior del cerebro– hasta encontrarse con el cerebro límbico. Pero en términos fenomenológicos, podríamos decir que esa "voz" en nuestra vida interior que puede poner armonía entre las relaciones de padre, madre e hijo no es propiamente una voz sino un silencio. Es a esto que he querido aludir al anunciar estas páginas con una referencia a un "modelo piramidal" de la conciencia. Si visualizamos una pirámide de base triangular, podemos decir que los tres ángulos en su base, apoyados sobre la tierra, corresponden a algo identificable –a saber, a nuestros cerebros o personas interiores–. El vértice, en cambio, alzándose por encima de la existencia concreta, es pura trascendencia, o (para decirlo de otra manera) pura nada. Es la capacidad de hacernos nada a través de la cual podemos llegar a ser personas enteras; la nada que nos permite suficiente des-identificación respecto a cada uno de nuestros "centros" –pensante, emocional y volitivo– como para que éste no se erija en un pequeño dictador que se alza por encima de los demás, rompiendo la unidad de nuestra psique. Y sólo aprendiendo a vaciar nuestra mente—o des-identificándonos de sus contenidos a través de la práctica del desapego que implica la meditación podemos trascender el pensamiento compulsivo, serenar nuestras pasiones y a la vez liberarnos de la obsesiva búsqueda de placer y la igualmente obsesiva evitación del dolor que caracterizan a la mente ordinaria.

3.- ¿QUÉ PODEMOS HACER?

Sin embargo, en medio de esta desarmonía sin precedentes, nos enfrentamos a una oportunidad que puede no presentársenos en otro milenio: la de crear una sociedad que refleje nuestros valores más profundos. En un mundo que parece encaminado en un millón de direcciones a la vez, podemos y debemos elegir una dirección, un foco, una intención. En ninguna otra época ha sido tan claro que el futuro depende de nosotros.

(*La creación de un mundo que funcione para todos,*
Vaclav Havel en Sharif)

3.1.- PECADOS DE LA SOCIEDAD

Hay quienes se han ocupado de grandes problemas que, pese a su enorme importancia y multiformes síntomas, son sólo síntomas, a su vez, de un mal más profundo, facetas de esa problemática colectiva más fundamental que en los capítulos precedentes interpreto como resultado de un desequilibrio entre nuestros cerebros o personas interiores. Así, conmovidos por la traición del amor a través de la violencia, por la represión de la sabia espontaneidad de la vida, por la comercialización del mundo y de su gobierno por el dinero, etcétera, algunos se han entregado a causas tales como la de la no violencia, el pacifismo, la lucha por el triunfo de la libertad sobre la opresión, la misión de dar la voz de alarma respecto a la plutocracia tecnocrática del sistema militar-comercial, la lucha contra la explotación, la campaña contra la corrupción y otras cruzadas.

Antes de examinar las consecuencias prácticas sugeridas por la idea de que la causa fundamental de nuestra condición radica en la estructura patriarcal de nuestra mente y sociedad, trataré algunos de estos grandes problemas que nos aquejan en un plano más evidente.

Ya he tratado anteriormente nueve aspectos de nuestra patología social en *El Eneagrama de la sociedad*, donde planteo que cada uno de estos grandes problemas se corresponde con alguna de las motivaciones deficitarias o "pecados capitales"[9] en la mente del individuo y, por lo tanto, se justifica considerarlos como los pecados o males capitales de la sociedad.[10] Ahora, sin embargo, me limitaré a la consideración de cinco de tales problemas colectivos –pues son estos cinco los que más definen la estructura de nuestras instituciones: el autoritarismo, la inercia institucional, el mercantilismo, la explotación y la represión.

Aunque en cada caso compartiré mi parecer acerca de cómo podemos superar tales males, espero comunicar también mi pesimismo respecto a cuánto podamos mejorar nuestra condición a través de los recursos conocidos. Sospecho que ni siquiera a un nuevo Hércules le sería posible cortar las nueve cabezas de nuestro ego colectivo patriarcal, y creo que ya es hora de que apuntemos hacia el corazón de la bestia. De lo que esto implique me propongo tratar en la tercera y última parte de este capítulo.

La violencia

Íntimamente ligada al dominio masculino, la violencia ha acompañado al régimen patriarcal desde sus orígenes. Ciertamente, las guerras han sido un rasgo característico de nuestra historia (se ha calculado un año de paz por cada diecisiete años de guerra) y en las escuelas de cada país se hace acopio con orgullo de las victorias militares, para edificación de los niños de cada generación. Parecería

---

9 Los del sistema Gregoriano que sobrevive en los catecismos más otros dos, de acuerdo al esoterismo cristiano del "Cuarto Camino."

10 Esto implica la interpretación de otros graves problemas, tales como la pobreza y la injusticia, como derivados.

que hay pocas cosas a las que se haya dado importancia en los textos de historia en comparación con tales conquistas militares y actos de subyugación. Sin embargo, sabemos que la guerra, junto con la esclavitud, se originaron en la Edad de Bronce hace unos 6.000 años, y por lo tanto no es intrínseca a la naturaleza humana. La guerra patriarcal es intrínseca a los estados soberanos y se encarna en ejércitos. Pero estos son sólo los órganos de una implícita filosofía del poder que es parte de nuestra forma de vida. Hoy en día, la violencia aumenta en respuesta a la violencia implícita en la injusticia de un sistema que no sentimos que hayamos elegido. Y si lo que digo no es obvio, bastará para que lo sea contemplar la historia del colonialismo agresivo de nuestro mundo civilizado a través de la obra de críticos como Chomsky. Y continúa tal colonialismo hoy en día, sólo que enmascarado de proteccionismo.

El presupuesto de guerra es un componente importante de nuestros problemas económicos, médicos, educacionales, etcétera, por mucho que tales gastos convengan a ciertos industriales, y puede decirse que el coste humano de las guerras implica una violencia no menor que la destrucción de vidas en los frentes de batalla. El imperialismo ha sido siempre explotador, más allá de su retórica, y desde sus orígenes en la antigüedad no ha amainado. Todo lo contrario: bien pudiera ser que el imperialismo capitalista moderno –con su retórica de globalización, sus gobiernos títeres y el apoyo ocasional de un terrorismo de estado–[11] sea el más

---

[11] Como dice Bonasso en su prólogo al libro de Chomsky sobre este tema, "el fenómeno del terrorismo de Estado es tan viejo como la sociedad de clases misma," pero que la expresión, que a la vez nombra y califica al fenómeno, es relativamente nueva. En sus palabras:

> Se habla de "terrorismo de Estado" para distinguirlo del "terrorismo" a secas, que involucra a grupos o individuos que carecen precisamente del poder represivo del Estado y utilizan la violencia indiscriminada para expresar su oposición a ese poder y tratar de estabilizarlo.

destructivo que hemos conocido hasta la fecha. La consideración de la política de relaciones exteriores de países aparentemente avanzados y ejemplares debería bastarnos para comprender en cuánto supera la violencia a la solidaridad y cuánto distamos de haber alcanzado la condición de una sociedad sana.

Pero la violencia no se expresa solamente, o ni siquiera principalmente, en asesinatos y guerras. La esencia de la violencia radica en la insensibilización ante el dolor y la muerte del prójimo, una condición desalmada que también se pone de

---

Pero también se usa esta denominación para demarcar un modelo estatal contemporáneo que se ve obligado a transgredir los marcos ideológicos y políticos de la represión "legal" (la consentida por el marco jurídico tradicional) y debe apelar a "métodos no convencionales," a la vez extensivos e intensivos, para aniquilar a la oposición política y la protesta social, sea ésta armada o desarmada.

El terrorismo de Estado es siempre vergonzante, porque siempre está atrapado en la misma contradicción: debe difundir sus prácticas más crueles y aberrantes para generalizar el terror y asegurar la dominación pero debe, al mismo tiempo, negar su autoría para no transgredir las normas jurídicas internas e internacionales que aseguran –en teoría– el respeto a los derechos humanos.

Se trate de las Fuerzas Armadas o de las instituciones civiles tradicionales, la "guerra sucia" que se libra contra los opositores no obedece ya al capricho de ese dictador tradicional tantas veces retratado por la literatura latinoamericana. El poder tiene representaciones individuales transitorias y subordinadas a entes abstractos y anónimos. Sus objetivos y estrategia tampoco derivan de la intuición o el arbitrio de los caudillos a la vieja usanza, como los Francos o los Trujillos. Antes bien, los modelos terroristas de poder se diseñan en las "escuelas de guerra"… La comparación entre crisis y contrainsurgencia no es ociosa, precisamente porque esta "fase superior" de la contrainsurgencia que es el terrorismo de Estado surge como una necesidad para el imperialismo y sus aliados, de contener –con nuevos métodos– a unas masas populares que se resisten a seguir pagando el costo mayor de la crisis económica, lo cual acota el espacio geográfico del terrorismo de Estado a los países más desfavorecidos de la Tierra, es decir, al Tercer Mundo. En otras palabras: El terrorismo de Estado es una mercancía destinada a los condenados de la Tierra.

manifiesto en las decisiones que anteponen el lucro a la vida. La mayor parte de los problemas de injusticia constituyen la expresión de una implícita violencia, que, percibida como tal engendra a su vez violencia –desde la escuela primaria al terrorismo–. Y, sobre todo, entra en juego una violencia implícita –es decir una inhumanidad enmascarada– en la decisión del mundo de regirse según los intereses de sus adinerados hombres de negocios a costa de grandes sufrimientos, pobreza, destrucción y desamparo por parte de una fracción alarmantemente creciente de la población.

En su libro *Sucias verdades*, que trata de aquellas cosas que ocurren en torno a nosotros pero que está tan prohibido mencionar que hacerlo significa un riesgo para la reputación de quien las dice, Michael Parenti plantea que en el más rico de los países del mundo actual tienen lugar continuamente hechos catastróficos que reflejan tanto el mal funcionamiento de la sociedad como un descuido trágico del bien común por parte de quienes toman las decisiones. Cita, por ejemplo, que cada año se suicidan veintisiete mil norteamericanos, trece millones son víctimas de crímenes, treinta y siete millones hace uso regular de productos médicos para controlar su estado emocional, ochenta millones han recurrido a ayuda psicológica, un millón de niños huye de sus hogares como resultado de abusos, cinco millones se encuentran en la cárcel o en libertad condicional, cuatro millones y medio sufren de desnutrición y entre siete y doce millones carecen de empleo. Concluye que:

> […] si consideramos sólo a aquellos que han sufrido un abuso físico o sexual, una seria incapacitación o una seria deprivación tal como la desnutrición y la falta de vivienda, y sólo aquellos que mueren por suicidio, homicidio, agresión física, abuso de drogas o alcohol, accidentes industriales o de tráfico, negligencia médica, enfermedades ocupacionales o enfermedades sexualmente transmitidas, aún nos queda la enorme cifra de más de diecinueve millones de víctimas.

Y poco más tarde resume: "en los doce años durante los cuales cincuenta y ocho mil americanos encontraron la muerte en Vietnam, varios millones murieron prematuramente en los Estado Unidos por causas no naturales y a veces violentas." Menciona, además, que "un estudio del gobierno ha concluido que el aire que respiramos, el agua que bebemos y los alimentos que comemos son hoy en día tal vez las principales causas de muerte en los Estado Unidos"; hace luego presente que "ninguna de estas cifras incluye la infelicidad, el abandono, las heridas emocionales de larga duración que sufren los millones de seres queridos, amigos y familiares de las víctimas," y por todo ello concluye que "contrariamente a lo que dicen las declaraciones oficiales, estamos ante un holocausto oculto, una patología social de dimensiones y consecuencias gigantescas."

A escala individual, el correctivo de la violencia es, por supuesto, la fórmula cristiana de responder a la agresión con amor. "Ofrecer la otra mejilla." Pero esto no es algo que se haya ensayado aún en la política de nuestra "civilización cristiana occidental" –por más que Lincoln afirmase que la mejor manera de destruir a un enemigo fuese tornarlo en un amigo, y por más que la fe de Tolstoi inspirase a Ghandi–. (Bien se sabe que la convicción de éste de que la vieja ley de "ojo por ojo" sólo podría llevar a la ceguera generalizada del mundo pudo inspirar la más notable revolución pacífica de la historia).

En vista de una situación tan brutal como la de nuestra historia contemporánea, en la que los países poderosos arrasan con aquellos que se resisten a un sometimiento económico, el pacifismo puede parecer un sinsentido por su inoperancia, pero, también es claro que deberíamos aspirar a un futuro menos violento e interesarnos creativamente en cómo lograrlo. Y es congruente con este fin el que pongamos límites a la violencia implícita de nuestro sistema económico y a la falta de sensibilidad con que estamos destruyendo el medio ambiente. Sin embargo, el gran problema que se presenta al querer cambiar nuestros

hábitos destructivos, es la inmadurez generalizada de las personas respecto al desarrollo del amor. Pienso que el nacimiento de la psicoterapia en el curso del siglo pasado puede presagiar una diferencia, particularmente a medida que se multiplican y se hacen más efectivos los grupos de autoayuda, pero tanto la psicoterapia como las tradiciones espirituales se quedan cortas –pues la transformación es difícil y exige tanto una intensa motivación como sacrificios–. Nuestra mejor alternativa, me parece, es la de prevenir en vez de curar a través de la salud pública y, especialmente, a través de la educación.

Represión, moralismo, mentalidad policial y xenofobia

Así como he hablado de la violencia y de la explotación conjuntamente, puesto que estas características se dan conjuntamente en la psicología del individuo, abordaré ahora conjuntamente el tema de la represión con el del moralismo o mentalidad criminalizante, de la hipertrofia de la mentalidad policial que se le asocia, y del nacionalismo, entendido como un arbitrario "complejo de superioridad" grupal. También en este caso la psicología del individuo nos muestra cuán íntimamente están relacionados estos rasgos.

Aunque la palabra represión en el lenguaje psicológico continúa teniendo el sentido que Freud le dio de impedir el acceso a la conciencia de ciertos contenidos mentales, conviene tener presente que en el sentido social el término no se refiere tanto a la conciencia como a la acción: se trata del mecanismo por el cual la autoridad controla la conducta de las personas dictando lo que se debe hacer y castigando su desobediencia. Pero la palabra "represión" no basta para evocar la forma característica en que este mecanismo funciona en la sociedad, que es la criminalización de la transgresión y el enaltecimiento de las propuestas de la autoridad a través de lo que aquí estoy llamando moralismo.

Para poder exigir, las personas característicamente exigentes invocan ciertos ideales y al mismo tiempo desvalorizan a quien no los cumple, y en el plano social esta situación se plasma en una comparable a la de los cruzados, que en virtud de su supuesta superioridad espiritual o cultural arremetían contra los "infieles." Pero no necesitamos acudir a ejemplos históricos tan distantes, puesto que el fenómeno en cuestión aparece cada vez que se expresan tendencias nacionalistas. Es un error concebir el nacionalismo como una expresión de amor hacia el propio pueblo. Por más que esta sea la retórica con que se lo justifica, el nacionalismo es un equivalente colectivo de lo que a escala individual es el egoísmo, con sus usuales racionalizaciones.

Una vez más, se trata de una tendencia íntimamente asociada al dominio masculino, y cuando desde la perspectiva de los siglos consideramos el caso de los conquistadores que se sentían autorizados a esclavizar o destruir a los indios sudamericanos en vista de su supuesta barbarie o de la nobleza de su muy cristiano emperador, se nos hace transparente cómo la exaltación de sus propios valores les servía de pretexto o racionalización a su codicia y ansia de explotación. Pero tenemos una conciencia muy limitada de la medida en que en nuestro propio tiempo el moralismo –es decir la exaltación de nuestros valores –nos está sirviendo como instrumento de represión y de poder.

Lo que la psicología ha llegado a esclarecer a nivel individual nos permite comprender mejor lo que ocurre en la sociedad. Es específicamente esclarecedor lo que la psicología nos ha mostrado acerca de aquellas personas en quienes la actitud moralizante es una característica principal: aquellos que en el lenguaje académico se diagnostican como "personalidades obsesivas" y que en la psicología de los eneatipos llamamos perfeccionistas. Fue Freud quien por primera vez describió su carácter exageradamente limpio, honesto y ordenado, y quien observó cómo la exagerada pulcritud de lo que en aquel momento designó como "carácter anal" se desarrolla como reacción a una demanda prematura de control de esfínteres.

Porque el niño o niña hace suya una exagerada aversión hacia sus excrementos, termina compensando su vivencia de suciedad con un intento reparador crónico.

Naturalmente, al hablar de moralismo aludo a algo muy diferente a la moralidad, reservando el término para un puritanismo o fariseismo intrínsecamente represivo y explotador. El subcomandante Marcos ha descrito admirablemente este uso de la moral al servicio de la explotación en un pasaje que atribuye a una colaboración de su *daimon* con Bertold Brecht. Lo cito a continuación:

> –Si los tiburones fueran hombres –preguntó al señor K. la hija pequeña de su patrona–, ¿se portarían mejor con los pececitos?
> –Claro que sí –respondió el señor K.– Si los tiburones fueran hombres, harían construir en el mar cajas enormes para los pececitos, con toda clase de alimentos en su interior, tanto plantas como materias animales. Se preocuparían de que las cajas tuvieran siempre agua fresca y adoptarían todo tipo de medidas sanitarias. Si por ejemplo, un pececito se lastimase una aleta, en seguida se la vendarían de modo que el pececito no se les muriera prematuramente a los tiburones. Para que los pececitos no se pusieran tristes habría, de cuando en cuando, grandes fiestas acuáticas, pues los pececitos alegres tienen mejor sabor que los tristes. También habría escuelas en el interior de las cajas. En esas escuelas se enseñaría a los pececitos a entrar en las fauces de los tiburones. Estos necesitarían tener nociones de geografía para mejor localizar a los grandes tiburones, que andan por ahí holgazaneando. Lo principal sería, naturalmente, la formación moral de los pececitos. Se les enseñaría que no hay nada más grande ni más hermoso para un pececito que sacrificarse con alegría; también se les enseñaría a tener fe en los tiburones, y a creerles cuando les dijesen que ellos ya se ocupan de forjarles un hermoso porvenir. Se les darían a entender que ese porvenir que se les auguraba sólo estaría asegurado si aprendieran a obedecer. Los pececillos deberían guardarse bien de las bajas pasiones, así como de cualquier

inclinación materialista, egoísta o marxista. Si algún pececillo mostrase semejantes tendencias, sus compañeros deberían comunicarlo inmediatamente a los tiburones. Si los tiburones fueran hombres, se harían naturalmente la guerra entre sí para conquistar cajas y pececillos ajenos. Además, cada tiburón obligaría sus propios pececillos a combatir en esas guerras. Cada tiburón enseñaría a sus pececillos que entre ellos y los pececillos de otros tiburones existe una enorme diferencia. Si bien todos los pececillos son mudos, proclamarían, lo cierto es que callan en idiomas muy distintos y por eso jamás logran entenderse. A cada pececillo que matasen en una guerra a un par de pececillos enemigos, de esos que callan en otro idioma, se les concedería una medalla y se le otorgaría además el título de héroe. Si los tiburones fueran hombres, tendrían también su arte. Habría hermosos cuadros en los que se representarían los dientes de los tiburones en colores maravillosos, y sus fauces como puros jardines de recreo en los que da gusto retozar. Los teatros del fondo del mar mostrarían a heroicos pececillos entrando entusiasmados en las fauces de los tiburones, y la música sería tan bella que, a sus honores, arrullados por los pensamientos más deliciosos, como en un ensueño, los pececillos se precipitarían en tropel, precedidos por la banda, dentro de esas fauces; habría así mismo una religión, si los tiburones fueran hombres.

Esa religión enseñaría que la verdadera vida comienza para los pececillos en el estómago de los tiburones. Además si los tiburones fueran hombres, los pececillos dejarían de ser todos iguales como lo son ahora.

Algunos ocuparían ciertos cargos, lo que los colocaría por encima de los demás. A aquellos pececillos que fueran un poco más grandes se les permitiría incluso tragarse a los más pequeños. Los tiburones verían esta práctica con agrado, pues les proporcionaría mayores bocados. Los pececillos más gordos, que serían los que ocupasen ciertos puestos, se encargarían de mantener el orden entre los demás pececillos, y se harían maestros u oficiales, ingenieros especializados en la construcción de cajas, etc. En una palabra: si los tiburones fueran hombres habría por fin en el mar una cultura.

Todas las civilizaciones han sido represivas, y si la nuestra nos parece una excepción es porque hemos perfeccionado la operación represiva a tal punto que ya no nos es obvia, y una cierta inconsciencia nos permite sentirnos mejor. Pero las cárceles se están transformando en un problema, ya que están cada vez más llenas y se multiplican. Naturalmente ello resta productividad a la sociedad además de que su mantenimiento es caro, y bien sabemos cómo contribuyen al deterioro de los prisioneros y de sus familias justo ahora cuando se ha hecho tan crítica la salud mental y la evolución de la conciencia.

Hablo de las cárceles no sólo porque constituye una gran tragedia el que con el correr del tiempo la legislación se vaya haciendo más condenatoria, haciendo muy fácil que pequeños delitos, como por ejemplo la posesión de una pequeña cantidad de marihuana, tengan como resultado la pérdida de vidas o el deterioro mental en celdas de aislamiento por "falta de colaboración" o complicaciones de la vida entre los presos, y porque recientemente se están privatizando las cárceles, transformándose así en un negocio más. Hablo de ellas también porque constituyen un síntoma que nos revela la verdad paradójica de que la mentalidad policial, en su campaña contra el crimen, termina contribuyendo a la criminalidad. Como se ha dicho "la mayoría moral no es ninguna de las dos cosas," y la gente ya se va dando cuenta cómo tanto la pasada guerra a la supuesta amenaza de los rojos, como la más reciente guerra de las drogas, reflejan un intento desesperado de defenderse por parte de un sistema disfuncional. Hasta los colegios empiezan a parecerse a las prisiones, ya que los niños, tal vez menos enajenados de su instintividad y de su intuición, reaccionan con violencia contra el carácter autoritario de lo que se les ofrece a manera de educación.

En efecto, los niños perciben cada vez más la irrelevancia de una instrucción que tiene poco que ver con su situación existencial y se rebelan ante profesores que parecen no estar suficientemente despiertos a la vida para percatarse de tal irrelevancia

–con el resultado de que a veces, en su impotencia, se ponen destructivos–. Lo que confirma a las autoridades en su idea de que es problema de ellos y les estimula a imponer el orden a través de un poder creciente.

A nivel individual, se hace posible la represión de la instintividad y el control de la conducta ajena de los perfeccionistas a través de la construcción de lo que parecerían nobles ideales que la persona se enorgullece de albergar y predicar. De manera semejante, la represión se justifica a nivel social a través de un sentimiento de superioridad moral y una convicción de tener razón que justifica la indignación. Cuando esta superioridad se vuelve condenatoriamente a través de otros en el propio grupo, culmina en la criminalización. Cuando se vuelve contra otros grupos, lo llamamos prejuicio, xenofobia o nacionalismo.

Si el carácter represivo de la sociedad es un problema, si el moralismo y el altisonante patriotismo son mecanismos arcaicos para ocultar nuestra injusticia y si la aparentemente bienintencionada tendencia policial de nuestro mundo moderno es sólo una violencia racionalizada al servicio de una autoridad cuestionable y de la defensa del *status quo* (cuando lo que más necesitamos es evolución), ¿qué podemos hacer?

¿Qué podemos hacer ante el imperio del prejuicio que ve barbarie o criminalidad cuando le conviene proteger la propia superioridad como clase o nación? Naturalmente, es mucho lo que se ha intentado, de modo que se ha abolido oficialmente la esclavitud y, en los países más civilizados, blancos y negros pueden ocupar un mismo ascensor; pero es problemática la lucha por las libertades cívicas y más que problemático el cuestionamiento del nacionalismo por cuanto ninguna de ellas puede llegar muy lejos sin el progreso de la conciencia. Y aunque el arte en todos los tiempos ayuda a la gente a tornarse más consciente de lo que sucede en torno, la conciencia en último término es algo individual.

A nivel individual prácticamente la única cura del moralismo se encuentra en la psicoterapia profunda, ya que éste (ya se trate

de una manipulación inconsciente o de hipocresía) no puede sobrevivir en la presencia de autoconocimiento. Nietzsche, de quien Freud heredó su comprensión acerca de la naturaleza defensiva y compulsiva de la moral convencional, vio la respuesta a este exceso en el espíritu dionisiaco, y pienso que nada podría ser más exacto. Pienso, también, que el espíritu dionisiaco ha empezado a penetrar en el mundo a través de la psicoterapia –particularmente desde el nacimiento de la psicología humanista–. Pero, como en el caso de la violencia, no se puede esperar que la psicoterapia ayude a más que una minoría –y haría falta llevar las competencias de este oficio al mundo de la educación–. Pienso también que respecto a la liberación de la espontaneidad y al aumento de la autenticidad en las personas del mundo, no tenemos mejor esperanza que una educación más libre y liberadora que se oriente hacia la formación de esos "tricerebrados armónicos" que concebía Gurdjieff.[12]

El autoritarismo

La autoridad ha sido el pilar central de la civilización desde que ésta comenzó a través del establecimiento de grandes jerarquías de poder en la época de las primeras grandes ciudades. Desde entonces la sujeción de todos al dominio de unos pocos ha sido característico del mundo civilizado –por más que hoy en día prácticamente haya desaparecido la fe en los regímenes auténticamente monárquicos, se profese un ideal democrático y se abomine de las tiranías.

Podría argüirse que el control de todos por unos pocos no es menor en las naciones modernas que en los regímenes monárquicos antiguos, sólo que éste se ejerce en forma menos visible –al

---

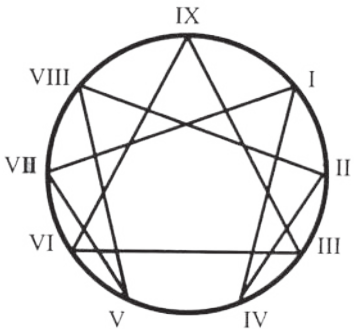
12 Fundador del Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre cuyas ideas llegaron a conocerse principalmente a través del periodista ruso Ouspensky.

combinarse una forma aparentemente democrática de gobierno (en que los ciudadanos pueden cada tantos años expresar su preferencia por uno u otro candidato, generalmente adinerado) con una sofisticada manipulación de la opinión pública.

¿Pero en qué medida puede decirse que las democracias modernas representan un "gobierno del pueblo por el pueblo"? Seguramente sería más correcto describirlas como casos de aquello que el periodista y poeta español Federico Jiménez Losantos ha llamado *La dictadura silenciosa* en el título de uno de sus libros, que versa precisamente sobre los mecanismos totalitarios en una democracia europea.

Antes de proseguir estas consideraciones acerca del autoritarismo, del cual la violencia expoliadora y la represión criminalizante pudiera decirse que son los brazos, quiero abrir un paréntesis para introducir algunas nociones relevantes del ámbito de la psicología de los eneatipos.

He tenido presente a través de esta presentación la figura del Eneagrama, que no todos los lectores conocerán, por lo que en este momento me parece útil hacerla explícita: una figura geométrica que una corriente esotérica de origen probablemente mesopotámico propone como alusivo a ciertas regularidades en las leyes de la naturaleza y que por lo tanto puede servir como mapa aplicable a cosas o procesos muy diversos. Consiste en nueve puntos que se sitúan a lo largo de una circunferencia y que se conectan entre sí como lo muestra la ilustración adjunta.



Íntimamente relacionado con el árbol de la vida de la cábala, el Eneagrama se dio a conocer en Occidente a través de Gurdjieff; pero fue un boliviano, Óscar Ichazo, quien posteriormente presentó ante la Asociación de Psicólogos de Chile la esencia de las aplicaciones psicológicas de este esquema, que llamó Protoanálisis.

Al utilizarse el Eneagrama como un mapa de las pasiones básicas (o como se diría hoy, de las motivaciones carenciales o emociones deficitarias) se sitúa la lujuria o sed de intensidad (que domina en las personas violentas) en el punto 8, y la ira (característica no siempre evidente de los perfeccionistas, cuyo defecto moral se disfraza de moralidad) se representa en el punto 1. Al entrar en la provincia del autoritarismo, que se corresponde con formas de personalidad en que domina el miedo, pasamos al punto 6, que se sitúa en el vértice izquierdo del triángulo central del Eneagrama, y he elegido este momento para introducir estas consideraciones acerca de la relación estructural entre las patologías porque en la psicología de la personalidad los procesos a los que alude este triángulo central (de las que me propongo ahora tratar) se consideran más fundamentales que los restantes.

Es fácil comprender a través de la abundante información histórica de nuestro tiempo cómo el régimen autoritario colectivo surgió de la autoridad absoluta del *pater familias*, y cómo en la antigüedad se extendió a grupos mayores originando las primeras monarquías y luego los imperios. Con razón Tótila Albert, pionero en la denuncia del régimen patriarcal, escribía, ya durante la Segunda Guerra Mundial:

> Se ha buscado la causa de la desunión de los seres humanos y del irremediable desorden que reina en las condiciones de la vida humana, y en esta búsqueda se ha criticado, por cierto, al Estado y a la Iglesia, pero nunca se ha dado el paso definitivo: hacer responsable al creador de estas instituciones, que se atribuyó arbitrariamente el derecho de disponer de la vida y muerte de la familia, declarándola su propiedad y apoderándose de sus bienes.

Al individualizar de esta manera al "responsable de nuestras instituciones" –naturalmente, el macho de nuestra especie– lo solía llamar "el padre absoluto," expresión que podemos considerar una personificación del dominio masculino, y me parece que hablar de "padre" más que de "hombre" tiene la ventaja de aludir a la tríada familiar (desde la cual la autoridad se ha generalizado a la sociedad), y no sólo al dominio del hombre sobre la mujer sino a la apropiación de la vida de los hijos, que ha caracterizado al patriarcado clásico.

En el dominio masculino puede verse la raíz del predominio de la razón sobre la emoción en la mayor parte del mundo civilizado, así como el predominio de la explotación sobre el cultivo, de la agresión sobre la ternura y de la competencia sobre la colaboración. Pero el autoritarismo no sólo se apoya en la razón (justificatoria de su arbitrio) y en la fuerza, que, asociada a la insensibilidad, se torna en violencia: aparte de éstas el autoritarismo se sirve de la idealidad, que constituye su natural legitimación, así como del control (ideológico) del pensamiento.

Mucho de lo que se ha dicho acerca del autoritarismo en la psicología lleva la impronta del monumental estudio publicado a mediados del siglo pasado con el título de *La personalidad autoritaria*. En éste, los autores (Adorno, Sanford y Frenkel-Brunswick) describen un tipo de persona caracterizado en los términos del psicoanálisis por un superego rígido, un ego débil y un ello enajenado (es decir, una persona excesivamente orientada según las normas de su grupo y que vive sus impulsos espontáneos como algo ajeno, que " le sucede").

Ya observaron los investigadores mencionados que aquello que designaron como la "personalidad autoritaria" e identificaron a través de su famosa "escala F" (en referencia al fascismo) no era propiamente una, sino un conglomerado de tres tipos humanos diversos, e investigaciones posteriores, con ayuda de la entonces novedosa técnica estadística del análisis factorial, lo confirman. En una de las formas descritas de la personalidad autoritaria

podemos reconocer al tipo obsesivo y perfeccionista (E1) descrito a propósito del moralismo; en una segunda, un tipo cínico y maquiavélico, podemos reconocer al violento y rebelde E8, en tanto que en el tercero se puede reconocer al paranoide e inseguro E6 de la psicología de los eneatipos –un carácter en el que predomina el temor.

A diferencia de los caracteres ya descritos –el moralista y el antisocial– que son dominantes, lo más característico de este carácter temeroso es su obediencia hacia la autoridad, y aun en casos en que la persona es dominante (como defensa paranoide ante imaginarios ataques) sigue siendo alguien con un fuerte sentimiento jerárquico, que le hace receptivo a las autoridades, a la voz del poder establecido o a los preceptos de una determinada ideología.

Trasponiendo tales datos de la psicología a la sociedad, podemos decir que si la violencia elimina a los indeseables y el órgano policial de la sociedad obliga a los ciudadanos a comportarse según los dictámenes de una autoridad corrupta o, a su vez, manipulada, podemos, entonces, llamar "autoritarismo propiamente tal" a la fe que sustenta tal operación –una excesiva tendencia a delegar el propio poder y las propias decisiones en otros, particularmente cuando se expresan con clara simplicidad y vehemencia, evocando fuerza y certeza.

Sabemos que el temor a la autoridad que subyace a esta sumisión hunde sus raíces en el miedo infantil al castigo, que origina la inhibición de la espontaneidad bajo el peso de la culpa y la necesidad de atenerse, bien a los dictados de la autoridad, bien a algún código que defina lo ideal y lo condenable, garantizando así la aprobación.

Puede decirse que cuando éramos niños era funcional para nosotros atenernos a la autoridad de nuestros padres: es parte de la salud y de nuestra programación genética y neurológica imitarlos, así como sentirlos superiores, cuasi-divinos. Pero esta autoridad natural se complica cuando un padre agresivo intenta

un control exagerado y recurre a la intimidación. El resultado no es ya una obediencia sana, sino la obediencia compulsiva de quien ha sido subyugado. Desgraciadamente, en la mayoría de los casos la disposición de aquellos a quienes consideramos buenos chicos o chicas es de tal naturaleza, por supuesto inconsciente, pues el autoritarismo se trasmite de padres a hijos y es reforzado por la escolarización. Por tanto, a la luz de la psicología dinámica, la condición que llamamos normal es de sometimiento a las autoridades cuando no de rebeldía (un autoritarismo al revés, pudiera decirse), y tal condición es aquella en la que la libertad se asocia a la angustia y a la culpa.

Nada se acerca tanto a la experiencia del niño que espontáneamente se siente movido a imitar a sus padres como la del adulto que vive el entusiasmo de seguir a una autoridad carismática. La palabra "carismático" deriva de "carisma," que en el lenguaje de la teología aludió originalmente a la gracia, pero en el lenguaje posterior de la sociología pasó a aludir a una persona percibida como dotada de características más que humanas, o en todo caso extraordinarias.

Me parece que una secularización excesiva de la noción de autoridad carismática ha llevado a que la expresión evoque por lo general el fenómeno de una autoridad excesiva que surge de la inmadurez y de la excesiva necesidad de padre por parte de personas que, demasiado dadas a la idealización, revisten de atributos excepcionales a personas ordinarias, si no a charlatanes aprovechados. Tal es, en efecto, lo que ocurre en los caracteres inseguros o fanáticos, movidos por un excesivo temor, que abundan en nuestra cultura autoritaria. Pero conviene que ello no nos lleve a olvidar que también en la vida adulta hay situaciones de autoridad funcional (o, como Fromm las llamaba, de autoridad racional), en las que una persona reconoce la pertinencia de seguir el consejo o mando de quien le parece más sabio o simplemente mejor informado. La relación entre amigos, observaba Aristóteles, es justamente aquella en la que una persona se siente atraída por la mayor madurez o

virtud de otra y procura emularla a través de un implícito aprendizaje. El fenómeno es más acentuado aún en las situaciones en que se sigue a un guía espiritual o a un líder genial. No creo que debamos concebir a los antiguos reyes –sacerdotes de Babilonia o a los faraones del antiguo Egipto– como meros manipuladores de la disposición idealizadora de las masas. Más pareciera que su fuerte autoridad surgiese del reconocimiento de algo genuinamente extraordinario en ellos: un alto grado de desarrollo personal que en cierto sentido los hacía "sobrehumanos." Y es natural que la gente reconozca intuitivamente la mayor capacidad de juzgar o decidir cosas de interés común por parte de uno que ha alcanzado una conciencia superior.

Max Weber observaba una transición de la autoridad carismática a la "autoridad burocrática" en la historia de los movimientos religiosos, y pienso que una transición semejante puede observarse en la evolución de la autoridad en el mundo a través de la historia de la civilización en su conjunto.

Al comienzo, coincidió la autoridad espiritual con la autoridad temporal. Luego la institución de la monarquía se separó del sacerdocio, y eran los sacerdotes quienes controlaban a los reyes. Más tarde fueros los reyes quienes alcanzaron mayor poder –aunque menos carismático y más violento–. Dante, hacia el final de su vida y en un momento en que el poder del Papa superaba al de los reyes, escribió *De monarchia* sosteniendo que el equilibrio entre el imperio y el papado garantizaría la salud de su respectiva autoridad, pero ya la corrupción de la autoridad espiritual estaba tan a la vista como la brutalidad de los emperadores. La mayor información y libertad de opinión que nos permite nuestro tiempo hace que no podamos contemplar la historia desde entonces sin apreciar cuán problemáticas han sido las instituciones del gobierno y de la iglesia, y cómo continúan, a través de ella y a la vez, los procesos de burocratización y corrupción.

Desde el Renacimiento, es cierto, ha tenido lugar una liberación progresiva, pero es un hecho curioso que no hemos dejado

atrás el mal gobierno ni se puede afirmar que estemos acercándonos a un mundo justo, pese a la notable evolución de la sociedad hacia una visión democrática y a la transición de las monarquías tradicionales hacia los regímenes republicanos.

Es imposible negar que los años '60 representaron un gran salto hacia adelante en la historia del autoritarismo, pero aunque el sentimiento anti-autoritario persista en nuestros tiempos cripto-fascistas, su manifestación principal tal vez sea el desinterés ciudadano respecto a los asuntos políticos. Lo expresa el título de un libro del periodista norteamericano Jim Hightower: *Si la voluntad de los dioses fuera que votásemos, nos darían candidatos*. Pero por cierto que sea que se le ha perdido el respeto a la autoridad del padre en la familia, se haya desidealizado considerablemente a los padres de las patrias y se desconfíe de toda ideología, sería un error pensar que el patriarcado ha muerto. Sólo ha entrado en una especie de agonía por el hecho de que la desidealización de la autoridad la deslegitimiza. Pero el control autoritario central sigue tan fuerte como siempre, aunque se haya desplazado gradual y subrepticiamente de lo político al mundo de los negocios –particularmente a unas cuantas empresas gigantescas que controlan una alta proporción de la riqueza del mundo.

Tan falta de carisma es esta nueva autoridad que se intuye ilegítima, que sólo se permite actuar de manera oculta, anónima y enmascarada –a través de las instituciones políticas y la fuerza de la ley, así como a través de "las leyes del mercado" –. Pero no es verdad que el mercado sea libre, ni que se esté realizando el sueño liberal de Adam Smith, quien concebía que el funcionamiento autorregulatorio del mercado serviría como garantía de la democracia. El actual mercado no se sostendría sin grandes contribuciones de los gobiernos en forma de "subsidios" que han sido apropiadamente descritos como "caridad para los ricos."

Pero el autoritarismo sobrevive aún en el mundo contemporáneo a través de la fe patriótica de las mayorías en el orden establecido y sus instituciones (y son autoritarias las empresas y

hasta los gremios profesionales), aunque parecería que en nuestros tiempos de agonía patriarcal crece la distancia entre el autoritarismo propiamente tal –que entraña voluntad de entrega a un liderazgo– y la medida del poder a que se someten nuestras vidas. No sólo estamos desencantados con nuestros líderes –sintiendo que sus talentos ideales cuentan poco–, sino también desencantados con los ideales mismos.

Los tiempos en que la iglesia podía prohibirle a Galileo ver con sus propios ojos han quedado tan atrás porque los ocultos opresores no necesitan mandar en lo que pensamos: les es más fácil influir en ello a través de la realidad ficticia y de la filtración de influencias que hace posible el bombardeo de los medios de comunicación.[13] Y si bien ya no se condena a la hoguera a los infieles o se decapita a los traidores, se procura encarcelar a los rebeldes o "mal adaptados" al menor pretexto. En tanto que la iglesia, prohibiendo la libertad del pensamiento controlaba la vida de todos, y así como durante el terror del nazismo o del estalinismo se asociaba la obligación de pensar según las ideologías imperantes a amenazas y terribles castigos, pareciera que hemos conocido tan bien la estrategia política del control a través de la ideología que ello nos ha llevado a una actitud de sospecha ante toda proposición teórica importante (de modo que las ciencias sociales han pasado a interesarse más que nada en la acumulación de información en torno a preguntas de alcance limitado). Esta actitud de la era "postmoderna" tiene eco en la aparente disminución del autoritarismo paternal en las familias y en el cinismo generalizado respecto a la autoridad de nuestras instituciones. Sin embargo se hace presente en el mundo un fuerte elemento de imperialismo transnacional o global que se oculta tras la retórica y ciertas formas de la democracia, y me

---

[13] He oído citar la afirmación de Goebbels de que "no es difícil lograr que la gente diga que lo redondo es cuadrado."

parece que tanto en la situación social como en la psicología del individuo, la construcción de una atrayente pero falsa realidad puede constituir la forma más efectiva de represión.

Se ha dicho mucho acerca de la alternativa al autoritarismo pero, así como un viajero que atraviesa un desierto puede desviarse de su ruta por un espejismo, podemos perder nuestra dirección a causa de la elocuente retórica que sugiere que ya hemos alcanzado la condición de un mundo democrático. Recuerdo de los años '50 (cuando tuve ocasión de viajar por Rumania y Polonia) cómo los estalinistas deploraban el totalitarismo sin sospechar que formaban parte de un régimen no menos totalitario que el de Alemania o la Italia fascista. ¿Acaso no usamos la palabra democracia en forma semejante? ¿Podemos hablar de un gobierno del pueblo por el pueblo porque simplemente podemos votar cada cuatro o cinco años por un bienintencionado títere u otro? No creo que podamos aspirar a una verdadera democracia sin una educación adecuada, en la que se cultive el sentimiento comunitario y se ayude a las personas a hacerse libres y autónomas: una educación que nos guíe hacia una sana relación con nuestro entorno interpersonal, y un sentimiento comunitario.

Respecto a cual pueda ser la mejor actitud ante aquellos que actualmente detentan el poder en el sistema, quiero compartir un consejo que alguna vez me dio mi viejo tío Bruno Leuschner en Santiago, en tiempos de la dictadura de Pinochet. Siempre lo conocí como un agnóstico, y ésta es la única vez en la vida en que oí de sus labios un pronunciamiento religioso: "¿No te parece, Claudio, que deberíamos pedirle a Dios que ilumine a nuestros gobernantes? Porque de otra manera nos gustaría verlos fritos en aceite."

Conformismo y *status quo*

Si en la psicología del individuo el aspecto temeroso guarda relación con una excesiva tendencia a plegarse a los dictados de

la autoridad, el aspecto "perezoso" a través del cual se desconecta de sus deseos más íntimos, no es un asunto completamente independiente, sino más bien complementario –y la relación entre ambos aspectos se representa en el Eneagrama por el trazo que une los puntos 6 y 9.

De manera semejante podemos decir que en el plano social son complementarios el autoritarismo y la conformidad; pudiera decirse que el autoritarismo encarna la autoridad paterna dentro de la sociedad, en tanto que el conformismo refleja la posición del niño obediente, y que no hay autoridad sin súbditos dispuestos a ceder una parte de su propio poder.

Pero así como el moralismo difiere de la moral (constituyendo algo así como una pseudos-moral compulsiva al servicio de la violencia, una racionalización a través de la cual personas o entidades sociales cumplen con sus deseos), la conformidad difiere sustancialmente de la actitud de un niño o niña sana que responde a los deseos y consejos de los padres, y que construye su personalidad de acuerdo a los rasgos positivos que admira en ellos.

El punto 9 en el Eneagrama de los caracteres corresponde a lo que los Padres del Desierto (anacoretas de quienes deriva la doctrina de los pecados capitales) llamaban acidia: una inercia psico-espiritual que es algo muy diferente de lo que sugiere la palabra "pereza" en la actual lista de los pecados capitales. A nivel social es fácil reconocer cómo una inercia psico-espiritual semejante se manifiesta en la fosilización de las instituciones y en su resistencia al cambio.

El poder del *status quo* aumenta según el tamaño de los grupos y según su antigüedad, y todos conocemos algo de lo que los sociólogos han llamado "El fenómeno burocrático" –su característica resistencia a iniciativas creativas–. Otra expresión del *status quo* es la exageración de tendencias conservadoras, que a través del apego a ideas y formas de vida obsoletas entran en conflicto con la necesidad de una evolución social continua en un mundo siempre cambiante.

En principio son válidos tanto el espíritu conservador como el espíritu radical, ya que necesitamos tanto un sano aprecio por sabias tradiciones del pasado como una apertura al cambio que es parte de la vida. Pero, así como parásitos y microbios defienden su supervivencia, también los aspectos disfuncionales de la vida social protegen la suya a través de la resistencia al cambio y la conformidad.

El tipo de personalidad que gravita en torno a la inercia psicoespiritual es aquella en la que el individuo busca su comodidad a través de la evitación de conflictos y el estrechamiento de la conciencia, a la vez que se torna hiperactivo –como si su energía fuese desviada de lo esencial a lo accesorio y de la interioridad a lo externo–. También en la esfera social se manifiesta esta conjunción de pérdida de interioridad con agitación, y ello conlleva una creciente incapacidad de ocio. Nuestro mundo secular moderno gira en torno a sí mismo, con niveles creciente de ruido, más y más rápidamente, y la gente parece cada vez más adicta a las distracciones. Y así ocurre que ese ocio que alguna vez se esperaba que el progreso de la era industrial nos regalase, no sólo no llega, sino que seríamos incapaces de aprovecharlo a causa de nuestra adicción a la televisión y nuestro horror al vacío. Hablando de Buenos Aires, Ernesto Sábato observa una prisa enajenante que reina en todas las grandes ciudades:

> En las calles, hombres y mujeres apresurados avanzan sin mirarse, pendientes de cumplir con horarios que hacen peligrar su humanidad. Ya sin lugar para aquellas charlas de café que fueron un rasgo distintivo de esta ciudad, cuando la ferocidad y la violencia no la habían convertido en una megalópolis enloquecida. Cuando todavía las madres podían llevar a sus hijos a las plazas, o visitar a sus mayores. ¿Se puede florecer a esta velocidad? Una de las metas de esta carrera parece ser la productividad, ¿pero acaso esos productos son verdaderos frutos?
> El hombre no se puede mantener humano a esta velocidad, si vive como autómata será aniquilado. La serenidad, una cierta

> lentitud, es tan inseparable de la vida del hombre como el suceder de las estaciones lo es de las plantas, o del nacimiento de los niños.

La cultura judía, de la cual derivó en parte la nuestra, consideraba al ocio como su mandamiento central al comprender la necesidad de darle tiempo al alma, darse tiempo para estar consigo mismo y contactar la propia profundidad. Nunca ha sido mayor nuestra necesidad de sustraernos al mundo y a lo mundano, y creo que precisamente el carácter secular y altamente mundano de nuestro mundo hace imperativo que volvamos a descubrir la dimensión sagrada de simplemente ser. Sospecho que en nuestro mundo ruidoso e hiperactivo la sola comprensión del valor del reposo de la mente como vía de acceso a la paz de espíritu pudiera ya tener cierto efecto reparador.

Pero donde podemos encontrar el antídoto específico para la inercia psico-espiritual que impregna el mundo secular moderno es en la interioridad, en la atención dirigida a la propia experiencia y en una ética de "trabajo en uno mismo." Puede esperarse que todo lo que apoye el desarrollo psico-espiritual del individuo nos haga menos pasivos respecto al impulso de la historia y a la fuerza de los hábitos sociales, y tal vez nada pudiera sernos tan útil como una educación que tome en cuenta el auto-conocimiento y la optimización de las relaciones interpersonales. La educación de hoy es notablemente irrelevante para con el desarrollo humano, y esta irrelevancia puede bien ser la manifestación más significativa de la mortífera acidia en el mundo moderno: como un elefante blanco con las mejores intenciones, el sistema educativo está entorpeciendo su propia función a través de su condición fosilizada. Si llegase a comprender cabalmente cómo en su obsolescencia perpetúa nuestra inmadurez colectiva y se decidiese a emprender un rumbo nuevo, podría contribuir a nuestra evolución social más que ninguna otra cosa –aparte de la transformación de nuestra economía.

La mentira y la ilusión de que el dinero compra felicidad

Si el autoritarismo representa el dominio del principio paterno y la conformidad la expresión de una mentalidad infantil obediente, puede decirse que tanto en el individuo como en la sociedad se complementan tales facetas de la vida con una tergiversación o falsificación de las cosas que desempeña una función reconciliadora, permitiendo la ilusión de que los designios de la autoridad son benévolos y que la conformidad sea la mejor alternativa. Por esto puede decirse que el punto 3 en el Eneagrama corresponde a la función de una madre conciliadora, que en vez de defender los deseos y derechos del hijo, se pone de parte de la autoridad paterna.

Ya al tratar del autoritarismo he tocado el tema de la construcción de una realidad ficticia –que se corresponde con un proceso análogo en la psicología individual: en la medida de nuestra patología (aunque particularmente en el caso de las personas vanidosas) nos engañamos a nosotros mismos y también a los demás al identificarnos con una imagen idealizada de nosotros mismos–. Con razón las tradiciones espirituales han comprendido la vanidad como un "pecado" –pues nos desvía de lo que verdaderamente importa, distrayéndonos, con lo trivial o efímero, de la caridad o de la atención a nuestro desarrollo–. Y seguramente el mismo concepto puede ser traspuesto a un nivel social, donde una colectividad puede pecar de mentirosa por su construcción y perpetuación de una visión falsa de lo que en ella sucede. Así como se puede decir que el individuo reprime aquello que no es coherente con la autoimagen que pretende "vender," podemos decir que colectivamente se desconoce la realidad de lo que ocurre en el mundo cuando ello no coincide con una implícita ficción transmitida por la cultura.

La siguiente cita de Howard Fast, me parece, tiene la virtud de hacernos sentir cuánto se ha asociado el engaño al control político en todos los tiempos:

Ya que eres político –sonrió Cicerón–, quizás puedas decirme qué es un político.

Un engañador –respondió Graco sin más.

Por lo menos eres franco.

Es mi única virtud, y una extremamente valiosa. En un político, las personas lo confunden con honestidad. Verás: nosotros vivimos en una república, lo que significa que hay un gran número de personas que no tienen nada y un pequeño número que tiene muchísimo. Y aquellos que tienen muchísimo necesitan ser defendidos y protegidos por aquellos que no tienen nada. Y no sólo eso. Los que tienen mucho necesitan proteger su propiedad y por lo tanto aquellos que no tienen nada deben estar dispuestos a morir por la propiedad de personas como tú o yo y nuestro buen anfitrión Antonio. Además, personas como nosotros tienen muchos esclavos. Estos esclavos no nos quieren. No debemos caer en la ilusión de que los esclavos quieren a sus dueños. No los quieren, y por lo tanto los esclavos no van a protegernos contra otros esclavos. Así que los muchos que no tienen ningún esclavo deben estar dispuestos a morir para que nosotros podamos tener nuestros esclavos. Roma mantiene un cuarto de millón de hombres armados. Estos soldados deben estar dispuestos a ir a tierras extranjeras, a marchar hasta que sus pies estén totalmente desgastados, a vivir en suciedad y miseria, a ensangrentarse –de modo que nosotros podamos estar seguros y vivir con comodidad y aumentar nuestra fortuna personal–. Cuando estas tropas salieron para luchar contra Espartaco, tenían menos que defender que los esclavos, y, sin embargo, murieron a miles luchando contra los esclavos. Podríamos ir más lejos. Los campesinos que murieron luchando con los esclavos estaban en el ejército en primer lugar porque fueron echados de sus tierras por los latifundios. Las plantaciones en que trabajan los esclavos los transformaron en miserables sin tierra, y después

murieron para mantener las plantaciones intactas, podríamos sentirnos tentados a decir *reductio ad absurdum*. Pues, considera, querido Cicerón, ¿qué es lo que el bravo soldado romano pierde si los esclavos conquistan? Ellos en realidad los necesitarán desesperadamente, pues no hay esclavos suficientes para trabajar la tierra adecuadamente. Las tierras serían suficientes para todos, y nuestros legionarios tendrían lo que más sueñan tener, su trozo de tierra y su casita. Y, sin embargo, marchan para destruir su propio sueño, para que dieciséis esclavos lleven a un viejo y gordo puerco como yo en una litera acolchada. ¿Podrías negar la verdad de lo que digo?

Pienso que si lo que dices fuera dicho en voz alta por un hombre ordinario en el Foro, lo crucificaríamos.

Cicerón, Cicerón –ríe Graco–, ¿es eso una amenaza? Soy demasiado gordo, pesado y viejo para ser crucificado. ¿Y por qué te pones tan nervioso cuando escuchas la verdad? ¿Es necesario mentir a los demás? ¿Es necesario que tengamos que creer nuestras mentiras?

Tal como lo dices. Tú simplemente omites la pregunta clave: ¿es cada hombre igual a otro o diferente del otro? Hay una inconsistencia en tu pequeño discurso. Tú das por sentado que los hombres son semejantes como los son las arvejas en una vasija. Yo no. Existe una elite –un grupo de hombres superiores–. Si los dioses los hicieron de esta manera o las circunstancias los hicieron encajar en sus roles, no es eso algo que deba discutirse. Son hombres hechos para gobernar, y por eso gobiernan. Y porque los demás son como ganado, se comportan como ganado. Mira tú: presentas una tesis, la dificultad es explicarla. Presentas una sociedad, pero si la verdad fuera tan ilógica como tu retrato, la estructura entera entraría en colapso en un sólo día. Lo que no explicas es qué es lo que mantiene funcionando este rompecabezas ilógico.

Sí que lo hago –Graco añade–. Yo lo mantengo funcionando.

¿Tú? ¿Solamente tú?

Cicerón, ¿realmente piensas que soy un idiota? He vivido una larga y peligrosa vida, y aún estoy en la cumbre. Me preguntaste ¿qué es un político? El político es el cemento en esta casa loca. El patricio no lo puede hacer solo. En primer lugar, él piensa de la manera que tú piensas, y a los ciudadanos romanos no les gusta que les digan que son ganado. Ellos no lo son –y lo aprenderás algún día–. En segundo lugar, el patricio no sabe nada acerca de los ciudadanos. Si fuera dejado por su cuenta, la estructura se colapsaría en un solo día. Por eso, él acude a personas como yo. No podría vivir sin personas como yo. Nosotros racionalizamos lo irracional. Nosotros convencemos a las personas de que la gran meta en su vida es morir por los ricos. Nosotros convencemos al rico de que debe renunciar a una porción de su fortuna para mantener al resto. Nosotros somos como magos. Nosotros fabricamos una ilusión, y la ilusión es a prueba de tontos. Nosotros decimos al pueblo –"Tú eres el poder. Tu voto es la fuente de la fuerza y gloria de Roma. Vosotros sois el único pueblo libre en el mundo. No hay nada más precioso que tu libertad, nada más admirable que tu civilización. Y tú lo controlas todo; tú eres el poder." Ellos entonces, votan por nuestros candidatos. Ellos lloran por nuestras derrotas. Gozan con alegría por nuestras victorias. Y se sienten orgullosos y superiores porque no son esclavos. No importa cuán bajo estén, no importa si duermen en la calle, si se sientan en los asientos públicos en las corridas y en la arena todo el día, si matan a sus recién nacidos, si viven gracias a la caridad ajena y nunca levantan una mano para trabajo alguno desde su nacimiento hasta su muerte; lo importante es que ellos no son esclavos. Ellos son una porquería, pero cada vez que ven un esclavo, su ego se alza y se sienten llenos de orgullo y poder. Entonces saben que son ciudadanos romanos y que el mundo entero siente envidia de ellos. Y esto es mi arte peculiar, Cicerón. Jamás denigres o desprecies a un político.

(Extracto de *Espartaco*, Howard Fast, 1951)

El asunto fundamental en la psicología de la vanidad (equivalente a aquello que el sociólogo norteamericano David Riesman llamó "personalidad vuelta hacia el entorno,")[14] es la confusión entre el valor intrínseco de las personas o cosas y un valor extrínseco o "de mercado," determinado por el aprecio de los demás; y es queriendo recalcar la importancia de esta distorsión que Erich Fromm hace unos cinco decenios llegó a hablar de "una orientación mercantil" de la personalidad. Con ello no aludía a personas literalmente interesadas en los negocios, como pudiera pensarse, sino a los que, exageradamente movidos por el éxito, se ocupan excesivamente del cuidado y venta de su imagen. No es de extrañar que la cultura americana, donde este tipo de personalidad abunda, se caracterice por el domino de la motivación de lucro y la omnipresencia de la propaganda. Y aunque, a diferencia del poder militar, el poder económico se asienta en las corporaciones transnacionales más que en los estados soberanos, no puede desconocerse que ha sido el dominio militar de los EE.UU. el que ha servido a los intereses del capitalismo global, permitiendo que la motivación de lucro haya llegado hoy en día a una supremacía nunca antes vista en el funcionamiento del mundo. Cito nuevamente a Parenti:

> De 1977 a 1993 el 1% superior multiplicó sus ingresos cien veces, los salarios y beneficios de ejecutivos de corporaciones pasaron de treinta y cinco veces el salario medio de un trabajador a casi ciento cincuenta veces. Hoy en día el 1% más rico de la población recibe tantos ingresos (después de la deducción de impuestos) como el 40% más pobre.

Y, pasando de los hechos a su interpretación, concluye:

---

[14] En su libro *The Lonely Crowd* clasifica a las personas como tradicionalistas, autónomas y "other directed" –influidas por las opiniones del entorno.

> El propósito de los intereses reinantes es mantener a la sociedad y al mundo entero abierto a un máximo de ganancias, independientemente de los costes humanos y ambientales. El verdadero lastre de la sociedad no son los pobres sino los ricos incorporados. Ya simplemente no nos podemos permitir su coste.

Mientras más se enriquece el mundo, más notable se hace la pobreza,[15] y más evidente se torna que tenemos un problema con el dinero. Los gobiernos y la política hoy en día se ocupan principalmente de dinero, y ciertamente muchos creen que son principalmente los asuntos económicos los que debemos abordar para conseguir un mundo mejor. La pobreza no es sólo causa de sufrimiento para los afectados por el hambre y la falta de vivienda, sino también una seria interferencia con funciones sociales tales como la crianza de los niños o la educación –lo que a su vez contribuye a que se perpetúe el subdesarrollo individual y social–. Sin embargo, una excesiva preocupación acerca del problema económico, bien pudiera ser parte del problema mismo, y me parece improbable que podamos solucionarlo sin atender a su aspecto interno o psicológico –que entraña codicia, injusticia e impotencia ante las supuestamente ineluctables leyes del mercado–. Somos esclavos del mercado sólo en la medida en la que elegimos excluir de nuestra consideración otros valores aparte de aquellos del lucro y la vida económica; es decir, en la medida en que elegimos dar prioridad a la motivación de lucro sobre el de darle sentido a nuestra vida y cultivar relaciones humanas saludables.

Ya que el dinero es más poderoso que los estados soberanos con sus ejércitos, y que el pequeño porcentaje de aquellos que controlan más de la mitad de la riqueza del mundo no ha

---

15 Ver Bertrand Schneider en su libro *El escándalo y la vergüenza de la pobreza y el subdesarrollo*: Informe al Club de Roma.

mostrado hasta ahora interés en poner su poder al servicio del establecimiento de una economía compatible con los valores humanos y los preceptos cristianos, ¿cómo podemos concebir un cambio evolutivo?

Si es verdad que no podemos "servir a dos amos," tendrá que llegar un tiempo en que elijamos subordinar Mamón[16] a algo más grande; un tiempo en que comprendamos que no es buen negocio atender exclusivamente a los negocios; un tiempo en que estemos preparados para abandonar nuestra pasividad respecto a las "leyes de mercado." En el nombre de éstas (de la libre empresa) hemos permitido el aplastamiento de nuestra humanidad, pero no somos tan impotentes o irresponsables como los economistas nos quieren hacer creer con su concepto del *homo economicus* que sólo compra y vende. No dudo de que Marx estaba en lo cierto en su convicción de que necesitamos trascender la camisa de fuerza del capitalismo, que interpretaba él como una subordinación de la vida (en su aspecto de trabajo) a la muerte (el capital, que pertenece al mundo de los objetos). En vista de esto, pienso que es una desgracia que el feliz fracaso del estalinismo haya hecho caer a Marx en el olvido y haya hecho desaparecer su reputación entre los académicos: ello equivale a "tirar al bebé con el agua de la bañera."[17] Ciertamente, Marx cometió muchos errores y lo que la Unión Soviética hizo en su nombre fue atroz, pero no debemos valernos del fracaso del sistema soviético como argumento pro-capitalista –particularmente cuando la crisis del capitalismo representa un desafío a nuestra capacidad de supervivencia.

---

16 En las *Biblias* modernas se traduce por "dinero." En las antiguas, se personificaba.

17 Expresión inglesa con que se alude a cómo a veces por la invalidez de un detalle se deja de lado lo esencial de un planteamiento.

No sé cómo podríamos llegar a terminar con la enorme desigualdad en la distribución de la riqueza en el mundo, porque el dinero compra poder y los poderosos del mundo tienen poco interés en renunciar a él. En uno de sus libros, Hillaire Belloc predecía que de los hechos económicos y políticos de su tiempo (durante la primera mitad del siglo 20) se podía predecir una creciente esclavización del mundo, y esto parece estar ya ocurriendo. Sospecho que, como en un jaque mate, estamos condenados a la impotencia, pues las fuerzas de las tinieblas sobrepasan con mucho a las de la luz, pero hay algo que podemos hacer para que la situación sea diferente en la generación que nos siga: educar a los niños y jóvenes de hoy de tal manera que más tarde puedan ser seres sanos y sabios, y puedan elegir crear un mundo mejor.

3.2.- MÁS ALLÁ DE LAS GUERRAS SANTAS, LA BÚSQUEDA DE LA AUTO-REALIZACIÓN

Si la salida dependiese de una combinación de esfuerzos tales como el pacifismo, la lucha por la justicia o una democracia representativa, ¿podemos sentirnos optimistas? Muchos creen que no y, naturalmente, a los defensores del sistema les interesa que abandonemos toda esperanza de cambiarlo.

Como en la guerra santa del individuo contra su ego, hay necesidad de un esfuerzo en un caso como en el otro, pero el sentido de realidad hace difícil el entusiasmo, pues la alianza del neoliberalismo con la tecnología está convirtiendo al mundo rápidamente en un puro mercado de productos y de trabajo, deslegitimizando todos los valores. Y en un ambiente en que el individuo, crecientemente a merced del mercado, tiene menos y menos opciones, remedios como los que he venido comentando se tornan débiles.

Antaño fue la religión la que legitimizaba los valores morales, pero la secularización del sistema está tornándola rápidamente en un cuento de hadas en que presuntamente sólo podrían creer los primitivos. Además, la consiguiente muerte de los ideales no sólo se extiende a la religión sino a la cultura en general: esa transmisión viviente de humanidad en que se insertan naturalmente los ideales o valores.

Es por esto que resulta esperanzador considerar la propuesta de que las patologías sociales hasta ahora examinadas en este capítulo sean meramente síntomas de un problema más profundo cuya solución no haya sido hasta ahora contemplada, y esperanzador también el que la solución apropiada al diagnóstico de "mal patriarcal" entrañe más un fomento del desarrollo que una serie de cruzadas. Que tal diagnóstico apunte a un desequilibrio psicológico implica el potencial político del desarrollo del individuo.

En tanto que los pecados, desviaciones o patologías necesitan ser corregidos en el individuo a través de la comprensión, del deseo

de limpieza y la purificación, también es cierto que tales defectos manifiestan cierta limitación de la conciencia, una falta de experiencia o el subdesarrollo de ciertas capacidades. El individuo, por ello, no sólo necesita combatir una guerra santa contra su ego, sino también cultivar aspectos de sí que han quedado subdesarrollados, lo que supone el desarrollo de las correspondientes virtudes.

De modo análogo, me parece que a escala social no basta con hacerle la guerra a nuestros males, y que ya es hora de que tratemos de llenar nuestras carencias: el retraso en nuestro desarrollo hacia la condición de seres completos, y especialmente el desarrollo de aquellos aspectos de nuestra mente que en el mundo patriarcal han quedado eclipsadas por la preponderancia de un intelecto autoritario: la sabia y profunda espontaneidad de nuestro ser instintivo, y nuestra capacidad arcaica de establecer vínculos amorosos. Sostener que nuestro mal sea la condición patriarcal de nuestra mente pudiera parecer algo muy diferente de lo que plantean las teorías actualmente en boga en el mundo académico –pero en realidad no se trata de cosas tan diferentes–. Decir que nuestro problema consiste en una hegemonía del aspecto "padre" de nuestra naturaleza sobre los aspectos materno y filial (ya en las relaciones interpersonales de la familia o en la vida intra-psíquica) no es algo tan diferente como la visión freudiana de un "superyo" que se erige en dueño y controlador de la vida instintiva. En realidad, la visión freudiana de la neurosis como resultado de las vicisitudes de los instintos no es otra cosa que la descripción de una tiranía interior derivada de la internalización de la autoridad del padre en la sociedad –sólo que Freud, pese a su espíritu revolucionario, sucumbió lo suficiente al espíritu conservador y patriarcal de su tiempo como para creer más en la bondad de la civilización que en la bondad de la instintividad humana.

Ya sea que hablemos de un principio o sub-personalidad "padre" o de un "superyo" (y en realidad el "superyo" freudiano se ha transformado hoy en día en el *parent* o progenitor de Erick Berne), la empresa terapéutica en el mundo post-freudiano ha consistido,

en una importante medida, en un proceso de liberación de la instintividad, y por lo tanto implícitamente una reintegración de nuestro cerebro reptiliano y de nuestro aspecto de simple criatura, a veces aludido informalmente en la terapia contemporánea como el "niño interior." Esto es esperanzador y cualquier gobierno sabio hoy en día debería reconocer el potencial político de la psicoterapia en este sentido fundamental de la palabra –más allá de su forma maquiavélica.

Reverencia por la infancia, descriminalización del placer y recuperación de la instintividad

Comenzaré por lo concerniente a la postergación del aspecto primitivo, instintivo o animal de nuestra naturaleza, pues el que se haya ocupado de ello la psicoterapia moderna contribuye a nuestra actual medida de claridad.

Pensaban Koestler y Toynbee algunas décadas atrás que al hominizarnos al alba de nuestra prehistoria fuimos expulsados del paraíso del orden natural original. Cuando decidimos seguir a nuestra razón más que a nuestro instinto se produjo una discontinuidad entre nuestro cerebro instintivo y nuestro cerebro propiamente humano –el neocortex– que constituiría nuestra mayor tragedia.

Aunque concuerde respecto de lo trágico de nuestra desunión intra-psíquica, no pienso que ésta deba ser interpretada como intrínseca a la evolución biológica de nuestro cerebro. Bien sabemos hoy que la opresión que la autoridad del super ego ejerce sobre la regulación instintiva representa el resultado de un aprendizaje, y donde hay aprendizaje hay la posibilidad de re-educación –es decir, de desaprender.

Un mundo patriarcal, por definición, entraña la preponderancia de la figura del padre en el sistema familiar, pero el desequilibrio interno que aquí nos interesa es el causado por la preponderancia

del neocortex, intelectualmente especializado, sobre nuestro "cerebro mamífero" o cerebro medio, que es nuestro órgano de relación, así como sobre nuestro cerebro instintivo o reptiliano. Dicho sea de paso, aunque hayamos tenido un movimiento feminista y aunque la voz de la juventud se hizo sentir alrededor de los '60, no hemos conocido hasta la fecha un movimiento de liberación infantil –un *children's lib*–. Y es difícil concebir que pueda ocurrir porque las necesidades y percepciones de los niños son las más reprimidas en el hogar y porque los niños están en una situación dependiente y privada de poder, en tanto que los adultos, por lo general, tienen menos capacidad de ser padres que lo que se reconoce, y el poder viene a sobre compensar un sentimiento de incompetencia así como una inadecuación moral vagamente percibida. Es tanto lo que ha sido invalidado o frustrado el niño o niña interno en cada uno de nosotros, que para que haya una cura psicológica efectiva es generalmente necesario comenzar por darse cuenta de lo que a uno se le ha hecho –a través del recuerdo emocional (y catarsis) del dolor por el cual se atravesó y también a través de la conciencia de la rabia temprana–. Y aún esto no basta, si hemos de llegar a ser seres humanos completos: nuestro niño interior ha de ser devuelto a la vida. Y aun esto no es todo, porque si consideramos que dentro de nosotros viven tres sub-personalidades (eco de nuestros padres y de nuestra parte infantil), tenemos que tomar en cuenta que el niño interior escasamente ha tenido una voz en nuestra política familiar interna, de modo que necesita no sólo ser restablecido a la vida y liberado, sino ser bienvenido, para que reciba una voz y un voto en el diálogo interior. En los que hoy persiguen un camino espiritual, muchos, sin duda, sienten una gran veneración hacia un ser divino con cualidades paternas, algunos albergan un sentido de la sacralidad de la vida o de nuestra "Madre Tierra" o del universo mismo, pero me parece que no muchos de entre los buscadores tienen el necesario reconocimiento y apreciación del niño divino interno, y menos aún la gran simplicidad de nuestro recién nacido interno universal. Pero no creo que sea posible la

iluminación sin la re-sacralización de esta conciencia simplísima más allá de todo contenido que ha precedido nuestro desarrollo intelectual y que es la realidad que subyace a nuestra noción de un sujeto de la conciencia. Hoy en día tendemos a creer que comenzamos como "nadies" y luego evolucionamos, como evoluciona la naturaleza, a través de un aumento creciente de la complejidad, pero esto es sólo un aspecto de las cosas ya que en un desarrollo sano la complejidad no quita la simplicidad, sólo con el deterioro de la conciencia ocurre que las ramificaciones de nuestra mente olvidan el tronco de nuestro árbol de la vida, lo que, por supuesto, interfiere en que estas ramas lleguen a dar fruto. Si la evolución biológica trae consigo una complejidad creciente, la evolución psico-espiritual también conlleva la penetración progresiva de la complejidad por la conciencia individual, que es simplísima, a-conceptual, básica y tan arcaica como ese rostro original que en el Zen se dice que tuvimos antes de que nacieran nuestros padres.

He anunciado esta digresión acerca del aspecto filial de nuestra naturaleza hablando de reverencia hacia la infancia y no sólo de amor, pues me parece que es este matiz del amor el que más necesita ser exaltado, en compensación del implícito desdén hacia los niños que usualmente acompaña al paternalismo o maternalismo, proteccionista y a la vez controlador. Nos haría falta esa actitud que caracteriza a la arquetípica situación de la adoración de los Reyes Magos ante el Niño Jesús, que ha inspirado a grandes artistas, pero que escasamente inspira a los padres de nuestro tiempo a ser humildes ante la conciencia pura de sus hijos. Una iniciativa excepcional me parece la de Laura Huxley, que con Piero Ferrucci ha fundado una organización a la que han bautizado con el nombre de "Los niños, nuestra inversión suprema." En un breve artículo irónicamente titulado "Las empresas gigantes como educadoras del niño divino," informa esta autora que en EE.UU. da a luz cada minuto una adolescente, que cada día 2.756 niños abandonan la escuela, 5.753 niños son arrestados y se producen 8.470 informes de abusos o negligencia. En el mismo país, cada

dos horas, un niño es víctima de un homicidio (y la pena para el asesino es menor que en el asesinato de un adulto) y cada cuatro horas algún niño se suicida. Estas cifras validan, a mi parecer, la tesis del psicoanalista argentino Raskowsky, quien decenios atrás afirmaba que más universales que los impulsos parricidas –tan sensacionalmente enfatizados por Freud– son los impulsos infanticidas, y que la agresión generalizada hacia los padres no es sino una consecuencia de la destructividad, igualmente generalizada pero menos reconocida, de los padres hacia los hijos.

Pero el artículo de Laura Huxley no trata de las relaciones intrafamiliares, sino, como su título anuncia, de un fenómeno social: la competencia que se establece entre las grandes empresas con los padres y educadores cuando éstas se interesan en los niños como futuros consumidores. Escribe, por ejemplo: "Sí, los niños son nuestra inversión suprema, pero lo son también para los promotores de la nicotina. Cada día en EE.UU. 3.000 jóvenes se hacen fumadores habituales…"; y "Sí, los niños son nuestra inversión suprema, pero lo son también del poderoso conglomerado del alcohol. En 1996 el costo total del consumo alcohólico por parte de la juventud ascendió a 52,8 billones de dólares."

Y más adelante: "¡Progenitores! Sois el blanco de lo que Ralph Nader ha llamado las empresas depredadoras." Y haciéndose eco del concepto de Nader de que "las empresas son maltratadores electrónicos de la infancia," propone que "Está teniendo lugar una guerra, sin precedentes en la historia, entre las empresas y los padres. Es una batalla por las mentes, los cuerpos, el tiempo y el espacio de millones de niños y por el mundo en que vayan a desarrollarse."

Naturalmente, la interferencia del desarrollo infantil a través de la inhibición del juego, la escolarización prematura de tipo disciplinario y el bombardeo de la televisión, termina por silenciar al niño divino interior de cada cual. Más de un siglo atrás Nietzsche criticó al cristianismo por sus pecados contra la tierra y proclamó que sólo el espíritu de Dionisio podría remediar nuestra

situación colectiva. ¿Qué quiso decir? Que nuestra civilización está penosamente constreñida, sobre controlada, excesivamente sujeta a nuestros ideales limitados y a nuestro correspondiente sentido de lo que debe ser. El espíritu de Dionisio, simbolizado por el espíritu del vino, indica nuestra disposición a morir nosotros en un acto de entrega, trascendiendo los límites, disolviendo nuestra conciencia en un ámbito mayor. Por supuesto, los místicos cristianos han conocido la entrega hasta el punto de conocer una muerte en lo divino, pero a pesar de su vino y de su Iglesia, ésta, con sus teólogos, no ha sido muy apoyadora de sus propios místicos, por lo menos mientras estaban con vida. Y no sólo la Iglesia, sino la cultura patriarcal en la que se inserta, continúa necesitando un mayor espíritu dionisiaco porque Dionisio, el dios marginal de los griegos, rompe todas las formas en su profunda alianza con la vida como es y como quiere ser. Estoy convencido de que los iniciados de los antiguos misterios conocieron bien la inseparabilidad entre Apolo y Dionisio, que encarnan cualidades aparentemente contradictorias, la lucidez y la ebriedad, el dominio y la entrega, el equilibrio y el entusiasmo. Pero podemos confiadamente decir que en el mundo cristiano no ha existido un caso de una comprensión comparable o de una realización comparable, porque de otra manera la imagen de Dionisio no habría sido utilizada para la caracterización del diablo. Pero no es suficiente que tengamos las cualidades apolíneas y patriarcales de lucidez, dominio y desapego, sin una correspondiente capacidad dionisiaca y matrística de entrega al misterio de la corriente de la vida.

La liberación de nuestro niño interior, entonces, requiere de nosotros una actitud muy diferente a todo lo que pueda ser logrado a través de la disciplina, requiere justamente la relajación de toda disciplina y el cultivo de una libertad interior inocente.

Necesitamos disciplina, necesitamos austeridad, pero también necesitamos una cualidad para la cual no conozco mejor nombre que "confianza organísmica": confianza en nuestros impulsos,

confianza en la sabiduría de nuestra espontaneidad y confianza en el placer como brújula de nuestro yo instintivo. Creo que, así como lo divino se manifiesta en nuestra conciencia con la triple faz de padre, madre e hijo, sólo podemos encontrar la plenitud a través del desarrollo armónico de estas componentes de nuestra humanidad, de modo que la sed de trascendencia sin amor materno o sin la libertad del niño sólo es compatible con una pálida devoción. Por otra parte, para aquel en quien domine excesivamente la parte "madre" difícilmente habrá ese *insight* metafísico o sabiduría que caracteriza la experiencia espiritual completa. E igualmente, en uno en quien predomina el principio "niño" es difícil concebir la llegada a la plenitud por cuanto ésta requiere la madurez del amor y de la sabiduría.

Pero sin abrirse al yo instintivo que es intrínseco a nuestra naturaleza terrenal –como seres humanos que también somos animales–, creo que es difícil que podamos llegar a la felicidad o a una sociedad sana, y me pregunto si no ocurre justamente que el estancamiento espiritual persiste a pesar del rico legado de los diversos caminos tradicionales porque el niño interior en nuestra naturaleza no tiene ni espacio ni abogado en este mundo. Tal defensor entendería su misión como la de romper esa represa que nos empobrece a través de la enajenación de la naturaleza instintiva con sus apetitos normales, su búsqueda de placer y evitación del dolor: una represa hecha de auto-odio que confunde lo instintivo con el mundo de las motivaciones neuróticas. Creo que los antiguos babilonios y egipcios sabían muy bien que la realización de lo divino en un humano está directamente relacionado con la santificación del animal interior, así nos lo dicen sus representaciones de seres divinos con cabezas y otras cualidades animales. Por supuesto, los chamanes lo han entendido mucho antes, cuando se encontraban, por ejemplo, con el espíritu del águila al entrar en el camino.

La recuperación del "instinto maternal" y la capacidad de vínculos empáticos y solidarios

Desde Freud en adelante, los terapeutas han comprendido las patologías en términos de una barrera interna en la mente, que se crea por la operación de mecanismos de defensa que filtran la experiencia en esta especie de membrana artificial que nuestra socialización ha llevado a que surja entre nuestra mente inconsciente y la conciencia. Pero la concepción de una mente tripartita sujeta a un dominio patriarcal sugiere una concepción de la patología en términos de dos barreras pues ya que estamos hablando de una estructura de seres tricerebrados, no se trata sólo de una barrera entre la conciencia y el inconsciente. En el marco teórico alternativo podemos pensar en dos fronteras o diques intra-psíquicos que aíslan nuestro mundo psíquico insular bajo el imperio de la razón: una frontera de encuentro entre la razón con el mundo instintivo y otra donde se encuentran el neocortex con el cerebro medio, es decir, la razón con la afectividad (con sus respectivos amores). ¿Y no es cierto que la condición crítica del género humano está causada especialmente por un déficit en lo amoroso? Si hemos enajenado nuestro reptil interior también hemos enajenado nuestro mamífero interior, y debido a la supremacía de la razón han sido postergadas de nuestra vida las consideraciones del afecto.

Nietzsche seguramente tenía razón al pensar que la civilización cristiana necesitaba el retorno de Dionisio, como tenía también razón al comprender la falsedad de lo que aparenta ser amor cristiano o compasión, y se comprende que haya llegado hasta un amargo cinismo de creer que la compasión fuese siempre una trampa o/y un engaño. Pero creo que a la iluminación de Zaratustra le faltó Madre, así como a Nietzsche le faltó en su vida la experiencia del amor de pareja.

Aunque nos falta espontaneidad y la liberación de nuestros deseos en el proceso terapéutico acerca del amor, el que la condición crítica del género humano apunte especialmente al déficit

amoroso nos dice que no es menos urgente la educación para el amor que la educación en la espontaneidad.

A consecuencia de la supremacía de la razón han sido postergadas de nuestra vida las consideraciones del afecto, y este aspecto de nuestra deshumanización se hace cada vez más presente. Baste recordar y comparar nuestra experiencia de vida familiar con la que nos han contado nuestros antepasados.

En nuestro mundo tecnocrático las necesidades afectivas y vitales de las personas quedan reducidas a nada ante la consideración de hechos macroeconómicos. Es como si el principio "madre" estuviese suficientemente ausente de la cultura como para que se críe a los niños en un ambiente privado de empatía, amor y atención a sus necesidades afectivas de cada momento.

Se traicionan las necesidades afectivas de los niños a cada paso, y Joseph Chilton Pierce, en su libro *El niño mágico y el fin de la evolución*, ha explicado elocuentemente la forma en que la manera patriarcal –tecnocrática, autoritaria y anti-maternal– de tratar a nuestros hijos, que contribuye a la atrofia de la capacidad amorosa en el género humano, comienza ya en la sala de partos.

La innecesaria aceleración del parto por conveniencias de horario y la anestesia, que interfiere con la transición consciente de los recién nacidos a su nuevo ambiente, así como la sección prematura del cordón umbilical, son prácticas habituales que hasta hace poco se consideraba inocuas, pero hoy se sabe catastróficas. Bien lo prueba el hallazgo de años atrás de que el reflejo del bebé de seguir con su mirada el rostro de la madre y de responder a su sonrisa –observado más o menos a los seis meses en el mundo occidental– está presente en los africanos desde el primer día.[18] La razón de la discrepancia no es genética, sino que se explica por la larga recuperación por la que entre nosotros los recién nacidos

---

18 Citado por J. P. Pearce en *El fin de la evolución*.

deben atravesar después del shock traumático de los "partos tecnológicos." Aun el clásico palmoteo que se les da en la espalda a los recién nacidos con la supuesta intención de ayudarles a expulsar el mucus que les impediría respirar, es algo demostradamente inútil: un acto de implícita agresión inspirado por un espíritu semejante al de los crueles ritos de iniciación de los guerreros. Es como si el partero le dijera al recién nacido "Hazte hombre, chico, y respira con vigor a pesar del shock que te está significando mi palmada."

Especialmente me ha impresionado, entre los hechos que Chilton Pearce comenta, algo que constituye una dramática prueba de que el parto natural, pese a lo que digan las no desinteresadas autoridades, es lo que nos conviene. En su libro *El fin de la evolución* comenta el autor citado que en 1979 el gobierno de California financió el primer estudio científico nunca realizado sobre las causas fundamentales del crimen y la violencia, y el informe que resultó de éste tres años más tarde concluyó que la causa principal del crecimiento epidémico de la violencia en Estados Unidos había sido la violencia perpetrada en los recién nacidos y sus madres en el nacimiento. Pero luego da noticia del triste deterioro de la comunidad afroamericana a consecuencia de su "asimilación por el mundo tecnocrático."

> En el sur, de donde provengo, antes de la II Guerra Mundial la comunidad negra atendía sus partos a través de su propia red de parteras, y la característica principal de estas comunidades negras era su solidaridad. Cuidaban de su gente y constituían en la práctica una familia extendida –que es el ingrediente principal de toda sociedad verdadera–. Cuidaban los unos de los otros no sólo impelidos por una imperiosa necesidad de supervivencia, sino espontáneamente en virtud de esa capacidad de establecer vínculos que sus partos caseros les aseguraban. He sido testigo de la destrucción del poder de la "familia extendida" de los pobres de la comunidad negra –que fue su fuerza a través de siglos de opresión– a través del simple acto de desplazar sus nacimientos de la atención de las parteras a los hospitales de caridad, donde

> las nuevas madres reciben un tratamiento atroz. Y ahora muchas de estas madres son adolescentes solteras virtualmente sin familia alguna ni sistema de apoyo, sin educación, sin compresión de la maternidad, por no decir nada de la influencia de las drogas, del alcohol y del SIDA. La situación empeora a un ritmo alarmante. Muchas de estas adolescentes quieren tener un bebé, y dicen haberse embarazado para tener alguien a quien amar y que también las ame: un instinto natural. Y piensan que la maternidad les dará autoestima en un mundo que las desprecia. No imaginan lo que les espera cuando salgan del hospital, cuando se descubrirán en guerra con los niños que soñaron como fuentes de amor. Antaño las madres negras fueron un modelo, tal como Mary Ainsworth y Marcelle Geber comprobaron en la vieja Uganda, pero esto ya no es cierto en los Estados Unidos.

Pero especialmente catastrófico es el poco reconocimiento de la importancia del vínculo materno-infantil temprano, que requiere de un máximo de proximidad corporal entre madre e hijo. Aunque no estemos ya en la época de la Francia elegante del siglo XIX, cuando las madres entregaban sus hijos a nodrizas para no verse interferidas en su vida de salón, sería de desear que pudiéramos dar a nuestros hijos un trato tan amoroso y sensible como el de las culturas precolombinas y africanas.[19]

Sabemos a través de los estudios de Harlow con macacos hace medio siglo, que las hembras que han sido privadas de una adecuada maternidad, llegadas al tiempo de amamantar a su cría "no saben ser buenas madres." Todo indica, además, que también la capacidad humana de nutrir y de atender a las necesidades de otros requiere para su desarrollo de la experiencia de buen maternizaje. Parecería que la función maternal es aprendida y se traspasa a través de las generaciones.

---

[19] Jean Liedloff desarrolla el tema en su libro *The Contniuum Concept*.

A la interferencia temprana con el establecimiento del importante vínculo materno infantil se agregan interferencias posteriores que nos son familiares: el alejamiento de la madre del hogar a causa de la necesidad de trabajar, por ejemplo, y la desvinculación debida a complicaciones "psicodinámicas": típicamente el conflicto entre padre y madre en la dinámica de la vida familiar lleva a que el niño o niña tome el partido de uno u otro, y cuando ocurre que se internaliza el antagonismo del padre, la desvalorización correspondiente también causa que su parte maternal interna sea enajenada o privada de expresión.

Pasando del hogar a la escuela, la traición de la maternidad sólo se acentúa, y comienza con la escolarización prematura. Una señal de cuán patriarcal es la educación tradicional (a pesar de la natural asociación de la vocación docente con el espíritu maternal), es el que en las innumerables propuestas educacionales que se elaboran esté sistemáticamente ausente la palabra amor. Aun cuando la discusión tome en consideración la importancia de una educación interpersonal, de una educación que fomente el sentirse parte de una comunidad, del desarrollo de un sentimiento cívico, parecería que palabras como "compasión" o "amor" fuesen implícitamente tabú. Veo en esto el reflejo de imperio de la ciencia y del racionalismo propio de la cultura patriarcal: los asuntos de amor se consideran demasiado románticos, tal vez pertinentes al arte pero no a una "conversación seria." Ello indica, me parece, que aun después de décadas de feminismo durante las que se ha logrado bastante progreso en materia de derechos de la mujer tanto en lo laboral como en el terreno político, no es tanto lo que se ha logrado cuando se trata de un equilibrio entre los valores masculinos y femeninos. Es bastante posible solucionar asuntos que tiene que ver con la injusticia del género dándole poder a la mujer, sin tocar el asunto fundamental, que es justamente la preferencia del poder sobre el amor.

Por supuesto, la inclusión de mujeres en posiciones de poder puede esperarse que lleve, con el paso del tiempo, a políticas que

tomen en cuenta los dictados del corazón junto a los dictados de la razón, pero aún vivimos en tiempos en que la explotación de la tierra o de las personas supera con creces a su cultivo, en que la competencia supera con mucho la cooperación, y el poder al amor. Aun cuando nos interese la ecología y hablemos en contra de la violación de la tierra, lo hacemos en términos de consideraciones económicas y no en términos de un sano sentido de pertenecer a la eco-esfera, al ecosistema, como lo sentían nuestros nobles e íntegros antepasados "primitivos."

¿Y el espíritu?

No se trata solamente de llegar a ser tricerebrados armoniosos, sanos y amorosos –y por lo tanto capaces de una paz alegre: se trata de ser seres espirituales– lo que implica que, más allá de una educación del cuerpo para el trabajo, del corazón para la vida de relación y de la mente para el conocimiento del universo, deberíamos tener una educación que favorezca la disposición contemplativa de la mente, y no sólo sus aspectos intelectuales y psicológicos.

Más allá del aprender a hacer y del aprender a convivir, más allá aún que el aprender a aprender, importa aprender a ser –para poder por fin llegar, a través del misterio de la vacuidad, a la divina raíz de la conciencia–. Como mi propia exploración pedagógica de la experiencia del Ser ha sido objeto de otros de mis textos, termino estas digresiones sugiriendo que aquello que Tótila Albert llamaba "La religión de Los Tres" es ya intrínsecamente espiritual –pues el Espíritu es precisamente la unidad tras la diversidad entre los ámbitos experienciales de nuestras personas interiores– a la vez que la "neutra nadidad" o transparencia en cuyo seno nuestras tres partes interiores pueden funcionar en forma unificada y armoniosa.

3.3.- LA EDUCACIÓN COMO LA SALIDA QUE MÁS PROMETE

A través de mi vida de trabajo –al menos en el curso de los últimos tres decenios– he albergado un supuesto implícito: que al hacer lo que mejor sabía hacer –ayudando a la gente a crecer y sanar– contribuía a la vida de la sociedad. En cierto sentido estaba en lo cierto, ya que la sociedad está formada por individuos, pero creo que puedo haberme equivocado al suponer que ayudando al desarrollo de la conciencia de unos pocos estaba también ayudando al mundo a cambiar.

Entre aquellos a quienes la cultura priva de un pleno desarrollo, sólo algunos sufren, y su sufrimiento es como un llamado a la plenitud, un reclamo de la intuida salud. Con razón hablaba Jung de una "sagrada neurosis" y con razón han venerado los antiguos a los locos, pues quienes no sufren son como personas que han sufrido una amputación y no se han dado cuenta de lo que les ha ocurrido, personas enajenadas sin conciencia de su enajenación. Tal como los chamanes de las culturas arcaicas, cuyo sufrimiento sólo cesa cuando aprenden a sanar la enfermedad (misteriosa para los profanos) que este dolor les revela, los buscadores de hoy sufren de la limitación de su mundo y aspiran al retorno a ese "paraíso perdido" de su conciencia original unificada. Y en vista de la relevancia del desarrollo personal en el cambio social que todos deseamos, así como también en vista de lo mucho que llegó a madurar la psicoterapia durante el siglo pasado, me parece justificado el entusiasmo que acompañó al *boom* terapéutico de la "revolución de la conciencia."

Mi implícita fe en que ayudando al desarrollo de la conciencia de algunos "aspirantes a chamanes" de un nuevo estilo ayudaba al mundo, iba aparejada a la noción de que el progreso de la conciencia sería inevitablemente contagioso, e implícitamente albergaba una esperanza de aquello a lo que recientemente se alude a veces como el fenómeno del centésimo macaco. Particularmente desde

que me enteré del descubrimiento de este fenómeno, algunas décadas atrás, confiaba en que cuando cierto quórum o masa crítica de personas en el mundo evolucionase lo suficiente, tendría lugar el contagio de conciencia resultante que afectaría a la evolución del mundo en su conjunto.

"El fenómeno del centésimo mono" se refiere a un hecho observado por antropólogos algunas décadas atrás en las costas de alguna isla del Pacífico: aunque por tiempos inmemoriales, presumiblemente, aquellos monos se habían alimentado de ciertos tubérculos, pudo observarse cómo algunos de ellos descubrieron que podían lavarlos en el agua del mar, y que el descubrimiento fue contagioso. En otros términos: el lavar los tubérculos se transformó en un elemento cultural de la vida de estos animales, transmisible por la imitación y el aprendizaje. Lo inusual, sin embargo, –y lo que desafía las explicaciones científicas usuales, por lo que se invoca la hipótesis de los campos morfogenéticos de Rupert Sheldrake–,[20] es que cuando el acto de lavar los tubérculos se convirtió en algo bastante generalizado, los macacos de algunas islas cercanas, con los cuales, naturalmente, los macacos que habían aprendido la nueva conducta no tenían contacto alguno, empezaron a hacer lo mismo. Era como si al llegar la conciencia grupal de los macacos a un cierto límite, ello permitiera su transmisión de una manera poco conocida o, si se quiere, "parapsicológica."

De manera comparable, pensaba yo, bastaría que suficientes personas alcanzasen un alto desarrollo de conciencia para que ello precipitase la generalización del proceso de contagio. Al comienzo de los '60 era fácil pensar que el nuevo fermento espiritual y terapéutico –un verdadero renacimiento– con el tiempo afectaría al mundo entero. Sin embargo, la contrarrevolución de los '80 puso

---

20 Sheldrake, Rupert: *Una nueva ciencia de la vida: la hipótesis de la causación formativa*, Kairós, Barcelona, 1990.

fin a lo que parecía un esplendoroso verano en nuestra historia cultural, y el paisaje se tornó otoñal. Y mientras más aparente se hace la pérdida de valores espirituales y culturales, más me parece que lo que pudiera llamarse el movimiento post-humanista (residuo de esa "nueva era" que a su vez fue eco de las revoluciones freudiana y marxista) sea un asunto minoritario.

En tanto que en los '60, cuando estábamos "aprendiendo a lavar nuestras patatas," nos parecía que muy pronto todo el mundo terminaría por precipitarse en ese viaje mágico que es el camino de la transformación, hoy me parece que cada uno de los nuevos chamanes se ve en una situación semejante a la de Juan Salvador Gaviota: un solitario ante la multitud de los que sólo se interesan en sobrevivir lo mejor que pueden.[21]

Puede haber muchos buscadores en el mundo, pero el mundo es tan grande y tan densamente poblado de sonámbulos, inconscientes del hecho de que su desarrollo ha quedado detenido, que la metáfora de Juan Salvador Gaviota en el libro de Richard Bach continua siendo aplicable, y la marcha de los acontecimientos colectivos sugiere que el gobierno del mundo es impermeable a la conciencia espiritual y a los dictados de la sabiduría y el amor. Dudo mucho, por lo menos, que la conciencia de nuestra sub-población de buscadores esté por alcanzar la necesaria masa crítica que se requeriría para cambiar la dirección en que se mueve el mundo. Y a medida que pasa el tiempo me parece más que mi propio trabajo atrae esencialmente a una minoría de buscadores perspicaces que se interesan en algo más que en su propio bienestar. Más que nada nos llama la atención, a cuarenta años de distancia del glorioso despertar

---

[21] Quien haya leído la fábula recordará cómo sólo a Juan Salvador le interesaba volar más allá del horizonte, en tanto que las otras gaviotas preferían quedarse revoloteando en torno al muelle, cerca de los abundantes restos alimenticios de la ciudad.

del "movimiento de las potencialidades humanas," cómo el mundo marcha de una manera absolutamente ajena a toda esa conciencia que en el entusiasmo milenarista de entonces nos parecía casi triunfante.

Nos movemos vertiginosamente hacia un mundo sometido al imperio de una red de multinacionales en el que el amor es impotente ante el poder del dinero y la búsqueda de ganancias, y las consecuencias son el desangramiento de los mansos, la victimización de los pobres y el bombardeo de los inocentes. Para complicar más las cosas, la progresiva toma de conciencia por el público de la historia criminal de la Iglesia así como de su actual empobrecimiento espiritual, nos ha tornado desconfiados y hasta cínicos ante toda forma de espiritualidad –lo que nos hace poco receptivos ante influencias que pudieran ayudarnos.

Durante mi visita a Chile en enero de 2001, fui invitado a participar en una reunión de la Comisión Económica por América Latina (CEPAL), rama de las Naciones Unidas en la que se gestaba una propuesta original: que en las Naciones Unidas no sólo se reuniesen los jefes de estado sino representantes de las tradiciones espirituales. Me sorprendió y emocionó durante esta conferencia escuchar al representante del Banco Mundial en Ginebra –Sr. Cefir– hablar del abismo que existe hoy en día entre la economía y la espiritualidad. Nunca hubiera imaginado una declaración tal por parte de una persona en su posición, y me pareció esperanzadora su declaración de que, a su parecer, el reto más importante de nuestra época fuese el de construir un puente entre estos dos mundos, para así llegar a una economía humana.

Con el estímulo de esta declaración surgió la idea de reunir a un puñado de aquellos en cuyas manos reposan las mayores fortunas del mundo, para invitarles –en compañía de personas espiritualmente realizadas como el Dalai Lama y tal vez de representantes de posturas alternativas (como Hazel Henderson, Max-Neef o Cavanaugh)– a soñar juntos; soñar en cómo pudiera ser una economía sana y justa. Pues si personas en el corazón del

sistema como él han llegado a pensar así, se hace concebible una "revolución desde dentro," y habría llegado el momento de decir "capitalistas del mundo uníos" –ya no como cómplices sino como pioneros de la transformación–. Mi experiencia como terapeuta me dice que la liberación del individuo requiere de una especie de abdicación del ego que permite la liberación del ser verdadero, y los indicios de una conciencia espiritual en los intersticios del sistema monetario sugieren que éste alberga ya las semillas del cambio.

Así pues, la concentración creciente del capital en el mundo podría ser esperanzadora si no fuese porque el sistema patriarcal en agonía se está llevando consigo vidas y valores y destruyendo el medio ambiente. Dada la implacable ola de destrucción que envuelve al mundo y a la vez la escasa posibilidad de generar paz, justicia, democracia y otros valores de la vida cívica, cabe pensar en la educación como en una tabla de salvación junto a una nave que se hunde.

Resulta que la educación, tan mal pagada y tan desvalorizada, promete en nuestro tiempo lo que ya no pueden prometer las religiones tradicionales, la tecnología o el movimiento terapéutico. Sólo que para que este potencial se exprese, la educación actual (que hasta ahora ha sido sobre todo un medio de socialización a través del cual una cultura enferma se perpetúa), debe transformarse en algo muy diferente.

Es necesario que la educación deje de ser una institución patriarcal para encaminarse hacia el fomento de un desarrollo equilibrado de nuestras "tres personas interiores." Porque necesitamos el equilibrio entre nuestros tres cerebros así como el equilibrio entre nuestro pensar, nuestro sentir y nuestro hacer. En vista de la urgencia de tal necesidad, las muchas propuestas que hoy en día se hacen en el mundo educativo me parecen peligrosamente limitadas, y el estímulo de la UNESCO apenas ha resultado más efectivo que el del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Sin embargo pienso que tenemos los recursos humanos y el conocimiento necesario para la transformación de la educación, y espero que el presente libro, con la buena nueva de un nuevo

recurso poderoso, marque una diferencia. A través de sus capítulos describo el trabajo que he venido haciendo hace ya muchos años con buscadores, terapeutas, psicólogos en formación y educadores en un programa que ha sido descrito a veces como una escuela de amor y otras como un proceso de humanización.[22]

---

22 SAT es una escuela psico-espiritual en que se enseña a las personas a trabajar en sí mismos en un contexto de información metodológica y ayuda mutua hacia el desarrollo del amor, la autenticidad, el auto-conocimiento. El Programa SAT consiste en lo siguiente:

FUNDAMENTACIÓN

Es en nuestra niñez cuando aprendemos a vivir condicionados, ya sea por las experiencias, la educación o la cultura.

Es en nuestra niñez donde reprimimos a nuestro Ser natural. La percepción de un mundo confuso y amenazante nos lleva a bloquear y limitar nuestra conciencia, controlando lo que espontáneamente deberíamos poder experimentar, cerrando así nuestros corazones al mundo.

Gradualmente perdemos contacto con nuestro más puro y genuino ser, fuente de amor, inteligencia intuitiva y emocional. La pérdida de contacto con nuestro Ser nos deja con una sensación de vacío y desorientación respecto de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. Como respuesta a este sentimiento desarrollamos una personalidad condicionada y automatizada, que piensa, siente, percibe y se relaciona con parámetros distintos a lo que somos en esencia.

Sin embargo, y a lo largo de nuestra vida, sentimos el impulso de intentar corregir el camino y regresar a este Ser genuino.

Muchas veces ocurren eventos que nos llevan a cuestionar nuestras suposiciones y creencias sobre quiénes somos y cuál es la realidad. Empezamos entonces a buscar la reconexión con la verdadera fuente de nuestro Ser, sin saber exactamente qué nos está moviendo, qué estamos buscando ni cómo conseguirlo.

OBJETIVOS DEL PROGRAMA

El Instituto SAT fue fundado por el Dr. Claudio Naranjo en Berkeley-California USA en 1970. La palabra "SAT" alude: por un lado en sánscrito significa "SER" o "VERDAD"; y por otro "SAT" tomada como iniciales en inglés: *Seekers After Truth* (Buscadores de la Verdad).

Se trata de un trabajo que ha evolucionado como por sí solo, aunque a través de mí, y al contemplar su presente nivel de efectividad me doy cuenta de que he descubierto algo de verdadera utilidad pública, pues la aplicación a la educación de la misma serie de experiencias que ha elevado el nivel de vida y la capacidad de diversos profesionales, promete ayudar en el futuro no sólo a los profesores sino a la sociedad emergente en su conjunto.

Desde su origen el programa SAT continúa bajo la dirección científica de su creador el Dr. Claudio Naranjo.
Actualmente el proceso se realiza en tres etapas o niveles sucesivos de "nueve días cada uno" con intervalos de un año entre los mismos. Sus objetivos son:

a) Conocerse a sí mismo;
b) Comprensión del propio carácter;
c) Integración y desarrollo de las facultades intelectuales emocionales, instintivas y motrices;
d) Superar aspectos negativos de la personalidad;
e) Prácticas de conductas esenciales: no destructibilidad, no manipulación, transparencia, sinceridad, coraje, confianza, desarrollo de la espontaneidad;
f) Permite allanar dificultades de comunicación;
g) Recatar actitudes de apertura que tienden al despertar de lo afectivo y de lo intuitivo;
h) Equilibrio y armonización de los tres cerebros;
i) Cultivo de la atención;
j) Desarrollo de la autoestima entendida como el bienestar que da la coherencia entre los propósitos de la persona y su realidad; y
k) Estimular la creatividad de los propios recursos. Desarrollo del sentido de comunidad para facilita las relaciones interpersonales.

Este programa más que una experiencia que apunta al cambio, es un proceso de vida que ha demostrado ser una potente fuerza hacia la transformación humana y que tiene la excepcional habilidad de abrir los caminos de cada uno, de manera de permitirnos ser más concientes de las características, creencias, motivaciones y defensas obstructivas que bloquean su progreso.

4.- UNA EDUCACIÓN PARA LA EVOLUCIÓN PERSONAL Y SOCIAL

"Respuestas correctas," especialización, estandarización, competencia estrecha, adquisición ávida, agresión, desapego. Sin ellas, nos ha parecido que la máquina social no podría funcionar. No debemos culpar a las escuelas de crueldad cuando sólo han cumplido con lo que la sociedad les ha pedido. Pero la razón por la que necesitamos una reforma radical de la educación es que las demandas de la sociedad están cambiando radicalmente. No cabe duda de que las características humanas que hoy en día se inculcan dejarán de ser funcionales. Ya se han tornado inapropiadas y destructivas. Si la educación continúa siendo como solía, la humanidad terminará destruyéndose tarde o temprano.

(George Leonard, *op. cit.*)

El tema ya ha sido anunciado y es prácticamente una tesis: ya es hora de que tengamos una educación para el desarrollo humano. Conlleva también la convicción implícita de que sin una educación para el desarrollo humano, difícilmente llegaremos a tener una sociedad mejor.

Hasta la fecha, hemos vivido una larga historia de nobles propuestas y revoluciones encarnizadas por el cambio social que descuidaban el cambio individual, y pareciera que ya es hora de que entendamos que, si queremos una sociedad diferente, necesitaremos de seres humanos más completos: no se puede construir algo de tal naturaleza sin los elementos apropiados.

Este es un tema que me viene interesando desde hace muchos años, interés que se despertó al empezar a intuir el valor político de la educación del individuo y, por supuesto, utilizo el término "político" en el gran sentido de la palabra, que alude al bien público y no al maquiavelismo de la política de poder. Pensaba entonces que la comprensión del potencial de la educación para la evolución social sería una cosa muy fácil de trasmitir a personas receptivas

en el sistema educativo, que a su vez podrían hacer lo necesario para que la educación se tornara más relevante al cambio. Pero ya llevo unos quince años dándome cuenta de que sucede algo muy extraño en la educación: se trata de una institución muy bien intencionada, un gremio en el que en cada país se habla continuamente de reformas posibles y particularmente de currículos complementarios o alternativos, se celebran conferencias, se invierte mucho dinero, y no cambia nada fundamental, pues domina una gran inercia institucional.

Y a mí esto me parece trágico, como también me parece trágico que entre todos los males del mundo, éste sea uno casi invisible. Pienso que el desarrollo humano es fundamental no sólo para conseguir una sociedad viable, sino para lograr la felicidad del individuo, pues no creo que estemos en este mundo simplemente para sobrevivir, y pienso que nos convendría más pensar en nuestro planeta como en una especie de purgatorio al que hemos llegado para hacer un trabajo interior: cultivar nuestro espíritu y abandonarlo siendo mejores que cuando llegamos.

Hasta un materialista empedernido o un agnóstico doctrinario puede reconocer que "no sólo de pan vive el hombre." Pero ¿cómo es posible que tras milenios de reflexión acerca del destino humano, de la felicidad que trae la virtud y de la perfectibilidad de nuestra condición, exista en el mundo civilizado una institución que se llama "educativa" y que no se ocupa más que de cosas relativamente insignificantes? Pues es evidente que en lugar de ocuparse de ayudar a las personas a ser buenas personas para que así tengamos un buen mundo, se ocupa de enseñar materias que, se supone, van a servirnos en nuestra vida de trabajo o que, se supone, van a servir para la educación de nuestra mente, pero que ni siquiera sirven de gran cosa en la preparación de los estudiantes para una futura vida de servicio, sino sólo para la educación de ciertos aspectos de la mente en detrimento de otros. Más que nada, la educación actual sirve para pasar exámenes y así lograr un lugar privilegiado en el mercado de trabajo, por lo que es exacto decir

que el órgano social al que correspondería velar por el desarrollo humano se ocupa de irrelevancias, olvidado de su función –y esto justo cuando el desarrollo humano se ha tornado sumamente urgente en el estado actual del mundo.

Hoy día se habla de crisis en la educación. ¿Por qué se habla de crisis? Porque los educandos jóvenes no quieren la educación que se les ofrece. Y, porque es eso fundamentalmente lo que lleva a la institución a hablar de "crisis," bien pudiera decirse que lo que tiene lugar es una crisis de marketing, interpretada muy unilateralmente y comprendida a medias.

Se le echa la culpa a la juventud, principalmente. Se piensa: "Estamos en crisis porque la juventud ya no se interesa como antes en sus estudios," "los jóvenes ya no son tan serios como en otros tiempos," "los jóvenes toman drogas y por eso no son capaces de escuchar a la gente seria que quiere traer estas materias tan importantes al aula." Y no se piensa que tal vez sea al revés: bien pudiera ser que los jóvenes estén adquiriendo una conciencia más despierta que los docentes que han sido programados para hacer una enseñanza tradicional, y que a los jóvenes les basta un contacto breve con la escuela para darse cuenta que no les interesa. Incluso el efecto de las drogas (a las cuales se les echa tanto la culpa en Estados Unidos, y por eco de la política norteamericana en el resto del mundo) ha sido principalmente el de abrir cuestiones existenciales, darle un sentido a los jóvenes de que hay muchas cosas en la vida que son urgentes y que en el aula se ignoran como irrelevantes. En ella, los asuntos existenciales se ven sistemáticamente ahogados por una situación en la que falta el encuentro humano, el diálogo en torno a lo que pasa en las mentes, familias y entorno de los alumnos, a los que se exige estar quietos en sus bancos y se entrena en la obediencia. A propósito, actualmente está probado que la inhibición del impulso lúdico causa un considerable daño cerebral, pues hay sinapsis que son específicamente estimuladas por el juego y que después se pierden. Yo pienso que ir al colegio hoy en día es como comer arena –comer algo que no

alimenta– cuando se intuye que hay otra cosa que sí sería relevante, y es criminal hacer perder tiempo, energía, años de vida a la gente con el supuesto de que esto es lo que necesita. Lo que se necesita es otra cosa: algo que ayude al desarrollo humano.

El desarrollo humano es mucho más que información y, sobre todo, mucho más que el tipo de información que ahora ocupa a los educadores, que no es ni siquiera para la vida, sino, como decía, para obtener un papel que indique que uno tiene derecho de entrada al próximo curso. Al decirlo no pretendo que se desestime la evaluación del aprendizaje o se deje de lado el proceso de selección en las universidades o en el mercado de trabajo. Sólo quiero llamar la atención a lo aberrante que se ha vuelto la educación desde que el aprendizaje se hace más desde la consideración de las buenas o malas calificaciones que desde el interés en aprender.

Es tan difícil cambiar nada en la educación, que a diferencia de otros tiempos en que era optimista, estoy llegando a pensar que así como se ha hablado de un complejo militar-industrial en el cual se confunden la violencia consciente y la tiranía del dinero, tal vez debamos preguntarnos si la educación, a sabiendas o no, no es el brazo secreto de este sistema opresor: una institución cómplice del sistema económico, que en vez de ayudar a la conciencia humana y al equilibrio de la sociedad está sirviendo a la perpetuación del *status quo*[23] y, a la vez, hipócritamente, a la ignorancia (ignorancia en el sentido más profundo de la palabra, que no guarda relación con la alfabetización sino con entender lo que nos pasa y lo que pasa en torno a nosotros). El que comprende a fondo lo que pasa no puede dejar de conmoverse y de sentir que hay una tragedia implícita en la disfunción de nuestro sistema educacional. A mí, por de pronto, lo que percibo me mueve a hablar más y más.

---

[23] La idea de que la función principal del sistema educativo sea el de reproducir el sistema social ya fue formulada por Pierre Bourdieu y otros décadas atrás.

La crisis de la educación, que no es la crisis de los estudiantes, pone de manifiesto un mal muy antiguo pero poco visible, y tiene su lado positivo, pues es bueno que ahora el mal se haga presente. Es como un dolor de oído que nos hace notar que debemos ir al médico. Aunque llevemos mucho tiempo perpetuando una educación obsoleta, ya no se le puede meter a la fuerza a la generación que viene, y eso es bueno. Recuerda algo que ahora se cita muy a menudo: cómo la palabra "crisis" en el libro chino de los oráculos (el I Ching, en el que hay un hexagrama que lleva ese nombre) se compone de dos ideogramas superpuestos, que significan "peligro" y "oportunidad," respectivamente. Tal es la naturaleza de la crisis. No se trata sólo de algo malo, sino que hay en ella un potencial: el de descubrir que es necesario el cambio.

Naturalmente, la crisis de la educación no es algo aislado, sino un aspecto del funcionamiento de una sociedad en que prácticamente todas las instituciones están en crisis. Ya he reiterado lo escrito hace unos diez años en *La agonía del patriarcado* acerca de cómo nuestra crisis no es sólo del capitalismo, de la mentalidad industrial (como había propuesto Willis Harman años antes), o un asunto de explotación como proponía Marx.

La crisis, entonces, está resultando de la quiebra de algo mucho más antiguo –un viejísimo sistema que fue durante algún tiempo funcional–, pero que se ha tornado peligrosamente obsoleto. Podemos llamarlo el sistema patriarcal o el sistema de autoridad patriarcal –un sistema eminentemente jerárquico– a diferencia de lo que podría ser un sistema heterárquico como el que algunas empresas están empezando a explorar, distribuyendo la autoridad de tal modo que distintos departamentos la ejercen respecto a distintas cosas, en una red más horizontal.

Mi trabajo ha sido siempre inspirado por esta visión, que me llegó cuando era joven tanto a través de un hombre de conocimiento chileno que había alcanzado "el equilibrio de los tres" en sí mismo, como a través de Gurdjieff, quien hablaba de una falta de integración entre nuestros tres cerebros, y hoy en día no puedo

dejar de sentir que conviene tener presente que nuestra problemática educación es esencialmente una educación patriarcal, lo que implica no sólo que está al servicio de un implícito autoritarismo –que pervierte nuestras intenciones democráticas– sino que conlleva una tiranía de lo racional sobre lo afectivo y lo instintivo.

La aspiración a armonizar y equilibrar las partes intelectual, emocional e instintiva de nuestra naturaleza recibe hoy en día amplia aceptación, y tal vez sea ello lo que principalmente se quiere decir al hablar de un programa holístico. La idea de integrar las instancias psíquicas freudianas, por otra parte, no es menos relevante al ideal de transformar nuestra tiranía interior en una heterarquía trifocal, y hoy en día se ve apoyada por terapias derivadas del psicoanálisis como por ejemplo y notablemente, el Análisis Transaccional, a pesar de su algo diferente nomenclatura de padre, niño y adulto. Aunque la noción de un equilibrio interno de sub-personalidades, relacionadas con el padre, con la madre y con el hijo, sea algo familiar para muchos psicoterapeutas que observan el proceso de cura, no sólo ha recibido poca atención hasta ahora sino que no se ha planteado como propósito explícito de la educación o de la terapia. Creo que es, sin embargo, una idea fecunda.

Decía que la educación patriarcal, que es la que conocemos desde siempre, es una educación predominantemente intelectual en la que los demás aspectos del ser humano son desestimados. Es éste claramente el caso de la función materna interior, que tiene que ver con ese cerebro límbico, ligado al amor, que compartimos con nuestros antepasados mamíferos. Es poco decir que ésta se ve muy descuidada, pues hoy en día sabemos que la forma en que la medicina ha dispuesto nuestra entrada en el mundo, comenzando por el nacimiento mismo (innecesariamente traumático en una medida que se desconoce) y siguiendo por el período de lactancia (en que no se respeta suficientemente el establecimiento del vínculo natural entre la madre y el hijo), daña al sistema sub-cortical. La forma tradicional y establecida de crianza entraña ya una gran

insensibilidad, y la escuela viene a rematar esta postergación de lo afectivo, pues nada necesitaríamos tanto como una educación afectiva o interpersonal, una educación de esa capacidad amorosa que es la base de la buena convivencia y la participación en la comunidad –y que tan críticamente está faltando en el mundo.

En estos momentos el Dalai Lama está recorriendo el mundo diciendo en palabras muy conmovedoras –porque son palabras muy simples pero también muy profundamente experimentadas, muy apoyadas en su sabiduría personal– que hay que ser más bondadoso, que hay que ser mejor persona. Lo dice con tanta integridad, con tanta convicción y desde tal claridad, que esta idea tan sencilla y nada original llega a tener impacto. Y eso es una gran cosa, porque pareciera que por atender a muchas cosas complicadas estuviésemos desatendiendo algo tan simple. Pero el que podamos sobrevivir a la actual crisis del mundo depende mucho de que alcancemos una dosis un poco mayor de benevolencia, un nivel más apreciable de compasión y simple bondad. Sin esa bondad, toda la información técnica posible no va muy lejos.

Porque la recuperación de la calidad amorosa tiene mucho que ver con la psicoterapia, se necesita una reeducación emocional y por ello se necesita algo que la educación actualmente rechaza: los educadores no quieren oír hablar de terapia, y eso es algo de lo que hablaré más adelante. Pero antes quiero señalar que también la educación necesita volver a ocuparse de la dimensión profunda del ser humano. Esta dimensión profunda es lo espiritual y originalmente la educación era para eso: las primeras escuelas en nuestra cultura (y con "nuestra cultura" me refiero a la civilización cristiana-occidental) surgieron en la Edad Media en torno a las iglesias, y las primeras universidades en torno a las catedrales. Las escuelas se orientaban sobre todo a que el individuo recibiese una influencia que le hiciera mejor persona, lo que en el cristianismo antiguo se interpretaba obviamente como ser mejor cristiano. Ser mejor persona entonces era ser alguien que sigue un camino de amor y busca servir la voluntad de Dios en tanto que combate

sus excesos egoístas. Pero con el paso del tiempo, la religión se fue transformando más y más en algo contaminado por el mundo, en un sistema de poder patriarcal, como todas las demás instituciones. Y cuando llegó el Renacimiento, con la gente ya bastante harta de los excesos del cristianismo, surgió un gran hambre de saber y un deseo de recuperar el nexo con el espíritu de la cultura greco-romana, eclipsada durante los siglos más recientes. Así surgió el Humanismo, que fue una gran inspiración para muchos. Hubo gente como Erasmo, y antes que él Picco de la Mirandola, Marsilio Ficcino y otros, en la gran cultura florentina que inspiraron un redescubrimiento de la antigüedad, con lo que volvimos a estudiar los clásicos con el deseo de entender la sabiduría de los viejos filósofos y literatos; entender tantas cosas que habían sabido los antiguos y que habían sido olvidadas o dejadas por una cultura demasiado austera en su deseo de alejarse del mundo.

Entonces surgió una educación muy rica en la que se integraba por primera vez el legado de las dos civilizaciones de las cuales la nuestra es heredera, la judeo-cristiana y la greco-romana. Pero esta educación también fue decayendo, se fue transformando en una cosa inerte y repetitiva, en un lujo, en un adorno, en algo encaminado al prestigio de la cultura, como típicamente en la educación de un *gentleman* –la educación de los caballeros– vanidad en último término. Y así, poco a poco, la gente llegó a estar más interesada en leer latín y griego que en poder absorber la sabiduría de los antiguos.

La educación se transformó nuevamente al llegar la Revolución Francesa en un momento que coincidió con un apogeo de la ciencia en la cultura. La ciencia experimental había tenido un tiempo de incubación desde Bacon, y los que llegaron al poder con la Revolución Francesa, en aquel momento con una gran capacidad de hacer cosas radicalmente diferentes, llamaron a las escuelas a personas que no tenían experiencia en enseñar pero que sí sabían química, sabían paleontología, sabían biología. Llamaron a gente de la escuela de Cuvier, de la escuela de Laplace, etcétera. A medida

que las ciencias entraron en el currículum, las humanidades perdieron peso. Hacía falta, hasta cierto punto, pues como tenemos dos cerebros, izquierdo y derecho con funciones predominantemente analíticas y sintéticas respectivamente, se puede concebir como deseable un equilibrio entre lo científico y las humanidades. Pero, de acuerdo al espíritu de la cultura circundante (es decir, del mundo tecnológico, con su fe en el progreso científico y su implícita ecuación que iguala a éste con el bien futuro del mundo) el énfasis se ha desplazado hacia lo científico, y es esto lo que piden los bancos a los gobiernos cuando financian mejoras.

Y llega luego en la historia de la educación el momento en que se produce la separación de Estado e Iglesia: una gran liberación en vista del factor limitante del poder eclesiástico de ese momento, pero también una pérdida agudamente descrita con una frase inglesa, para la cual haría falta un equivalente en castellano. Se habla en inglés de –como ya se dijo– "tirar del niño junto con el agua del baño." Así como al arrojar fuera el agua del baño se puede descuidadamente tirar también al bebé (*Throwing out the baby with the bath water*), algo así ocurrió en la educación: la idea de espiritualidad había estado tan unida a través de los siglos con la idea de espiritualidad propia de la iglesia cristiana, que no se concebía otra educación espiritual que la de las antiguas clases de religión.

Pero esta idea no es cierta. Tenemos a nuestra disposición un vasto legado espiritual procedente de todos los tiempos y lugares, y en una ocasión le escuché decir al obispo Myers –a quien conocí de cerca– lo siguiente: "No nos podemos permitir menos que hacernos herederos del acervo cultural completo de la humanidad," y lo escuché con asombro, porque nunca le había oído decir algo semejante a un líder cristiano y porque equivale a decir que ya no se justifica que por un sectarismo limitante desconozcamos el pensamiento de Lao-Tse, Buda, o Mahoma. Debemos aspirar a una cultura universal en la cual ha de destacarse el mensaje de los grandes genios espirituales, los fundadores de las religiones, los

grandes mensajeros, los grandes inspirados, los grandes profetas de todas las culturas, pues ellos han sido los máximos enseñadores, y una educación sensata tiene que hacer mucho más que informar de guerras y combates. Más que exaltación patriótica, necesitamos comprensión de la historia de la cultura, y especialmente de la cultura espiritual universal. Y no sólo eso, sino una cultura apoyada en la experiencia: una cultura en la que pudiera haber talleres en los que los jóvenes pudieran experimentar los ejercicios espirituales básicos, las formas de meditación características de las distintas culturas. Así aquel que pasase por un establecimiento educativo, saldría sintiendo que algo le tocó, que le gustaría investigar más algo en especial, que algo puede servir a su ulterior desarrollo. Y así, al salir a la vida, podría buscar más de eso. Al igual que en los lugares donde se elaboran el vino se ofrece la oportunidad de probar vinos de distintas cosechas, ¿por qué no en la educación? Ello podría dar a conocer los sabores de distintas experiencias religiosas, de distintas prácticas espirituales.

Hasta ahora esto no se ha hecho porque el tabú respecto a la espiritualidad no lo ha permitido: no ha permitido re-importar la espiritualidad en forma creativa y novedosa.

Y algo semejante, en mi opinión, ha ocurrido en el mundo de lo terapéutico.

Actualmente hay en la escuela un gran tabú a lo terapéutico, un tabú que a veces toma la forma de "no querer complicaciones"; "qué pasa si los alumnos empiezan a hablar de lo que pasa en casa y luego los padres vienen a quejarse"; "seguramente a algunos padres no les va a gustar que se compartan en la escuela cosas de su vida familiar," y toda clase de excusas; pero está pesando el que los maestros sienten que no tienen la capacidad de hacer frente a la caja de Pandora que se abriría, y el temor a que el caos potencial que podría resultar de hacerle frente a este tipo de verdades interfiera con su tarea de instruir.

Yo creo que el antecedente histórico de este conflicto es el interés por parte de los educadores en aprender algo del psicoanálisis

cuando éste hizo su entrada en el mundo con la pretensión de haber descubierto las grandes verdades del mundo psíquico. Pero hoy día sabemos que el psicoanálisis se excedió mucho en sus pretensiones, que fue una formulación muy dogmática, y que podemos retrospectivamente ver que el mundo, ingenuamente, aceptó ese dogmatismo y luego se desilusionó. Hubo experiencias radicales, como por ejemplo Summerhill, de O'Neal –reichiano entusiasta que llevó hasta niveles poco conocidos la permisividad–. Pero sólo con permisividad e ideas freudianas no se llega muy lejos. La educación es algo más complejo, y yo creo que los educadores tuvieron buen sentido al establecer una distancia con respecto a una posible invasión por parte de la autoridad psicoanalítica. Porque el psicoanálisis es un sistema muy autoritario, como una iglesia que se mueve sobre la base de una fe. Esto se está tornando plenamente visible sólo ahora cuando esta escuela, que era un bloque monolítico, se ha desmembrado en muchos, y el grado de discrepancia entre las ramas o variedades del psicoanálisis actual es tal que ya no puede decirse que ninguna de las ideas fundamentales características (como el instinto de muerte o el complejo de Edipo) haya sobrevivido en términos de aceptación generalizada.

Hubo otros intentos de traer la psicoterapia a la escuela en la década de los '60 y yo fui testigo de ello en Estados Unidos porque me tocó ser parte de ese movimiento humanista. Hubo entusiastas que llevaron los grupos de encuentro rogerianos o el *sensitivity training* a las escuelas, pero los resultados tampoco fueron convincentes. Se abrían más problemas de los que se cerraban, y algunas personas se interesaban mucho mientras que otros resultaban heridos o se mostraban antagónicos.

Yo diría que de estos intentos de traer lo psicológico en forma prematura a la educación, se produjo una reacción de decepción, desconfianza y rechazo frente a nuevos intentos. Ahora tenemos mejores medios y recursos, pero todavía no han llegado a los educadores, ni siquiera a las universidades, porque éstas llegan generalmente tarde y hay cosas que se descubren más fuera de la

universidad que dentro de ella. Decía uno de mis profesores, Eduardo Cruz-Coke, un hombre muy inspirado que enseñaba bioquímica en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, y que era también un político chileno: "Cuando se descubra un remedio contra el cáncer seguramente no va a ser en ninguno de los centenares de institutos para investigación sobre el cáncer, se va a descubrir fuera, en los intersticios de lo institucional." Hay mucha verdad en eso, y en la psicología ya se ha visto confirmada, pues el mundo académico es el último que se ha enterado de los aportes al desarrollo humano que verdaderamente valen la pena. Y es que el mundo académico sufre de las perversiones del mundo patriarcal. Leer a Freud últimamente –para mí, que fui alguna vez un freudiano ferviente, ya que mi primera formación fue psicoanalítica, antes de pasar a la Gestalt y a otras cosas– me hace sentir una combinación de admiración y vergüenza, porque en su manía teórica hay una gran desconexión de lo obvio.

El cientificismo patriarcal de nuestro medio académico me recuerda el famoso chiste del alemán que tenía una forma muy sistemática y extremadamente rápida de aprender idiomas. Con su marcado acento alemán le explicaba su método a un amigo:

> En primer lugar, un día para el verbo; luego, un día para el sustantivo; el tercer día, para el adjetivo, y el cuarto para las preposiciones, conjunciones e interjecciones. Y por último varios días dedicados exclusivamente al vocabulario: mucho, mucho vocabulario, para metérselo todo –y apuntando hacia su propia cabeza– en el culo.

El inconsciente dogmatismo que nos hace reír en esta personificación de un intelectualismo rígido no difiere en esencia del que contamina hoy la psicología oficial: habla –como Freud, pese a su notable legado– con la certeza propia de quien se siente dueño de la verdad, y esta misma certeza le permite proclamar errores fundamentales.

Creo, por tanto, que la educación necesita superar estos dos tabúes: el tabú contra lo terapéutico y el tabú contra lo espiritual. Y ya eso sería obstáculo suficiente. Pero aunque se superaran esos tabúes, queda aún otro obstáculo: basta con que haga uno presente el ideal de una educación holística ante alguien que trabaje en la burocracia de la educación para que nos diga, de una u otra manera: "Pero ¿de dónde vamos a sacar el dinero para una reforma tan fundamental?"

Porque si hemos de tener una educación orientada al desarrollo humano, deberemos pasar del monopolio del intelecto a una pedagogía muy económica en lo tocante a teoría; una educación muy cuidadosa de evitar la redundancia, que se apoye en lo posible en los ordenadores o en lo audiovisual para no desperdiciar a los maestros encomendándoles, como hoy se hace, una función casi mecánica. Habría que devolverles a los maestros la función propiamente humana de la reeducación interpersonal y la ayuda al desarrollo de las comunidades (funciones apenas esbozadas por la actual noción de una educación de los valores, a pesar de las buenas intenciones que ésta entraña).

Y la propuesta de encaminarnos a una educación verdaderamente más relevante para la vida tendría que privilegiar el auto-conocimiento, lo que significaría, junto al propósito de una educación para la convivencia feliz, una reeducación importante de los educadores. Pues no debemos engañarnos: el auto-conocimiento es algo a lo que rendimos homenaje sólo de palabra. Ya que nos consideramos herederos del oráculo de Delfos, de Sócrates y del resto de los filósofos antiguos, todos estamos de acuerdo en que la preocupación exclusiva por el conocimiento del mundo externo en los albores de la filosofía fue superada cuando el hombre, capaz de auto-reflexión, empezó a interesarse en el conocimiento de sí mismo. Pero, ¿cómo se toma en cuenta este alto ideal del auto-conocimiento en la educación que actualmente se ofrece? Ni siquiera cuando se ofrece un ramo designado como "psicología" se trata en realidad de una disciplina de auto-conocimiento, sino

más bien de la exposición de teorías varias de los conductistas, de la psicología dinámica, el constructivismo y otras escuelas, pero no una psicología viva que ayude a los alumnos a enfrentarse con su realidad.

Y sin embargo, es posible incorporar el auto-conocimiento al currículum; y a la objeción de que complementar la actual formación de profesionales sería muy costoso, puedo responder –y esto es lo más importante que puedo decir –que me consta que no es así. Sé muy bien que se puede hacer en forma económica, porque he comprobado una y otra vez que aquello que falta en los actuales programas de formación de profesores se puede concentrar en un currículum suplementario de auto-conocimiento, reeducación interpersonal y cultura espiritual que no requiere más que unos 10 días al año, en tres módulos sucesivos.

¿Por qué lo digo con tanta seguridad? No porque haya hecho el experimento con un grupo homogéneo de educadores, sino por haber hecho algo muy semejante con terapeutas. Y he desarrollado una manera de enseñar a los terapeutas –en formación o ya formados– a servir más eficientemente, a través de un aprendizaje que no es solamente técnico sino que se apoya principalmente en experiencias personales relevantes –comenzando por la comprensión de sí mismos–, que es el fundamento indispensable para comprender a los demás y también una de las bases para desarrollar un interés benévolo hacia los demás.

Muchos educadores han venido a mis cursos, y todos salen sintiendo que esto es lo que la educación necesita: una inyección espiritual universalista y no dogmática que incluya prácticas concretas que sirvan al cultivo de la mente profunda –comenzando por el cultivo de la atención– y un proceso de auto-conocimiento guiado que lleve no sólo a cambios de conducta sino a esa transformación más profunda que es la esencia de la maduración propiamente humana.

Tal vez haya quien se pregunte cuál ha sido el secreto, y lo explicaré en breve: que se pueda lograr un profundo impacto

transformador y humanizador en tan breves intervenciones se debe en parte a la existencia de recursos hasta ahora desconocidos (como la psicología de los eneatipos) o desaprovechados (como la meditación o la terapia gestáltica); en parte a recursos nuevos (como cierto tipo de teatro terapéutico que se apoya en la psicología de los eneatipos o en nuestro laboratorio de psicoterapia integrativa); así como también en parte a la organización de tales recursos en un todo cuyo efecto va más allá de la suma de sus partes. Ha sido hasta cierto punto, además, el resultado de la evolución de un proceso vivo y la creciente experiencia tanto mía como de las personas que han colaborado conmigo como docentes.

Sería largo describir el mosaico que integra el programa de auto-conocimiento y reeducación interpersonal que desde hace unos 12 años he venido realizando en forma de encuentros residenciales en tres módulos anuales consecutivos. Basta con decir que ha sido descrito como un proceso de humanización y apertura al amor, y que, desde otro punto de vista, bien podría describirse como un "molino de moler egos" pues se inspira en la visión del camino espiritual como un despertar, a través de la conciencia del ego, a la conciencia del ser, y se implementa a través de un proceso grupal guiado de *insight* (interpersonal e intra-personal), confrontación de la propia personalidad, cultivo de la neutralidad e inhibición voluntaria de las necesidades neuróticas (los pecados u obstáculos de las vías tradicionales).

La parte teórica que complementa la combinación de trabajo meditativo y terapéutico en el programa comprende, entre otros aspectos, la aplicación del Eneagrama a la personalidad –herencia de Óscar Ichazo que he ido refinando en el curso de los últimos treinta años y que se hace fuertemente presente en la mente de los participantes como mapa de trabajo aplicado a diversas circunstancias–, y se sirve de una serie de elementos como ejercicios terapéuticos interpersonales, teatro, vida en comunidad y trabajo psico-corporal.

La influencia fundamental a través de la evolución de mi

actividad ha sido la de Gurdjieff, quien subrayaba el trabajo en todos los niveles (o centros): la acción, la emoción y el intelecto –así como el cultivo de la atención: el estar presente y despierto aquí y ahora–. Fue natural, por tanto, que utilizara para el aspecto motriz los "movimientos" creados por el mismo Gurdjieff. Los dejé, sin embargo, poco después de la llegada a California desde Taiwán del maestro taoista Ch'u Fang Chu, cuyo alto nivel de competencia en el Tai Chi y prácticas asociadas quise aprovechar. Después de su muerte he contado con la colaboración de Gerda Alexander (originadora de la Eutonía), de Graciela Figueroa (bailarina y maestra de Río Abierto) y otros.

Lo más relevante, sin embargo, es que, así como los aparatos electrónicos que con los años se van haciendo a la vez más pequeños y más eficientes, este programa que empezó durando tres meses (espaciados en tres años) se ha reducido a tres reuniones anuales de diez días precedidas por un programa introductorio de cinco –haciéndose a la vez más potente en sus resultados, tanto así que en España se ha comentado la influencia favorable del programa SAT en el nivel de competencia profesional del país.

En España, como en Brasil, la ley de educación ha introducido el concepto de "transversalidades" en referencia a una educación ética orientada hacia valores universales que se espera que los profesores puedan impartir a través de la forma en la que ponen en práctica el currículum tradicional. Magnífica concepción en verdad –que trasluce la intuición de que la educación se hace a través de un contagio personal de sabiduría y amor en parte espontáneo–. En la práctica, sin embargo, sólo quien encarna los valores sabe aprovechar las circunstancias para inculcarlos; y para llegar a encarnarlos no basta esa combinación de instrucción y sermón que se llama "educación de los valores."

Para llegar efectivamente a ser más solidario o generoso, por ejemplo, no basta albergar la convicción de que la solidaridad o la generosidad son importantes, y por ello la mera exhortación no llega muy lejos, a lo que se suma que la inspiración que se puede

transmitir a través de razones o bellas palabras es limitada. Así como la vida procede sólo de la vida, la conciencia sólo puede ser despertada por la conciencia. Se necesita, por lo tanto, de un tercer elemento entre las ramas del currículum clásico y de esa educación en los valores que se pretende llevar a cabo a través de las transversalidades: la transformación del educador –para lo que es necesario que atraviese el proceso de des-identificación de sus condicionamientos infantiles (o "ego") y libere su ser esencial.

Lo más importante que puedo aportar, por el momento, es la noticia de que esto se puede hacer en forma relativamente breve y económica –pues lo digo tras una docena de años en los que he comprobado que la mayoría de las personas que atraviesan por nuestros cursos no sólo sale con una mayor capacidad de ayudar a otros, sino sintiéndose en un nivel de vida diferente.

A los setenta años de edad voy naturalmente en retirada, y comienzo a delegar mi trabajo en mis discípulos. Desde años atrás vengo sintiendo la satisfacción reiterada de poder ayudar efectivamente a muchos y sentirme bañado en su gratitud, y justo en el momento en que siento que el programa SAT, refinado de año en año, llega a la condición de un fruto maduro, me parece como si, desprendiéndose del árbol donde ha crecido, quisiese caer en un terreno diferente al de su origen.

Me complace pensar que la profunda experiencia de transformación que ha servido a los terapeutas para un mejor desempeño de su oficio, pueda algún día servir también a los educadores, y que a través de ello sirva igualmente para traspasar o transformar las limitaciones de un sistema implícitamente opresor que, perpetuando nuestra ignorancia fundamental, milita contra la salud de nuestras relaciones.

5.- UNA EDUCACIÓN DE LA PERSONA ENTERA PARA UN MUNDO UNIFICADO

Casi toda educación tiene un móvil político: se propone fortalecer a algún grupo, nacional, religioso o social en la competencia con otros grupos. Es este móvil el que principalmente determina qué materias se enseñan, qué conocimiento se ofrece y qué conocimiento se oculta, y que determina además qué hábitos mentales se espera que los pupilos cultiven. Prácticamente nada se hace en función del desarrollo interior de la mente y del espíritu; en efecto, quienes han recibido más educación han sufrido a menudo una atrofia mental y espiritual.

(Bertrand Russel, en Grace Llewelyn, *op. cit*.)

Más vale poco conocimiento de cosas superiores que mucho conocimiento de cosas inferiores.

(Tomás de Aquino)

Se habla hoy en día mucho de un "cambio de paradigma" en la ciencia y, más generalmente, en el modo de comprender el mundo y el ser humano. ¿Cuál es ese nuevo paradigma, que invocan tanto la nueva física como la psicología contemporánea, y qué, de un modo más o menos implícito, está afectando prácticamente a todos los campos del saber y del hacer?

Podemos llamarlo "holismo" o "integralismo": un enfoque centrado en el todo. Esta es la perspectiva que subyace a inspiraciones tan diversas como la teoría general de sistemas, el enfoque sistémico de la ciencia de la administración y la gestión de empresas, el estructuralismo, y la psicología de la forma. La característica más llamativa de nuestra época es una nueva manera de concebir las estructuras, la organización, la interrelación de las partes en un todo. La vida y el universo se nos presentan hoy en día como meta-estructuras evolutivas.

Hace unos dos mil quinientos años, el Buda contaba la historia de unos ciegos que se hacían una idea de lo que era un elefante de acuerdo con la parte que tocaban de él, comparándolo uno a una palmera, otro a una cuerda, otro a un abanico, etcétera, según sus manos exploraran una pata, la cola, una oreja, u otras partes del animal. Esta historia, recogida más tarde por los sufíes, se ha hecho particularmente popular hoy en día, y con razón, pues expresa el florecimiento en el espíritu de nuestro tiempo de una comprensión cada vez más generalizada de que el todo es, efectivamente, algo más que la suma de sus diversas partes.

Este cambio de perspectiva sobre el mundo es sin duda reflejo de un proceso vivo: si en el ámbito intelectual estamos en una época de holismo, en términos más generales puede decirse que estamos en una era de síntesis. No sólo nos hemos vuelto más interdisciplinarios, más ecuménicos, más interculturales, sino que cada vez más vamos sintiendo la necesidad de tornarnos en personas completas en un mundo unificado.

La educación holística, como el enfoque holístico de la realidad en general, es parte de esa tendencia sintetizadora que está en marcha. Fue Rousseau, padre del romanticismo y abuelo de la Revolución Francesa, el primero en llamar la atención sobre la importancia capital de la educación de los sentimientos. Luego otros, como John Dewey, María Montessori y Jean Piaget, pusieron el acento en el aprendizaje a través de la acción. Por otra parte, Rudolf Steiner y las Escuelas Waldorf nacidas de su obra, insisten en el desarrollo de la intuición y en lo que ahora llamamos educación transpersonal. Más recientemente, el Movimiento del Potencial Humano ha inducido a experimentar en la educación del "ámbito afectivo." La Educación Holística se propone reunir todas esas voces dispersas, como proyecto que pretendería abarcar la totalidad de la persona: cuerpo, emociones, intelecto y espíritu.

Aparte de poder llamarse holística en el sentido de pretender educar a la persona entera, creo que la educación debería de ser holística también en otros aspectos: por ejemplo, por perseguir una

integración de los conocimientos, por su interés en la integración intercultural, por su visión planetaria de las cosas, por su equilibrio entre teoría y práctica, por colocar la atención tanto en el futuro como en el pasado y el presente. Un asunto particularmente crítico ha de ser, naturalmente, el equilibrio de los aspectos "paternos," "maternos" y "filiales" de la persona. Por esto me inclino a hablar de "educación integral" en referencia al holismo educacional que está surgiendo, y al que personalmente me adhiero.

Mientras en EE.UU. las cosas han ido evolucionando desde la "revolución de la conciencia" hasta el conservadurismo creciente de la década de los '80, la idea de una educación integrativa y comprensiva ha podido toparse con la pregunta de si acaso ello no constituye un lujo. Sin referirse específicamente a la educación, por ejemplo, Yankelevich escribe en *New Rules* que la situación mundial se está haciendo tan crítica y la situación individual va a tornarse tan difícil, que ya no es tiempo de seguir buscando la "auto-realización." Los días del Movimiento del Potencial Humano, según él, deben considerarse como cosa del pasado, como reflejo de la situación de abundancia transitoria que existía cuando surgió.

Creo que debemos guardarnos de semejante punto de vista, que no es más que una regresión a la actitud excesivamente práctica y "realista" que está en el origen de la problemática actual. Es precisamente la urgencia de los problemas a los que nos vemos hoy en día confrontados como especie, lo que convierte en imperativo, y no en un lujo, el acometer bajo un nuevo enfoque la tarea educativa. Como dicen Botkin y otros en su Informe al Club de Roma *No Limits to Learning*:[24]

> Después de una década de discutir temas generales, algunos signos de cambio se dejan notar en los debates. La mayoría

---

[24] Botkin, James W. *No Limits to Learning: Bridging the Human Gap*. Mahdi Elmandjara & Mircea Maletza, Pergamon Press, 1979.

> de los participantes en extensas conferencias centradas en proponer nuevos modelos de construcción del mundo han sentido que faltaba en los diálogos un elemental sentido crítico. La preocupación por el aspecto material de la problemática mundial había restado efectividad a los planteamientos. Ahora se hace evidente una nueva preocupación: la de volver a colocar al ser humano en el centro de esa problemática. Ello supone un cambio, en el sentido de dejar de considerar los problemas globales como manifestaciones de problemas físicos de supervivencia material (*Life Support System*), para empezar a aceptar la importancia preeminente del aspecto humano de tales problemas.

Estos escritores hablan de la "brecha" (*Human Gap*) a la que se ve enfrentado el ser humano –la distancia entre la creciente complejidad de los problemas y su capacidad para hacerles frente– y creen que esa brecha puede salvarse utilizando como puente el aprendizaje:

> El aprendizaje, en este sentido, va mucho más allá de ser un tema general más. El fracaso en este campo constituye actualmente, de un modo fundamental, el tema central de la problemática mundial. En resumen, aprender se ha convertido en un asunto de vida o muerte.

Yo prefiero, personalmente, hacer hincapié en el "desarrollo" y decir que si continuamos como gusanos, rehusando convertirnos en mariposas, acabaremos destruyendo nuestro medio ambiente y devorándonos los unos a los otros. Dicho de otro modo, no podemos permitirnos seguir dejando de lado, como mera posibilidad, esa transformación del ser humano que se ha dado de hecho en todas las épocas. Lo que en otros tiempos fue sólo el destino de unos pocos y pudo parecer un lujo en el pasado, ahora se presenta con caracteres de urgencia colectiva. Hoy en día el crecimiento del poder de que puede disponer el ser humano amplifica los efectos de los fallos que

comete en su ejercicio, y las consecuencias resultan inevitables para una población que amenaza con sobrepasar los límites de capacidad del planeta. En todo ello no podemos dejar de ver la expresión de una psique desarrollada sólo de un modo muy incompleto.

La psicología del ser humano ordinario –la psicología que tenderíamos a llamar "normal"– es, psicoanalíticamente hablando, regresiva. Bajo la capa de pseudo-abundancia que mostramos al mundo, y con la que tal vez nos identificamos, nuestra motivación brota generalmente de los que nos falta: somos codiciosos, nos sentimos insatisfechos, dependientes. En otro tiempo, en los tiempos de nuestros antepasados Cromagnon, éramos caníbales, pero a juzgar por la marcha de los asuntos internacionales seguimos siéndolo implícitamente. Los gastos militares del mundo en 2005 excedieron la cantidad de tres mil millones de dólares por día. ¿Sería ello necesario si no fuéramos a nivel inconsciente una sociedad paranoide y canibalística? ¿No sería razonable dedicar esta suma a un programa de restauración de la tierra, que incluyese como más urgentes las necesidades de atención ecológica y de desarrollo de la conciencia?

Nuestra vida colectiva, ya en los albores de la prehistoria, conoció retos que estimularon a nuestros antepasados a evolucionar, pero también traumas que nos precipitaron en un "abismo" de patología psico-social. La motivación carencial –y la consiguiente explotación del prójimo, de la naturaleza y de sí mismos que de ella se deriva– se ha perpetuado por contagio, infectando, una generación tras otra, el psiquismo de los seres humanos que nos han precedido, de modo que actualmente nos vemos empujados por ella a un inminente naufragio, del que sólo podremos salvarnos si sabemos nadar, y utilizo la metáfora de "nadar" para nombrar la nueva conciencia capaz de trasladarnos de "aquí" a "allá," desde el condicionamiento milenario y obsoleto que estamos padeciendo, a un nuevo orden mundial.

Lejos de constituir un lujo, una educación nueva –una educación de la persona entera para un mundo total– es una

necesidad urgente, y es también nuestra mayor esperanza: todos nuestros problemas se simplificarían enormemente sólo con poder alcanzar una verdadera salud mental, ya que ésta conlleva una auténtica capacidad de amar. Como decía Krishnamurti años atrás, "la paz individual es la base sobre la que se asienta la paz del mundo."

Viven hoy todavía la mayor parte de las personas que formaron parte de una generación de buscadores tal vez sólo comparable a la de quienes conocieron los primeros tiempos del cristianismo o el surgimiento de otras grandes religiones. Este fenómeno cultural, que explotó en los Estados Unidos hace unos treinta años, ha atravesado un período de expansión entusiasta y otro de apagamiento desencantado, y ello refleja la estructura de un proceso psicológico. Pasado todo aquel bien conocido entusiasmo al iniciar el camino, cuando parecía que pronto el mundo entero estaría transformado, una fracción considerable de aquella juventud norteamericana ha avanzado hacia la igualmente bien conocida etapa de darse cuenta que –como Gurdjieff solía decir– "al comienzo son rosas, rosas, rosas; luego, espinas, espinas, espinas." Toda una generación, prácticamente hablando, se embarcó en aquella búsqueda; sin embargo, hasta ahora no hemos visto como resultado una sociedad transformada, sino tan sólo un puñado de aprendices de brujo en diverso grado de desarrollo: individuos sólo parcialmente transformados, que tienen algo que aportar desde su experiencia y que ahora saben que el viaje es mucho más duro y largo de lo que habían pensado.

Si es tan difícil transformar a un adulto, puede resultar más sencillo comenzar con los jóvenes. Si pensamos en términos de una perspectiva global, teniendo en cuenta las necesidades más vitales que nos acucian como habitantes de esta tierra, la educación, y en particular toda ayuda que pueda prestarse al crecimiento de los individuos humanos durante su etapa de mayor plasticidad, sobresale de entre todas las estrategias posibles como la más adecuada en orden a poder intervenir conscientemente en nuestra propia

transformación evolutiva. Ciertamente, es también la más económica, en un tiempo en donde el factor económico es crucial.

Hitler descubrió en su momento que controlando la educación podía controlar a la sociedad. Podríamos rescatar la verdad que se esconde en esa percepción, asentándola sobre una base verdadera, pues no es a través de un "control" como podremos alcanzar el fin que perseguimos, sino a través de actitudes de atención, habilidad y afecto, y más que nada por la calidad del propio ser. Sólo dotando a los jóvenes de la posibilidad de convertirse en seres humanos completos podemos esperar un mundo mejor. Si hemos de "controlar" la educación, necesitamos entender que ese control debe ponerse al servicio de la liberación de los individuos –en realidad, sería más bien un contra-control.

A muchos nos resulta familiar el eslogan: "Formar los hombres que la patria necesita." Si atendemos al sentido implícito de esta expresión, formación aquí viene a ser sinónimo de socialización en términos generales, es decir, educación concebida como vehículo de condicionamiento social. Pero si hablamos de formar los hombres que el mundo necesita, debemos admitir que entonces, necesariamente, no se tratará de educar desde y para el conformismo, sino para la libertad y la autonomía, pues un "mundo" verdadero sólo será posible en base a contar con auténticos individuos.

Escribiendo después de Darwin, Herbert Spencer comparaba la sociedad a un organismo-idea que generalmente han dejado de lado los sociólogos posteriores. Realmente, nuestra sociedad dista mucho de ser un organismo, y en esto hemos avanzado menos que las abejas y las hormigas. Una sociedad que fuese con respecto al individuo lo que el cerebro es a las células que lo constituyen, tendría que cimentarse en la existencia de seres humanos maduros, esto es, seres integrados y en vías de auto-realización, y no esa especie de robots humanoides que desde su ceguera y otros males fomenta nuestra sociedad.

Puede decirse que una educación orientada al individuo entero está de por sí orientada hacia una totalidad más vasta, es

"una educación para un mundo unificado," y he querido poner de relieve esta idea incluyéndola en el título de este capítulo. En primer lugar, para subrayar la tesis de que "una educación de la persona entera es una educación para el mundo total," y también por lo saludable que puede resultar el acentuar específicamente la finalidad meta-personal. Además, ésta es una idea inspiradora: si nos hacemos conscientes de lo mucho que necesitamos una educación orientada hacia la paz y hacia la unidad mundial, tal vez esa conciencia pueda suscitar la capacidad de contribución creativa correspondiente a esa finalidad.

Un individuo no puede verdaderamente considerarse completo si carece de una visión global del mundo, si no posee un sentimiento de hermandad. Necesitamos una educación que lleve al individuo hasta ese punto de madurez en el que, elevándose por encima de la perspectiva aislada del propio yo y de la mentalidad tribal, alcance un sentido comunitario plenamente desarrollado y una perspectiva planetaria. Necesitamos una educación del yo como parte de la humanidad, una educación del sentimiento de humanidad.

El despertar espiritual que forma parte de nuestro destino potencial no supone solamente el nacimiento del "yo," sino también el alumbramiento del "tú." El nacimiento del Ser supone el nacimiento del yo-tú, el alumbramiento del sentido del "nosotros."

¿Cómo puede la educación contribuir a crear el sentido del nosotros? No solamente a través de una actitud ajena a todo localismo y abierta a una visión universal de las cosas, sino, ante todo y sobre todo, por medio de una experta aplicación de técnicas de liderazgo comunitario, esto es, prestando un asesoramiento experimentado acerca de los procesos de formación de grupos en el verdadero sentido de la expresión.

Para Carl Rogers los grupos son posiblemente el invento más significativo del presente siglo. El futuro dirá. Pero en todo caso constituyen un recurso muy importante, y creo que todo educador debiera de adquirir un repertorio de habilidades que incluyeran,

entre otras, la capacidad de facilitar una comunicación sincera entre sus alumnos –responsabilizándose de sus consecuencias–, la capacidad de reconocer y expresar las propias percepciones, tanto de sí mismo como de los otros, y la de desarrollar su propia empatía y mantenerse alejado de los juegos del ego. Este proceso no debería, sin embargo, limitarse a la celebración de grupos de encuentro u otros de índole semejante, sino constituir más bien el trasfondo de toda situación educativa. Hay dos clases de grupo que por representar otras tantas formas poderosas de actividad comunitaria quiero subrayar especialmente. Uno es el grupo de tareas, que ofrece una situación ideal para el aprendizaje del trabajo en colaboración así como para desarrollar la conciencia de todo cuanto la dificulta. El otro, los grupos de toma de decisiones, que además de ofrecer a los participantes un claro reflejo de su carácter, constituyen tal vez el instrumento más fundamental de que disponemos en orden a una educación para la democracia.

Al aplicar todos estos recursos, debemos tener presente que, en la situación que atravesamos, crecimiento y curación son inseparables. Sólo artificialmente cabe separar el campo de la educación del de la psicoterapia y de las disciplinas espirituales, pues realmente no existe más que un único proceso de crecimiento-curación-iluminación. El tabú que se opone a la introducción de la psicoterapia en la educación debe entenderse como el síntoma regresivo y defensivo que es en realidad: si seguimos desatendiendo el campo de lo afectivo en la educación, continuaremos devolviendo al mundo individuos fijados en pautas infantiles de conducta, sentimiento y pensamiento, y ciertamente nos estaremos alejando del objetivo de educar a la gente para que puedan desarrollarse en plenitud.

Después de haber dicho con tanto lujo de palabras que, en verdad, ha llegado la hora de poner en práctica la idea de una educación integral, quisiera ahora exponer, aunque sea sólo parcialmente, cuál es mi visión de lo que podría ser la educación del futuro. Y al empezar a hacerlo, no puedo dejar de recordar el

ensayo que Aldous Huxley dedicó al tema: "Sobre la educación de un anfibio." Las observaciones y sugerencias que siguen no son otra cosa que una puesta al día de la invitación pionera que Huxley lanzara en pro de una educación holística hace ahora más de treinta años.

No es preciso decir que la nueva educación irá dirigida al cuerpo y a las emociones, a la mente y al espíritu. Pero ¿de qué manera, y valiéndose de qué instrumentos?

Con respecto a la educación física, sabemos hoy en día ya lo suficiente como para reconocer que aparte el entrenamiento en deportes y otros medios de mantener una adecuada forma física, existen otras formas más sutiles de trabajo corporal. Es el campo de lo que el Dr. Thomas Hanna designó con el nombre de "Nuevas Somatologías." Podríamos hablar de un trabajo corporal externo e interno, siguiendo la aplicación que de estos términos se hace en los deportes. Lo nuevo que es preciso añadir a la educación física tradicional tiene que ver con la actitud y la atención, y aparte de esto sería aconsejable incorporar al currículum algunas formas de entrenamiento sensorio-motor. Pueden resultar excelentes y apropiadas, no solamente ciertas técnicas de trabajo en base al movimiento corporal, como la de "Autoconciencia por el Movimiento" de Feldenkreis, la "Eutonía" de Gerda Alexander o la educación psico-motriz relacional, sino también otros enfoques más tradicionales como el Hatha Yoga y el Tai-Chi-Chuang.

Otro campo, relacionado también con la vertiente física del holon humano, y necesitado asimismo de atención, es el relativo a las que podríamos llamar destrezas, sea en el campo del cuidado doméstico, del arte culinario o la artesanía en general. Si el lado psicopatológico interfiere con la capacidad de movilización en orden a cumplir cualquier tarea, es claro que el cultivo de una actitud sana con respecto a la propia actividad posee un indudable valor terapéutico. El trabajo manual ofrece también una ocasión valiosa para desarrollar virtudes profundas como son la paciencia y la capacidad de autosatisfacción, sólo con que se nos

sepa hacer captar el valor interior que esconde cualquier forma de arte y aprendamos a usar la situación exterior para el propio crecimiento como persona.

Pasemos ahora a la educación de los sentimientos. En primer lugar, hemos de decir que resultaría artificial separar demasiado la educación afectiva de lo que pertenece a la educación de las relaciones interpersonales, e igualmente, tampoco podemos separar del todo el campo afectivo interpersonal del tema del auto-conocimiento. Según esto, quiero señalar que todo lo que se contiene bajo la rúbrica de la educación interpersonal, llámese auto-conocimiento, auto-estudio o auto-comprensión –ese alto ideal ardientemente asumido y predicado por Sócrates–, es algo que los actuales modelos educativos marginan sistemáticamente en unos tiempos en los que contamos con recursos suficientes para obrar de otro modo. Hora es ya de contar en nuestros currículos con laboratorios de comunicación humana modernamente concebidos en donde se fomente y facilite la capacidad de auto-comprensión, en un contexto de concienciación interpersonal y aprendizaje comunicativo, partiendo de los muchos recursos disponibles hoy en día, desde el ejercicio de libre asociación que Freud introdujera, hasta los últimos refinamientos surgidos dentro del movimiento humanístico.

Por supuesto, necesitamos desarrollar, si no recobrar, la capacidad de identificar los propios sentimientos, así como la de expresarlos de forma auténtica y adecuada. No podemos permitirnos pasar por alto la contribución que representan las técnicas de dramatización, y más generalmente, de expresión, para el desarrollo de la vida emocional. También es importante en este aspecto un recurso procedente de la concepción liberal de la educación: el contacto con el patrimonio literario y artístico del mundo entero, hecho con la guía apropiada, constituye un legado recibido de corazón a corazón, así como la ciencia y la filosofía son una herencia que se transmite de mente a mente.

Lo más importante que tengo que decir, sin embargo, en lo que respecta a la educación en el campo afectivo, podría ser la

necesidad que tenemos de reconocer que su objetivo central es el desarrollo de la capacidad de amar.

No cabe la menor duda de que la salud y todas sus virtudes naturales concomitantes son inseparables de la capacidad de amarse a sí mismo y amar a los otros. Así pues, tenemos necesidad de una pedagogía del amor. Contamos con información suficiente para poder desarrollarla; tal vez lo que estaba faltando era un sentido de dirección y la ocasión para aplicarla en un entorno educativo. Sabemos, por ejemplo, que aparte de la necesidad de proporcionar calor, comprensión y seguridad psicológica, y dar además ocasión para desarrollar el sentimiento comunitario, es necesario ocuparse adecuadamente de la ambivalencia infantil con que crece la gran mayoría de la gente en nuestra sociedad como resultado inevitable de haber tenido por padres a unos seres que lo han sido todo menos emocionalmente maduros, felices y productivos. El potencial amoroso del individuo viene velado por su odio a sí mismo y por su destructividad, consciente o inconsciente, cosas todas surgidas en su más temprana historia. Liberarse de ellas, como a estas alturas demuestra claramente la experiencia psicoterapéutica, exige alcanzar una comprensión intuitiva más que puramente intelectual en el re-examen de la propia vida, y ventilar todo el dolor y frustración asociados a las impresiones del pasado para así poder soltarlos. Por supuesto, todo ello requiere normalmente un largo proceso psicoterapéutico, pero aun así hoy en día puede realizarse en un tiempo mucho más corto que en la época dominada por la exploración psicoanalítica.

Yo creo que todo esto se debe en gran parte al tabú existente en el campo educativo con respecto a lo terapéutico, así como con respecto al tema religioso. Se estima que el campo educativo debe ser distinto y no debe ser invadido por esos otros campos. Es una concepción un poco territorial, desbordada en la realidad por complicaciones comprensibles, como las que se producen cuando un niño empieza a hablar en el colegio de cosas que pasan en su casa. Estas no son cosas que se puedan manejar a nivel local, a

nivel del propio colegio. Los profesores, los directores escolares, incluso los burócratas de la educación, necesitarían contar con un apoyo mucho más fuerte para poder tomar la iniciativa de implantar en la escuela elementos que forman parte de la metodología –de la tecnología, podríamos decir– de que hoy disponemos para desarrollar y/o sanear las relaciones afectivas. Si la crisis que padecemos es ante todo una crisis de relaciones, una crisis en relación con la capacidad amorosa del ser humano, no podemos seguir manteniendo esa separación entre lo terapéutico y lo educativo, ni podemos seguir identificando educación con una instrucción a menudo irrelevante.

Tal vez el recurso procedente del campo de la Psicología Humanística que más se ha intentado aplicar en el contexto educativo, al menos en los EE.UU., ha sido el enfoque gestáltico (con el nombre de "educación confluyente"). George Brown, profesor de educación en el campus de Santa Bárbara de la Universidad de California, y también gestaltista, consiguió el apoyo del Instituto Esalen y de la Fundación Ford hace ya más de veinte años, y ha estado impartiendo formación gestáltica a educadores de un modo sistemático en todos estos años, no tanto con la intención de convertir a la terapia gestáltica en una parte adicional del currículum, sino con el objetivo de dotar a los profesores de una mayor capacidad de acercamiento experiencial a la verdad, de una mejor comprensión de la condición humana, y una mayor habilidad de manejarse como personas frente a otros seres humanos –todo lo cual supone estar trabajando en el terreno fronterizo entre lo terapéutico y lo didáctico–. Creo que la Gestalt merece ser recomendada como un recurso de primer orden por la economía que supone: un contacto aun breve con la Gestalt puede aumentar en la persona ese tipo de habilidades, al devolverle la capacidad de estar en el aquí y el ahora. La mayoría de la gente vive bajo un implícito tabú que le impide expresar lo que le está sucediendo en el momento, de modo que cuando adquiere la capacidad de hacerse más consciente y asumir la responsabilidad

de su experiencia en el aquí y el ahora pueden surgir mil cosas nuevas. Ésta es una liberación preñada de consecuencias. Cuando alguien puede interrumpir lo que está sucediendo a nivel discursivo para decir, por ejemplo, "Algo me huele mal," o "Me siento incómodo," o "Esta situación me está aburriendo," trasladando así la comunicación al nivel interpersonal, es posible superar muchos estancamientos estériles.

Algo semejante podría decirse del Análisis Transaccional (AT), del psicodrama, y de otras diversas terapias contemporáneas. Merecerían formar parte de un mosaico ideal de experiencias y contribuirían tanto al proceso de desarrollo personal como a la formación profesional de los educadores. Pero, al soñar en una posible educación del futuro, quiero subrayar muy especialmente el enorme potencial que encierra para la educación un enfoque terapéutico todavía no muy conocido ni siquiera en el ámbito de la terapia y que se conoce con el nombre de Proceso Fischer-Hoffman. No se originó en el mundo académico, sino más bien en el espiritual, y le concedo una singular relevancia como remedio frente a los males patriarcales, pues constituye un método específicamente dirigido a conseguir la integración del "padre," la "madre" y el "hijo" dentro de la persona. También se le conoce con el nombre de "Proceso de la Cuadrinidad," por cuanto persigue la armonización del cuerpo, las emociones, el intelecto y el espíritu del individuo. Hace ya más de diez años, en uno de los congresos internacionales de Gestalt celebrado en Estados Unidos, lo recomendé como algo sumamente apropiado para la formación de gestaltistas y en general como instrumento recomendable en la formación de cualquier tipo de terapeutas. Pero creo que el principal potencial de este método está en el campo educativo. Consigue con relativa facilidad plantar en poco tiempo una semilla de curación en lo que constituye la especialidad de este método: el campo de las relaciones de la persona con sus padres, ya estén vivos o muertos. La idea es la misma del cuarto mandamiento, ya que el desamor, la ambivalencia amorosa hacia los padres, la

agresión consciente o reprimida contra ellos, perturba todas las relaciones de la persona con el mundo, y es lo que (por usar el lenguaje psicoanalítico) está detrás de la "compulsión de repetición," el transferir interminablemente al presente actitudes aprendidas en el pasado. Si se restablece el vínculo amoroso con los padres (un vínculo amoroso que la mayor parte de la gente ni siquiera sospecha haber perdido), se restablece la posibilidad de otro nivel de amor hacia sí mismo y, por extensión, hacia los demás.

Si quisiéramos decir qué aspecto estaría más necesitado de reforma dentro del ámbito de la educación del intelecto, sería necesario apuntar hacia algo bien diferente de todo cuanto se revisa y plantea de año en año en los innumerables congresos de educación a nivel nacional y mundial, y a lo cual se dedican enormes sumas. Tanto en Estados Unidos como en otros países se invierten millones de dólares en reformas educativas que no tratan sino de reformar el currículum, la mayor parte de las veces en base a simples variaciones sobre los mismos temas. Lo que se necesita no es tanto modificar cuanto condensar de un modo significativo el currículum tradicional, en base a una seria tarea de selección que apenas si se ha comenzado a realizar, e implantar lo que yo llamaría una ética de economía tanto de los recursos como del tiempo de los estudiantes, de modo que la situación escolar pueda ser usada en provecho del niño de un modo más fructífero desde una perspectiva más atenta a los valores humanos.

Cabría esperar que con respecto a la vertiente cognitiva de la educación habría menos que decir o hacer en orden a su posible mejora, ya que hasta ahora la educación ha venido centrándose casi exclusivamente en ese aspecto. Sin embargo, la educación, en su aspecto intelectual necesita ir mucho más allá de la mera transmisión de información, tanto si el objetivo es comprender mejor el mundo como si lo que se pretende es capacitar al individuo para llevar a cabo en él tareas especializadas.

El extender la educación más allá de los contenidos cognitivos, según estoy sugiriendo, nos confronta con la necesidad de desa-

rrollar la vertiente informativa de la escuela de un modo mucho más eficiente de lo que se ha venido haciendo hasta ahora, simplemente porque habría mucho menos tiempo para dedicarse a ello. Necesitamos aprovechar al máximo todo el potencial que encierran los puzzles y los juegos, que constituyen un medio ideal para el aprendizaje temprano de las matemáticas, desplegar toda la riqueza de los recursos audiovisuales, explorar las posibilidades de los ordenadores, etcétera. Y creo que ante todo, necesitamos lo que podría llamar una ética de brevedad: no podemos permitirnos sobrecargar la capacidad de almacenamiento de nuestros cerebros con informaciones detalladas sobre cosas o aspectos no esenciales, sino que debemos concentrarnos al máximo en cuestiones realmente significativas, ya sea con respecto a la visión del mundo o relativas a la propia vocación o preparación para el servicio en medio de él. La sed de comprensión forma parte de la naturaleza humana y necesita alimentarse de una visión panorámica del conocimiento. Sería, pues, aconsejable y sabio poner por obra un tipo de educación que entrañase un equilibrio entre generalismo y especialización; esto es, una educación capaz de promover habilidades específicas sobre un trasfondo de contenido general. Esto en sí implicaría una cierta educación del llamado pensamiento integrativo.

Lo que el panorama actual muestra como insuficientemente recalcado en la educación tradicional es el desarrollo de habilidades cognitivas, como tales, más allá de los contenidos del aprendizaje. Además de aprender, necesitamos sobre todo aprender a aprender. Incluso si adoptamos una actitud más pragmática que humanista, llegamos a la misma conclusión. "La cantidad de conocimientos que uno adquiere en un área cualquiera de contenido no guarda relación, por lo general, con un mejor desempeño de la ocupación correspondiente," escribe el profesor Kilpatrick en el Boletín de la AHHP (Architectural History and Historic Preservation Division).

> La mayoría de las ocupaciones sólo requieren que el individuo esté dispuesto y sea capaz... Lo que distingue al individuo eficaz en el desempeño de su función no es tanto la adquisición ni el uso de conocimientos, sino más bien las capacidades cognitivas desarrolladas y ejercitadas en el proceso de adquisición y empleo de esos conocimientos.

Aquí también necesitamos mudar nuestro foco de lo externo a lo interno, de lo aparente a lo sutil.

Para el desarrollo de las capacidades cognitivas hay nuevos recursos que la educación podría incorporar hoy en día, instrumentos que van desde los ejercicios de pensamiento lateral de De Bono y el entrenamiento en el análisis de las presuposiciones implícitas,[25] hasta el pensamiento dialéctico y la educación no verbal de Feuerstein, y otros. Quiero destacar, no obstante, dos de ellos que, aun no siendo nuevos, no deben por ello caer en el olvido. Me refiero en primer lugar a las matemáticas. Esta es un área de contenidos de extraordinario valor en la educación del razonamiento como tal, como bien sabían los educadores del pasado. Si aspiramos a conseguir un equilibrio entre los hemisferios derecho e izquierdo del cerebro, cuidémonos mucho de arrojar por la borda las matemáticas como si se tratase de un ejercicio académico propio del pasado, tal y como parece inclinada a pensar la nueva cultura centrada en el hemisferio derecho. En segundo lugar, me refiero a la música. Toda expresión creativa, a través del medio que sea, puede ser considerada como un medio para desarrollar la intuición, pero entre todas ellas sobresale la música, de un modo semejante a como entre todas las ciencias sobresalen las matemáticas. La música, como ha dicho Polanyi, es "matemática sensible," y puede hacer por nuestro cerebro intuitivo lo que las

---

25 Por ejemplo, el libro de Abercromlie *Anatomy of Thinking*, y el de Mayfield, *Thinking for Yourself*.

matemáticas en favor de nuestro cerebro racional. En este aspecto puede que tengamos algo que aprender de los húngaros, quienes, bajo la dirección de Zoltan Kodali, desde hace unas dos décadas, han sido pioneros en el campo de la educación musical y en la observación de sus benéficos efectos sobre los niños, con resultados medibles en cuanto al desarrollo de su inteligencia. Hay también otros recursos disponibles en este sentido, de los que podrían sacar partido nuestras escuelas, tales como el sistema Orff y la Eurritmia de Dalcroze.

Otro aspecto de una educación centrada en el desarrollo de la capacidad amorosa es el transpersonal o espiritual. La mitad de cuanto podemos hacer a este respecto consistiría en promover el desmoronamiento del "ego," enseñar a trascender el propio carácter y ofrecer ayuda para atravesar el proceso de liberación de los obstáculos interiores. La otra mitad debería centrarse en el cultivo de aquellas cualidades que constituyen el objetivo de toda forma de meditación, pues es bien sabido, y así lo predican todas las religiones, que el amor fluye naturalmente de la experiencia mística.

Esto enlaza con el tema de la educación transpersonal, esto es, la educación de ese aspecto de la persona que está más allá del cuerpo, la mente y las emociones, y al que tradicionalmente se le da el nombre de "espíritu." Empezaré por referirme a la cuestión controvertida de si la religión debe o no ser enseñada en clase. Hubo un tiempo en que la religión era una materia obligatoria. Luego, la educación secular reclamó su independencia frente a la iglesia, y ello supuso un paso adelante en el desarrollo de la sociedad moderna. Pero una cosa es independizarse de la autoridad de una determinada jerarquía religiosa, y otra cosa es el tema de la educación espiritual. La vertiente religiosa es un aspecto de la naturaleza humana, y ninguna educación puede pretender llamarse holística si no lo toma en consideración. El espíritu de nuestra época no se aviene ya con inculcar ningún tipo de dogmas ni con actitudes particularistas: ha llegado la

hora de un enfoque transistémico y transcultural en el campo del espíritu. Como una vez escuché decir al obispo Myers de San Francisco en una reunión de prospectiva: "No podemos por más tiempo dejar de estar familiarizados con toda la herencia espiritual de la humanidad." Lo que necesitamos, obviamente, es una "clase de religión" en donde se presente la esencia de las enseñanzas espirituales del mundo entero y se subraye la experiencia universal común que todas ellas simbolizan, interpretan y cultivan de maneras diferentes.

Quiero también tocar la cuestión de cuándo un niño debe ser iniciado en la enseñanza religiosa. Hay ciertas prácticas, dotadas de un significado espiritual en cierto modo equivalente al de la meditación, que resultan apropiadas para niños pequeños, como son el contacto con la naturaleza, las artes, la artesanía, la danza, el trabajo corporal, y sobre todo la narración de historias y la fantasía dirigida. Sin embargo, en mi opinión, la época ideal para comenzar con la educación espiritual explícita es la de la pubertad, y no antes, a menos que nos propongamos llevar a cabo un lavado de cerebro. Las culturas primitivas, que, como bien sabemos hoy, pueden estar espiritualmente muy evolucionadas, acostumbran introducir a sus miembros en los símbolos y revelaciones de su tradición con ocasión de un rito de iniciación a la adolescencia y a la vida adulta. Antes de eso, los asuntos religiosos son tratados como misterios para los cuales ya habrá oportunidad y guía adecuada cuando llegue el momento. Creo que esta práctica, muy extendida, encierra sabiduría, ya que es en la adolescencia cuando surge la pasión por la comprensión metafísica, que convierte a muchos jóvenes de esa edad en filósofos naturales. Y, lo que es más importante, la adolescencia marca el comienzo del anhelo, el despertar de la energía que mueve al buscador en su búsqueda. Este es, por lo tanto, el tiempo biológicamente adecuado para hablar al individuo en crecimiento acerca del "viaje" y de su objetivo, y acerca de las ayudas, los vehículos, los instrumentos y los talismanes de que puede disponer.

Innecesario es decir que una auténtica educación espiritual no debería quedarse en el terreno teórico, antes bien las enseñanzas espirituales ofrecen un contexto adecuado para la práctica. Si ha de figurar en el currículum una "clase de religión," ésta debería venir complementada por una introducción vivencial a las disciplinas espirituales, por una especie de "laboratorio de religión" que incluyera una introducción a la meditación y otras prácticas semejantes, de manera que el individuo, al abandonar la escuela, se encontrara dotado de las herramientas básicas necesarias para su propio progreso espiritual en la vida cotidiana.

Tendrá que transcurrir algún tiempo antes de poder contar con individuos capaces de montar un aprendizaje relativo a las disciplinas espirituales basado en la experimentación y diseñado desde una perspectiva transcultural e integral. Entre tanto, la mejor opción puede que sea ofrecer a los estudiantes un período de tiempo durante el cual puedan "probar" entre una selección de las principales disciplinas espirituales cultivadas en todo el mundo, para lo cual podrían encontrarse guías adecuados. Espero que en el futuro podamos tener ocasión de diseñar un programa transistémico de prácticas espirituales concebido de acuerdo con los elementos naturales y objetivos de toda enseñanza espiritual y con los aspectos del proceso psíquico implicados en ella. Es claro, por ejemplo, que una forma natural de iniciar un programa semejante podría basarse en la práctica de la concentración, ya que todas las formas de meditación, de culto y de plegaria descansan en la capacidad de concentrarse debidamente.

Aunque este tema, que constituye uno de mis campos de especialización, merecería un desarrollo mucho más extenso, básteme decir aquí que la variedad existente de esquemas de práctica espiritual se reducen, en mi opinión, a una serie de formas puras, o a una combinación, de un número limitado de "acciones internas," y creo que así como la educación física requiere ejercitar las diferentes posibilidades de movimiento del cuerpo, así también deberíamos tratar de cultivar las diferentes "posturas psicológicas" que implica

la experiencia espiritual; en efecto, esa actitud óptima de conciencia que todas las disciplinas espirituales persiguen como meta, entraña un estado y unas experiencias multifacéticas, que abarca cualidades y sensaciones diversas como claridad, calma, libertad, desapego, amor, sacralidad. Y aunque el cultivo de cada una de estas cualidades constituye de por sí un camino, algo podría ganarse a través de un enfoque integrativo que, por encima de lo que cada una de ellas representa, apuntase hacia el objetivo en el cual todas convergen.

Aparte de las razones de eficacia, un programa concebido en base a la comprensión de las dimensiones subyacentes a cualquier tipo de práctica espiritual tendría la ventaja de conducir a la conciliación experimental de muchas paradojas y acabar con la estrechez mental que supone discutir acerca de cuál es el camino "verdadero." Otro fruto adicional sería la espontánea comprensión de la esencia de todas las tradiciones religiosas.

He desarrollado hasta aquí mi visión acerca de lo que llamo una educación integral, esto es, una educación del cuerpo, las emociones, la mente y el espíritu, que se base en una contemplación equilibrada de sus diferentes aspectos, y que sea capaz de devolver al mundo seres capaces de comprender tal visión y de servirla con generosidad. ¿Qué podemos hacer en favor de tan noble iniciativa?

Por supuesto, la cuestión decisiva es la expansión y difusión de esa forma de comprensión. Un mayor progreso en la comprensión por parte de todos es susceptible de conducir a ulteriores desarrollos, más creativos que los producidos hasta la fecha en el seno de la enseñanza privada, y eso ya es algo.

Pero el paso siguiente en orden a convertir el sueño en realidad reside, sin embargo, en la educación de los educadores.

Esto ya lo vienen haciendo por sí mismos en cierta medida muchos educadores, que guiados por un afán de crecimiento propio y el amor a su profesión se procuran las nuevas experiencias e informaciones necesarias a través de distintas formas de educación continua autodirigida. Es de esperar, no obstante, que dentro de

no mucho tiempo los propios centros de formación de educadores puedan haber asimilado suficientemente la forma holística de comprensión a que nos venimos refiriendo, de manera que en el momento de dejar la universidad los profesores hayan desarrollado, junto con la madurez y la profundidad necesarias, la perspectiva y la serie de habilidades que requiere una educación integral.

A la expansión y maduración de la conciencia en la población, y de un modo especial entre los profesionales, seguirá de un modo natural la reforma del sistema educativo oficial: la revolución de hoy es el *establishment* de mañana. Las instituciones sociales poseen su propia inercia característica, y el crecimiento tiene lugar como resultado de sobrepasar tal inercia a través de la visión prospectiva: "el poder domesticador de lo pequeño," en el lenguaje del I Ching. El *establishment* educativo ha merecido ser comparado, por su inercia, con un elefante blanco, y los servicios que presta resultan obsoletos e irrelevantes hasta un punto del todo injustificable. La indisciplina escolar, no me cabe duda, es en este sentido un fenómeno reactivo, una especie de huelga contra la inutilidad, una súplica en pro de una educación que resulte relevante para los tiempos críticos y los problemas reales que debemos enfrentar, una educación a la que realmente pudiéramos considerar sabia y que verdaderamente nos ayudase a ser mejores.

Confío haber transmitido, a través de cuanto precede, una cierta conciencia acerca de la negatividad e irrelevancia de nuestro actual sistema educativo, patriarcal y anti-holístico con respecto a la situación humana real hoy en día, y espero haber dejado claro que éste es un tema que requiere una urgente atención. Nuestra educación es tan absurda como potencialmente "salvífica." Es absurda hasta el punto de que muchos han llegado a hablar de desmantelar las escuelas como la solución más adecuada (Iván Illich veía en el desmantelamiento de las escuelas el paso fundamental para la gran liberación necesaria frente al autoritarismo en general). Muchos piensan que la educación actual no sólo ha dejado de cumplir con su función, sino que incluso, por omisión,

nos ha perjudicado. Al decir esto, me viene la imagen de un cartel que presentase la foto de un grupo de niños llenos de vida al lado de otra con gente en un autobús, con cara de robot y expresión aburrida, y una frase debajo que dijese: "¿Qué ha sucedido?" A la hora de encontrar respuesta para ese proceso de adormecimiento, de embotamiento de las facultades humanas, no cabe duda que habría que darle la palma a la intervención de un proceso educativo como el actual, tan opuesto a lo que con él se debería tratar de conseguir.

La situación global que atravesamos me hace considerar "urgente," y no solamente importante, encontrar una solución a este problema, ya que, a pesar de que la crisis que padecemos es consecuencia del fracaso de nuestros planteamientos en las relaciones humanas, estamos descuidando totalmente el aprendizaje de la dimensión transpersonal en el ámbito educativo.

Después de haber circulado durante muchos años la expresión "problemática mundial," para referirse con ella al gran macro-problema que engloba todos los problemas que escapan a la capacidad de encontrar soluciones de los especialistas aislados, Alexander King, co-fundador del Club de Roma, ha acuñado en su libro *La primera revolución mundial*, recientemente publicado, la nueva expresión "resolútica," como contrapartida de aquélla, y en su propuesta de una vía compleja de salida a la situación, destaca junto a la de la tecnología, la importancia de la educación. Según él, la educación debería comprender los siguientes objetivos:

a) Adquirir conocimientos;
b) Estructurar la inteligencia y desarrollar las facultades críticas;
c) Desarrollar el conocimiento de uno mismo y la conciencia de las propias cualidades y limitaciones;
d) Aprender a vencer los impulsos indeseables y el comportamiento destructivo;
e) Despertar permanentemente las facultades creativas e imaginativas de la persona;

f) Aprender a desempeñar un papel responsable en la vida de la sociedad;
g) Aprender a comunicarse con los demás;
h) Ayudar a las personas a adaptarse y a prepararse para el cambio;
i) Permitir a cada persona la adquisición de una concepción global del mundo; y
j) Formar a las personas para que puedan ser operativas y capaces de resolver problemas.[26]

Personalmente celebro y comparto las afirmaciones de King, pero siento, no obstante, que en su lenguaje de pura objetividad tomado del mundo de la economía, la política y la ingeniería, se pierde algo vital sustancial: me parece significativa la ausencia de palabras tales como "amor" y "compasión." Son palabras que nuestro mundo, basado en el desarrollo del hemisferio cerebral izquierdo, considera implícitamente prohibidas, de un modo semejante a como entre los personajes replicados de *El mundo feliz* de Aldous Huxley se consideraba de mal gusto hablar de la incubadora.

Quiero ahora referirme al hecho de que una de las razones por las que no se ha avanzado más hasta ahora, ni siquiera en la formulación de esos objetivos adicionales que la educación debería perseguir, es la implícita convicción de que tratar de conseguirlos resultaría en exceso costoso. Parece natural pensar que un cambio tan radical en torno a los objetivos de la educación –y no digamos nada, en cuanto a los medios a emplear para ello– habría de suponer el correspondiente relevo en el personal encargado de llevarlo a efecto.

Pero creo que el problema no es tan insoluble como parece. La clave definitiva, por supuesto, estribaría en un molde diferente de

---

26 *The First World Revolution*, de Alexander King y Bertrand Schneider.

formación de los educadores, que actualmente reciben un exceso de bagaje intelectual y una insuficiente educación emocional y espiritual. Por ejemplo, en el campo de la psicología se enseña mucho acerca de conductismo, pero nada que realmente ayude a cambiar a la gente; es decir, se aprende a cambiar comportamientos concretos, pero muy poco a cambiar de forma de vida. ¿Por qué? Porque el conductismo es científico, y como tal sólo se ocupa de lo que puede ser medido.

Una vez, uno de mis profesores en la Facultad de Medicina, Ignacio Matte-Blanco, psicoanalista chileno emigrado a Italia hace muchos años, me contaba de un amigo suyo que había querido estudiar medicina porque le atraía como vocación ocuparse del ser humano, comprender la mente humana. Con el tiempo, llegó a darse cuenta de cuán imposible resultaba pretender construir una auténtica ciencia de la mente, y al final dedicó su vida al estudio de la trasmisión de los impulsos nerviosos y la polarización de la membrana del ¡eje neuronal del calamar! Creo que a todos nos ha pasado un poco eso: que por ser científicos hemos limitado el campo de nuestros intereses a lo que la ciencia puede abarcar y medir, quedando así presos en uno de los juegos patriarcales, el cientificismo, que no es, por supuesto, lo mismo que la ciencia, sino tan sólo una caricatura del espíritu científico.

Traigo a colación el tema de la economía a este respecto, porque estoy convencido de que ese necesario cambio de orientación de la educación es posible, está fácilmente a nuestro alcance, y resultaría mucho menos costoso de lo que podemos imaginar. Con sólo contar con el suficiente grado de conciencia, sería una revolución tan alcanzable como el simple gesto de girar un interruptor. Piénsese en la analogía de la Revolución Francesa, en donde un cambio radical de orientación en la educación (desde una visión humanista a una concepción científica) pudo ser llevado a efecto sólo porque hubo un gobierno fuerte que decidió hacerlo así. "Bien –dijeron las autoridades–, vamos a traer a los científicos a las escuelas." La gente que entendía de ciencia eran quienes andaban

metidos en los laboratorios, como Lavoisier y sus discípulos. Era la época del nacimiento de la ciencia, y se trajo a las escuelas, a enseñar, a gente que no tenía experiencia pedagógica, pero que tenían mucho que comunicar.

Creo que ahora habría que hacer algo semejante: dar un espacio limitado a las materias que actualmente conforman el currículum (en realidad, la mayor parte de cuanto aprendemos lo aprendemos fuera del entorno escolar), condensar buena parte de cuanto hoy en día se hace en las escuelas, y hacer sitio en ellas a personas que han estado ocupándose de su propio y más elevado desarrollo interior, gente metida en el creciente movimiento experiencial terapéutico y espiritual que florece a nuestro alrededor. Esta doble vertiente de búsqueda, psicológica y espiritual, responde a la sed de respuestas despertada en el hombre en la misma medida en que la cultura –esta cultura nuestra patriarcal no sólo ya obsoleta y en crisis, sino agonizante– ha dejado de darlas. Ya Nietzsche, en el siglo pasado, proclamó que Dios había muerto, pero a lo que Nietzsche se refería en realidad era a la imagen que la gente se formaba de Dios en su mente; esa imagen, tan ligada a la mentalidad patriarcal, sí ha muerto. Para que renazca el espíritu, es necesario hablar otros idiomas, abrirse de nuevo a la sed y dejar de sentirse ajenos a esta preocupación tan humana. Y esto está ocurriendo en torno nuestro en estos tiempos. De un modo especialmente genuino, esa búsqueda y esa preocupación ha ido caracterizando los diversos grupos y tendencias englobados en el seno de la Psicología Humanista, nacida en los EE.UU. como "Movimiento de las Potencialidades Humanas" en los años '60, y desarrollada más tarde bajo el nombre de Psicología Transpersonal, que bien pudiera ser considerado como un nuevo chamanismo emergente. Se trata de un proceso contagioso que desborda por su propia dinámica el marco de lo académico, más allá de su innegable y vigorosa capacidad de fecundarlo.

Creo que dentro de este movimiento general cabría reclutar un número suficiente de educadores psico-espirituales, y las

instituciones educativas harían bien en darles entrada desde ya mismo en su seno, aunque sólo fuera con carácter experimental y complementario. Esto inicialmente, ya que el cambio ideal y definitivo habría de requerir, como es lógico, una nueva educación de los educadores: la vida sólo procede de la vida, y la madurez solamente de personas que a su vez han madurado, sobre todo cuando lo que se trata de transmitir es una formación integral y estrictamente humana.

Lo que se echa de menos en las escuelas de formación de educadores hoy en día es la capacidad de dotar a los maestros y profesores de toda una serie de habilidades y conocimientos en el ámbito terapéutico y en el espiritual, cuando, en mi opinión, resultaría relativamente poco costoso incluir estas enseñanzas en los programas respectivos. Digo esto basado en mi propia experiencia, ya que yo mismo he llevado a cabo programas de formación semejantes, si bien dirigidos directamente a terapeutas y no tanto a educadores. Pienso que a través de programas intensivos y breves que no requerirían un tiempo excesivo, sería posible ofrecer una ayuda eficaz a profesores que se sienten "quemados," aburridos, incapaces de relacionarse de verdad con sus alumnos, desmotivados y condenados a seguir haciendo algo en lo que han dejado de creer, sin ver ninguna salida a su situación.

He tenido ocasión de hablar frecuentemente de este tema ante auditorios escogidos y especializados, y he captado siempre en ellos una resonancia que me da motivos para sentirme optimista en cuanto a la difusión y propagación del contenido de las ideas que preceden. Entre esas oportunidades, dos han sido especialmente significativas.

Una tuvo lugar en el II Congreso Holístico Internacional, celebrado en Belo Horizonte en 1991, donde el auditorio aprobó por unanimidad una moción de recomendación a la UNESCO en el sentido de tomar en cuenta la urgencia de incorporar el factor emocional y espiritual a la educación.

La segunda fue en el Simposio Internacional sobre el Hombre, celebrado en Toledo, España, también en 1991, en el curso del cual realicé una pequeña encuesta entre los componentes del auditorio que asistía a mi conferencia. Casi la mitad eran educadores, y también en esta ocasión la respuesta fue completamente unánime en el sentido de apoyar mi propuesta en favor de una educación más holística, que debería nutrirse de las aportaciones de la "Revolución de la Conciencia" y del movimiento humanístico en general, y que privilegiase el aspecto afectivo y el crecimiento espiritual de los educandos.

6.- UN CURRÍCULUM DE AUTO-CONOCIMIENTO, RE-EDUCACIÓN INTERPERSONAL Y CULTIVO ESPIRITUAL[27]

La pregunta que más a menudo nos hacemos es qué: ¿qué materias hemos de enseñar? Cuando la conversación se hace más profunda, pasamos a preguntarnos por el cómo: ¿qué métodos y técnicas son necesarias para una buena enseñanza? Ocasionalmente, cuando se hace aún más profunda, llegamos a preguntar el por qué: ¿con qué propósito y para qué enseñamos? Pero rara vez nos preguntamos por el quién: ¿cómo puede la calidad de mi ser determinar la manera en que me relaciono con mis estudiantes, mi tema, mis colegas, mi mundo?

(George Leonard, *op. cit*.)

Es costumbre comenzar diciendo que uno tiene mucho gusto de estar entre los presentes, y a pesar de que en general rehúyo las fórmulas convencionales, la ocasión es tan especial para mí que no puedo dejar de mencionarlo; ya cuando recibí la invitación telefónica de Hugo Diamante le dije que el tema de la educación me acalora, y ahora al encontrarme aquí veo que es éste uno de los congresos más vivos a los que he asistido, tanto por lo que se está diciendo como por la forma en que se está recibiendo lo que se dice. Además, creo que a estas alturas de la vida tengo algo importante que compartir con los educadores, pues me siento como quien, sin saberlo, ha estado trabajando durante muchos años en la elaboración de algo que de pronto aparece como un invento socialmente útil de una manera diferente a la que había imaginado.

Me explico mejor: trabajando en la formación de terapeutas he ido perfeccionando un programa altamente potente de desarrollo

---

27 "La educación en el tercer milenio," Catamarca, 2000.

humano que bien pudiera llenar el vacío que tan lamentablemente sufre la formación de profesores en lo tocante a auto-conocimiento, relaciones humanas y vida contemplativa.

Voy a seguir el ejemplo de algunos que han hablado antes de mí, como el Dr. Janis Rozé y Fernando Flores, y a manera de contexto a las ideas que voy a expresar, contaré la historia del trabajo que vengo haciendo, que comenzó como un trabajo psicológico y espiritual con buscadores, se orientó posteriormente a la formación de terapeutas, y sospecho que vaya alcanzar su máxima utilidad como complemento a la actual formación de pedagogos.

Puedo empezar esta historia con la época en que me tocó a viajar a California por primera vez y conocer el Instituto Esalen. Era yo por aquel entonces un joven psiquiatra que trabajaba en un nuevo departamento de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, el Centro de Estudios de Antropología Médica, destinado a mitigar el conocido proceso de deshumanización que la educación médica tradicional produce en los estudiantes. Pero más que nada, yo era lo que me ha caracterizado a través de la mayor parte de mi vida: un buscador.

Hoy, el Instituto Esalen es bastante conocido por su notable historia –íntimamente ligada a la de Fritz Perls– y por su influencia sobre un gran número de centros terapéuticos en todo el mundo. En sus comienzos durante la época de los '60, el Instituto pretendía implementar una idea que Aldous Huxley describió como la de impartir las "humanidades no verbales." Esto requería hacer acopio de aportes diversos al desarrollo humano que por aquel entonces habían surgido independientemente, como las diversas disciplinas orientadas hacia la conciencia del cuerpo, trabajos en grupo orientados hacia la conciencia emocional, aplicaciones del arte al conocimiento de sí, etcétera.

A través de Esalen conocí a personas que fueron importantes en mi vida, como Perls y Simkin, Alan Watts y Joseph Campbell, pero el estímulo de este novedoso centro también fue determinante para que concibiera crear una escuela que, a diferencia de Esalen

(lugar donde se acudía a actividades breves), ofreciese un currículum propiamente tal –un conjunto de disciplinas complementarias que los estudiantes pudiesen integrar en una síntesis original.

Comenzó ello a mi regreso a Chile después de Esalen, y aunque la actividad que desarrollé no llegó a tener un nombre local, el catálogo de Esalen hacía referencia a ella con la expresión Esalen-en-Chile y, a la vista de mi regreso ulterior a los Estados Unidos, este trabajo constituyó la forma germinal de lo que hube de realizar más adelante allí, así como la base vivida del libro que por aquel entonces escribí (*La única búsqueda*) acerca de metodología comparada y aspectos subyacentes a muchos caminos espirituales y terapéuticos.

Al regresar a los EE.UU., Esalen, no sólo me invitó como gestaltista, sino que me dio libertad de proseguir mis iniciativas experimentales, y fue en esta época cuando más vivamente sentí que convergían en mi trabajo las influencias recibidas como buscador con aquellas recibidas del campo profesional. Tomó especial relieve en mi trabajo la combinación entre lo terapéutico y la meditación –lo que en aquellos tiempos era novedad, y particularmente novedoso era el que no se tratara de una simple yuxtaposición de meditación y psico-terapia, sino de un trabajo de integración entre ambos: ejercicios interpersonales a través de los cuales se pudiese llevar la actitud meditativa a situaciones de comunicación verbal.

Pero todo esto quedó interrumpido durante más de un año por una experiencia que puedo describir como el principal peregrinaje de mi vida –cuando dejé mi casa, mi trabajo y mis planes para el futuro para ir a reunirme con un maestro espiritual entonces desconocido, en quien reconocí un vínculo con la misteriosa y remota tradición espiritual que tanta influencia había tenido en mí durante la adolescencia a través de Gurdjieff.

Lo que comenzó como un proyecto personal, se transformó en una nueva escuela, sin embargo –pues al preguntarle a Óscar Ichazo (que así se llamaba el referido maestro) si podría extender

una invitación semejante a algunos amigos (originalmente John Lilly, Ram Das, Stanley Keleman y John Bleibtreu), el proyecto despertó un insospechado interés en otros, y terminé viajando al oasis de Azapa (cerca de Arica en el extremo norte de Chile) en compañía de más de 40 compañeros, muchos de ellos del ambiente de Esalen.

Decir que la experiencia fue para mí de profundo impacto espiritual sería poco, pues constituyó un verdadero nacimiento a un nivel de conciencia previamente desconocido y el comienzo de un camino de transformación profunda sin vuelta atrás. Naturalmente, ello se vino a reflejar en mi trabajo posterior, para el cual todo hasta entonces me pareció que había sido una simple preparación.

Durante algunos años este trabajo se concentró en un grupo de unas 60 personas (en Berkeley) y tomó la forma de una continua improvisación más que la implementación de un programa premeditado. Con el tiempo, sin embargo, fue cristalizando un programa propiamente tal, y para su realización tuve la suerte de contar con la colaboración de maestros notables como la del Rabino Zalman Schachter, Dhiravamsa, el tántrico Harish Johari y Ch'u Fang Chu –discípulo del último patriarca taoísta, que en aquel tiempo llegó a California desde Taiwán.

Surgió, así, otra vez una nueva escuela, y cuando fue necesario darle un nombre (con motivo de la constitución de una corporación educativa sin fines de lucro) la llamé SAT en triple alusión a la palabra sánscrita para Ser y Verdad, a las iniciales de *Seekers After Truth* (Buscadores de la Verdad) y (a través del simbolismo fonético) a una visión tri-partita de la mente y de las cosas que transcurre a través del cristianismo esotérico trasmitido por Gurdjieff e Ichazo y caracteriza mi propia comprensión de la vida psíquica.

Así como mi trabajo en Chile resultó la forma germinal del que vine a realizar más tarde en Estados Unidos, mi trabajo en los tiempos del programa SAT norteamericano resultó la forma embrionaria del que unos 15 años más tarde vine a realizar en

Europa. Comenzó ello con la invitación a hacer un curso de verano orientado a la "formación personal y profesional" de psicoterapeutas, y éste fue formulado en el formato de tres sesiones (una por año) de un mes de duración cada una; pero con el tiempo el formato del curso se ha ido reduciendo paulatinamente, y su forma actual consta de tres módulos de 10 días.

La forma en que un programa de tres meses se ha transformado en otro mucho más compacto, de ninguna manera pudiera haber sido anticipado en forma teórica; sólo la evolución de una práctica en el tiempo permite la paulatina expresión de la creatividad en el curso de un proceso emergente. Así, a lo largo de unos 15 años y gracias a la evolución de estos cursos (más prácticos y vivenciales que teóricos) me parece que ha terminado de tomar forma algo que espero que pueda servir como un fermento transformador en el mundo de la educación, después de haber ayudado a gran número de terapeutas en diversos países.

Quiero ahora hablarles brevemente del contenido del currículum, predominantemente vivencial que, realizado con la ayuda de valiosos colaboradores y refinado progresivamente a través de los años, está teniendo resultados tan satisfactorios.

La estructura fundamental (que es algo así como la bandera bajo la cual he trabajado desde siempre) es la de unir la meditación con la terapia, lo que no es tan novedoso ahora como cuando lo introduje en Esalen, hace más de treinta años. A pesar de lo que digan muchas escuelas espirituales, que consideran lo terapéutico irrelevante, y las escuelas terapéuticas, que consideran lo espiritual como ilusión o evasión de la realidad ("opio del pueblo"), creo que el ámbito interpersonal de la mente y el ámbito transpersonal o espiritual no son sino dos aspectos de un fenómeno único –y la cura o reeducación emocional (que no es otra cosa que el reestablecimiento de nuestra capacidad amorosa) no es ni separable de la realización espiritual ni dispensable en el Gran Viaje del alma.

La combinación de la meditación (el viejo camino contemplativo) con la psicoterapia (el "yoga interpersonal" que constituye

el principal aporte de nuestra cultura al camino de realización) tiene una potencia muy particular. Cuando digo meditación, no sólo me refiero a una provincia muy grande sino a una realidad polifacética, pues la meditación reúne en sí muchos elementos, algunos de los cuales son exaltados preferentemente en una u otra cultura. Mi manera de enseñarla, como se verá, es integrativa, aunque pone de relieve la contribución del budismo.

Hablar de meditación en el sentido más amplio de la palabra, prácticamente coincide con hablar de espiritualidad, ya que las diferentes técnicas de meditación conocidas constituyen los principales ejercicios espirituales de la humanidad. Pero cuando se habla de espíritu y de espiritualidad a veces se tiene una idea muy vaga o fragmentaria de qué son, y un conocimiento amplio de la meditación puede ser la mejor forma de llenar esta laguna en nuestra educación, pues la dimensión espiritual de la vida, como la meditación, es polifacética, y cada uno de los aspectos de esta última constituye una vía de acceso a esa profundidad de la mente a la que a veces se alude simplemente como "conciencia superior."

Cuando en el mundo occidental se afirma que es importante la conciencia espiritual, lo que aproximadamente se quiere decir es que importa el sentimiento de lo divino, o una orientación hacia lo divino. Como resultado de una confusión entre la vivencia de lo divino y la ideología o mera creencia, sin embargo, así como de la creciente secularización de las creencias, se puede decir que el ideal espiritual así concebido ha perdido actualidad, y que las formas tradicionales de oración son consideradas por muchos como un residuo supersticioso del pasado. Por eso me parece importante rescatar el aspecto vivencial de lo divino, que no depende de ideología alguna ni de una visión teísta de las cosas; su esencia es el sentido de lo sagrado, que se cultiva a través de un tipo de meditación en que se dirige la atención hacia contenidos simbólicos que tienen por objeto la evocación de un valor supremo. (Aunque tal valor supremo no radique propiamente en el ámbito de los

objetos o cualidades, podemos decir que puede ser proyectado sobre imágenes, sonidos, colores e incluso conceptos –tales como el yo, la nada, la conciencia suprema o lo divino).

Pero por intrínseca que sea la capacidad sacralizante a la madurez espiritual y deseable que sea el "reencantamiento del mundo" a través de su cultivo, no debemos confundir el sentimiento de lo sagrado, y menos la intuición de una divinidad trascendente, con lo espiritual, pues éstas constituyen facetas o manifestaciones del Espíritu. Igualmente relevante a la conciencia superior es el aprendizaje implicado por una forma de meditación en donde la persona, aparentemente, hace lo contrario que en la evocación de la sacralidad, pues no atiende a contenidos simbólicos sino a lo sensorial y, en vez de generar una experiencia del misterioso valor supremo que envuelve al mundo de las cosas sin pertenecerle, dirige su empeño a una percepción simple o pura del "aquí y ahora," como es típico del budismo Theravada.

En ambos casos, la meditación guarda relación con la orientación de la atención. Ésta puede apuntar hacia los "datos inmediatos de la conciencia" de los que hablaba Bergson (lo que toco, lo que veo, lo que escucho, las emociones, las sensaciones corporales del momento) cuyo conjunto podemos considerar la superficie de la conciencia (y es sumamente importante que podamos recuperar la capacidad de contacto con lo inmediato que tuvimos alguna vez de niños y que tal vez hemos perdido al estar demasiado inmersos en nuestro mundo simbólico), o bien hacia la profundidad de la mente, que es asiento de las vivencias del ser, del yo y de lo divino. Ya que esta profundidad de la mente no es accesible a la conciencia ordinaria, sin embargo, se lo evoca (o invoca, a veces) a través del tipo de meditación ya referido, en que se apela a la concentración en material simbólico, que sirve al desarrollo de la imaginación creativa y a la evocación de significados –y cuyo fruto característico es la experiencia de la sacralidad.

Estos dos aspectos de la meditación constituyen aspectos complementarios de la vida en general, y conviene observar cómo

se hacen particularmente presentes en la psicoterapia, sin que ello signifique que sean más relevantes en lo terapéutico que en la educación. Bien sabemos cómo un aspecto importante de la terapia es precisamente el de recuperar la capacidad de "presencia" o de estar en el "aquí y ahora," como tan a menudo se dice desde los tiempos de Fritz Perls.

Hoy en día se recuerda a Perls como el creador de un sistema terapéutico pero no se sabe hasta qué punto fue una persona de estatura profética en cuanto al impacto que ejerció sobre la sociedad de su tiempo; se podría decir que fue el profeta del aquí y ahora, que a través de su impacto personal hizo sentir a quienes se acercaban a él que había algo como un camino del estar presente, una vía de desarrollo personal que pasa por la capacidad de ponerse en la actitud de que el pasado ya no existe y el futuro todavía no existe (por ahora no vayamos tan al fondo como para empezar a dudar también del presente). Si adoptamos la actitud de tomar el presente como lo único existente, ello lleva a una profundización de la experiencia del momento, más remota y a la vez rica de lo que estamos acostumbrados a creer. Y entonces nos parecerá como si hubiéramos perdido en buena medida tanto la capacidad de tomar contacto con la experiencia del momento, como de admitirla o confesarla. Cuántas veces, en el curso de una conversación no nos hemos sentido aburridos, molestos, descontentos con lo que pasa sin saber como salir de la situación cuando la salida estaría en poder simplemente decir: "En este momento no me gusta lo que está pasando"; o " No sé qué es lo que está pasando, pero algo no me gusta." Esta sola libertad de hablar desde la experiencia del momento, pese a su vaguedad, cambiaría el rumbo de la conversación. Pero no sentimos que esté entre los cánones de la vida social el hablar de lo que pasa en el instante; o, si empezamos a explorar el asunto, nos encontramos con muchas dificultades.

Es precisamente la toma de contacto con el presente, junto a la comunicación de la experiencia presente, lo que cambió el espíritu de las terapias contemporáneas cuando empezó a entrar

en ellas. Antes, el psicoanálisis había invitado mucho a la reflexión sobre el pasado, sobre lo que pasó en la infancia del origen de los problemas psicológicos. Ya con Reich empezó a observarse más lo que pasa en el presente, y Perls fue quien puso aún más énfasis en él, llegando a proponer que basta con trabajar el presente si es que uno recupera la capacidad y el derecho a sentir lo que siente, a saber lo que siente, a saber lo que piensa, a saber lo que está haciendo, a darse cuenta de lo obvio. Pero así como es importante esa recuperación de la capacidad de experiencia, podemos decir que la patología descansa en esa pérdida de la capacidad de saber lo que sentimos, y lo que llamamos lo inconsciente descansa en ese no tener derecho a saber lo que pasa en nosotros, que a su vez va aparejado con el hacernos cómplices de una mentira social.

Pero así como el que medita no siempre dirige su atención hacia la experiencia del momento, también en el mundo de lo terapéutico, que se mueve en el lenguaje, no sólo es importante la recuperación del simple presente. También importa la recuperación de la dimensión mágica de la vida, y cuando se habla de lo transpersonal en psicoterapia, en gran medida tiene que ver con la recuperación de eso que nos traen las concepciones religiosas del mundo, desdeñadas por el cientificismo de una psicología naciente: las enseñanzas espirituales, los mitos y los cuentos de hadas, que siendo como dedos que apuntan hacia la luna, no deben ser confundidos con la luna misma. En ellos se recurre a lo simbólico para ir más allá de lo simbólico –al centro de la mente misma–, para evocar algo que trasciende los contenidos específicos de la mente y que podemos concebir como la conciencia misma, la esencia divina de la mente y la fuente de la sacralidad.

He afirmado que el desarrollo espiritual es polifacético y que tan relevante a éste es el cultivo del sentimiento religioso, como el cultivo de la atención a la realidad inmediata, que tan poco espiritual parece desde una perspectiva cristiana tradicional. Otra vía de acceso a la madurez espiritual (que introducimos en el segundo módulo del programa después de haber comenzado por el

vipassana), es el que se ve representado por formas de meditación en que se procura detener la mente, para así trascenderla. Esto se logra, a su vez, a través de la concentración.

Las enseñanzas tradicionales de diferentes culturas nos dicen que sólo cuando la mente se aquieta puede reflejar algo que está más allá de ella misma. Necesitamos inhibir nuestra mente pasional y las voces interiores que vienen de lo egóico, inhibir nuestras necesidades neuróticas y aprender así a dejar el pensamiento en un pacífico silencio.

Pero si la meditación es saber quedarse quieto, también es cierto que es lo contrario; o más bien lo complementario: dejar la mente fluir.

Hay varias complementariedades en la mente, y la meditación sólo se puede explicar en forma paradójica. Es como tener un pie puesto en cada aspecto de la paradoja para asomar la cabeza en otra dimensión. Así como constituyen una polaridad las prácticas en que se dirige la atención hacia la superficie de la mente o, alternativamente, hacia su misteriosa profundidad (a través de representaciones simbólicas), así ocurre con el cultivo de la quietud y aquel aspecto de la meditación que consiste en una educación de la espontaneidad interior: el dejar que la mente vaya donde quiera, aflojando su control voluntario limitante. Claro que la paradoja es tal, que cuando uno afloja el control de los propios procesos mentales, es probable que estos se aquieten; y también lo contrario: si uno sabe realmente quedarse quieto ocurre algo análogo a lo que pasa cuando el que va en una embarcación deja de remar: el agua lo lleva. Y si uno se deja llevar, las corrientes más sutiles y profundas del propio ser empiezan a hacerse sentir. Y así como cuando se callan los alumnos en la sala de clases puede escucharse lo que dice el profesor, también dentro de uno mismo si se callan las voces pequeñas puede hacerse oír una voz que está en otro nivel. Y viceversa: cuando se manifiesta nuestra mente profunda es más fácil callarse. Esto se puede llevar incluso a un momento solemne en nuestro desarrollo: cuando se expresa un nuevo nivel

de vida en nosotros y empieza a morir dentro de nosotros lo que entonces se nos aparece como banal o trivial.

Estos dos aspectos de la meditación –la quietud y la espontaneidad–, tienen que ver con la acción, y sus respectivas consignas pueden compararse a las luces roja y verde del semáforo, con su significado de detenerse o avanzar. Por supuesto, tanto la quietud como la espontaneidad son aspectos de la vida que merecen ser apreciadas y cultivadas, y son, además, componentes de la psicoterapia.

Se puede decir que muchas de las teorías de la psicoterapia formuladas por los originadores de las escuelas tradicionales, giran en torno a ciertas ideas más o menos ciertas pero no llegan a proporcionar una explicación universal. Si buscamos una teoría abarcadora, transistémica de la psicoterapia, ciertamente uno de los principios generales que encontramos es precisamente el cultivo de la espontaneidad profunda, el dejarse llevar. Ya se trate del psicodrama de Moreno, que hablaba explícitamente del cultivo de la espontaneidad, de la asociación libre del psicoanálisis o de los grupos de encuentro, obviamente es eso lo que entra en juego: des-estructurar, para que, al romper las formas más superficiales del pensamiento y de la comunicación se manifiesten estructuras más profundas, y puedan así aflorar las verdades menos obvias.

Esto es especialmente aparente en el caso de la Gestalt, que es una importante manifestación del espíritu dionisíaco del mundo contemporáneo –de ese espíritu que implica la fe en lo espontaneo y natural, y que Nietzsche proclamó como la única salvación posible de nuestra cultura occidental (tan desvitalizada y deshumanizada por efecto de un milenario autoritarismo religioso y su "moral de esclavos")–. Además de tener una apreciable componente gestáltica, el programa SAT incluye dos elementos que se prestan especialmente para la educación de la espontaneidad: un conjunto de ejercicios psicológicos basados en la asociación libre de ideas (que he descrito en mi libro *Entre meditación y psicoterapia*), y una

disciplina nueva surgida de la danza: el "movimiento auténtico," enseñado originalmente por Mary Whitehouse.

Así como he contrapuesto el "pare" y el "siga" de la meditación, y descrito una polaridad entre los gestos interiores de verter la atención hacia la profundidad sagrada de la mente o hacia los contenidos concretos de ésta, podemos también comprender la dimensión afectiva de la mente (no menos relevante a la meditación) en términos de una complementariedad. Muchas formas de meditación tienen como asunto de base el desapego: un dar un paso atrás, des-identificándose de lo que está pasando, sintiendo o deseando. Estamos tomándonos demasiado en serio, se puede decir, estamos demasiado inmersos en nuestro dolor o en nuestras preferencias, en nuestras opiniones y especialmente en nuestras cicatrices –es decir en los resabios de lo que nos pasó alguna vez y que todavía se cierne sobre nosotros como una sombra o como un fantasma, separándonos del presente–. Lo que los orientales han llamado karma no es otra cosa que el peso del pasado sobre el presente (que no precisa necesariamente ser de otras vidas). En vista del apego que caracteriza nuestro estado habitual (y mucho más las perturbaciones emocionales) necesitamos dar un paso atrás, a veces en forma de humor, a veces en forma simplemente serena. Naturalmente, tal "actitud filosófica," característica de la sabiduría, puede ser alcanzada con el tiempo a través de la experiencia de la vida, pero es parte intrínseca de ciertas prácticas de meditación cuyo fruto es lo que he propuesto llamar una "indiferencia cósmica."

Por más que sea un ideal de la vida llegar a una actitud amorosa, no son incompatibles el amor y el desapego; y no sólo no son opuestos, sino que también constituyen una misteriosa complementariedad: es más fácil la llegada a lo amoroso si somos capaces de desprendimiento, pues no se puede uno dar si está demasiado apegado a lo que es o a lo que tiene. Y es también difícil conseguir el desapego sin una actitud generosa, sin entusiasmo, amor a la vida, amor al otro, amor a algo. Esta complementariedad

es similar a la de la vida y la muerte, que tan entrelazadas aparecen en ciertas obras literarias.

Si la terapia tiene que ver más con el polo del amor, la meditación apunta más al desapego, pero también es cierto que tanto en la teoría de la terapia como en la teoría de la meditación necesitamos considerar ambos asuntos y comprender su complementariedad.

Pero qué lejos está de nuestra práctica educativa la idea de que el silencio mental o la des-identificación de las pasiones (desapego) puedan constituir capacidades fundamentales del ser humano y su cultivo una importante vía hacia la conciencia espiritual. ¡Y cuánto más lejos estamos aún de tomarnos en serio esa capacidad de entrega a las solicitaciones o voces sutiles de nuestro mundo interno –tomarnos en serio la capacidad de entrega, de sintonía con la profundidad de la vida, de acuerdo con el todo–! Hoy en día apenas se propone combinar la instrucción con una "educación de los valores" pero en la práctica sólo se traduce, en el mejor de los casos, en una valoración de tales valores. Las capacidades que aquí propongo como facetas esenciales de la vida espiritual requieren, por el contrario, de mucho más que entusiasmo y retórica: se cultivan a través de una práctica transformadora y requieren la presencia de guías que, a través de la disciplina correspondiente, hayan llegado a encarnarlas.

Otro tanto puede decirse del aspecto de la meditación que se orienta hacia el desarrollo de la capacidad sacralizante, que parece haberse tornado irrelevante en nuestro desencantado mundo postmoderno. ¿Acaso, entonces, los genios religiosos de la humanidad fueron meros soñadores al recomendarnos el amor a Dios como el más importante de los preceptos? Sospecho, más bien, que el deterioro colectivo de la conciencia sea resultado de nuestro espíritu excesivamente mercantil, al que no conviene que se invoquen valores que puedan competir con las ganancias.

Pero dejo aquí el tema de la meditación y paso a la consideración del elemento terapéutico en este currículum de desarrollo

humano que estoy proponiendo como complemento a la actual formación de educadores. Al anunciarlo como un currículum (suplementario) de "auto-conocimiento, reeducación interpersonal y cultivo espiritual," ya he aludido implícitamente a lo terapéutico a través de dos empresas íntimamente conexas: la del conocimiento de sí o *insight*, y la de promover un cambio voluntario en las relaciones humanas. Y así, aunque he dicho que en el programa SAT se combinan meditación y psicoterapia, es más preciso decir que en él se combinan la meditación, el auto-conocimiento y la reparación interpersonal.

Comienzo por explicar lo referente al auto-conocimiento, que constituye el objetivo de las así llamadas psicoterapias de *insight* o "psicoterapia profunda."

El auto-conocimiento ha sido reconocido desde siempre como una vía de transformación. Le profesamos cierta veneración colectiva al "Conócete a ti mismo" que tanto asociamos con la figura y misión de Sócrates y con el oráculo de Delfos; pero en esto somos colectivamente hipócritas, pues en caso contrario el auto-conocimiento tendría un lugar fundamental en nuestra práctica educativa.

Los que sufren psicológicamente, es decir, los que no pueden desconocer su mal emocional, han descubierto que necesitan del auto-conocimiento para corregir su estado disfuncional, y la necesidad de cura colectiva ha alimentado el desarrollo del nuevo camino de transformación que es la psicoterapia moderna.

En tanto que las escuelas espirituales tradicionales han abordado la superación del ego a través de la práctica de la conducta virtuosa y de la contemplación espiritual, la psicoterapia espera en primer lugar que la trascendencia de los condicionamientos infantiles sobrevenga a través de la comprensión de uno mismo. Y aunque se podría argüir que la psicoterapia no ha aportado tanta luz al mundo como las grandes religiones con sus santos y profetas, no puede desconocerse su aporte, formidable y tal vez indispensable para nuestro tiempo.

La empresa de encaminarse a la comprensión de sí mismo comprende diversas facetas:

a) La toma de contacto con la propia experiencia en el aquí y ahora, que implica no sólo la capacidad de aceptación y reconocimiento de la propia experiencia que se cultiva en la práctica a de la meditación (y específicamente con la técnica del *vipassana*), sino una educación de la capacidad de ser testigo de sí mismo, es decir, de vivir lo más conscientemente posible en lugar de andar por la vida "con el piloto automático";

b) La retrospección, es decir, la toma de contacto, a través del recuerdo, con la experiencia pasada. Tal clarificación retrospectiva es estimulada y facilitada, a su vez, por la expresión, ya sea a través de la escritura o de la comunicación oral. En nuestro programa se pone la escritura al servicio de la comprensión de la propia vida, por una parte, y por otra, la comunicación oral sistemática, a través de la asociación libre en un contexto meditativo, sirve para la aclaración y análisis de las experiencias cotidianas;

c) Otra faceta del auto-conocimiento es la comprensión de la experiencia del momento en el contexto de la experiencia total. La comprensión de uno mismo va más allá de saber qué se siente y qué se piensa en un momento determinado: lo que en psicoterapia se llama *insight* implica la organización de nuestras observaciones de nosotros mismos en una configuración coherente, lo que implica entender, por ejemplo, los patrones repetitivos en nuestra vida de relación, así como la relación de nuestras experiencias presentes con las del pasado. Implica, también, entender nuestra personalidad y cómo ella influye en nuestra vida. El mayor estímulo para la comprensión de nosotros mismos nos lo proporciona el diálogo con quienes, en virtud de su propio auto-conocimiento, son capaces de entender lo que nos sucede. En el programa SAT este diálogo tiene lugar en el contexto de diversos ejercicios psicológicos interpersonales y en talleres terapéuticos con gestaltistas y otros profesionales; y

d) A todo lo dicho debe agregarse una componente adicional del proceso de auto-conocimiento, como es la clarificación de la comprensión a través de formulaciones teóricas o mapas de referencia. Cada escuela psicológica interpreta las experiencias del individuo a partir de una teoría algo diferente, y aquella en la que nos apoyamos no es ninguna de las conocidas en el mundo académico, sino una visión de la psique desarrollada a partir de una inspiración esotérica del Asia central.

El mapa psicológico más satisfactorio y clarificador que he conocido hasta ahora no es ninguno de los propuestos hasta la fecha en el campo de la psicología académica, sino uno que nos ha llegado de una tradición esotérica asiática, que he desarrollado en lo que llamo "Psicología de los eneatipos." Me refiero a la aplicación del Eneagrama al estudio de la personalidad –algo que hasta ahora ha encontrado poca resonancia en el mundo profesional, tal vez porque la abundante literatura producida por los divulgadores deja tanto que desear que el entusiasmo popular en el tema se ha interpretado por los académicos como signo de mediocridad.

Fue Gurdjieff quien introdujo el Eneagrama en Occidente, y quien desee saber más de su pensamiento al respecto puede encontrar algo de él en un libro muy interesante de un periodista ruso de la época –Ouspensky– titulado *En busca de lo milagroso*.

Aunque Gurdjieff constituyó una de las influencias principales en mi vida, las aplicaciones psicológicas del Eneagrama fueron algo que aprendí con un boliviano a quien ya he mencionado a propósito de mi año de peregrinaje en Arica: Óscar Ichazo, quien bajo el nombre de proto-análisis presentó ante el Colegio de Psicólogos de Chile en 1969 un conjunto de nociones en las que se puede reconocer la continuidad con una tradición cristiana muy antigua, de la que la doctrina de los pecados capitales es un eco; aunque haga ya muchos siglos que lo que constituyó una psicología práctica en tiempos de los Padres del desierto y hoy en día sobrevive como dogma de la Iglesia, se haya perdido como conocimiento vivo en Occidente.

En nuestros días podemos reformular la doctrina de los pecados capitales diciendo que, aunque todos hemos sufrido durante la infancia en mayor o menor medida una frustración amorosa, hemos desarrollado una manera específica de intentar conseguir lo que nos faltó; y así, por ejemplo, desarrollamos una pasión por el aplauso, por el conocimiento, por la intensidad, por que nos quieran, etcétera. En definitiva: que hemos aprendido muchas maniobras para conseguir amor, y no he visto mejor mapa para entender la variedad de estas maniobras que éste del Eneagrama, coherente con aquel al que se ceñía Dante al clasificar a los pecadores en el infierno o en el purgatorio. En algunos, la dinámica fundamental es el orgullo, en otros la envidia, etcétera, y hay psicólogos que se han interesado principalmente en una u otra de estas emociones básicas (como Melanie Klein con la envidia; Karen Horney , que hace del orgullo el centro de toda la comprensión de lo psíquico; o Freud con la angustia y el miedo). Pero el Eneagrama permite tener una visión global de los tipos humanos y uno empieza a darse cuenta que no hay una psicología sino nueve; cada una con su locura implícita, con sus ideas disfuncionales y con sus necesidades particulares exageradas.

Paso ahora al tema de la educación interpersonal, que más que ningún otro aspecto de la educación, implica necesariamente el reaprender, la reparación relacional, el trabajo encaminado hacia el cambio de conducta. Podemos decir que, como en el caso de la comprensión de sí mismo, esta reeducación va más allá de fórmulas o técnicas, constituyendo un aspecto potencial de cada momento de nuestra vida.

En el currículum del SAT, un componente especialmente importante de este propósito de reparación es el trabajo encaminado a la recuperación del vínculo amoroso original con los padres. Desarrollé este trabajo muchos años atrás, inspirado en el que por aquel entonces llevaba a cabo en forma individual un clarividente norteamericano, Robert Hoffman, que a su vez refinó

el proceso grupal propuesto por mí, originando el así llamado "Proceso Hoffman de Cuadrinidad."

Ya que he incluido en este libro el capítulo escrito años atrás acerca de Hoffman y de su enfoque terapéutico en *La agonía del patriarcado* llamando la atención sobre el potencial de esta notable contribución a la reeducación de la capacidad amorosa para una educación futura, sólo diré aquí que aunque el proceso que implementamos en el programa SAT no sea idéntico al que ofrecen los representantes del Instituto Hoffman Internacional, las ideas básicas sí son las mismas. Ya que el vínculo amoroso con padre y madre se ve afectado en la mayor parte de los individuos por la interferencia de un resentimiento, consciente o inconsciente, éste requiere ser sanado, y esto, a su vez, requiere de la toma de conciencia cabal del dolor así como la catarsis de la rabia reprimida. Sólo de esta manera se puede pretender llegar, a través de la comprensión y la compasión, al perdón y a la benevolencia espontánea.

Del resto de las relaciones de nuestra vida, ninguna es comúnmente más importante que la relación de pareja, y las relaciones amorosas también reciben una atención específica en el programa SAT a través de un curso dedicado al aprovechamiento de las dificultades en las relaciones de pareja para el trabajo de evolución personal. Y complementan a los trabajos mencionados aquellos en que se atiende a la elaboración de otras situaciones interpersonales pendientes –lo que se realiza a través de talleres de Gestalt y del laboratorio de psicoterapia integrativa.

El programa ofrece suficiente oportunidad de experimentar la terapia gestáltica y de aprenderla como para que haya interesado como un curso de perfeccionamiento a muchos gestaltistas ya formados. Este énfasis en una escuela determinada de psicoterapia bien pudiera parecer arbitraria en una época en que las escuelas de psicoterapeutas se han multiplicado y la Gestalt ha perdido la prominencia que tuvo unas tres décadas atrás, pero por más que la Gestalt constituya una de mis especialidades, creo que la elección de esta modalidad terapéutica (por encima de la PNL o

del AT, por ejemplo), se justifica plenamente por su universalidad, su utilidad para terapeutas eclécticos y, muy particularmente, por su relevancia en la educación.

Justamente porque la Gestalt es un medio muy plástico y a la vez muy creativo de abordar la vida emocional, ya fue elegida como complemento terapéutico más relevante para la instrucción por George Brown, quien décadas atrás fue decano de la Escuela de Educación de la Universidad de California en Santa Bárbara. Brown fue fundador muchos años atrás (con el apoyo de la Fundación Ford) de un proyecto que llamó Confluent Education (Educación Confluente), en el que se adoptó la Gestalt para la preparación de maestros que tuviesen, además de la capacidad de enseñar, la de habérselas con lo que ocurre humanamente en el aquí y ahora, tanto en sí mismos como en los estudiantes. Para poder, por ejemplo, preguntarle a alguien con mala cara, qué le pasa, sin miedo a no saber qué hacer con la realidad de su experiencia. Esto implica una formación (característicamente puesta de relieve en la Gestalt) que le permita entrar en un encuentro verdadero; de poder hacer un paréntesis en el proceso de instrucción cuando venga al caso para atender a la realidad afectiva e interpersonal del momento.

Quiero subrayar la gran relevancia de la terapia Gestalt para la educación señalando que cuando Perls enseñaba en EE.UU. a través del Instituto Esalen, muchas veces no anunciaba sus talleres como psicoterapia, sino que hablaba de "educación de la expresividad," "educación atencional," "educación del estar presente," etcétera. La capacidad que la Gestalt pretende educar es tan universal que ni siquiera la apreciamos debidamente: saber qué nos pasa y ser capaces de "estar aquí." Y sin embargo, es algo tan difícil que sólo los buscadores avezados, la gente que ya tiene cierto camino hecho aprecia debidamente y comprende cabalmente qué es eso de cultivar el estar presente. Muchas veces yo pregunto a la gente en los grupos con los que trabajo "¿Qué buscas?," "¿qué has logrado?," "¿en qué estás?" y compruebo que sólo los más maduros responden que su empeño es estar más presentes.

El laboratorio de psicoterapia integrativa a que he hecho referencia es uno de los aspectos más significativos y originales del programa SAT, pues a través de él los participantes adquieren rápidamente una capacidad de ayuda que no se apoya en conocimientos teóricos sino en la experiencia, la comprensión que de capacidades humanas tales como la de escuchar, comprender lo que se dice y querer el bien del otro. Aparte del beneficio que esto pueda traerle a otros, el ejercicio terapéutico de los aprendices a lo largo de la serie graduada de ejercicios terapéuticos que comprenden este programa práctico, ha resultado de apreciable beneficio dentro del grupo mismo, estructurado de tal manera que cada persona recibe terapia de un compañero y se la ofrece a otro en una situación supervisada. Más allá del beneficio terapéutico que a cada miembro del grupo le reporta esta situación, la experiencia de este laboratorio –con sus sesiones grupales de comentarios que promueven un clima generalizado de transparencia– contribuye significativamente a la formación de una verdadera comunidad. Y es así como frecuentemente, al finalizar el programa, se oye decir a los que comparten sus impresiones retrospectivas que su vida no será la misma después de haberse sentido tan aceptados, acogidos, comprendidos o queridos por sus compañeros.

Este aspecto del programa me parece uno de mis aportes más novedosos y sorprendentes por su efectividad, a pesar de que, paso a paso durante su elaboración, lejos de sentirme original, apenas he intentado formular ejercicios inspirados en los aspectos más universales de la psicoterapia. Sólo al tomar conciencia de que no existe (que yo sepa) un programa tan breve y efectivo, me ha parecido original, y está claro que el meollo de esta originalidad consiste en que se pueda aprender a hacer psicoterapia sin más que muy breves formulaciones teóricas o técnicas –llevando adelante la propuesta de Rogers de que los aspectos determinantes en la actividad del terapeuta son la empatía, la benevolencia y la autenticidad.

A mí me parece que la psicoterapia se ha complicado mucho; se ha mistificado mucho al ponerse de relieve cosas que no son las fundamentales. Y pienso que las determinantes fundamentales de una buena psicoterapia son principalmente personales, y no técnicas ni teóricas. Tal vez la principal sea que el terapeuta entienda lo que le que pasa al otro; si el terapeuta entiende lo que le pasa al otro, no es necesario siquiera que lo diga, porque ello tiene un efecto casi mágico: el otro lo sabe intuitivamente y se siente entendido.

También es importante que el terapeuta se interese en el bien del otro, que sea benevolente. Y también eso se hará sentir, independientemente de que lo exprese con fórmulas tipo "Sí, estoy contigo, te escucho" o no lo exprese; tal vez sea de mejor gusto no expresarlo, cuando sobra decirlo. No menos importante es la autenticidad; se hace terapia por la verdad, y a través de un llamamiento a la verdad del otro.

Pero estas tres cosas –la capacidad del terapeuta de ser auténtico para así inducir la autenticidad del otro; la capacidad del terapeuta de interesarse en el otro; y la capacidad del terapeuta de entender al otro– son cosas que no se cultivan en las universidades. No se cultivan leyendo libros ni se cultivan a través de laboratorios técnicos: se cultivan a través de un proceso personal, y creo que es hora de cambiar de orientación.

He enumerado algunas influencias que se hacen sentir fuertemente en el programa SAT –como Gurdjieff, Ichazo, Perls, Hoffman y Rogers–, sin mencionar que buena parte de la enseñanza de la meditación a través de los módulos sucesivos del programa se ajusta a las tres tradiciones fundamentales del Budismo: la antigua tradición Theravada (representada principalmente por el *Vipassana*), el Mahayana,(representada por el Budismo Zen) y el Vajrayana o Budismo Tibetano. Es justamente la concepción pedagógica de la Escuela Nyingmapa, del Budismo Tibetano, la que inspira el programa de meditación en su conjunto– desde su comienzo en el *Vipassana*, a través de su continuación en el *Shamata*

o pacificación de la mente, como fundamento a la indagación vivencial acerca de la esencia de la conciencia, solo que, habiendo sido discípulo de un maestro altamente creativo– Tarthang Tulku Rimpoche– me he permitido también cierta creatividad en lo relativo a otros aspectos de la meditación (como la visualización, lo devocional y el desarrollo de la compasión) al reemplazar las formas tradicionales por aplicaciones novedosas de la escucha musical, como bien se podría esperar de las aplicaciones a la meditación y a la psicoterapia de uno que fue músico antes que médico –lo que explica que otro de los componentes que se hace sentir a través del programa SAT sea la música.

Sería demasiado largo explicar aquí cada uno de los elementos que integran el programa SAT, si bien algunos de los que apenas he mencionado son originales y merecerían un libro aparte –como por ejemplo el laboratorio de psicoterapia que he diseñado no sólo con un propósito de entrenamiento, sino como forma de configurar un sistema grupal auto-reparador. Otra disciplina que ha surgido en el desarrollo de nuestros cursos –como un encuentro entre mi iniciativa y la pericia de algunos discípulos colaboradores– ha sido una forma de teatro terapéutico que integra tanto el elemento gestáltico como la psicología de los eneatipos.

Una componente adicional del programa ha sido el trabajo psico-corporal, cuya esencia es la conciencia del cuerpo y que lleva tanto a la corrección postural como a la mejora en la fluidez del movimiento, que abunda en implicaciones tanto psicológicas como espirituales. A través de muchos años de experimentación, he recurrido a elementos muy variados que van desde el yoga y el tai-chi hasta la eutonía, privilegiando últimamente el método de Río Abierto y el movimiento auténtico. También pertenece al ámbito psico-corporal un trabajo desarrollado por discípulos mejicanos (Chalakani y Kretzschmar), que combina la técnica del "renacimiento" con la regresión a esos estados que Grof ha propuesto llamar "matrices perinatales."

Dejo aquí el comentario acerca de los principales componentes del programa SAT –comentario que, naturalmente, no basta para dar una idea de cómo el conjunto de éstas genera, al ponerse en práctica, un proceso de fecundas interacciones, y por tanto un sistema vivo que va más allá de sus partes. Desde un punto de vista diferente, podría haber hablado de este proceso como "una máquina de moler egos," una iniciación a un camino de desarrollo espontáneo que yace en nosotros más allá de ideología alguna, o una escuela viva cuya esencia se encuentra más en las personas que enseñan que en el currículum explícito.

Hay quienes han hablado de la escuela SAT como una escuela de amor, como un lugar en el que se aprende a ser más humano y más verdadero. Para muchos, significa un descubrimiento de la dimensión espiritual de la vida. Un gran número de participantes deja atrás viejas maneras de sentir y de ver las cosas, y sienten que su vida toma otro rumbo –o cambia de rumbo–. Es, para la mayoría, una entrada a un camino de transformación y para los más comprometidos, un tramo considerable del camino.

Un aspecto importante del Programa SAT es de naturaleza psico-social: el grupo de los participantes se torna en un grupo de verdad en el que cada uno puede mostrarse como es, explorar conductas alternativas y descubrir que es aceptado y querido más allá de sus roles habituales. Pero el proceso SAT no sólo es un proceso en el que la gente se siente aceptada y validada, pues hay en él también un fuerte elemento de confrontación, y yo diría que están bien equilibrados el aspecto nutricio con la propuesta de una "guerra santa contra el ego."

En alguna ocasión he invitado a un grupo de colegas a compartir lo que la "experiencia SAT" había sido para ellos, y me llamó la atención el énfasis que le dieron a cómo había sido un regalo para los participantes tener el ejemplo de docentes que "trabajan en sí mismos" en vez de aislarse tras un rol profesional.

Cuando hoy en día se reconoce ampliamente que la psicoterapia depende más de la relación que de la técnica o del mismo

insight, de lo que se habla es en el fondo de la benevolencia del terapeuta, que le permite "contener" a sus pacientes en una forma en la que sus padres no supieron hacerlo. Menos ampliamente, sin embargo, se reconoce el valor terapéutico de la autenticidad, que me parece, un ingrediente fundamental de esta escuela viva.

Se ha observado reiteradamente cómo la práctica terapéutica ofrecida en el Programa SAT interesa y sirve tanto a terapeutas de alto nivel como a principiantes, y que cada uno de los cursos es "casi un milagro" por lo mucho que ocurre y lo mucho que se aprende. Me parece que efectivamente así es, y considero tal éxito una confirmación experimental de mi convicción inspiradora: que para ayudar a los otros no se necesitan largos estudios, sino la experiencia del propio viaje interior a través del auto-conocimiento y el esfuerzo realizado: un entrenamiento práctico-vivencial relevante, una visión clara de ciertas cosas fundamentales y la capacidad de encuentro con el paciente. Por la prominencia de ésta última en la práctica educacional que he diseñado, hablamos a veces de aprendizaje gracias a una "curación por la verdad."

Termino con una consideración acerca de cómo nuestro mundo enfermo y en crisis necesita del apoyo a la transformación individual: la sociedad sana se hace de individuos sanos, y no podemos esperar que la necesidad de autorrealización vaya a ser satisfecha más que en parte por las vías tradicionales. Se hace deseable algo así como una democratización de la psicoterapia o, más ampliamente, una educación en cómo trabajar espiritual y psicológicamente en sí mismo, y en cómo ayudarse en ello los unos a los otros.

Difícilmente podemos esperar un mundo mejor sin cambiar nuestra educación, tornándola en algo relevante para el desarrollo psico-espiritual. Y para cambiar la educación habría que inyectar algo nuevo en la formación de los educadores.

He explicado cómo surgió el Instituto SAT en respuesta al interés de un grupo de buscadores en California durante los años '70, y cómo renació años después en Europa, en respuesta al interés

de los terapeutas. Muchos educadores han asistido a los cursos, pero sólo últimamente empiezan a interesarse las instituciones, y ello me llena de alegría, porque me parece haber desarrollado algo que, a través del auspicio de los educadores, promete ser de gran utilidad pública; y sueño con que mi "invento" pueda algún día contribuir a que tengamos un mundo más favorable para los que vengan después.

Imagino que la mayoría estarán de acuerdo en que, si queremos un mundo diferente, difícilmente lo vamos a lograr con sólo política, o meramente a través del progreso espiritual o terapéutico de individuos aislados. Y ni siquiera a través de la formación psico-espiritual independiente de maestros: será necesario el compromiso de las universidades y el financiamiento de programas dirigidos a los equipos docentes de escuelas específicas, para que, tornándose en grupos verdaderos, lleguen a constituir un ambiente favorable al ejercicio de capacidades actualmente desaprovechadas de los docentes, así como a la expresión y libre desenvolvimiento de los alumnos.

Que esto no sucede ahora me lo demuestra el que muchos profesores que han pasado por nuestro programa me dicen que, pese al gran beneficio personal que éste les ha reportado y de las nuevas capacidades asistenciales adquiridas, de poco les sirve lo que han aprendido y vivido cuando vuelven a sus ambientes de trabajo. Y no dudo que muchos han demostrado en el curso del trabajo grupal una gran capacidad terapéutica, habiendo llegado a desarrollar –ya sea por formación o por talento– una notable capacidad de ayuda al desarrollo de los demás; pero sienten que el ambiente de las escuelas es incompatible con una expresión plena de la humanidad y que no favorece el manifestar sus capacidades, como si el sistema estuviese reñido con la conciencia.

Sospecho que, a pesar de constituir una aberración poco visible a la conciencia del gran público, el fracaso de la educación es la mayor tragedia de nuestro tiempo. Se critica el capitalismo y al complejo militar-industrial, y eso está muy bien, pero habría que

responsabilizar también al socio invisible del complejo militar e industrial, que es la inercia institucional del sistema educativo.

Es trágico, porque la educación, de entre todas las instituciones humanas, debería ser la responsable de velar por el desarrollo humano. Y no sólo atravesamos por un momento histórico en que nuestro estancamiento psico-espiritual se ha tornado crítico, sino que, además y sobre todo, estamos en el mundo para florecer y fructificar; es decir, para desarrollar nuestra conciencia.

¿Es de extrañar, entonces, que nuestro subdesarrollo en materia de humanidad se exprese en un sinfín de disturbios y síntomas?

Los que hayan leído mi libro *La agonía del patriarcado* conocerán mi opinión de que la crisis universal que caracteriza nuestro tiempo, abarcando desde las finanzas hasta la ecología y la calidad de vida, es en el fondo una crisis por escasez de amor y de sabiduría –lo que equivale a decir un descuido del desarrollo–. Los educadores parecen albergar muy buenas intenciones, pero su afán nos oculta la resistencia de la institución al cambio radical. En Chile fui secretario privado de un ministro de salud al comienzo de mi carrera, y me di cuenta de qué fácil es perderse en la política, aun con las mejores intenciones. Conviene tener presente que, así como existe una patología individual, existe también una patología del sistema; una especie de espíritu del sistema, o ego social maligno. Y así como sucede en el caso del ego individual, su destructividad reposa en una inconsciencia. Como Cicerón observaba (aunque no recuerdo sus palabras exactas): Cada senador es un gran hombre, pero el Senado en su conjunto es un idiota. Así pues, y a pesar de que muchos políticos tengan las mejores intenciones, la política es una máquina infernal, y ni siquiera las mejores intenciones bastan para mover montañas.

Tal vez ocurra así con la educación, no lo sé. Pero la inercia institucional, que hace de la educación un inmenso "elefante blanco" es mayor y, sobre todo, mucho más temible de lo que se

piensa, y el que esta "inercia burocrática" parezca no serlo sólo la hace aún más poderosa.

Creo que el público en general y los educandos en especial deben adoptar una actitud revolucionaria, pues ya no cabe otra. Espero que entre todos podamos influir para que las autoridades emprendan otro rumbo. La educación es para el desarrollo humano, por mucho que se la quiera usar para otras cosas también, y por mucho que la inercia de nuestra plutocracia pseudo-democrática exija una educación para la docilidad automática y la producción, creo que una educación para la libre realización de nuestras potencialidades evolutivas y creativas puede ser crítica para nuestra supervivencia colectiva.

A MANERA DE EPÍLOGO: ¿SE PUEDE CAMBIAR LA SOCIEDAD?*

Cecilia Montero
Doctora en Sociología
Directora de Espacio Indigo
Santiago de Chile

¿CÓMO PODEMOS SANAR NUESTRA FORMA DE VIVIR JUNTOS?

Esa parece ser la pregunta que subyace y atraviesa el texto que nos ofrece Claudio Naranjo. Pregunta dirigida a una sociedad enferma por alguien que sueña con un mundo sano. Pregunta que debiera quitar el sueño a los científicos sociales que tenemos como misión pensar la sociedad.

Para sus lectores y discípulos esta será una nueva ocasión de recorrer los secretos en que se basa su comprensión de las profundidades y las heridas del Ser, resultado de una mezcla virtuosa entre rigor científico, sed de trascendencia y profunda bondad. Y para los que recién lo descubren es una oportunidad de conocer a un pensador integral. Sólo que esta vez Naranjo empuja explícitamente los límites de su especialidad, abordando un área de importancia vital para los tiempos sociales: la educación.

Esta obra y su último libro publicado en español –*El Eneagrama de la sociedad*–sugieren que Naranjo ha entrado en esa fase

---

* Versión revisada del epílogo publicado originalmente en *Cambiar la educación para cambiar el mundo*, Claudio Naranjo, Ediciones La Llave, Vitoria, 2004.

de reflexión que hace a los grandes pensadores, los que tienen la ambición de entender la raíz profunda de nuestros males, y osan traspasar las fronteras de su propia disciplina. Al igual que Francisco Varela y Humberto Maturana, Naranjo forma parte de un grupo de pensadores chilenos, formados en las ciencias biológicas y médicas, que han dedicado su vida a los misterios de la conciencia, y la vida. Figuras de estatura internacional, mal aprovechados en su propio país, que se anticiparon a las tendencias del nuevo milenio: el diálogo entre las ciencias exactas y las disciplinas espirituales.

Este es un paso que los científicos sociales todavía no nos atrevemos a dar. El miedo a abandonar el paradigma de la modernidad, última de las grandes utopías, nos tiene atrapados. Hemos perdido la capacidad, si alguna vez la tuvimos, de ofrecer al mundo una explicación satisfactoria respecto del origen de los males de la sociedad, y menos aún respecto a su solución. En nuestro afán de tratar los hechos sociales como cosas (Durkheim) nos quedamos con las cifras desencarnadas. Parapetados detrás de la crítica a las estructuras o protegidos bajo el alero de la tecnocracia, nos hemos refugiado en ese falso pudor de no involucrarnos como personas, esa suerte de miedo a la libertad que venía con el principio de objetividad, de lamentable memoria. La literatura fue y sigue siendo un mejor sustituto cuando se trata de realismo social. La esterilidad de la mirada "objetiva" –que se formula en tercera persona– ha sido, más que un requisito metodológico, una forma de ocultar nuestra responsabilidad como personas en un mundo construido colectivamente. Porque un sociólogo o un economista no llegaría a decir, como alguna vez lo hiciera Humberto Maturana traspasando osadamente su terreno de biólogo, que "el trabajo no es una relación social porque no es una relación de amor." Afirmación lapidaria que podría echar por tierra todo nuestro edificio productivo.

El positivismo científico nos formó en el dualismo metodológico, la separación entre el sujeto y el objeto, basado en la ilusión de que el científico no hace sino dar cuenta de cómo es el mundo externo y objetivo. Separación que se nutre del miedo,

de la dificultad para reconocer la implicación del sujeto, y de los cambios que experimenta en su relación con el mundo. Ya lo veía el sociólogo Alvin Gouldner cuando decía: la conciencia de sí debe ser considerada como indispensable para la conciencia del mundo social.[1] Por fortuna, y por necesidad, esto está cambiando. Las catástrofes inminentes surgen como una realidad en todos los rincones del planeta. Ya nadie puede vivir al abrigo de un engañoso estado de desarrollo material: la pobreza, la inseguridad, la contaminación, la guerra, golpean las mentes de todo ser humano. La creencia en el progreso parece haberse detenido en la segunda mitad del siglo XX, y estamos a la espera de algo, de alguien, que le dé sentido a lo que estamos presenciando. También gana terreno la convicción de que somos uno, una parte de la totalidad, y que no podemos ser indiferentes a lo que ocurre en el país o en el plantea.

Este libro va en la dirección de buscar respuestas a la crisis de civilización que vivimos y tiene, sobre todo, el sentido de urgencia propio de un compromiso humanista. Porque ya no basta con señalar la evidencia empírica para demostrar que nuestra sociedad está enferma. Necesitamos ir mas allá para entender nuestra responsabilidad compartida en aquello que estamos haciendo mal; pasar –como decía Francisco Varela– del observador en tercera persona a la primera persona, aunque sea en la forma de un "nosotros,"[2] pasar de la inconsciencia en que nos mantiene el pensamiento fragmentado a observar y descubrir por nosotros mismos cuál es el significado de la totalidad tal como lo formuló el físico David Bohm.[3]

"Es hora de que apuntemos hacia el corazón de la bestia" dice Naranjo y apunta a "las nueve cabezas de nuestro ego colectivo

---

1 Gouldner, A. "Pour une sociologie reflexive." Revue du Mauss, N° 4, Paris, 1989.
2 Varela, F. *El fenómeno de la vida*. Dolmen, Santiago, 2000.
3 Bohm, D. *La totalidad y el orden implicad,* Ediciones, Editorial Kairós, Buenos Aires, 1998.

patriarcal." ¿De donde saca el coraje para una afirmación tan contundente? Afirmación que abre súbitamente las compuertas de la filosofía social a las exploraciones globales, y con ello a la posibilidad de recuperar el sentido. Puede ser, entonces, que el abandono de las grandes utopías haya sido un paso necesario para sentirnos libres de hacer grandes preguntas sin miedo a equivocarnos.[4] Y ahí esta Claudio Naranjo para darnos el empujón que necesitamos.

Estos saltos interdisciplinarios son bienvenidos. Han despertado mi curiosidad de socióloga, que también busca establecer puentes para dar con los caminos de una sanación colectiva. Me interesa, pues, conocer cómo se puede leer una sociedad –sus desarrollos, sus síntomas, sus males–, desde la perspectiva de alguien que ha dedicado su vida a explorar el misterio de la psiquis individual y que ha practicado durante décadas diversos métodos terapéuticos con grupos de personas provenientes de diferentes culturas. La propuesta del autor me obliga a ir más allá de la práctica académica habitual, que examina un problema formulado desde las propias hipótesis y categorías conceptuales para luego aceptar, rechazar, o corregir desde la seudo imparcialidad del observador objetivo. Me resulta más honesto hacerlo desde la primera persona, declarando que comparto la motivación profunda de Naranjo y, por eso, no puedo sino ubicarme en la emoción que suscita el deseo de esclarecer los males del alma colectiva. Entro entonces en el ruedo para conversar con este texto, trayendo a colación las propias reflexiones, las luces que por momentos he creído ver y, sobre todo, las nuevas preguntas, que se suman o desplazan a otras más antiguas.

Las preguntas que se hace el autor han aparecido en forma intermitente en mi trayectoria durante los años de docencia

---

[4] Ya lo veíamos a fines de los '90 en el ámbito de la sociología. Ver C. Montero, "Le crépuscule de la sociologie, un débat chilien." *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Paris, 2000.

universitaria, en el curso de la investigación comprometida con el cambio social, en el diálogo con las autoridades de Gobierno, en las asesorías a empresas. Al cabo de los cuales he llegado a concluir que las repuestas de fondo no pueden venir de la ciencia, sino de la experiencia íntima del Ser, del vasto horizonte que se abre a la conciencia cuando se deja de confiar exclusivamente en la mente y en el pensamiento racional.

DE LOS "MALES DEL ALMA" A LOS "MALES DEL MUNDO"

Lo que Naranjo nos ofrece es una perspectiva ética de la sociedad que pasa por la propuesta de una terapia colectiva. La propuesta que nos hace se apoya en dos ideas-fuerza. La primera está contenida en un ensayo magistral ("La promesa de una civilización moribunda") en el que se hace una analogía entre las etapas del desarrollo del individuo y la evolución de la sociedad entendida como civilización. Siguiendo las etapas de la transformación psico-espiritual del individuo (trauma del nacimiento, pubertad, crisis de mitad del camino, fase iluminativa, y noche oscura del alma), identifica etapas y transiciones en la historia de la civilización occidental, que estaría en los albores de una "noche del alma." Se estaría cumpliendo el ciclo y habría que esperar que de esta travesía del desierto surgiera una vida nueva.

La segunda idea-fuerza sostiene que es posible hacer un diagnóstico acerca de los problemas de la sociedad partiendo de la psicología del carácter. Sin temor a recurrir a la noción de pecado, Naranjo nos lleva a observar conductas de las cuales somos responsables, aquellos deseos exagerados o pasiones que están en la base de la organización del carácter. Dichas patologías individuales se expresan en el nivel colectivo y se convierten en males del mundo. Analogía que toma conciencia de las reverberaciones de la psico-patología del carácter en la sociedad que hemos creado.

El grueso de su trabajo consiste en enunciar y describir cómo se forman y reproducen un conjunto de pasiones –violencia, represión, inercia, moralismo, autoritarismo, conformismo, mentira y vanidad–, que fundan ciertos modos de vida. Dichas pasiones –o pecados– tienen su correlato en alguno de los nueve caracteres que conforman el Eneagrama elaborado por el mismo Naranjo sobre la base del legado que dejara el filósofo sufí Gurdjieff y los trabajos del boliviano Óscar Ichazo.[5]

El autor no abandona su mirada de terapeuta y persiste en observar nuestros comportamientos sociales como síntomas de ciertos males o disfunciones que se han incrustado en nuestro modo de vida, en los valores que defendemos, en las metas que nos proponemos. Lo original de su trabajo es que propone un diagnóstico ya no de las personas, sino de la sociedad en su conjunto. No se trata aquí de una mera extrapolación estadística según la cual la incidencia de ciertas enfermedades del alma terminaría por expresarse en forma masiva, produciendo comportamientos colectivos. Estamos frente a una lectura ético-antropológica más que epidemiológica.

El razonamiento es el siguiente: si a nivel individual la enfermedad mental puede definirse como un impedimento para desarrollar y poner en práctica los valores que están en el potencial de la persona, también podemos pensar que los males fundamentales del mundo son fenómenos sociales que constituyen formas básicas de interferencia con el potencial de la humanidad. Esta es, para mí, la clave de su trabajo ya que nos obliga a ir más allá del recurrente repertorio de síntomas del malestar social. Es una pista excelente pues nos incita a que busquemos cuáles son aquellos fenómenos sociales que están bloqueando nuestro desarrollo como seres humanos.

---

5 Ver, de Claudio Naranjo, *El Eneagrama de la sociedad*. Ediciones La Llave, Vitoria, 2000.

La relación entre persona y sociedad se encuentra en los orígenes de la sociología contemporánea. Muchas han sido las aproximaciones acerca de cómo influye la sociedad en la formación de la persona (socialización, identidad social), pero por lo general se han hecho buscando describir esta relación ya sea en forma normativo-conceptual o bien mediante la identificación de mecanismos y regularidades estadísticas, con lo cual se descuida de entrada el enfoque ético. Por otra parte, al tratar los problemas sociales el foco de las Ciencias Sociales ha estado mayoritariamente centrado en las instituciones y, por lo tanto, en una cierta ingeniería del cambio social. Durante la década de los '60 se puso en la agenda el tema del desarrollo y del cambio social, y con ello se alimentó la esperanza de un cambio institucional. Luego vinieron las propuestas radicales y revolucionarias que apuntaron a las estructuras mismas de la sociedad y del Estado. Pero ambas vías ya estaban agotadas en los años '80. Las Ciencias Sociales dejaron de ser un referente para encontrar el remedio a nuestros males y los intelectuales fueron desplazados progresivamente por los formuladores de políticas públicas. En cierta manera se pasó de la ilusión de cambiar la sociedad a un cierto realismo desencantado o post moderno centrado en el individuo.

Hace unos años, Robert Bellah planteaba cuán difícil es ser una buena persona en la ausencia de una buena sociedad.[6] ¿Por dónde empezar? La respuesta a este dilema queda reservada al ámbito privado e individual, algo así como el cultivar su propio jardín. Después del desencanto que dejaron tras de sí las promesas del Siglo de las Luces, la Modernidad y el Progreso, está surgiendo una mirada crítica del racionalismo y del desarrollo, en la cual se inscriben intentos similares a los de Naranjo. Pensadores de tradición oriental como Amartya Sen y Kumar Giri, o bien intelectuales inscritos

---

6 Bellah R., et al. *The Good Society*. Vintage, 1992.

en la modernidad occidental como Habermas, Giddens y Touraine, apuntan a la perspectiva ética, a cómo vivir sanamente en sociedad, a la justicia como posibilidad de autorrealización, a la importancia del cuidado de sí mismo. Después de haber abusado de las grandes narrativas acerca de la evolución de la economía y la sociedad, parece haber llegado el momento de volver, ahora, a la persona. Decía Foucalt que "la búsqueda de una ética de la existencia debe implicar la elaboración de la propia vida como una obra de arte."[7]

Sólo que el cuidado de la persona no resuelve los males colectivos. Con cierto desencanto recuerda el movimiento New Age cuando "nos parecía que muy pronto todo el mundo terminaría por precipitarse en ese viaje mágico que es el camino de la transformación, hoy me parece que cada uno de los nuevos chamanes se ve en una situación semejante a la de Juan Salvador Gaviota; un solitario ante la multitud de los que sólo se interesan en sobrevivir lo mejor que pueden." Hay que reconocer, entonces, que existe un grupo que ha tomado conciencia de la etapa apocalíptica en que vivimos, pero que se trata de una minoría, mientras el resto vive en la ceguera y el mundo camina vertiginosamente hacia su fin. La transformación de la persona no será espontánea, habrá que buscarla colectivamente. De ahí la urgencia de encontrar una respuesta a la pregunta de ¿qué podemos hacer?

LOS ORÍGENES DEL MAL DESARROLLO

Por de pronto, necesitamos una buena explicación acerca de cómo hemos llegado a lo que aparece cada vez más como un proceso sin control. Los intentos por encontrar y combatir la causa única han tenido efectos históricos devastadores, ya sea los

---

7 Foucault, M. *La inquietud del sí*. Madrid, 1987.

que se hicieron a nombre de Dios, de la raza, del proletariado, o de los pobres. Chile, patria del autor, tiene aún las cicatrices que dejaron los conflictos sociales y su represión. El cambio social en democracia tiene sus límites. Hemos llegado a un punto en que observamos el desgaste de las instituciones al tiempo que sabemos que el voluntarismo político es peligroso. El problema no se ubica exclusivamente en el mal funcionamiento de la economía, de la política, de la justicia. Tampoco se puede atribuir a la fallas de la religión, de la ciencia y la tecnología. Está más allá y en todas ellas.

Lo interesante es que a pesar de la ola post modernista asistimos a una intensa búsqueda por identificar los orígenes de un desarrollo que genera más violencia, desigualdad, pobreza y destrucción de la naturaleza. Frente a la evidencia de este "mal desarrollo" se han mencionado muchísimas causas, desde la crisis de la modernidad (Touraine),[8] a los excesos del *homo economicus* (Sen, movimiento MAUSS)[9], la globalización (Kumar Giri),[10] la tecnocracia (Bourdieu),[11] la irresponsabilidad ante el riesgo (Beck),[12] y tantas más.

Naranjo lo ubica en el patriarcado. En un brillante recorrido por la antropología de inspiración feminista, retoma lo esencial de la pérdida que significó el abandono de los valores de la época matrística. Siguiendo a Bachofen afirma que las instituciones, usos y costumbres que durante milenios se consideraron como una simple expresión de la naturaleza humana, son en realidad parte de una cultura patriarcal. La posibilidad de probar esto es crucial a la

---

8 Touraine, A. *Crítica de la modernidad.* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994.

9 Sen, Amartya. *On Ethics and Economics*. Oxford, Basil Blackwell, 1987.

10 Kumar Giri, A. *Creative Social Research: Rethinking Theories and Methods*. Vistaar Pub., New Delhi, 2004.

11 Bourdieu, P. *Una invitación a una sociología reflexiva*. Siglo XXI, 2005.

12 Beck, Ulrich. *¿Qué es la globalización?* Paidós, Barcelona,1998.

hora de concebir un futuro posible para la humanidad. Porque si los valores femeninos de respeto por la vida, el cuidado amoroso y la solidaridad tribal, fundaron en algún momento la organización de la sociedad, ellos pueden ubicarse al mismo nivel que los valores masculinos de fuerza y heroísmo y, por lo tanto, es posible concebir una forma de organización social de tipo andrógino.

No es difícil reconocer el daño que causan las instituciones patriarcales tanto a nivel individual, disociando nuestros mundos interiores, como a nivel social, reprimiendo la expresión del ser íntimo de más de la mitad de la población del mundo, las mujeres. Sólo que no basta con reconocerlo, hay que remontar la cadena infernal para intentar descubrir cómo y cuándo comenzó esta deformación. Porque si apuntamos sólo al patriarcado como institución, y no al mecanismo propio que lo funda y sustenta, corremos el riesgo de que nuestra explicación se "cosifique," como le ocurrió a la noción de explotación y de lucha de clases en el pensamiento marxista. La pregunta es, entonces, ¿cómo se instaló ese mecanismo perverso y cómo desmontarlo?

De poco sirve apuntar hacia las instituciones –y en este caso a la educación–, ya que éstas no son más que resultantes de reglas del juego definidas, aceptadas y reproducidas en forma inconsciente. Si bien los códigos y reglas culturales de corte patriarcal entorpecen el pleno desarrollo de la humanidad y legitiman la destrucción de la vida, la pregunta clave es cuáles son los mecanismos de reproducción de un estado de cosas que nos impide restituir el equilibrio nuestro funcionamiento como personas.

Recurro a una experiencia personal para ilustrar cuán concreta es esta pregunta. Hace un par de años, la CEPAL[13] inició una serie de estudios nacionales acerca de los orígenes de la contaminación de la atmósfera en las grandes capitales de América Latina.

---

[13] Comisión Económica Para América Latina, organismo de la ONU.

Me correspondió dirigir una investigación sobre la relación entre los ciudadanos y la calidad del aire en la ciudad de Santiago. Disponíamos de todos los diagnósticos técnicos del caso, se habían identificado en detalle la lista de las fuentes contaminantes, se habían concebido múltiples normas y regulaciones para limitar la emisión de fuentes fijas y móviles y las medidas a tomar en caso de emergencia. Si bien la degradación de la calidad del aire no se siguió agravando en forma proporcional al crecimiento de la ciudad, el mal persistía. Y los santiaguinos no modificaban sus comportamientos.

Inicialmente se atribuyó este problema, típico de un "mal desarrollo," a la falta de intervención del Gobierno Militar, luego las autoridades democráticas señalaron la responsabilidad que tenían los empresarios, los dueños de fábricas; más adelante se identificó al conjunto de dueños de automóviles y microbuses. Ciertamente que de alguna manera todos ellos eran y son responsables. Pasaron varios años y como el problema no se solucionaba se volvió a culpar al Gobierno. De esta manera una realidad tan concreta como el aire que respiramos se convirtió, nuevamente, en un tema político; la responsabilidad se diluye y recomienza el círculo vicioso cuyo resultado es la inercia.

Cómo quedarse ahí y no ver que el problema se podía formular –también– desde otro ángulo y decir, por ejemplo, que la calidad del aire de la ciudad de Santiago es el reflejo concreto y palpable del nivel de conciencia de los santiaguinos. Una nueva mirada, no tecnocrática, se abre de pronto: si el deterioro de la atmósfera fuera visto como producto de la irresponsabilidad de cada uno de los habitantes de la ciudad, cada uno contribuyendo con su pequeña cuota a aumentar la cantidad global de partículas y de gases que saturan la atmósfera, entonces el remedio estaría en las personas. Para desarrollar la conciencia ciudadana no habría que esperar mucho del Estado, sino de una maduración individual y colectiva.

Es aquí entonces donde se puede aplicar el razonamiento evolutivo de Naranjo. Dejar de ser niños que vivimos en la irresponsabilidad

de nuestros actos esperando que el padre Estado arregle lo que echamos a perder, recuperar el vínculo directo con la naturaleza, con el aire que respiramos, y cultivar los vínculos fraternales con los demás para asumir el problema en forma colectiva. Pero esa conciencia supone otra forma de convivencia, una organización en comunidades sustentables de las cuales ya existen iniciativas en todo el mundo (eco-aldeas, comunidades ecológicas, comunidades inteligentes).[14]

DEL PENSAMIENTO COMO ORIGEN DEL CAOS

Siguiendo el camino señalado por el autor, debiéramos preocuparnos menos del sistema económico que nos domina, y más de los aspectos psico-espirituales de nuestros males. Cultivando una pedagogía del amor que es la expresión armónica de los tres amores –el deseo, la compasión y la adoración– es posible, afirma Naranjo, operar una transformación, una sanación, que libere nuestra realidad interior y nos permita tener relaciones sanas con nosotros mismos, con los demás y con el entorno. Al decir esto, el autor muestra la gran confianza que tiene en el ser humano, en ese espíritu que es la flor en el árbol de la vida. Después de haber conocido de cerca como opera la dinámica de las decisiones en el *establishment* tiendo a pensar que no basta con combatir ciertos valores hipertrofiados (los masculinos) ni con superar las patologías del ser. Es necesario ir más allá y liberarse de cierta relación con el mundo. De lo que se trata aquí es de una nueva mirada, de una nueva epistemología.

Tomemos, por ejemplo, los planteamientos del físico David Bohm, quien bajo la influencia de la filosofía oriental, y del

---

14 Ver Red de Comunidades Inteligentes. www.smartcommunities.com.

contacto con su amigo Krishnamurti, también sobrepasa los límites de su disciplina y llega a proponer una salida para los males del mundo. En una conversación con Mark Edwards,[15] Bohm plantea que de poco sirve atacar los efectos del comportamiento humano –como lo hacen los movimientos pacifistas, ecologistas, etcétera–, pues el origen de nuestros problemas está en la ruptura de la armonía entre el intelecto y las emociones. Dicha ruptura radica en la forma como opera el pensamiento. La mente funciona por fragmentación, rompiendo en pedazos una realidad que es integral. La visión de sentido común es que el pensamiento "refleja lo que es" cuando en verdad el pensamiento crea realidades mediante la abstracción y la memoria. El pensamiento introduce una fragmentación, esa información se graba en la memoria y luego se olvida el mecanismo por el cual se llegó ahí. Entonces las cosas pasan a "ser" de una determinada manera. El mejor ejemplo es la división artificial que se establece entre las naciones, fragmentación que sustenta "identidades y "tradiciones" que pasan a ser antagónicas y excluyentes, fragmentación que puede aparecer en un mapa, pero que no existe en el territorio. Nuestra forma de conocer el mundo confunde el mapa con el territorio.

Si aplicamos este razonamiento a los males de la sociedad, vemos el mismo mecanismo: la mente selecciona un cierto aspecto de la realidad, crea un problema y crea rápidamente una organización especializada para resolverlo olvidando que se trata de una parcela de la realidad y luego se racionaliza justificando la inconsciencia. Expresiones como "Yo sólo trabajo aquí," "Debo alimentar a mi familia," "Todos lo hacen," "Es un mal necesario,"

---

[15] Publicada bajo el título "Changing Consciousness: Exploring the Hidden Source of the Social, Political and Environmental Crises Facing Our World." D. Bohm, M. Edwards, 1990.

ilustran la facilidad con que el pensamiento fragmentario rechaza hacerse cargo de la realidad global y de la interconexión entre las cosas, las personas, los países. El sistema está lanzado. "Los políticos no pueden admitirlo pero sabemos que el crecimiento destruye nuestro mundo," dice Bohm. La única manera de parar la carrera insensata de la tecnología y del progreso es detenerse y tomar distancia para observar cómo opera nuestra mente y por qué se ha disociado de la relación directa con la naturaleza y con los demás.

Todas las civilizaciones, al tiempo que realizaron grandes obras, dejaron una huella indeleble de destrucción sobre la humanidad y sobre el planeta. Los inventores de los avances tecnológicos y las empresas que los industrializan no se preguntan por los efectos en el largo plazo, por la escasez con que se enfrentarán nuestros hijos. El proceso tiene su inercia: construimos generadores de electricidad para protegernos del frío y arrasamos con los bosques que mantienen el oxígeno de nuestra atmósfera. Cada individuo hace lo mismo: justifica su pequeña cuota de destrucción pues "tiene que ganarse la vida." Mientras haya dinero que sacar, el proceso seguirá y la humanidad seguirá reproduciendo estas falsas ilusiones. A menos que…

Aquí es donde veo la deriva necesaria si tomamos en serio la pregunta acerca de cómo cambiar la sociedad. La sabiduría oriental nos dice que el único camino es cambiando la conciencia, desarrollando un pensar global y sincrónico, capaz de recuperar el sentido individual, colectivo y cósmico de la existencia. Esa inteligencia sutil se logra cuando pensamos con el corazón y miramos el espíritu en las cosas, desactivando así la programación mental que todo lo divide, lo clasifica y lo abstrae.

Y si tomamos distancia como observadores quizá podríamos ver que la sociedad es, en gran medida, nuestra propia creación, y que casi todo lo que nos rodea ha sido hecho por el hombre. Vivimos en un mundo construido. El ser humano ha introducido el caos, y se angustia tomándolo como "la realidad." Ante esa ser-

piente venenosa que es el pensamiento (Krishnamurti)[16] la única salida es ser vigilantes, recuperar el sentido del Ser mediante la inteligencia sutil. "Me parece que la vida encuentra su verdadero sentido a través de la conciencia de vivir plenamente y de estar en su lugar" (Bohm, Edwards, l990). Elogio del presente, del tiempo lento, de la totalidad.

Y si a esta cura para las trampas de la mente le agregamos una "tecnología del amor" –como propone Naranjo– así podríamos ir sanando también las patología sociales que se reproducen indefinidamente al ser trasmitidas por los padres desde temprana edad y, luego por los agentes de la educación formal. Recuperar la humanidad no es negar la inteligencia racional, sino abarcar, como proponía Piaget, todas las condiciones sicológicas y pedagógicas que permitirían al niño abrirse cada vez más a lo universal, al tiempo que descubre su propia humanidad.

Recuerdo haber leído los resultados de un equipo de especialistas en ciencias cognitivas que se propuso estudiar las relaciones que se pueden establecer entre el pensamiento, la reflexión y la experiencia humana. Para ello contrastaron los últimos avances de las ciencias de la cognición y de la fenomenología con la tradición budista de meditación. Según los maestros budistas, la sabiduría (o inteligencia sutil en Bohm) no se expresa como un conocimiento "acerca" de algo. No hay un tema abstracto que sería objeto de la experiencia, sino la experiencia misma. El objetivo a alcanzar es aproximar al sujeto a su experiencia, y no separarlo. El equipo de investigadores concluye: "lo que sugerimos es una transformación de la naturaleza de la reflexión, que debe dejar de ser una actividad desencarnada y abstracta, y devenir una reflexión presente, encarnada, en la cual el cuerpo y el espíritu están reunidos."

---

16 Krishnamurti. *Les limites de la pensée*. Livre de Poche, Stock, Paris, l999.

Francisco Varela llevó esta visión de la mente encarnada al ámbito del estudio científico de la conciencia: la mente surge ligada a un cuerpo que es activo, que se mueve e interactúa con el mundo. Por lo tanto, la mente no está en ninguna parte y no existe separación entre el yo y el otro. La conciencia es a la vez individual e inter-subjetiva.[17] Lo que para el budismo Zen es la expresión del entre-ser: "tú eres lo que eres porque yo soy lo que soy," diría Thich Nhat Hanh.[18]

Nos encontramos así en el camino de la evolución de la conciencia. Una nueva aproximación al mundo, cargada de emociones, valores y sentidos. Una cierta conciencia estética que tiene implicaciones éticas, tales como el cuidado y la vigilancia, el respeto a la diferencia, el reconocimiento de lo específico, la tendencia a la justicia. Sentido estético que es también una cierto tipo de conocimiento y de expresión, en cuanto uno prefiere ser auténtico más que eficaz (Habermas, Taylor).[19] Un conocimiento, ético-estético, que puede ser la base de nuevas formas de convivencia con actores e instituciones autónomos que desarrollan su imaginación creativa y transformadora (Giri). Un cierto orden, una particular armonía, caminos diferentes, en lugar de modelos únicos. Intuiciones más que recetas tecnocráticas derivadas del pensamiento lineal.

Aunque en forma incipiente, están apareciendo iniciativas que apuntan a nuevas formas de organización social. Durante los duros años de la crisis económica que siguió al "corralito" en Argentina surgieron estrategias de sobreviviencia inéditas. Los ciudadanos se encontraron un buen día sin empleo, sin liquidez para adquirir

---

17 Varela, F. *El fenómeno de la vida.* Dolmen, Santiago, 1999.

18 Thich Nhat Hanh. *La paz está en cada paso*. Editorial Cuatro Vientos.

19 Taylor, Charles. *Imaginarios sociales modernos.* Paidós, Barcelona, 2002; y Habermas, Jurgen, *Teoría de la acción comunicativa*: *I. Racionalidad de la acción y racionalidad social, II. Crítica de la razón funcionalista.* Ed. Taurus, 1981.

bienes, frente a un sistema bancario que no devolvía los depósitos, completamente desencantados, echaron mano de las redes de intercambio más antiguas. Como no tenían circulante inventaron un sistema paralelo, rescataron la idea del trueque y crearon su propia moneda. Nace el Arbolito, una economía alternativa en la cual operaban unos 400.000 argentinos. Sistema de intercambio que desafiaba las ideas preestablecidas, fruto de la imaginación de personas que necesitaban cubrir sus necesidades básicas.[20]

Esta experiencia, está en la línea con lo que hace tiempo viene planteando un conjunto de economistas alternativos en Francia. Congregados en el llamado Movimiento Antiutilitarista en las Ciencias Sociales, el MAUSS,[21] propone recuperar la lógica social del don como elemento constitutivo de las relaciones sociales, en oposición a la lógica mercantil del interés, que es la base de la economía capitalista. Rescatando los trabajos del antropólogo Marcel Mauss, este grupo se plantea que el don es una forma de vínculo social por el cual las personas se obligan a dar, a recibir y a devolver. Se trata de un fenómeno social total, con repercusiones económicas, políticas, religiosas, familiares, que no es cuantificable. Sobre esta base se apoya un nuevo enfoque, la socio-economía, para entender que la economía es algo que ocurre entre las personas y no entre las cosas. Es posible, entonces, concebir una economía solidaria o plural en la cual existan muchos sectores, y no sólo el mercantil-monetario, en la cual el trabajo no es una mercancía, y cuyo principio estructurador sería la reciprocidad, y no la maximización de la utilidad. Pero esto exige una manera radicalmente distinta de pensar la vida en sociedad.

---

20 Existen muchas iniciativas que combinan el desarrollo personal y la transformación social. Ver el trabajo de Amanta Kumar Giri sobre movimientos como Habitat for Humanity, la comunidad Swadhyaya en India, la eco-aldea de Findhorn en Escocia.

21 Ver la revista *Recherches*, Mauss, Paris.

APRENDER PARA EDUCAR

Todas las pistas citadas convergen hacia la importancia de la educación. Claudio Naranjo plantea que es posible que desde muy temprano se cuide el equilibrio entre nuestros mundos interiores, entre intelecto y emociones, entre cuerpo y espíritu. Una visión terapéutica de la educación podría partir por admitir que las formas de vida que hemos practicado desde hace milenios no son amorosas, pues perturban el desarrollo del ser; podría también entregar herramientas para una educación emocional y no sólo del pensamiento racional, darle espacio a las energías del padre, de la madre, del hijo, y constituirse en el espacio por excelencia de la búsqueda y la transformación individual.

Habría que pensar no sólo en educar a los educadores, sino también en una reforma radical de los métodos pedagógicos, sobre los cuales tanto se ha experimentado. Mientras la educación siga siendo un mecanismo de selección social y mientras la evaluación siga basándose en presupuestos conductistas que verifican la capacidad de asimilación de ciertos contenidos, estas propuestas serán desatendidas. ¿Cómo podría introducirse en los maestros esa inquietud por desarrollar una inteligencia sutil cuando se siguen utilizando tests y puntajes para evaluar? ¿Cómo incorporar la práctica cotidiana de la meditación, la capacidad de emocionarse, la creatividad, cuando lo que importa es ser capaz de pasar una prueba de memorización de contenidos?

Que la institución educacional esté preocupada de cosas insignificantes es algo que exaspera a Naranjo. Es que la función de la escuela nunca ha sido planteada en torno al desarrollo humano. Desde la teoría funcionalista, la educación es un aparato de adaptación y de control social del individuo en una sociedad históricamente existente (la Nación). El sociólogo francés Pierre Bourdieu describió en forma muy lúcida la forma en que el paso por la escuela es un colador implacable, cuya razón de

ser es la reproducción del sistema social. Foucault fue más allá y apuntó a que el objetivo de las instituciones es disciplinar, vigilar y castigar los cuerpos y las almas. La escuela opera como una fábrica de conformismo, en el nombre de la civilización.

Podríamos evocar una larga lista de intentos por cambiar la educación, desde escuela inglesa de Summerhill famosa por su apuesta por la libertad y el anti-autoritarismo; el fomento de la creatividad personal del método Montessori; la educación del ser integral desarrollada por Rudolf Steiner. Iniciativas con un potencial enorme pero que se aplican en grupos reducidos. El problema de la educación de masas persiste toda vez que las políticas se abocan a producir una fuerza de trabajo productiva y no seres humanos integrados y felices. Los niños y los jóvenes quedan en el olvido, han dejado de emocionarnos y crecemos negando los otros dos amores: el deseo y la compasión.

Como dice Claudio Naranjo la única salida para esta civilización moribunda es buscar la armonía entre nuestro cuerpo, nuestros afectos y nuestra mente. Que esto no puede decidirse por decreto es también evidente. Pero él es optimista y persiste en llevar su mensaje a todos los rincones y al más alto nivel. Veo ahí una confianza en el ser humano a toda prueba. Por mi parte tiendo a esperar menos de la *intelligencia*, de los intelectuales, de los consejeros del príncipe. Sólo la experiencia íntima devuelve al ser a sí mismo. Las sociedades no aprenden, no son sujetos. Pero los seres humanos sí aprendemos, del sufrimiento, de la imitación. Las mujeres están aprendiendo a cuidarse a sí mismas y a sus hijos de los excesos patriarcales. Entretanto, los hombres toman conciencia y comienzan silenciosamente a buscar más allá de la vacuidad de la sociedad de consumo. Y ahí está el tercer tipo de amor, el del hijo. El niño interior, el niño divino, ama el juego y la libertad. Es probable que en ese cruce de experiencias se esté forjando una nueva generación. Sólo nos queda desear que sabremos reconocer su mensaje y darle espacio para el despliegue de su misión.

OBRAS EN ESPAÑOL DE CLAUDIO NARANJO

- *La vieja y novísima Gestalt: Actitud y práctica*. Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1990.
- *La agonía del patriarcado*. Editorial Kairós, 1993.
- *El niño divino y el héroe.* Editorial Sirio, 1994.
- *Gestalt sin fronteras*. Editorial Errepar, 1995.
- *Carácter y neurosis*. Ediciones La Llave, Vitoria, 1996.
- *Entre meditación y psicoterapia*. Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, Ediciones La Llave, Vitoria, 1999.
- *Auto-conocimiento transformador. Los eneatipos en la vida, la literatura y la clínica*. Ediciones La Llave, Vitoria, 1999.
- *El Eneagrama de la sociedad*. Ediciones La Llave, Vitoria, 2000.
- *Cambiar la educación para cambiar el mundo*. Ediciones La Llave, Vitoria, 2002.
- *Cantos del despertar*. Ediciones La Llave, Vitoria, 2002.
- *Gestalt de vanguardia*. Ediciones La Llave, Vitoria, 2003.